



P

3236

B.P. de Soria



61096832

D-1 171



TITO LIVIO

DÉCADAS DE LA HISTORIA ROMANA



11
235

~~10931~~

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXVIII

Nº 1685

DÉCADAS
DE LA
HISTORIA ROMANA

POR

TITO LIVIO

TRADUCIDAS DEL LATÍN AL CASTELLANO

POR

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

CANÓNIGO DE LA METROPOLITANA DE GRANADA

—
TOMO V
—



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^A

calle del Arenal, núm. 11.

—
1888



1870

ES PROPIEDAD.

LIBRO XXVIII.

SUMARIO.

Ventajas obtenidas sobre los cartagineses por los legados Silano y L. Scipión, hermano de Cornelio. — Victorias de Sulpicio y Atalo, rey de Asia, aliado de los etolios, sobre Filipo, rey de Macedonia. — Triunfo concedido á los coroneles M. Sirio y Claudio Nerón. — Apágase el fuego sagrado en el templo de Vesta. — P. Scipión arroja de España á los cartagineses. — Pasa al Africa y ajusta alianza con Sifax, rey de Numidia. — Combate de dos príncipes por el trono de su padre. — Sitio de As-tapa. — Enfermedad de Scipión: sedición en su ejército: restablecimiento del general y reducción de los pueblos rebeldes de España: — Traba amistad con Masinissa. — Tratado con los habitantes de Cádiz después de la marcha de Magón. — De regreso á Roma le nombran cónsul, se le concede la Sicilia con facultad de pasar al Africa. — Magón se dirige á Italia.

El paso de Asdrúbal á Italia, llevando á esta provincia toda la fuerza de la guerra, parecía que había aliviado algo las Españas, cuando de pronto se encendieron las hostilidades con tanto vigor como antes. Dividiáanse entonces las Españas entre romanos y cartagineses del modo siguiente: Asdrúbal, hijo de Giscón, se había retirado á lo último del país, hacia el Océano y Cádiz. La costa de nuestro mar y casi toda la España oriental obedecían á Scipión y á los romanos. El gene-



ral Hannón, designado para reemplazar á Asdrúbal Barca, había llegado de África con un ejército nuevo, se había unido con Magón, y en poco tiempo había organizado fuerzas considerables en la Celtiberia, á igual distancia de los dos mares. Scipión envió contra él á M. Silano con mil infantes y quinientos caballos. Silano forzó la marcha cuanto permitían las dificultades de los caminos y el considerable número de desfiladeros, cerrados por espesos tallares que por todas partes se encuentran á cada paso en España; adelantóse á los mensajeros del país y hasta al rumor de su llegada, y tomando por guías algunos desertores celtibéricos, llegó á presencia del enemigo. Los guías le enteraron, cuando solamente distaba unas diez millas de los cartagineses, de que había dos campamentos en el camino que seguía: á la izquierda el de los celtibéricos, con más de nueve mil hombres de tropas bisoñas; á la derecha, el de los cartagineses. Estos tenían avanzadas, centinelas, y habían tomado todas las precauciones militares acostumbradas para su seguridad y defensa. Los celtibéricos mostraban la seguridad y negligencia de bárbaros y de bisoños que nada temen, porque se encuentran en su terreno. Silano decidió comenzar el ataque por ellos; mandó á los suyos que se inclinasen cuanto pudiesen á la izquierda para que no pudiesen verles las avanzadas cartaginesas; y, precedido por sus exploradores, marchó rápidamente al enemigo.

Tres millas distaban solamente, y ni un solo bárbaro se había alarmado. El terreno era pedregoso, estaba cubierto de malezas y surcado por colinas. Las tropas se detuvieron en un valle bastante profundo donde no podían verlas, y allí tomaron alimento. Entretanto regresaron los exploradores y confirmaron lo dicho por

los desertores. Los romanos entonces, colocando los bagajes en el centro del valle, empuñaron las armas y avanzaron en orden de batalla. A mil pasos de distancia les vió el enemigo y comenzó á agitarse tumultuosamente. Saliendo en seguida de su campamento Magón, acudió á toda brida, á los primeros gritos, en cuando se dió la alarma. En las filas de los celtibéricos había cuatro mil hombres armados con escudos y doscientos jinetes, constituyendo una verdadera legión y lo mejor del ejército: colocóles en primera fila, y el resto, que eran tropas ligeras, lo dejó de reserva. Salía del campamento en este orden de batalla, cuando apenas fuera de las empalizadas, cayó sobre él una lluvia de venablos. Los bárbaros se bajaron para escapar á los dardos de los romanos, y en seguida se alzaron para lanzar los suyos. Los romanos, que, según su costumbre, estrechaban las filas, los recibieron en los escudos unidos: en seguida atacaron á la espada, y comenzó la lucha cuerpo á cuerpo. Pero las asperezas del terreno impedían los movimientos de los celtibéricos, que ordinariamente corren de un lado para otro, inutilizando su agilidad, mientras que no dejaban de favorecer á los romanos, acostumbrados á pelear á pie firme, aunque las escabrosidades y las malezas, rompiendo sus líneas, les obligaban á pelear uno á uno ó dos á dos, como si estuviesen formados en parejas. Los obstáculos que impedían al enemigo huir, le entregaban como encadenado á los golpes de los romanos. Así fué que, encontrándose casi totalmente destruido el cuerpo de celtibéricos que llevaba escudos, las fuerzas ligeras y los cartegineses, que habían venido del otro campamento á socorrerlos, perdieron el valor y se dejaron matar. Dos mil infantes á lo más y toda la caballería huyeron

con Magón desde el primer ataque. Hannón, el segundo general, y todos los que llegaron los últimos, después de declarada la derrota, quedaron prisioneros. La caballería, casi entera, que seguía á Magón en su fuga, con lo que quedaba de la antigua infantería, llegó, después de diez días de marcha, á la provincia de Cádiz, donde se reunió con Asdrúbal; los bisoños celtibéricos se dispersaron en los bosques inmediatos, y desde ellos regresaron á sus hogares. Esta victoria fué muy oportuna para ahogar, no diré una guerra encendida ya, sino un germen de guerra, amenazador para el porvenir, si Cartago hubiese podido, después de la sublevación de los celtibéricos, llevar á las armas los otros pueblos de España. Scipión elogió mucho á Silano; en seguida, no queriendo perder por lentitud la esperanza que tenía de concluir, marchó contra Asdrúbal, que mantenía los restos de la guerra en el fondo de España. El cartaginés, que se había establecido en la Bética para asegurarse la fidelidad de sus amigos, decampó de pronto, y con rápida marcha, que más parecía fuga que retirada, llegó al Océano y Cádiz. Pero convencido de que, si conservaba sus fuerzas formando ejército, sería siempre objeto de los ataques del enemigo, las repartió en diferentes ciudades, para que quedasen seguras detrás de las murallas, que á su vez se encargarían de defender.

En cuanto vió Scipión que la guerra se desparramaba, y que la necesidad de llevar sus armas de una ciudad á otra le costaría más tiempo que trabajo, retrocedió. Sin embargo, para no abandonar al enemigo aquella comarca, envió á su hermano L. Scipión, con diez mil infantes y dos mil caballos, á sitiar la ciudad más importante del país, llamada Oringis por los bárbaros,

situada en la frontera de los melesos, en terreno fértil, en el que se explotan hasta minas de plata: ésta era la plaza de armas de Asdrúbal y su punto de partida para sus excursiones al interior de las tierras. Scipión marchó á acampar bajo sus murallas; pero antes de formalizar el sitio, envió mensajeros á las puertas para sondear los ánimos en una conferencia y persuadir á los habitantes á probar la alianza de los romanos, más bien que experimentar su fuerza. Habiendo sido rechazadas estas insinuaciones, trazó en derredor de la ciudad un foso y doble parapeto, y dividió su ejército en tres cuerpos, para que uno trabajase sin interrupción, mientras descansaban los otros dos. Cuando el primer cuerpo comenzó el ataque, trabóse combate terrible, cuyo resultado fué dudoso. Era difícil acercarse á las murallas y aplicar escalas bajo la lluvia de venablos que caía; los que conseguían apoyar las escalas, ó caían derribados por horquetas destinadas á este uso, ó eran cogidos desde arriba por manos de hierro, que amenazaban arrebatarlos y llevarlos sobre los muros. Comprendió Scipión que el corto número de los suyos hacía desigual la lucha, y que el enemigo tenía además la ventaja de pelear desde lo alto de las murallas; mandó, por consiguiente, avanzar los otros dos cuerpos á la vez, después de retirar el primero, y comenzó de nuevo el ataque. Este movimiento infundió tal terror á los sitiados, cansados ya por el primer asalto, que los habitantes desertaron de pronto de las murallas, y la guarnición cartaginesa, temiendo una traición, abandonó sus puestos y se reconcentró en un solo punto. Los habitantes se espantaron al pensar que si el enemigo entraba en la ciudad sacrificaría indistintamente á cuantos encontrase, cartagineses ó españoles. Corrieron,

pues, á abrir una puerta y se precipitaron en tropel fuera de las murallas, cubriéndose con los escudos para preservarse de los dardos lanzados desde lejos y presentando el brazo derecho desnudo para hacer ver que no llevaban armas. La distancia impidió á los romanos ver aquella actitud, ó temieron alguna asechanza: esto no ha podido averiguarse; lo cierto es que cayeron precipitadamente sobre aquellos fugitivos y los exterminaron como á enemigos. La misma puerta dió entrada á los vencedores, mientras los otros caían bajo las hachas y espadas. Cada jinete, á medida que entraba, corría á toda brida hacia el foro para apoderarse de él, según las órdenes del general; con este objeto, un cuerpo de triarios esperaba á la caballería. Las legiones se extendieron por los demás puntos de la ciudad, sin saquear, sin degollar á los que encontraban como no llevasen armas para defenderse. Encadenaron á todos los cartagineses y cerca de trescientos habitantes, que eran los que habían cerrado las puertas. Dejaron á los demás en posesión de la ciudad, y se les devolvieron sus bienes: el enemigo perdió cerca de dos mil hombres en el sitio: los romanos no tuvieron más de noventa muertos.

La toma de esta plaza fué motivo de profundo regocijo para los que habían cooperado á ella, tanto el general como el ejército. La pompa de su regreso la realzó la multitud de cautivos que llevaban delante. Scipión elogió mucho á su hermano y celebró en términos muy honrosos la toma de Oringis, igualándola con su conquista de Cartagena; pero como la proximidad del invierno no le permitía arriesgar una tentativa sobre Cádiz, ni perseguir al ejército de Asdrúbal, diseminado por todos los puntos de la provincia, reunió todas sus tropas en la España citerior, envió las legiones á sus

cuarteles de invierno, mandó partir para Roma á su hermano L. Scipión con Hannón el general de los enemigos y los prisioneros de más valía, y se retiró él mismo á Tarragona. Este año, la flota romana, que había pasado de Sicilia á África, á las órdenes del procónsul M. Valerio Lucino, realizó numerosas devastaciones en el territorio de Cartago y de Utica, extendiéndose el pillaje hasta las fronteras del territorio cartaginés bajo las mismas murallas de Utica. Al regresar á Sicilia, los romanos encontraron la flota enemiga, formada por setenta naves largas: apoderáronse de diez y siete, echaron á pique cuatro, dispersando y poniendo en fuga á las demás. Vencedor por mar y tierra, entró el procónsul en Lillivea, con rico botín de toda especie. La dispersión de la flota enemiga permitió hacer llegar á Roma numerosos convoyes de trigo.

Al comenzar el estío en que se realizaron estos acontecimientos, el procónsul L. Sulpicio y el rey Atalo, que habían invernado en Egina, como antes dijimos, hicieron rumbo hacia Lemnos con sus flotas reunidas: el procónsul tenía veinticinco quinquerremes, y el rey treinta y cinco. Filipo, por su parte, que quería estar en condiciones de hacer frente al enemigo por mar y tierra, bajó á Demetriades en las orillas del mar, citando á su ejército de tierra cerca de Larisa. A la noticia de su llegada, los embajadores de los aliados acudieron de todas partes á Demetriades. Los etolios habían levantado la cabeza, fuertes con la alianza romana y la presencia de Atalo, y talaban los territorios vecinos. No eran los únicos dominados por el espanto los acarnanios, beocios y habitantes de la Eubea; también los aqueos veían unirse, á los apuros de la guerra de Etolia, los temores que les inspiraba Macanidas, tirano de Lacedemo-

nia, acampado en las fronteras de los argienos. Todos enumeraban los peligros que amenazaban á su patria por tierra y mar, é imploraban los socorros del rey, quien recibía de su reino noticias igualmente alarmantes. Scerdiledo y Pleurato habían salido á campaña, y entre los pueblos de la Tracia, los medos debían, á las primeras hostilidades que retuviesen lejos al rey, arrojar-se sobre las fronteras de la Macedonia. Los beocios y los pueblos de la Grecia central anunciaban que los etolios se habían apostado en el desfiladero de las Termópilas, en el punto en que, estrechándose la garganta, apenas deja paso, y que la habían cerrado con un foso y un parapeto para impedir á Filipo que socorriese á las ciudades aliadas. El jefe menos activo no podía dormirse al ver brotar tantas dificultades en derredor suyo. Filipo despidió aquellas legaciones, prometiendo que, según lo permitiesen el tiempo y las circunstancias, socorrería á todos sus aliados, y atendió al asunto más urgente en aquel momento, enviando una guarnición á Peparetho, á donde, según se decía, había marchado Atalo desde Lamnos con su flota, y cuyo territorio tabala. Polifanta pasó con escasas fuerzas á la Beocia; Menipo, uno de los oficiales del rey, marchó á Calcis con mil peltastos, especies de escudos parecidos á la cetra. Agregáronseles quinientos agrianos con objeto de que pudieran defender toda la isla. El rey marchó á Scotusa, á donde mandó acudir el ejército macedonio, que se encontraba en Larisa. Allí supo que una asamblea de etolios debía reunirse en Heraclea y que á ella acudiría el rey Atalo para concertar las operaciones de la campaña. En vista de esto, decidió turbar la reunión con su inesperada presencia, y avanzó á marchas forzadas hacia Heraclea; pero la asamblea estaba disuelta

cuando llegó. Sin embargo, destruyó la cosecha, que tocaba á su madurez, sobre todo cerca del golfo Eniano, y regresó á Scotusa. Allí dejó todo el ejército, menos una cohorte de su guardia, con la que marchó á Demetriades, y en seguida, para estar dispuesto ante cualquier movimiento del enemigo, envió á la Fócida, á la Eubea y á Peparetho hombres seguros, con orden de subir á las alturas y encender hogueras. Él mismo colocó, sobre la cima más elevada del monte Tiseo, un vigía encargado de observar las señales lejanas y de advertirle en seguida de cuantas disposiciones tomase el enemigo. El general romano y el rey Atalo pasaron de Peparetho á Nicea, en seguida pusieron rumbo á la Eubea, para sitiar la ciudad de Orea, la primera que se ve á la izquierda partiendo del golfo de Demetriades y dirigiéndose á Calcis y el Euripo. Atalo y Sulpicio convinieron en que los romanos atacarían por el lado izquierdo del mar y las tropas del rey por tierra.

Cuatro días después de la llegada de la flota comenzaron las operaciones, habiendo empleado este tiempo en entrevistas secretas con Plator, que mandaba en Orea á nombre de Filipo. Dos fortalezas defienden la plaza: una domina al mar, la otra está en el centro de la ciudad. Desde este punto se comunica con la playa por un subterráneo, cerrado por el lado del mar por una torre de cinco pisos de excelente defensa. Allí se reconcentraron primeramente todos los esfuerzos; la torre estaba abundantemente provista de dardos, y las naves habían desembarcado todas las máquinas á propósito para batirla (1). Mientras aquella encarnizada lu-

(1) La máquina más usada para combatir las fortificaciones era el ariete, es decir, una viga armada con una cabeza de hierro. Esta viga quedaba suspendida con dos cadenas. Algunas veces

cha atraía todas las miradas y preocupaba todos los ánimos, Plator introdujo á los romanos por la puerta del fuerte que daba al mar, y en un instante se apoderaron de la fortaleza. Rechazados los habitantes del centro de la ciudad, se replegaron en la otra fortaleza; pero allí encontraron gentes preparadas que les cerraron las puertas, y estrechados entre los enemigos, sucumbieron ó fueron hechos prisioneros. La guarnición macedonia se formó en masa compacta al pie de la fortaleza y allí se mantuvo sin huir en desorden, pero también sin combatir con vigor. Plator obtuvo de Sulpicio que la perdonase; la embarcó y la envió á Demetriades, en Phthiotida, retirándose él al lado de Atalo. Orgulloso Sulpicio por aquel triunfo tan fácil, dirigió en seguida hacia Calcis su flota victoriosa, pero el éxito distó mucho de corresponder á sus esperanzas. Abierto arriba y abajo, el mar se estrecha en Calcis en angosto canal, y presenta á primera vista como dos puertos, teniendo cada uno su entrada particular: á pesar de esto, no podría encontrarse fondeadero más peligroso, porque desde lo alto de las elevadas rocas que forman la orilla por los dos lados, llegan rachas repentinas y huracanadas, y el Euripo (1), sin experimentar siete ve-

la utilizaban sin más apoyo que los hombros de los soldados que la movían; pero esto solamente debió acontecer en la infancia de la estrategia ó en los casos repentinos y apremiantes en que se hubiese necesitado demasiado tiempo para emplear un ariete grande. Las máquinas llamadas balistas ó catapultas lanzaban proyectiles que solamente eran temibles para los hombres, puesto que no hacían daño alguno á las murallas.

(1) El Euripo es un canal pequeño, situado entre la Beocia y la Eubea. Creían los antiguos que este canal experimentaba siete veces al día movimiento de flujo y reflujo. Pero es lo cierto que su agitación no ofrece periodicidad, y depende de corrientes formadas por el movimiento de la alta mar. Según que las aguas

ces al día, como se ha dicho, flujo y reflujo peródicos, se convierte en juguete de los vientos que agitan el mar en uno ú otro sentido, y parece torrente que cae de escarpada montaña. Las naves no descansan allí de día ni de noche; y la dificultad de aquel fondeadero, la fuerza de la ciudad, encerrada de un lado por el mar, y por el de tierra rodeada de excelentes fortificaciones, la numerosa guarnición que la defendía, y, sobre todo, la fidelidad de los jefes y ciudadanos principales, que no imitaron la inconstancia y perfidia de los de Orea, todo hacía inexpugnable la plaza. Así fué que Sulpicio se mostró prudente en medio de su misma imprudencia; y á la vista de tantas dificultades, y temiendo perder un tiempo precioso, renunció en seguida á su empresa, y se dirigió á Cyno, imperio de los locrios de Opunta, situada á mil pasos del mar.

Las hogueras encendidas en las alturas de Orea (1) habían advertido á Filipo; pero por la traición de Plator, la señal llegó demasiado tarde. La inferioridad de sus fuerzas navales no le permitía tampoco abordar á la isla, destruyendo los retrasos sus proyectos. Pero en cuanto á Calcis, pudo á la primera señal correr á socorrerla: en efecto, Calcis, aunque situada en la Eubea, está separada del continente por un canal tan an-

del lago se dirigían á la punta meridional ó á la septentrional de la Eubea, resultaba una corriente que marchaba en el canal de Sur á Norte ó de Norte á Sur. Esta corriente era de ordinario rápida por efecto de la poca latitud del cauce, de lo que resultaba que la menor oscilación del mar lanzaba las aguas por el Euripo como por una esclusa.

(1) Parece que los sistemas de señales eran muy antiguos en Grecia. Si se pudiera considerar como historia un hermoso cuadro trazado por Esquilo, creeríase que la noticia de la toma de Troya pudo llegar á Argos en una noche, por medio de hogueras encendidas de promontorio en promontorio y de isla en isla.

gosto, que la une un puente á tierra firme, haciéndola accesible por mar y tierra. Filippo, que había marchado de Demetriades á Scotusa, dejó esta ciudad á la tercera vigilia, desemboscó la guarnición etolia, colocada en las Termópilas, y la derrotó; en seguida, rechazando al enemigo aterrado hasta el pie de las murallas de Heraclea, llegó el mismo día á Etaba, en la Fócida, después de una marcha de más de sesenta millas. Aquel mismo día tomaba el rey Atalo la ciudad de Opunta y la entregaba al pillaje: Sulpicio le había abandonado el botín, porque los romanos habían saqueado pocos días antes Orea, sin que los soldados del rey tomasen parte en el saqueo. Aun estaba fondeada la flota romana delante de esta ciudad, y Atalo, ignorando la proximidad de Filippo, no se ocupaba más que de exigir dinero á los ciudadanos principales de Opunta. El ataque de Filippo fué tan repentino, que á no ser por algunos cretenses que habían salido á forrajear bastante lejos de la ciudad, y que vieron al enemigo, Atalo hubiese podido quedar destruído. Precipitadamente huyó hacia el mar, sin armas y en desorden, y se embarcó; levaban el ancla cuando llegó Filippo, infundiendo terror en las tripulaciones su presencia en la costa. Desde allí marchó á Opunta, acusando á los dioses y á los hombres por haberle quitado y arrancado casi de las manos tan hermosa presa. También descargó sobre los opuntinos parte de su cólera; censuróles no haber dilatado más el sitio, como debieron, sino que se habían entregado voluntariamente, por decirlo así, al presentarse el enemigo. Después de arreglar los asuntos de Opunta, partió para Torono. Atalo se retiró primeramente á Orea, pero á la noticia de que Prusias, rey de Bithinia, había invadido sus estados, lo olvidó todo,

abandonó la guerra de Etolia y regresó al Asia. Sulpicio llevó su flota á Egina, de donde partió al comenzar la primavera. La toma de Torono no costó más trabajo á Filipo, que costó á Atalo la de Opunta. Habitaban Torono los fugitivos de Tebas en Phthiotida; después que Filipo tomó su ciudad, se colocaron bajo la protección de los etolios, que les habían cedido la posesión de Torono, talado y abandonado por aquel príncipe en la anterior campaña. De Torono, del que se apoderó, como hemos dicho, se dirigió sobre Tritorió y Drimas, plazas pequeñas y poco importantes de la Dórida, de las que se apoderó. En seguida marchó á Elatea, donde tenían orden de esperarle los embajadores de Ptolomeo y de los rodios. Cuando se trataba de los medios para terminar la guerra de la Etolia (porque los legados habían asistido también en Heraclea á la última asamblea de los romanos y de los etolios), súpose que había decidido Macanidas atacar á los ebenos en medio de sus preparativos para celebrar los juegos olímpicos. Filipo quiso adelantarse á este ataque; despidió á los legados, diciéndoles con benevolencia que «no había sido autor de la guerra de Etolia; y no sería nunca obstáculo para la paz, pero en el caso de que le ofreciesen condiciones justas y honrosas». En seguida partió á la cabeza de las tropas ligeras, atravesó la Beocia, bajó á Megara, después á Corinto, donde tomó víveres, y pasó á Fliunta y Fenea. Cuando se encontraba en Herea, enterado de que Macanidas, asustado por la noticia de su marcha, se había retirado á Lacedemonia, marchó á Egio para asistir á la asamblea de los aqueos; esperando también encontrar allí la flota cartaginesa que había pedido, para tener á su disposición una bastante importante. Pocos días antes se habían presentado los

cartagineses en las costas de la Focida, desde donde habían marchado á los puertos de los acarnanios, á la noticia de que Atalo y los romanos habían partido de Orea, porque temían que avanzasen contra ellos y les sorprendiesen en Rhium, en el pasaje donde se estrecha el golfo de Corinto.

Disgustado y triste se encontraba Filipo por no haber podido, á pesar de la rapidez de sus marchas, llegar á tiempo en ninguna de sus empresas, y ver que la fortuna se lo quitaba todo ante los ojos y se burlaba de su celebridad. Sin embargo, en la asamblea ocultó su disgusto y mostró nobles sentimientos, poniendo por testigos á los dioses y los hombres *de que en ningún momento ni ocasión había faltado; por todas partes donde había resonado el ruido de las armas enemigas, allí había acudido con la rapidez posible. Pero era difícil decidir si había mostrado más audacia en marchar al combate que apresuramiento el enemigo por evitar el encuentro. Por esta razón, Atalo en Opunta, Sulpicio en Calcis y recientemente Macanidas, habían escapado de sus manos. Pero no siempre se triunfaba huyendo, y no podía considerarse como difícil una guerra en la que se estaba seguro de vencer en cuanto se alcanzase al enemigo. Ya había conseguido una ventaja, la de que el enemigo confesase su inferioridad. Pronto conseguiría una victoria que no sería dudosa, y en el campo de batalla el resultado justificaría los temores del enemigo. Los aliados escucharon con gusto estas palabras; y Filipo devolvió en seguida Herea y la Trifilia á los aqueos y Alífera á los megalopolitanos, que probaban haber formado siempre parte de su territorio esta plaza. En seguida con las naves que le dieron los aqueos (tres cuadrirremes y tres birremes) pasó á

Anticira. De allí partió con siete quinquerremes y más de veinte barcas, que había enviado al golfo de Corinto á reunirse con la flota cartaginesa, y desembarcó en Eritras, ciudad de Etolia, vecina de Eupalio. Los etolios le esperaban; los habitantes de los campos y de los fuertes inmediatos á Potidania y Apolonia se habían refugiado en los bosques y montañas. Apoderóse de los ganados, que no pudieron llevarse los fugitivos en su precipitación, y los trasladó á sus naves, mandando á Nicias, pretor de los aqueos, que los llevase con todo el botín á Egio, mientras marchaba él á Corinto, desde donde mandó á su infantería fuese por tierra á Beocia. Por su parte se embarcó en Cencreis, costeó el Atica, dobló el cabo Sunio y llegó á Calcis casi á través de las flotas enemigas. Celebró la fidelidad y el valor de los habitantes, á quienes ni el temor ni la esperanza había podido quebrantar, y les exhortó á perseverar en la liga con igual constancia, si preferían su suerte á la de los oritanos y opuntinos; en seguida puso rumbo á Orea, encargó la autoridad superior y custodia de la plaza á aquellos ciudadanos principales que, después de la toma de la ciudad, habían preferido huir á someterse á los romanos, y regresó de la Eubea á Demetriades, de donde partió primeramente para volar en socorro de los aliados. Muy poco después comenzó en Casandrea la construcción de cien naves largas, y envió para ello considerable número de obreros navales; y como la Grecia estaba tranquila, gracias á la marcha de Atalo y á los socorros que con tanta oportunidad había prestado él á los aliados, regresó á su reino para hacer la guerra á los dardanios.

Al final del estío en que se realizaron estos acontecimientos en Grecia, Q. Fabio, hijo de Máximo, legado

de M. Livio, se presentó en el Senado para decir que el cónsul opinaba que bastaba L. Porcio y sus legiones para defender la Galia; que por su parte creía poder dejar aquella provincia y retirar el ejército consular. El Senado llamó no solamente á M. Livio, sino que también á su colega C. Claudio. La única diferencia que entre ellos hizo el decreto fué la de mandar regresar al ejército de M. Livio, mientras que las legiones de Nerón, que hacían frente á Anníbal, debían permanecer en su provincia. Los cónsules se escribieron y acordaron que, así como en la gestión de los negocios habían estado animados de iguales sentimientos, así también, aunque partiendo de puntos opuestos, entrarían juntos en Roma, debiendo esperar á su colega el primero que llegase á Prenesto. La casualidad hizo que los dos llegasen el mismo día á esta ciudad. Desde aquí enviaron un decreto convocando, para el tercer día, una asamblea del Senado en el templo de Belona; en seguida, en medio de la multitud que se precipitaba á su encuentro, avanzaron hacia Roma. No se limitaban á saludarles cuando se agrupaban en torno suyo, sino que cada cual ansiaba tocar sus manos victoriosas, felicitándoles, dándoles gracias por haber salvado la república. Cuando, según la costumbre de todos los generales, hubieron dado cuenta de sus operaciones al Senado, pidieron «que en consideración á los triunfos debidos á su valor se diese gracias á los dioses inmortales y que á ellos se les permitiese entrar en triunfo en Roma». El Senado accedió á su petición «por gratitud, dijo, primero á los dioses, y después de los dioses á los cónsules». Ordenáronse oraciones públicas en su nombre, y se concedió el triunfo á los dos. Pero como habían procedido de concierto en sus operaciones, no quisieron separar su

triunfo, y convinieron « que, como la victoria se había conquistado en la provincia de M. Livio y el día de la batalla fué aquel en que debía éste tomar los auspicios, puesto que su ejército había sido llamado á Roma y el de Nerón no había podido dejar su provincia, M. Livio entraría en Roma en una carroza con cuatro caballos y seguido por sus soldados; C. Claudio marcharía á caballo y sin comitiva ». Esta asociación del triunfo realzó la gloria de los generales, pero especialmente de aquel que había tenido más parte en la victoria y cedía en el triunfo la más hermosa á su colega: « aquel jinete, decían, era el que en seis días había atravesado la Italia en toda su longitud y dado batalla á Asdrúbal en la Cisalpina, cuando Anníbal le creía en la Apulia, acampado en su presencia. De esta manera, el mismo cónsul, en los dos extremos de Italia, había hecho frente á dos generales enemigos, generales famosos, oponiendo al uno su política y al otro su persona. El nombre de Nerón había bastado para retener á Anníbal en su campamento; y en cuanto á Asdrúbal, la expedición del cónsul había sido causa de su ruina y su muerte. El otro cónsul podía mostrarse pomposamente sobre una carroza con atalaje tan numeroso como le pluguiera; un caballo sólo paseaba por Roma al verdadero triunfador; y Nerón, marchando á pie, brillaría siempre con la doble gloria de una batalla ganada y un triunfo desdeñado. » Así discurrían los espectadores que acompañaron á Nerón al Capitolio. Las cantidades entregadas al Tesoro se elevaron á tres millones de sextercios (1) y ochenta mil libras de peso de bronce. Los soldados de M. Livio recibieron cincuenta y seis

(1) El sextercio valía 21 céntimos. Es la primera vez que Tito Livio menciona una cantidad en sextercios.

ases por cabeza; C. Claudio prometió dar á los suyos igual cantidad cuando se reuniese á su ejército. Observóse que aquel día los soldados en sus himnos y canciones celebraron más á C. Claudio que á su general; que los caballeros ensalzaron el mérito de los legados L. Veturio y Q. Cecilio, invitando al pueblo para que les nombrase cónsules para el año siguiente; y que al otro día apoyaron la recomendación los cónsules, recordando ante el pueblo reunido lo que debían al valor y fidelidad de los dos legados.

Como se acercaba la época de los comicios y se quería un dictador para presidirlos, el cónsul C. Claudio invistió con esta dignidad á su colega M. Livio, que eligió á Q. Cecilio para jefe de los caballeros. El dictador creó cónsules á L. Veturio y al mismo Q. Cecilio, que había tomado por jefe de los caballeros. En seguida celebraron los comicios pretorianos, y se nombró á C. Servilio, M. Cecilio Metelo, Tib. Claudio Aselo y Q. Mamilio Turino, que entonces era edil plebeyo. Después de los comicios abdicó el dictador, licenció el ejército y partió para la Etruria en virtud de un *senatus-consulto*, para hacer una investigación y averiguar quiénes eran los etruscos y los umbríos que, á la llegada de Asdrúbal, habían aconsejado abandonar el partido de los romanos, y los que le habían suministrado refuerzos, provisiones y otros socorros. Estos fueron todos los acontecimientos civiles y militares del año. Los juegos romanos se celebraron tres veces con la pompa acostumbrada, por los ediles curules Cn. Servilio Cepión y Ser. Cornelio Lentulo. También se representaron por completo los juegos plebeyos, pero una sola vez, por los ediles del pueblo M. Pomponio Matho y Q. Mamilio Turino. El año décimotercio de la guerra púnica, los

cónsules L. Veturio Filo y Q. Cecilio Metelo obtuvieron los dos el Brucio por provincia, con la dirección de la guerra contra Anníbal. Los pretores sortearon en seguida sus provincias: M. Cecilio Metelo tuvo la jurisdicción urbana; Q. Mamilio la de los extranjeros; C. Servilio la Sicilia y Tib. Claudio la Cerdeña. Los ejércitos se dividieron de este modo: uno de los cónsules recibió el de C. Claudio, cónsul saliente; el otro el del propretor Q. Claudio, compuesto de dos legiones: en Etruria, las dos legiones de voluntarios, mandadas por el propretor C. Terencio, pasaron á las órdenes del procónsul M. Livio, prorrogado en el mando por un año. Q. Mamilio, cediendo la jurisdicción de los extranjeros á uno de sus colegas, debía ocupar la Galia con el ejército del propretor L. Porcio, con orden de talar las tierras de los galos que se entregaron á los cartagineses á la llegada de Anníbal. C. Servilio, con las dos legiones de armas, sucedía á C. Mamilio en la provincia de Sicilia. Llamóse de Cerdeña al antiguo ejército que había mandado allí A. Hostilio, y los cónsules levantaron otra legión que debía llevar con él Tib. Claudio. Prorrogóse por un año á Q. Claudio en el mando de Tarento y á C. Hostilio Tubulo en el de Capua. El procónsul M. Valerio, que había estado encargado de defender las costas de Sicilia, recibió orden de entregar treinta naves á C. Servilio y llevar el resto de la flota á Roma.

En medio de los azares é inquietudes que causaba aquella guerra tan terrible, acostumbrada Roma á atribuir á los dioses todos sus triunfos y reveses, recibía noticia de considerable número de prodigios. En Terracina y en Satrico el de la diosa Matuta, habían sido heridos por el rayo. Igualmente asustados estaban en

Satrico por la aparición de dos serpientes en el templo de Júpiter, en el que habían entrado por la misma puerta. Decíase que en Anzio habían encontrado los segadores espadas cubiertas de sangre. En Cerea había nacido un cerdo con dos cabezas; hablábase también de un cordero que tenía los dos sexos. En Alba se habían visto dos soles; Fregela había estado durante la noche iluminada por repentina claridad; en el campo romano había hablado un buey; el altar de Neptuno, situado en medio del circo Flaminio, se había cubierto de sudor; los templos de Cerea, de la diosa Salud y de Quirino habían sido heridos por el rayo. Encargóse á los cónsules expiar estos prodigios inmolando víctimas mayores y disponiendo un día de rogativas, ordenándose estas disposiciones por un senatus-consulto. Pero prodigio más alarmante que todos los anunciados de fuera ó vistos desde la misma ciudad, fué la extinción del fuego sagrado en el templo de Vesta. La vestal que estaba de guardia aquella noche, fué azotada con varas por orden del pontífice L. Licinio. Este acontecimiento no era aviso de los dioses, sino efecto de la negligencia humana; sin embargo, creyóse deber inmolar víctimas mayores y hacer una rogativa en el templo de Vesta. Antes de su marcha para la guerra, el Senado invitó á los cónsules * á que se ocupasen de reemplazar á los cultivadores en los campos. La protección de los dioses había llevado la guerra lejos de Roma y del Lacio, y sin peligro se podía volver á los campos. Cosa extraña sería que se atendiese más al cultivo de Sicilia que al de Italia. Pero no era esto fácil para el pueblo: la guerra se había llevado los cultivadores libres y faltaban esclavos; los rebaños habían sido arrebatados, y las granjas destruídas ó incendiadas. Sin embargo, per-

suadidos por los Cónsules, gran parte de los labradores volvieron á los campos. Sobre este punto llamaron la atención las quejas de los legados de Plasencia y de Cremona. Decían éstos que sus vecinos los galos recorrían y devastaban sus tierras; habían dispersado á la mayor parte de los cultivadores, las ciudades estaban despobladas y desiertos y abandonados los campos. Encargóse al pretor Mamilio de atender á la seguridad de las colonias, y los cónsules ordenaron, por un senatus-consulta, que todo ciudadano de Cremona y de Plasencia, antes de un día señalado, regresase á su patria. Hecho esto, al comenzar la primavera partieron para la guerra. L. Cecilio tomó el ejército de C. Nerón; L. Veturio el del propretor Q. Claudio, que completó con nuevas levás. Los cónsules llevaron sus tropas al territorio de Consencia y lo talaron en todos sentidos. Cargadas de despojos regresaban las tropas, cuando las sorprendieron en estrecho desfiladero los brutinos y los honderos númidas. En el desorden del ataque, los soldados estuvieron á punto de perder, no solamente el botín, sino que también la vida. Sin embargo, aquello antes fué alarma que combate. Las legiones enviaron delante el botín, y llegaron sin desorden á punto seguro. Desde allí marcharon á la Lucania, y sin combate alguno, toda la población de aquella comarca entró bajo el dominio de Roma.

Aquel año no se trabó batalla con Anníbal. Impresionado todavía por el golpe que había herido á su patria y su familia, no buscó á los romanos, y éstos no le turbaron en su descanso; ¡tan poderoso le creían por su solo genio, cuando todo se derrumbaba en derredor suyo! No sé, en verdad, si no fué más admirable en sus reveses que en medio de sus victorias. Acampado en

tierra enemiga durante trece años, tan lejos de su país, á pesar de todas las vicisitudes de la guerra, al frente de un ejército formado, no de conciudadanos, sino de confusa aglomeración de hombres de todas naciones que no tenían ni las mismas leyes, ni las mismas costumbres, ni el mismo lenguaje; cuyo aspecto, trajes, armas, culto, religión y casi los dioses eran diferentes, supo unirles con lazos tan indisolubles, que jamás se les vió ni divididos entre sí, ni sublevados contra su general. Sin embargo, frecuentemente les faltaba la paga y los víveres en el territorio enemigo, doble escasez que en la primera guerra púnica suscitó tantos conflictos deplorables entre generales y soldados. Y cuando, después de la destrucción del ejército de Asdrúbal y de la muerte de este jefe, en el que descansaba toda la esperanza del éxito, se retiró al fondo del Brucio, abandonando el resto de Italia, ¿no era verdadero prodigio no ver estallar ningún movimiento en su campamento? Porque á todos los otros trabajos habíase unido el de obtener la subsistencia del Brucio solo, que, aun cultivado en toda su extensión, no podía bastar á las necesidades de un ejército tan numeroso. Y además, la mayor parte de los jóvenes del país habían sido arrancados á los trabajos de los campos por la necesidad de combatir y por la mala costumbre que tienen aquellos pueblos de hacer de la guerra un bandolerismo. Por otra parte, Cartago no le enviaba ningún socorro, y parecía no cuidarse más que de salvar á España, como si todo prosperase por la parte de Italia. En España, la fortuna, que bajo ciertos aspectos era igual que en Italia, bajo otros era muy diferente: era igual en cuanto que los cartagineses, vencidos en una batalla, habían sido rechazados á las extremidades de

la provincia hasta las orillas del Océano; diferente, en que España, más que Italia, más que cualquiera otra comarca del mundo, ofrecía, por la naturaleza de su suelo y el carácter de sus habitantes, recursos para encender de nuevo la guerra. Esto explica que habiendo sido la primera de las provincias del continente en que penetraron los romanos, fué la última que quedó completamente sometida, cosa que ha sucedido en nuestros días bajo las órdenes y los auspicios de César Augusto. Entonces, Asdrúbal Giscón, el más grande é ilustre después de los Barca, de todos los generales que figuraban en esta guerra, acababa de dejar á Cádiz y de entrar en la España ulterior, donde, secundándole en sus tentativas de sublevación, Magón, hijo de Amílcar, hizo levás y puso en pie de guerra cincuenta mil hombres de infantería y cuatro mil quinientos caballos. En cuanto á la caballería, casi todos los autores están de acuerdo; pero algunos historiadores han dicho que llevó bajo las murallas de Silpia setenta mil infantes. Decididos los dos generales cartagineses á no rehusar el combate, establecieron su campamento á la entrada de inmensa llanura.

Al tener noticia Scipión de aquel formidable armamento, pensó que con las legiones romanas no podría hacer frente á tantas fuerzas, y que, al menos por forma, debía oponerles bárbaros auxiliares, sin confiar, sin embargo, mucho en ellos, para que su inconstancia, causa del desastre de su padre y de su tío, no pesase demasiado en la balanza. Envió, pues, Siliano á Colcas, que reinaba en veintiocho ciudades, é hizo pedir á este príncipe la caballería é infantería que había hecho alistar durante el invierno. Él mismo salió de Tarragona, levantó algunas tropas auxiliares entre los alia-

dos al cruzar sus tierras, y marchó á Castulón. Allí le llevó Silano como refuerzo tres mil infantes y quinientos caballos, y avanzó á Becula con todo su ejército, fuerte de cuarenta y cinco mil hombres de infantería y caballería, tanto aliados como romanos. Cuando establecían el campamento, Magón y Masinisa les atacaron con su caballería, y hubiesen exterminado á los trabajadores, si algunos jinetes, ocultados por Scipión detrás de una altura que felizmente se encontraba allí, no hubiesen caído de repente sobre los que atacaban en desorden. Los más fogosos, aquellos cuya intrepidez les había llevado hasta el pie de las empalizadas y cerca de los trabajadores, se dispersaron al primer choque; pero los que marchaban bajo sus enseñas y en buen orden, resistieron por más tiempo el combate, sin que pudiese preverse el resultado. Al fin, habiendo podido las cohortes desembarazarse del bagaje, acudieron del campamento, siguiéndolas soldados á quienes se separaba del trabajo para hacerles tomar las armas, y en seguida tropas frescas más numerosas destinadas á reemplazar á los combatientes fatigados, y muy pronto, gran parte del ejército se lanzó al campo de batalla. Entonces los cartagineses y númidas no vacilaron en huir, retirándose primeramente por grupos, sin que la precipitación ó el miedo alterasen sus filas. Pero los romanos atacaron tan vigorosamente su retaguardia, que, no pudiendo resistir el choque, no guardaron ya las filas y huyeron todos por el camino más corto. Este combate, afirmando la confianza de los romanos, desanimó á los cartagineses; sin embargo, durante algunos días aún la caballería y las tropas ligeras continuaron sosteniendo escaramuzas.

Cuando se hubieron probado bastante en estos ligeros

combates, se presentó Asdrúbal con sus tropas formadas en batalla; los romanos salieron á su vez. Pero los dos ejércitos permanecieron inmóviles delante de sus parapetos; ninguno trabó combate, y ya declinaba el día cuando los cartagineses primero y después los romanos volvieron á los campamentos. Esta maniobra se repitió en los días siguientes. Asdrúbal se presentaba siempre el primero en batalla, y el primero también daba la señal de retirada á sus soldados, fatigados de estar sobre las armas; ni de una ni otra parte se movían, ninguno arrojaba un venablo ni lanzaba un grito. Veíase en el centro, por un lado los romanos, por otro los cartagineses mezclados con los africanos; los aliados formaban las alas, y en los dos ejércitos había españoles. Delante del frente de los cartagineses veíanse desde lejos los elefantes como otras tantas torres. En los dos campamentos se repetía ya que aquel orden sería el de la batalla; en los centros los romanos contra los cartagineses, y como la guerra era entre ellos, desplegarían igual valor é iguales esfuerzos en el combate. Viendo Scipión arraigada aquella creencia, cambió de intento sus planes para el día en que pensaba llegar á las manos. La víspera, por la noche, dió orden de que, antes de amanecer, tanto los hombres como los caballos estuviesen dispuestos y alimentados; los jinetes, sobre las armas, debían tener los caballos ensillados y embridados. Al amanecer lanzó toda su caballería y tropas ligeras contra las avanzadas enemigas, y en seguida avanzó él mismo á la cabeza de las legiones, después de haber colocado los aliados en el centro, contra la opinión general de los suyos y del enemigo. Despertado Asdrúbal por el ruido de su caballería, se precipitó fuera de su tienda, vió la alarma producida delante de su cam-

pamento, la confusión de los suyos, las enseñas de las legiones que brillaban á lo lejos, y toda la llanura cubierta de enemigos, por la que lanzó en el acto toda su caballería contra la caballería romana. En seguida salió del campamento con la infantería sin cambiar en nada su acostumbrado orden de batalla. La caballería estaba peleando ya largo tiempo sin resultado, y aquel combate no podía decidirse por sí mismo, porque rechazados alternativamente, cada bando se replegaba con toda seguridad sobre su infantería. Pero cuando los dos ejércitos no distaron más que quinientos pasos, Scipión mandó tocar retirada, abrió las filas y recibió en ellas á la caballería y las tropas ligeras, que dividió en dos cuerpos, y colocó como reservas detrás de las alas. Después, cuando llegó el momento de comenzar el ataque, mandó á los españoles, que estaban en el centro, que marchasen muy despacio, y, desde el ala derecha que mandaba él, envió á Silano y á Marcio orden de extender el ala izquierda, repitiendo la maniobra que le verían hacer en la derecha, y que lanzasen sus tropas ligeras, infantería y caballería, contra el enemigo, antes de que chocasen los centros. Desenvueltas de esta manera las alas, marcharon cada una con tres cohortes de infantería, tres turmas de caballería y los vélites, corriendo al enemigo, siguiendo los otros que marchaban oblicuamente. La línea era reentrante en el centro, por efecto de la lenta marcha de los españoles. Ya estaban combatiendo en las alas, y lo más escogido del ejército enemigo, los veteranos cartagineses y africanos, ni siquiera estaban á tiro de venablo, ni se atrevían, para socorrer á los suyos, á dirigirse á las alas, por temor de abrir el centro ante los romanos, que avanzaban de frente. Sus alas tenían que sostener

doble lucha; la caballería, las tropas ligeras y los vélites las habían rodeado para atacarlas por el flanco, y las cohortes las atacaban de frente, procurando separarlas del resto del ejército.

Dos razones contribuían á que el combate no fuese igual en todos los puntos: por una parte, los honderos baleares y los bisoños españoles tenían que habérselas con los romanos y los latinos; y por otra, avanzando el día, agotaba las fuerzas de los soldados de Asdrúbal, que, sorprendidos por el repentino ataque de la mañana, habíanse visto obligados á salir precipitadamente, sin haber tomado alimento. Calculando esto, prolongó Scipión el combate para llegar á la tarde. A la hora séptima, solamente la infantería había trabado batalla en las alas. El centro no entró en acción hasta mucho después; de manera que el ardor del sol de mediodía, la fatiga que experimentaban permaneciendo de pie sobre las armas, el hambre y la sed habían extenuado á los cartagineses antes de llegar á las manos; así era que se mantenían apoyados en los escudos. Además, los elefantes, asustados por el tumultuoso ataque de la caballería, de los vélites y de las tropas ligeras, se habían trasladado de las alas al centro. Abru- mados entonces de fatiga y desalentados, los enemigos comenzaron á moverse, sin abandonar las filas, y como si por orden de su general ejecutasen, sin ser atacados, un movimiento retrógrado. Pero al verles replegarse, redobló el ardor de los vencedores, que se precipitaron por todas partes sobre ellos, siendo el choque irresistible. En vano detenía Asdrúbal á los fugitivos; en vano se atravesaba en su camino, gritándoles «que tenían á la espalda colinas, en las que encontrarían segura retirada si retrocedían en buen orden». El miedo se so-

brepuso á la honra; las primeras filas se rompieron delante del enemigo, huyendo todos en seguida y haciéndose completa la derrota. Las enseñas se detuvieron primeramente al pie de las colinas, y los soldados comenzaron á rehacer las filas, al observar que los romanos vacilaban en subir la colina que tenían enfrente. Pero cuando les vieron avanzar con intrepidez, emprendieron de nuevo la fuga, y fueron rechazados en derrota hasta su campamento. El soldado romano tocaba á las empalizadas, y, en su impetuosidad, se hubiese apoderado de ellas, si á los rayos de un sol abrasador, como los que penetran entre obscuras nubes, no hubiese seguido lluvia tan copiosa, que apenas pudieron los vencedores entrar en su campamento: algunos hasta tuvieron escrúpulo religioso de intentar aquel día nuevos esfuerzos. Los cartagineses estaban extenuados de fatiga; debilitados por las heridas, la noche y la tempestad les invitaban á descanso muy necesario; pero sus temores y peligros no les dejaban espacio para ello. Persuadidos de que al amanecer el enemigo atacaría su campamento, trajeron de todos los valles inmediatos piedras con que levantaron sus parapetos, buscando en las fortificaciones la seguridad que no encontraban en sus armas; pero la desertión de sus aliados les demostró que era más prudente huir que esperar. La desertión comenzó por Atano, rey de los turditanos, que pasó á los romanos con muchos compatriotas suyos; dos plazas fuertes, con su guarnición, fueron entregadas en seguida á Scipión por sus jefes. Viendo Asdrúbal que, una vez inclinados los ánimos á la desertión, el contagio se propagaría á todos, decampó á la noche siguiente.

Scipión se enteró al amanecer, por el parte de

sus avanzadas, de la marcha del enemigo, hizo salir delante á la caballería y se puso en su persecución. Tal fué la rapidez de su marcha, que de haber seguido directamente las huellas de los cartagineses, sin duda alguna les hubiese alcanzado. Pero dió crédito á los guías, que aseguraron la existencia de un camino más corto que llevaba al Betis, y que podrían atacar al enemigo al pasar el río. Encontrándole guardado Asdrúbal, volvió hacia el Océano; sus soldados huían entonces con tal precipitación, que pusieron gran distancia entre ellos y las legiones romanas. Sin embargo, la caballería y las tropas ligeras, presentándose en tanto á retaguardia, en tanto en el flanco, hostigaban y retrasaban su retirada. Como á cada alarma era necesario detenerse y hacer frente, bien á la caballería, bien á los vélites y á la infantería auxiliar, llegaron las legiones. Desde aquel momento, más que combate, aquello fué carnicería. Al fin, aconsejando el mismo Asdrúbal la fuga á sus soldados, escapó á las alturas cercanas con unos seis mil hombres casi desarmados. Los demás cayeron muertos ó prisioneros. Los cartagineses establecieron apresuradamente y fortificaron un campamento en la colina más elevada, y desde allí se defendieron fácilmente contra un enemigo que se cansaba en vanos esfuerzos para subir una pendiente escarpada. Pero apenas podía sostenerse durante algunos días aquella posición en terreno desnudo y sin recursos; así era que aumentaban las deserciones. Asdrúbal, al fin, habiendo hecho venir algunas naves (porque se encontraba cerca del mar), abandonó al ejército durante la noche, y huyó á Cádiz. Al tener noticia de aquella fuga, Scipión dejó diez mil infantes y mil caballos á Silano para bloquear el campamento, y partiendo con

el resto del ejército, volvió á Tarragona en setenta días, después de haberse informado en el camino acerca de la conducta de los reyes y de los pueblos, para poder recompensar á cada uno según sus méritos. Después de su marcha, Masinisa tuvo una entrevista secreta con Silano, y para preparar á su pueblo á que siguiese sus nuevos proyectos, pasó al Africa con algunos compatriotas suyos. Poco se conocieron entonces las razones que determinaron aquel repentino cambio; pero la inalterable fidelidad que mostró después á los romanos hasta su extrema vejez, demostró que no había obrado sino por motivos muy graves. Magón se embarcó á su vez en las naves que le envió Asdrúbal, y marchó á Cádiz. Los demás, viéndose abandonados de sus jefes, huyeron ó desertaron, dispersándose en las ciudades inmediatas, no quedando ni un solo cuerpo con número ó fuerza imponente. De esta manera, bajo la dirección y auspicios de Scipión, fueron arrojados de España los cartagineses, el año décimotercio de la guerra y quinto desde que Scipión tomó el mando de la provincia y del ejército. Poco después se reunió Silano con Scipión en Tarragona, y le enteró de sus triunfos.

L. Scipión marchó á Roma con muchos prisioneros importantes para anunciar allí que España estaba reconquistada. En medio del regocijo general, y cuando todos ensalzaban á porfía su gloria, el héroe que había realizado aquella brillante obra era el único que, en su insaciable deseo de grandes hazañas y de verdadera grandeza, consideraba la conquista de España como débil muestra de los triunfos cuya esperanza había concebido su vasto genio. Sus miradas se dirigían al Africa, á la gran Cartago, á la gloria que cubriría su nom-

bre si terminaba aquella guerra. Así, pues, comprendiendo que debía allanar de antemano las dificultades y atraerse los ánimos de los reyes y de los pueblos, decidió sondear primeramente á Syfax, rey de los masesilios. Esta nación, vecina de los moros, habita en frente de la costa de España en que se encuentra Cartagena. En esta época mediaba alianza entre Syfax y los cartagineses. Scipión pensó que á los ojos de este príncipe la alianza no era más grave, más inviolable que para los demás bárbaros, cuya fidelidad está siempre subordinada á las vicisitudes de la fortuna, y le envió á C. Lelio con regalos. El bárbaro recibió con alegría aquellos dones. Viendo que por todas partes sonreía la fortuna á Roma, mientras que Cartago, desgraciada en Italia, estaba perdida sin remedio en España, consintió entrar en la alianza de los romanos; pero no quería, dijo, prestar ni recibir juramento sino en presencia del general romano. Lelio se limitó á conseguir del Rey un salvo conducto para llegar á su corte y volvió junto á Scipión. Cosa muy importante era, para quien ambicionaba la conquista de Africa, la amistad de Syfax, el rey más poderoso de aquella comarca, que ya había luchado con la misma Cartago, y cuyos estados estaban tan perfectamente situados con relación á España, de la que les separaba estrecho poco importante. Scipión reconoció aquella ventaja como asaz importante para adquirirla, puesto que era preciso, á costa de gran peligro; dejó, pues, á L. Marcio en Tarragona y á M. Silano en Cartagena, á donde había ido á pie y á marchas forzadas; confióles la guarda de España, partió de Cartagena con C. Lelio con dos quinquerremes, y aprovechando la tranquilidad del mar, consiguió á fuerza de remos, y ayudado á veces por ligero viento, tomar

tierra en África. La casualidad dispuso que en aquel mismo momento Asdrúbal, lanzado de España, entrase en el puerto con siete trirremes, arrojase el ancla y tratase de desembarcar en la playa. Al ver las dos quinquerremes no dudó que fuesen enemigos, y que, gracias á la superioridad de su número, fácilmente los destruyera antes de llegar al puerto; pero el apresuramiento de soldados y marineros, que preparaban sus armas y desatracaban las naves, solamente produjo inútil alarma. Impulsadas por brisa algo más fresca que soplaba del mar, las quinquerremes estaban ya en el puerto cuando los cartagineses no habían levado aún el ancla, y nadie se atrevió á intentar un ataque formal en un puerto del Rey. Asdrúbal desembarcó el primero; Scipión y Lelio saltaron en seguida á tierra y los tres marcharon á ver á Syfax.

Mucho agradó á Syfax, como no podía menos, ver á los generales de los dos pueblos más poderosos de aquella época llegar el mismo día en demanda de su alianza y amistad. A los dos les ofreció hospitalidad, y como la casualidad les había reunido bajo el mismo techo y en el mismo hogar, trató de ponerles en comunicación esperando que terminarían su larga querella. Scipión se excusó, no teniendo contra Asdrúbal, decía, ninguna enemistad personal que pudiese terminar en una entrevista; en cuanto á los asuntos de la república, no podía tratar con un enemigo sin autorización del Senado. El Rey no quería en manera alguna que pareciese excluía de su mesa á ninguno de sus huéspedes, é insistió con Scipión para que ocupase un puesto con Asdrúbal, á lo que no se resistió. Cenaron, pues, con Sifax, y el mismo lecho sirvió á Scipión y Asdrúbal, según el deseo del Rey. Tal era la perfecta urbanidad

de Scipión y la dúctil naturaleza de su ingenio para prestarse á todos los papeles que, no solamente Syfax, bárbaro extraño á la civilización romana, sino el mismo Asdrúbal, aquel enemigo tan encarnizado, quedaron seducidos por el encanto de su conversación. Aquel hombre, decía Asdrúbal, le había parecido más admirable en la familiaridad de la conversación que en toda la gloria de sus hazañas. No dudaba que desde aquel momento perteneciesen á los romanos Syfax y su reino, tanto arte tenía aquel hombre para atraerse los ánimos! No debía pensar ya Cartago en la pérdida de España, sino que debía vigilar por la conservación de Africa. ¿Era acaso el encanto de un viaje, de un paseo á lo largo de una costa risueña, lo que había decidido á tan célebre general á dejar una provincia recientemente sometida, á alejarse de sus ejércitos para pasar con dos naves al Africa, país enemigo cuya adhesión á su Rey era conocida? No. Scipión aspiraba á conquistar el Africa. El pensamiento que desde mucho tiempo alimentaba en su mente, que anunciaba con claridad, era que á ejemplo de Aníbal, que había llevado la guerra á Italia, él llevaría la guerra al Africa. Scipión hizo alianza con Syfax, dejó el Africa, y después de haber sido combatido en alta mar por vientos varios y frecuentemente huracanados, llegó al cuarto día al puerto de Cartagena.

Si la guerra púnica había terminado en las Españas, ciudades había que, teniendo el convencimiento de sus culpas, estaban tranquilas, más por temor que por adhesión. Las más importantes y las más culpables eran Ilturgis y Castulo. Esta, que había sido aliada de los romanos en la prosperidad, después de la muerte de los Scipiones y de la destrucción de sus ejércitos, se

entregó á los cartagineses. Iliturgis entregó ó degolló los restos de aquellos ejércitos refugiados en sus murallas, añadiendo de esta manera el crimen á la traición. Su castigo, á la llegada de Scipión, cuando la posesión de España no estaba asegurada aún, hubiese sido más justo que útil; pero cuando reinaba la calma, parecía haber llegado el momento de la venganza. Así, pues, el general hizo venir de Tarragona á L. Marcio con la tercera parte de las tropas, y le envió á sitiar á Castulo; y él mismo se puso al frente del resto del ejército, y llegó en cinco días de marcha bajo las murallas de Iliturgis. Las puertas estaban cerradas y tomadas todas las medidas y disposiciones para resistir. El convencimiento del castigo que merecía su delito había reemplazado para los habitantes la declaración de guerra. Esta circunstancia dió pie á la arenga que Scipión dirigió á sus soldados: «Aquellas puertas cerradas revelaban en los españoles el temor del castigo que merecían; por esta razón era necesario atacarlas con más encarnizamiento que á los cartagineses: con éstos se luchaba casi sin cólera, disputándose el imperio y la gloria; pero aquéllos habían mostrado tanta perfidia, crueldad y perversidad, que gritaban venganza. Había llegado el momento de castigar el infame degüello de sus compañeros y la traición que les amenazaba á ellos mismos, si la fuga les hubiese llevado á aquella ciudad. Necesario era demostrar á todos los siglos con un ejemplo terrible que en buena ó mala fortuna no se debía ultrajar al ciudadano, al soldado romano.» Esta arenga del general inflamó todos los corazones: diéronse las escalas á hombres escogidos de cada manípulo, el ejército quedó dividido en dos cuerpos, mandando uno de ellos el legado Lelio, y el ataque se dirigió sobre dos

puntos á la vez para añadir la ansiedad al terror. No era un jefe único ó la reunión de los principales habitantes, sino la conciencia de su crimen y el miedo lo que estimulaba á los sitiados á defender sus murallas con valor. Pensaban y se decían unos á otros « que se deseaba su suplicio más bien que una victoria. El asunto para ellos era saber dónde habían de morir: si en el combate, si en el campo de batalla, donde la inconstancia del dios de la guerra frecuentemente levantaba al vencido para abatir al vencedor, ó bien bajo los humeantes escombros de su ciudad, á los ojos de sus esposas y de sus hijos, cautivos entre cadenas, bajo las varas, y cubiertos de ultrajes é ignominia.» Así se vió además de la juventud en edad de servir, los hombres maduros y hasta las mujeres y los niños, dominando su debilidad y timidez, dar armas á los combatientes y llevar á los trabajadores piedras para las fortificaciones. Tratábase para ellos de más que la libertad, cuyo sentimiento tanto impulsa al hombre valeroso; ante los ojos tenían el cuadro de los suplicios más crueles, y la muerte más ignominiosa. Las fatigas y peligros que á porfía arrostraban unos y otros á la vista de todos, exaltaban el valor. Así es que tal fué el encarnizamiento del combate, que aquel ejército que había conquistado toda España, se vió detenido por los defensores de una sola plaza, frecuentemente rechazado de sus murallas y á punto de empañar su gloria con el miedo. Observó Scipión; temió que la inutilidad de sus esfuerzos, redoblando el valor del enemigo, contuviese el ardor de los suyos; decidió arrostrar él mismo el peligro, reconvinó á los soldados por su cobardía, mandó llevar escalas y declaró con voz amenazadora que, si vacilaban, iba á subir él mismo. Ya se encontraba, á pesar del pe-

ligro, al pie de la muralla, cuando un grito de temor por la vida del general partió de todas las filas, aplicándose al mismo tiempo las escalas en muchos puntos, mientras que por otro lado daba el asalto Lelio. Entonces perdieron valor los habitantes; sus soldados fueron rechazados y tomadas las murallas.

Hasta la fortaleza fué tomada en aquel ataque por un lado que parecía inaccesible. Los desertores africanos que servían entonces como auxiliares en el ejército romano, aprovechando la circunstancia de que todos los habitantes estaban ocupados en la defensa de los puntos amenazados, y que los romanos escalaban por donde podían, se dirigieron á la parte más alta de la ciudad. Habían observado que aquel sitio, protegido por una roca escarpada, no tenía murallas ni defensores. Aquellos hombres naturalmente ágiles, y que mantenían su agilidad con frecuentes ejercicios, se habían provisto de clavos de hierro, y cogiéndose como podían á las escabrosidades de la roca, comenzaron á trepar. En los puntos á pico ó muy resbaladizos clavaban los clavos de trecho en trecho formando como escalones, y con este auxilio los primeros subían á los siguientes, empujados también por los últimos: de esta manera llegaron todos á lo alto. Desde allí bajaron corriendo á la ciudad, que estaba ya en poder de los romanos. Bien se vió entonces que la cólera y el odio habían decidido aquel sitio; ninguno pensó en hacer prisioneros ni en saquear las casas cuyas puertas estaban abiertas. Sin piedad degollaron á los hombres armados y á los que no tenían armas; ni las mujeres ni los niños encontraron compasión ante aquella ira cruel. En seguida prendieron fuego á las casas y demolieron todo aquello que el incendio no pudo destruir: ¡tanto empeño tenían en

destruir hasta los vestigios de una ciudad enemiga y borrar hasta el recuerdo de su posición! En seguida marchó Scipión contra Castulo: defendían esta ciudad los españoles que se habían reunido y los restos del ejército cartaginés que la fuga había llevado allí de todas partes. A la llegada de Scipión, precedido por la noticia del desastre de Iliturgis, el terror y la desesperación se apoderaron de todos los corazones; pero como los intereses eran diversos, cada cual quiso atender á su seguridad sin cuidarse de la de los otros: de esto resultó, primeramente secreta desconfianza, después completa ruptura entre cartagineses y españoles. Cerdubelo propuso francamente á éstos la rendición, y á pesar de Hamilcón, jefe de los auxiliares cartagineses, por tratado secreto entregó la ciudad y sus defensores á los romanos. Esta victoria fué suave; el delito no era tan grande, y tal vez el resentimiento quedó desarmado por aquella rendición voluntaria.

Marcio fué enviado en seguida contra aquellos bárbaros que no estaban subyugados aún, para reducirles á la obediencia. Scipión regresó á Cartagena para cumplir sus votos á los dioses y celebrar los juegos de gladiadores que había preparado en honor de los manes de su padre y de su tío. No se vió figurar en aquellos juegos atletas de la clase de esclavos, entre los que reclutan los lanistas sus gladiadores, mercenarios que venden su sangre, sino combatientes voluntarios y gratuitos. Los principales del país habían enviado algunos para demostrar el valor natural de su nación; otros habían declarado que bajarían á la arena en honor de su general, y algunos se presentaron por espíritu de lucha y rivalidad, por la satisfacción de proponer ó aceptar un desafío. Trabados algunos en cuestiones que

no habían podido ó no habían querido terminar pacíficamente, convinieron que decidiese la victoria y se encomendaron á la espada. Y no eran estos hombres oscuros, sino nobles y preclaros varones: entre otros Corbis y Orsa, primos hermanos que se disputaban la primacía de una ciudad llamada Ibes, y que decidieron resolver su querrela por las armas. Corbis era mayor, pero Orsa era hijo del último rey, que, á la muerte de su hermano mayor, había heredado la corona. Scipión quería atraerles á una discusión tranquila y reconciliarles; pero los dos contestaron «que ya se habían negado á sus parientes comunes, y que entre los dioses y los hombres no tendrían otro juez que Marte.» Corbis estaba orgulloso de su fuerza; Orsa de su juventud, y cada uno de ellos prefería morir combatiendo á someterse á la autoridad de su rival. Nada pudo hacerles renunciar á su furiosa enemistad, y su combate fué á la vez para el ejército espectáculo raro y prueba evidente de los males que la ambición produce entre los mortales. El mayor triunfó fácilmente, por su destreza y habilidad en el manejo de las armas, de la fogosa inexperiencia del joven. A la lucha de gladiadores sucedieron juegos fúnebres celebrados con toda la pompa que permitían los recursos de la provincia y del campamento.

Entretanto, los legados impulsaban vivamente la guerra. Habiendo Marcio pasado el Betis, llamado Certis por los indígenas, recibió sin combate la sumisión de dos ciudades poderosas. Astapa había seguido constantemente el partido de los cartagineses; pero no se le censuraba tanto esta fidelidad como el odio implacable que tenía á los romanos y que no justificaban las necesidades de la guerra. Y sin embargo, la ciudad no tenía

posición ni murallas bastante fuertes para inspirar tanta audacia á sus habitantes. Especial afición al bandolerismo les impulsaba á las tierras de sus vecinos aliados de Roma, haciéndoles sorprender á los soldados, á los criados del ejército y á los mercaderes extraviados. También habían atacado un convoy considerable que atravesaba el país con fuerte escolta, para mayor seguridad, y habiéndola rodeado en posición desfavorable, la exterminaron. Cuando se presentó el ejército ante sus murallas para sitiárlas, el convencimiento de sus crímenes les hizo comprender que la capitulación no desarmaría la justa indignación de los romanos. No esperando tampoco salvar la vida detrás de las murallas ó con el auxilio de sus armas, imaginaron contra ellos mismos y contra los suyos espantosa maldad. Eligieron un punto en su foro para amontonar en él los objetos más preciosos; hicieron sentar encima á sus esposas é hijos, elevaron en derredor una pira y arrojaron en ella haces de ramaje seco. Cincuenta jóvenes bien armados quedaron encargados de vigilar, mientras el resultado del combate fuese dudoso, aquel paraje que encerraba sus tesoros y las personas que les eran más queridas que los tesoros mismos. Si la fortuna se declaraba contra ellos y la ciudad se encontraba á punto de caer en manos del enemigo, podrían estar seguros de que todos los que habían marchado al combate habían perecido en la lucha. «Rogábanles, pues, en nombre de los dioses superiores é inferiores, en nombre de aquella libertad que tendrían que perder aquel día por honrosa muerte, por vergonzosa esclavitud, que no dejasen ningún objeto sobre el que pudiese recaer la ira del enemigo. En la mano tenían el hierro y el fuego, y mejor era que manos amigas

y fieles destruyesen todo lo que había de perecer, que entregarlo al insultante orgullo del vencedor. A estas exhortaciones unieron imprecaciones terribles contra aquellos que, por traición ó debilidad, vacilasen en su resolución. En seguida abrieron las puertas y salieron á la carrera, haciendo mucho ruido. Ninguna guardia fué bastante fuerte para detenerlos, porque nada podía esperarse menos que aquella audaz salida. Algunas turmas de caballería y las tropas ligeras, lanzadas de pronto fuera del campamento para hacerles frente, se presentaron ante ellos, trabándose violento combate con más impetuosa y ardor que orden y táctica; así fué que la caballería que llegó la primera al enemigo fué rechazada y difundió temor entre las tropas ligeras. El combate hubiese llegado hasta las mismas empalizadas, si la masa de las legiones, formando apresuradamente las filas, no se hubiese presentado en batalla. También entonces hubo un momento de desorden, causado por el ciego furor y audacia insensata de un enemigo que se precipitaba delante de las heridas y de los golpes; pero oponiendo los veteranos la sangre fría á la fogosa temeridad, contuvieron con la muerte de los primeros el brío de los que les seguían. Poco después quisieron avanzar, pero como el enemigo no retrocedía, decidido á morir en su puesto, abrieron las filas, cosa que les era fácil por su considerable número, envolvieron las alas de los enemigos, y formando círculo en derredor de ellos, les mataron á todos hasta el último.

Pero este hecho era propio de enemigo irritado en el calor del combate, usando del derecho de la guerra contra hombres armados que les oponían resistencia: matanza más espantosa tenía lugar en el interior de la ciudad; mujeres y niños, multitud débil y desarmada,

eran degollados por sus conciudadanos y arrojados la mayor parte vivos aún á la pira encendida, cuya naciente llama apagaban arroyos de sangre. Cansados al fin de aquella odiosa matanza, los mismos matadores se precipitaron armados en medio del incendio. La matanza estaba ya terminada cuando llegaron los romanos vencedores, dejándoles paralizados el horror durante algún tiempo; pero el oro y la plata que brillaban en medio de aquellos montones abrasados, excitaron en ellos la avidez natural en el corazón del hombre; y al querer arrebatarse aquellos tesoros á las llamas, unos quedaron consumidos por el fuego, otros medio quemados por los ardientes vapores; porque los que llegaron primero no podían retroceder, en razón á que les empujaba inmensa multitud. De esta manera quedó destruida Astapa por el hierro y el fuego, sin que la hubiesen saqueado los soldados. Marcio recibió la sumisión de otras ciudades de aquella comarca, á las que había aterrado, y llevó su ejército victorioso á Cartagena, donde se encontraba Scipión. En esta época llegaron desertores de Cádiz y prometieron entregar la ciudad, la guarnición cartaginesa, el jefe y la flota. Magón se había detenido en su fuga en esta ciudad; había reunido sus naves en el Océano, había obtenido algunos refuerzos de la costa de Africa, al otro lado del Estrecho, y conseguido, por mediación de Hannón, algunos auxiliares de las comarcas de España más inmediatas. Scipión recibió el juramento de los desertores y les empeñó su palabra; en seguida hizo partir para Cádiz á Marcio al frente de las cohortes ligeras, y á Lelio con siete trirremes y una quinquerreme, mandándoles que concertasen sus operaciones por tierra y por mar.

Scipión padeció una enfermedad bastante grave, pero

cuya gravedad exageró el rumor público, añadiendo algo cada cual á lo que había oído decir, por la natural inclinación del hombre á aumentar las noticias. Esto bastó para perturbar toda la provincia, y especialmente los puntos lejanos. Entonces se vió qué masa de enemigos habría levantado una desgracia real, puesto que falso rumor había excitado tan violentas tempestades. Los aliados violaron sus juramentos y el ejército sus deberes. Mandonio é Indibilis, que se habían lisonjeado con la esperanza de que, una vez arrojados los cartagineses, dominarían en España, y que veían frustrados sus deseos, sublevaron sus pueblos (que eran los lactanos), armaron la juventud celtibérica, y, penetrando en las tierras de los mesetanos y de los sedetanos, aliados de los romanos, hicieron en ellas crueles estragos. Los romanos del campamento de Sucrona participaron de este extravío: éstos ascendían á ocho mil hombres, encargados de vigilar las naciones que habitaban aquende el Ebro. La agitación de los ánimos no se manifestó con ocasión de los inciertos rumores que corrían acerca de la vida del general; era anterior, y reconocía por causa la licencia que resulta ordinariamente de prolongada ociosidad, y quizá también el disgusto de la sujeción que la paz imponía á hombres acostumbrados á vivir anchamente en territorio enemigo. Primeramente murmuraron las quejas en reserva: «Si la guerra continuaba en España, ¿qué hacían ellos en aquella comarca tranquila? Si había terminado y la provincia estaba sometida, ¿por qué no les llevaban á Italia?». Después reclamaron el sueldo con insolencia impropia de las costumbres y subordinación militares. Algunos centinelas habían insultado á sus tribunos cuando recorrían de noche los puestos; algu-

nos soldados habían ido, á pesar de la paz, á merodear en los alrededores, y al fin abandonaban abiertamente las enseñas en pleno día y sin licencia. El capricho y licencia del soldado eran la única regla; ya no se observaban leyes militares ni disciplina, ni se obedecía á los jefes. Sin embargo, todo presentaba aún el aspecto de campamento romano. Con la esperanza de que los tribunos no resistirían al contagio y que participarían del extravío y la sublevación, dejábanles ejercer la autoridad de sus cargos. Pedíanles la consigna; formábanse sucesivamente guardias y rondas; y si se desconocía la autoridad de los jefes, gobernándose el soldado por sí mismo, conservaba al menos apariencia de sumisión: Pero la sedición estalló en cuanto vieron á los tribunos censurar y desaprobar su conducta, esforzarse en contenerles y negarse abiertamente á tomar parte en sus furios. Arrojárónles de su tribunal y después del campamento; en seguida los jefes de la revuelta, que eran dos soldados, C. Albo Caleno y C. Atrio Umbro, fueron investidos del mando. Creyendo estos hombres inferiores á su mérito las insignias de tribuno, se atrevieron á arrogarse las del poder supremo y poner mano en las hachas y los haces, no ocurriéndoseles que muy pronto verían caer sobre su cabeza aquellas varas y aquellas hachas que hacían llevar delante de ellos para asustar á los otros. La falsa noticia de la muerte de Scipión les cegaba, no dudando que en cuanto se divulgase encendería el fuego de la guerra en toda España. Ahora bien; en medio de la confusión podrian poner á rescate los aliados y saquear las ciudades vecinas; y en medio del trastorno general, los excesos que todos habrían cometido impedirían que se notasen sus propios atentados.

Esperaban, sin embargo, otras noticias más recientes de la muerte y hasta de los funerales de Scipión; pero no llegaban, y aquel vago rumor iba desvaneciéndose: entonces se preguntaron quiénes eran los autores, y cada cual negó serlo, prefiriendo pasar por demasiado crédulo en aquel asunto, á haber sido autor de la mentira. Los abandonados jefes contemplaban sus insignias, y ante aquellos símbolos de una autoridad imaginaria veían con espanto la verdadera, la legítima autoridad, dispuesta á descargar su cólera sobre ellos. En medio del estupor de los sublevados, súpose por conducto seguro que Scipión no había muerto, y que muy pronto se encontraría restablecido; después llegaron siete tribunos militares, enviados por el mismo Scipión. Su presencia exasperó los ánimos; pero muy pronto el lenguaje conciliador que empleaban con los primeros á quienes hablaron y de quienes eran conocidos, calmó la efervescencia. Recorriendo primeramente las tiendas de los soldados, después el tribunal y el pretorio, cuando veían grupos de soldados hablando, dirigianse á ellos, les preguntaban la causa de su irritación y de su descontento tan repentino, y no les reprendían. Decíanles generalmente que «la paga no llegaba jamás con puntualidad, á pesar de que, cuando estalló la revuelta de Iliturgis, después de la muerte de dos generales y de la destrucción de dos ejércitos, su valor había levantado el nombre romano y conservado la provincia. Iliturgis había sido castigada; pero nadie pensaba en recompensarles por sus servicios.» Á esto contestaban «que sus quejas y peticiones eran justas; que ellos mismos las transmitirían al General. Alegrábanse de que el mal no fuese mayor é incurable. Con el auxilio de los dioses, Scipión y la República sabrían pagar aquella deuda de

gratitud. Acostumbrado Scipión á los peligros de la guerra, pero poco experto en achaques de sedición, estaba preocupado por el temor de que su ejército pasase los límites de la insubordinación, ó él mismo los de la severidad. Por el momento, consecuente con su primera moderación, envió perceptores á las ciudades tributarias de las inmediaciones, é hizo esperar pronta paga. En seguida mandó por un edicto á las tropas que marchasen á cobrar su sueldo en Cartagena, en destacamentos ó en masa, como quisieran. La sublevación, que ya languidecía, quedó extinguida por la repentina inacción de los españoles sublevados. Mandonio é Indibilis habían regresado á su país, abandonando sus proyectos á la noticia del restablecimiento de Scipión. Los sediciosos no contaban ya con ciudadano ni extranjero que quisiera asociarse á su loca empresa, y después de maduras reflexiones no vieron más que un solo recurso, aunque incierto al salir de una sedición: el de entregarse, ó á la justa cólera de su general, ó á la clemencia, de la que no debían desesperar. Había perdonado á muchos enemigos que habían combatido contra él: la sublevación no había derramado sangre ni cometido homicidios; no había sido cruel, y por tanto no merecía cruel castigo. El ingenio humano es muy fecundo en argumentos cuando trata de justificarse á sí mismo. Pero ignoraban si marcharían por cohortes ó en masa á cobrar la paga, decidiéndose al fin por esto último, que parecía lo más seguro.

Cuando se agitaban estas cuestiones en el campamento, celebrábase un consejo en Cartagena, discutiéndose si se castigaría solamente á los autores de la sedición, que no eran más de treinta y cinco, ó si se cortarían mayor número de cabezas para expiar aquella defec-

ción, que no había llegado á sedición, pero cuyo ejemplo era pernicioso. La opinión más suave triunfó; limitábase el castigo á los autores del delito, y para el resto del ejército bastaría una reprensión. Cuando se disolvió el consejo, anuncióse, como si hubiese sido éste el objeto de las deliberaciones, una expedición contra Mandonio é Indibilis á las tropas que se encontraban entonces en Cartagena, y se las mandó preparar víveres para muchos días. Los siete tribunos que fueron enviados anteriormente á calmar la revuelta del campamento de Sucrona recibieron orden de salir al encuentro del ejército, dándose á cada uno los nombres de cinco jefes de la sublevación, ordenándoseles que les hiciesen ofrecer hospitalidad de un modo amistoso y benévolo por personas seguras, embriagarles y cargarles de cadenas. Acercábanse ya los sublevados á Cartagena, cuando supieron, por los que habían salido á su encuentro, que todo el ejército, á las órdenes de M. Silano, marchaba al día siguiente contra los lacetanos. Esta noticia disipó el temor que dominaba secretamente los ánimos, y hasta les produjo profunda alegría: el General sólo estaría á merced suya antes que ellos en su poder. Al ponerse el sol entraron en la ciudad, y vieron al otro ejército completamente entregado á sus preparativos de marcha. Recibiéronles con palabras convenientes de antemano: «El General se alegraba mucho de verles llegar con tanta oportunidad, cuando iba á marchar con el otro ejército.» Repararon las fuerzas, y los tribunos hicieron que hombres seguros, sin el menor ruido, se llevasen los jefes de la sublevación, se apoderaron de ellos, y los encadenaron. Á la cuarta vigilia, los bagajes de las tropas que simulaban la marcha se pusieron en movimiento. Al amanecer levantaron las enseñas; pero

el ejército fué detenido en la puerta, y se colocaron centinelas en todas las salidas de la ciudad para impedir evasiones. En seguida convocaron á los soldados llegados la víspera, que marcharon al Foro con aspecto amenazador, presentándose ante el tribunal de Scipión, esperando intimidarle con sus gritos. Mientras el General subía á su asiento, el ejército volvía de la puerta y envolvía por detrás á los rebeldes desarmados. Entonces perdieron su arrogancia, y, como después dijeron, lo que más les intimidó fué el vigor, aquel rostro de Scipión, que creían encontrar desfallecido; aquella mirada más firme que la vieron jamás en los campos de batalla. Scipión permaneció por algún tiempo sentado y en silencio, esperando que le anunciaran que se encontraban en el Foro los autores de la sedición y que todo estaba dispuesto.

En seguida mandó que el pregonero impusiese silencio, y comenzó así:

•Jamás hubiese creído que llegara un día en que me faltasen palabras para dirigirme á mi ejército, y no porque haya ejercitado más la palabra que las obras; pero educado casi desde la infancia en medio de los campamentos, estoy acostumbrado á las maneras del soldado. Sin embargo, para hablaros, me faltan á la vez las palabras y las ideas; ni siquiera sé cómo llamaros. ¿Ciudadanos? Habéis repudiado vuestra patria. ¿Soldados? Habéis rechazado el mando y los auspicios, habéis roto los sagrados lazos del juramento. ¿Enemigos? La persona, los rostros, los trajes, la apostura, todo me anuncia romanos; las acciones, los discursos, los proyectos, los sentimientos son de enemigos. ¿Habéis formado algún voto, concebido alguna esperanza, que no hayan compartido con vosotros los ilergetas y

lacetanos? Ellos, al menos, en su revuelta tomaron por jefes á Mandonio é Indibilis, varones de sangre real. Pero vosotros á un Atrio Umbro y á un Albio Caleno entregasteis los auspicios y el mando. Decidme que no sois todos culpables, que no habéis querido todos esta infamia, soldados; que esta locura, que este delirio solamente á pocos de vosotros han cegado; dispuesto estoy completamente á creerlos. Porque el atentado que se ha cometido, si hubiese manchado todo el ejército, solamente con inmensas expiaciones podría lavarse. Toco estas llagas á pesar mío; pero imposible es curarlas sin poner la mano en ellas, sin sondearlas. Cierto es que después de haber sido expulsados de España ios cartagineses, no pensaba que hubiese en toda la provincia lugar alguno ni hombre alguno que odiase mi vida; mi conducta había sido leal con los aliados y con los enemigos. Y he aquí que en mi campamento (¡cuánto me engañaba la confianza!) se recibe con regocijo la noticia de mi muerte; ¿qué digo? se espera con impaciencia. No quiero extender á todos este crimen, no; porque si creyese que todo mi ejército había deseado mi muerte, aquí mismo, en el acto, me la daría ante vuestros ojos. ¿Para qué había de querer una vida que pesase á mis conciudadanos y á mis soldados? Pero toda multitud se parece al mar; naturalmente inmóvil, el soplo del viento lo levanta: de la misma manera lleváis en vosotros la calma ó la tempestad. Para producir y encender esos transportes han sido necesarios motores, y solamente por contagio se ha apoderado de vosotros esa demencia. Creo que hoy mismo no comprendéis el exceso de vuestra locura, de vuestros sacrílegos atentados contra mí, contra la patria, contra vuestros parientes y vuestros hijos, contra los dioses testigos de

vuestro juramento, contra los auspicios bajo los cuales combatís, contra las costumbres militares y la disciplina de vuestros abuelos, contra la majestad del mando supremo. No hablo de mí; prefiero suponer que vuestra credulidad ha sido más irreflexiva que culpable: no me admira haber merecido que mis soldados estén cansados de tenerme por general. ¿Pero qué os había hecho la patria para que, asociándoos al proyecto de Mandonio é Indibilis, no os avergonzase hacerla traición? ¿Qué os había hecho el pueblo romano cuando arrancabais el poder á los tribunos elegidos por sus votos para entregarlos á simples particulares; cuando no contentos con tener á tales hombres por tribunos, habéis profanado los haces de vuestro General, dándolos, vosotros, soldados romanos, á miserables que jamás han tenido un esclavo bajo su dependencia? ¡Y el pretorio ha servido de tienda á un Albio, á un Atrio! ¡La bocina ha sonado delante de ellos! ¡Se les ha pedido la consigna! ¡Se han sentado en el tribunal de P. Scipión! ¡El licitor ha marchado delante de ellos, ha separado á la multitud para abrirles paso! ¡Los haces y las hachas les han precedido! ¡Que caiga del cielo lluvia de piedras, que caiga el rayo, que nazcan animales monstruosos! ¿Creeis en el prodigio? También aquí hay un prodigio que ni víctimas ni rogativas pueden expiar; se necesita la sangre de los que se han hecho reos de tanta maldad.

• Bien sé que jamás se raciocina el crimen; pero quisiera saber qué intención, qué proyectos teniais en vuestra impia tentativa. En otro tiempo, una legión enviada de guarnición á Reggio se apoderó por traición de aquella importante ciudad, degolló á los habitantes más notables, y la conservó durante diez años. Por este atentado, la legión entera, es decir, cuatro mil

hombres, fueron decapitados en Roma, en medio del Foro. Y, sin embargo, no tomaron por general á un Atrio Umbro, casi criado del ejército, cuyo nombre solamente es de mal agüero: su jefe era Decio Jubelio, tribuno militar. No se les vió unirse á Pirro, ni á los samnitas, ni á los lucanos, enemigos del nombre romano. Pero vosotros habéis concertado vuestros planes con Mandonio é Indibilis y debíais unir vuestras armas con las suyas. Querían aquéllos, como los campanios á Capua, cuando la arrebataron á los etruscos sus antiguos habitantes, como los mamertinos á Mesina, en Sicilia, hacer de Reggio su morada definitiva; y ni el pueblo romano ni sus aliados hubiesen tenido que temer guerra de su parte. Pero vosotros ¿ibais á fijaros en Sucrona? Si al terminar mi mando, yo, vuestro general, abandonando la provincia, os dejaba en ella, se os hubiese oído implorar la protección de los dioses y de los hombres contra una orden que os impediría volver á ver á vuestras esposas y á vuestros hijos. Pero deseo suponer que su memoria, como la de la patria, como la mía, no se ha extinguido en vosotros. Prosigamos, pues; busquemos el objeto de ese impío designio, porque no supongo que traspase los límites de la locura. Estando yo vivo, cuando conservo todo el resto del ejército á cuyo frente he tomado en un día á Cartagena, batido y derrotado cuatro generales, cuatro ejércitos cartagineses; cuando les he arrojado de España, ¿vosotros, un cuerpo de ocho mil hombres, de los que ninguno vale tanto como ese Albio y ese Atrio á quienes os habéis sometido, habríais arrebatado la España al pueblo romano? No hablo de mí, prescindiendo de mi nombre; facilísimamente habéis creído mi muerte; admito que ésta sea la única ofensa que me habéis

hecho ¡Cómo! ¿muriendo yo, creíais que moría la república, que conmigo sucumbía el poder del pueblo romano? ¡Ah! ¡Júpiter óptimo máximo no hubiese permitido que la duración de una ciudad fundada bajo sus auspicios y por mandato de los dioses para que fuese eterna, dependiese de este cuerpo frágil y mortal! Flaminio, Paulo Emilio, Gracco, Postumio Albino, M. Marcelo, T. Quincio Crispino, Cn. Fulvio, los Escipiones, mi padre y mi tío, generales ilustres todos, han muerto en esta sola guerra, y el pueblo romano les ha sobrevivido y sobrevivirá á otros mil, aunque otros mil cayeran bajo el hierro ó la enfermedad. ¿Y mi tumba habría sido la de la república romana? Pero vosotros mismos, en esta España en que nos encontramos, después de la muerte de mi padre y de mi tío, vuestros dos generales, ¿no elegisteis á Septimo Marcio para que se pusiera á vuestra cabeza contra los cartagineses, que se encontraban aún en la embriaguez de su reciente victoria? Y hablo como si la España hubiese de haber quedado sin generales. Pero ¿acaso M. Silano no tiene los mismos derechos y la misma autoridad que yo en la provincia? Mi hermano L. Scipión y C. Lelio ¿no son mis legados? ¿Hubiesen dejado de castigar el ultraje hecho á la majestad del mando? ¿Podrían compararse los ejércitos, los jefes, la dignidad de las personas y la santidad de las causas? Y aunque tuvieseis de vuestra parte todas las ventajas ¿acaso ibais á volver vuestras armas con los cartagineses contra vuestra patria, contra vuestros conciudadanos? ¿Acaso querriais asegurar la preponderancia al Africa sobre Italia, á Cartago sobre Roma? ¿Qué os ha hecho vuestra patria?

• En otro tiempo, Coriolano, bajo el peso de una sen-

tencia injusta, en los intolerables trabajos del destierro, encontró motivo para ir á sitiarse á su patria; y, sin embargo, la piedad del hijo reprimió el parricidio del ciudadano. ¿Pero en vosotros qué causa tienen el resentimiento, la cólera que os dominaban? El pago de vuestro sueldo retrasado algunos días por la enfermedad de vuestro general, ¿era razón suficiente para declarar la guerra á la patria? ¿para abrazar la causa de los ilergétas contra Roma? ¿para violar todas las leyes divinas y humanas? Locura vuestra era, soldados, y mi cuerpo ha estado menos enfermo que vuestro ánimo. No puedo recordar sin horror vuestra ciega credulidad, vuestras esperanzas, vuestros deseos. ¡Perezca el recuerdo de todo lo pasado si posible es! Si no, que eterno silencio lo cubra. Confieso que mi lenguaje ha debido pareceros severo y terrible; pero ¡cuánto más terribles han sido vuestros actos que mis palabras! ¿Creéis que debía soportar pacientemente vuestra conducta, cuando vosotros mismos no podríais oír hablar de ella con tranquilidad? Pero ya no os reconvenré más. ¡Ojalá lo olvidéis todo tan fácilmente como yo! Por vuestra parte, si experimentáis algún arrepentimiento por vuestro extravío, os considero bastante castigados. Pero Albio Caleno, Atrio Umbro y los demás jefes de esta deplorable sedición pagarán su crimen con la vida. El espectáculo de su suplicio, lejos de afligiros, debe agradaros, si habéis recobrado la razón; porque para vosotros, más que para nadie, eran funestos y crueles sus proyectos. Apenas terminó de hablar, cuando, en conformidad con las disposiciones tomadas de antemano, presentaron á la vez á los rebeldes todo lo que podía espantar sus ojos y oídos. Los soldados que formaban un círculo alrededor de la

asamblea, golpearon los escudos con las espadas, y el pregonero pronunció en voz alta los nombres de aquellos á quienes había condenado el Consejo. Lleváronles desnudos al recinto y se desplegó todo el aparato del suplicio. En seguida se les ató al poste, se les azotó con las varas y se les cortó la cabeza. Tan sobrecogidos de terror estaban los espectadores, que no se alzó ni un murmullo contra la severidad del castigo, ni una queja se dejó oír. Lleváronse en seguida los cadáveres, purificaron el sitio, y cada soldado, llamado individualmente, prestó juramento ante los tribunos militares en nombre de Scipión y recibió á su vez el sueldo que se le debía. Así terminó la sedición que estalló en el campamento de Sucrona.

Por este mismo tiempo, Hannón, prefecto de Magón, enviado desde Cádiz á las orillas del Betis con corto número de africanos, sedujo á los españoles con el cebo del oro y consiguió armar cerca de cuatro mil hombres. Arrojado en seguida de su campamento por L. Marcio, perdió la mayor parte de sus soldados en medio del desorden de aquella sorpresa, ó cuando huían delante de la caballería que iba en su persecución, escapando él mismo con muy pocos hombres. Mientras ocurrían estos acontecimientos en las orillas del Betis, Lelio salió del estrecho, entró en el Océano y se acercó á Carteya con la flota. Esta ciudad está situada en la costa, á la salida del estrecho, en el mismo punto donde empieza á ensancharse el mar. Esperaba poder apoderarse de Cádiz sin combate y por traición, según las promesas que le habían hecho, como antes se dijo, los gaditanos que fueron voluntariamente al campamento romano. La conspiración quedó descubierta antes de llegar á madurez; Magón mandó prender á

todos los culpables y encargó al pretor Adherbal que les llevase á Cartago. Adherbal embarcó á los conjurados en una quinquerreme que hizo salir delante, porque su marcha era más lenta que la de las trirremes, siguiéndola con ocho de éstas. La quinquerreme estaba ya en el estrecho cuando se presentó Lelio montando una nave igual, y habiendo salido de Carteya seguido de siete trirremes: lanzóse contra Adherbal y sus trirremes, sabiendo que la quinquerreme enemiga, arrastrada por la corriente del estrecho, no podía retroceder. Sorprendido y vacilante el cartaginés, dudó un momento si seguiría á la quinquerreme ó si marcharía al enemigo. Esta vacilación le impidió evitar el combate, porque ya estaban á tiro de venablo y los romanos le estrechaban por todas partes: la agitación de las olas contrariaba la maniobra. Nada se pareció menos á un combate naval, no entrando en juego la voluntad, el ingenio ni la habilidad. El estado ordinario del estrecho y la agitación de las olas dirigieron solamente el combate; romanas ó cartaginesas, las naves, á pesar de los esfuerzos de los remeros para alejarse, chocaban unas con otras, viéndose á la que huía, arrastrada por un torbellino en sentido contrario, caer sobre los vencedores, y la que perseguía, separarse de pronto y como huir á su vez en cuanto encontraba una corriente opuesta. En el combate lanzábase una nave para clavar el espolón en otra enemiga y recibía en el costado el choque de otra proa; la que enseñaba el costado al enemigo, viraba de pronto y se presentaba de proa. En medio de esta lucha entre las trirremes, cuyo resultado hacía dudosa la fortuna, la quinquerreme romana, que debía á su peso mayor firmeza y al considerable número de sus remos, que

rompían la violencia de la corriente, maniobra más fácil, echó á pique dos trirremes, acometió á otra y le rompió los remos, y habría destruido cuantas hubiese alcanzado, de no hacer Adherbal fuerza de vela hacia el África con las cinco que le quedaban.

Vencedor Lelio, regresó á Carteya, y al saber lo que habia ocurrido en Cádiz, el descubrimiento de la conjuración y el envío de los conspiradores á Cartago comprendió que ya no tenía objeto la esperanza que le habia llevado, y mandó decir á L. Marcio que para evitar inútil pérdida de tiempo bajo las murallas de Cádiz, deberían reunirse con el General. Habiendo adoptado el consejo Marcio, á los pocos días regresaron á Cartagena. Su partida dió primeramente descanso á Magón, después del doble temor que habia tenido por tierra y mar; en seguida, á la noticia de la sublevación de los ilergetas, concibió la esperanza de reconquistar la España, y envió mensajeros al Senado de Cartago para que refiriesen, exagerándola, la sedición civil en los campamentos romanos, la defeción de los aliados de Roma, y para que apresurasen el envío de socorros que le pusiese en estado de volver á apoderarse de la España que les habian legado sus padres. Mandonio é Indibilis, de regreso en sus estados, esperaron algún tiempo para saber qué partido tomaban con los sublevados, y permanecieron indecisos y quietos. Si perdonaban á los ciudadanos su extravío, no desesperarían ellos tampoco de conseguir su perdón, pero al tener noticia del riguroso suplicio impuesto á los culpables, creyeron que su falta sería castigada con igual severidad. Llamaron, pues, por segunda vez á las armas á sus compatriotas, reunieron todos los auxiliares que tuvieron anteriormente y pa-

saron con veinte mil infantes y dos mil quinientos caballos al territorio de los sedetanos, donde habían establecido sus cuarteles desde el principio de la revuelta.

La igualdad con que Scipión hizo pagar á sus soldados, culpables ó no, el sueldo que se les debía, la benevolencia de su acogida y de sus palabras para todos, le reconquistaron sin trabajo el afecto del ejército. Antes de salir de Cartagena reunió sus tropas, y en un discurso en que habló de la perfidia de los príncipes rebeldes, les dijo: «que al ponerse en marcha para castigar aquella defección, le animaban sentimientos muy distintos de los que tenía al poner remedio al extravío de sus conciudadanos. En esta circunstancia había tenido, por decirlo así, que desgarrar sus propias entrañas; gimiendo, y con lágrimas en los ojos, había designado treinta y cinco cabezas para expiar la imprudencia ó el crimen de ocho mil hombres. Ahora, con regocijo en el corazón y altivo ánimo, iba á derramar la sangre de los ilergetas. Hijos de otra patria, jamás les había unido alianza alguna con los romanos: los únicos lazos que habían mediado entre ellos, los del juramento y amistad, ellos mismos los habían roto con su crimen. En cuanto á su ejército, no solamente no veía en él más que conciudadanos, aliados y latinos, sino que, cosa que le conmovía más, no veía un solo soldado que no lo hubiese traído de Italia su tío Cn. Scipión, el primer romano que abordó á España, su padre ó él mismo. Todos, por consiguiente, estaban acostumbrados al nombre y al mando de los Scipiones, por cuya razón quería llevarles á todos á Roma con él para que participasen de un triunfo muy merecido: por esto esperaba que apoyarían su candidatura al

consulado, como si se tratase del honor de todo el ejército. En cuanto á la expedición que iban á hacer, sería olvidar sus anteriores hazañas considerarla como una guerra. Magón, que en cierta manera había abandonado la tierra y retirádose con algunas naves á una isla en medio del Océano, seguramente le inspiraba más inquietud que los ilergetas. Aquél, al menos, era un general cartaginés, y cartaginesas sus tropas, por reducidas que fuesen; estos otros no eran más que bandidos y jefes de bandidos que, para talar los campos de sus vecinos, quemar sus cosechas, arrebatarse sus ganados, tenían quizá algún valor, pero no podían resistir en un campo de batalla, en un combate regular; y más contarían con la rapidez de su fuga que con la fuerza de sus armas. Así que, no por temer algún ataque por parte de ellos, ni porque viese en su sublevación el germen de guerra más grave, quería antes de dejar la provincia aplastar á los ilergetas, sino porque importaba primeramente no dejar impune una defeción tan culpable, además de que era necesario no pudiera decirse que en una provincia sometida con tanto valor y fortuna quedase aún ni un solo enemigo. Seguros del apoyo de los dioses, debían seguirle, no para hacer una guerra (no se trataba de un enemigo digno de ellos), sino para castigar á un pueblo perjuro.

Después de esta oración, les despidió mandándoles prepararse para marchar al día siguiente. Partió en efecto, y en diez días llegó á las orillas del Ebro; pasó el río, y cuatro días después acampó en presencia del enemigo. Delante de él se extendía una llanura rodeada de montañas: mandó colocar en aquel valle los rebaños, arrebatados en su mayor parte en territorio enemigo, esperando excitar la salvaje avidez de los

bárbaros, y en seguida hizo avanzar á los vélites para defenderlos. En cuanto sus escaramuzas comprometiesen el combate, Lelio debía atacar con la caballería que tenía emboscada. Una montaña que, por fortuna, penetraba en la llanura, ocultaba el lazo: el combate comenzó muy pronto. Los españoles, viendo desde lejos los rebaños, se lanzaron sobre ellos, y los vélites cayeron sobre los españoles encarnizados en su presa. Rechazáronles primero con los venablos, y cuando hubieron agotado aquellas armas ligeras, más á propósito para irritar la acción que para decidirla, empuñaron las espadas y trabaron lucha cuerpo á cuerpo. Todavía era dudoso el resultado del combate, cuando sobrevino la caballería, atacando no solamente de frente, aplastando cuanto encontraba, sino que una parte de ella rodeó al enemigo por la falda de la montaña, para cortar la retirada al mayor número, y marchó á colocarse á su espalda. Por esta razón la matanza fué mucho más considerable de lo que ordinariamente lo es en las escaramuzas. Este descalabro, en vez de abatir el valor de los enemigos, encendió su ira, y no queriendo mostrar temor, avanzó en orden de batalla al día siguiente, en cuanto amaneció. No cabían todas sus fuerzas en aquel valle tan estrecho; como ya se dijo, colocáronse las dos terceras partes de su infantería y toda la caballería, y el resto de los infantes se situó en la falda de la colina. Calculó Scipión que las dificultades del terreno le serían ventajosas, porque el soldado romano era más apto que el español para combatir en paraje estrecho, y el ejército enemigo se había encerrado en espacio insuficiente para su número. Al mismo tiempo se ocupó de otro proyecto. Considerando que su caballería no podía maniobrar sobre las alas en espacio tan

angosto, y que la que el enemigo había hecho salir con su infantería le sería inútil, mandó á Lelio que rodease la colina con los jinetes, ocultando su marcha, y que durante el ataque separase todo lo posible la caballería de la infantería. Por su parte dirigió toda la infantería contra el enemigo; formó el frente de batalla con cuatro cohortes, no pudiendo darle mayor desarrollo, y, sin más tardanza, comenzó el ataque, queriendo de esta manera distraer la atención, mientras su caballería franqueaba la montaña. Así fué que el enemigo no se aperció de que estaba rodeado hasta que oyó el galope de los caballos á su espalda. Hubo, por consiguiente, dos combates al mismo tiempo: las dos infanterías peleaban así como las dos caballerías, ocupando la longitud de la llanura, porque la naturaleza del terreno no permitía combate general de las dos armas. Como la infantería y la caballería españolas no podían socorrerse mutuamente, la infantería, que con tanta imprudencia se había comprometido en la llanura contando con el apoyo de la caballería, quedó destrozada; rodeada la caballería, no pudo resistir ni á la infantería romana, que, después de haber aplastado á los infantes españoles, la atacaba de frente, ni á la caballería, que cargaba por la espalda. Formóse en círculo, teniendo inmóviles los caballos, y se defendieron por mucho tiempo, pero fué destruido hasta el último hombre, no salvándose ni un infante, ni un jinete, de todos los que combatieron en el valle. En cuanto á la otra tercera parte, que había permanecido en la colina más bien para contemplar con seguridad el combate que para tomar parte en él, tuvo tiempo y comodidad para huir. Los príncipes españoles escaparon con aquellos restos antes de que quedase envuelto el

ejército entero, desapareciendo á favor del desorden general.

Aquel mismo día fué tomado el campamento de los españoles con todo el botín y cerca de tres mil hombres. Mil doscientos hombres, entre romanos y aliados, sucumbieron en la batalla, y resultaron más de tres mil heridos. Menos sangrienta hubiese sido la victoria, de haberse librado el combate en llanura más extensa y más favorable para la huida. Indibilis abandonó sus proyectos de guerra, persuadido de que era más seguro para él en su desgracia entregarse al honor y clemencia de Scipión, que ya había experimentado, por lo que le envió á su hermano Mandonio. Éste se arrojó á los pies del vencedor atribuyendo su falta á aquella fatalidad de la época, en la que, como bajo la influencia de pernicioso contagio, los ilergetas, los lacetanos y hasta los mismos romanos habían sido atacados de vértigo. Su hermano, lo mismo que él y todos sus compatriotas, no tenían otra alternativa que entregar á Scipión, si lo exigía, una vida que habían recibido de su bondad, ó dedicársela para siempre, si por segunda vez se dignaba conservársela imponiéndoles nueva deuda. En otro tiempo confiaban en la justicia de su causa, porque no habían experimentado la clemencia de Scipión. Hoy nada esperaban de su causa, y solamente contaban con la misericordia del vencedor. Era antigua costumbre de los romanos, cuando se trataba de un pueblo que no les estaba unido por convenios ni por alianza concluída de igual á igual, no considerarle realmente como sometido antes de que entregase todas sus cosas divinas y humanas, rehenes, armas, y recibido guarniciones en sus ciudades. Scipión se contentó con dirigir acerbos reconvenciones á Mandonio sobre

su partida y la de su hermano, aunque se encontraba ausente, y en seguida añadió que: «sus delitos merecían la muerte, pero que su clemencia y la del pueblo romano les concedían la vida. Por lo demás, no les desarmaría, precaución útil solamente cuando se temía la revuelta; les dejaba, pues, las armas y les libertaba de todo temor. Que si hacían traición á su fe, no castigaría á rehenes inocentes, sino á ellos mismos; no haría caer su venganza contra un enemigo desarmado, sino sobre el que tuviese las armas en la mano. Conocían ya la amistad y el odio de Roma, y les dejaba elegir entre estos dos sentimientos.» De esta manera fué despedido Mandonio, imponiéndole solamente una contribución para el sueldo del ejército. Scipión hizo en seguida partir á Marcio para la España ulterior, envió á Silano á Tarragona, y, después de haber esperado algunos días á que los ilergetas pagaran la contribución que les había impuesto, reunióse con sus tropas ligeras á Marcio en las costas del Océano.

Por diferentes motivos se habían aplazado las negociaciones entabladas anteriormente con Masinissa. El númerida quería entenderse con el mismo Scipión y prestar juramento en sus manos; y esta fué la causa del largo viaje y gran rodeo que hizo entonces Scipión. Masinissa estaba en Cádiz cuando supo por Mario la llegada del General. Pretextando que sus caballos enfermaban encerrados en una isla, que consumían los víveres destinados al ejército, y que también sufrían ellos de la escasez, y, en fin, que su caballería se enervaba en la inacción, consiguió de Magón pasar al continente para talar las tierras de España más inmediatas. En cuanto desembarcó, envió tres jefes númeridas para fijar la hora y sitio de la entrevista. Scipión

retuvo dos como rehenes, y encargó al tercero que fuese á buscar á Masinissa y le trajese á la cita. El General romano y el Rey númerida llegaron con escasa comitiva. Hacía mucho tiempo que Masinissa admiraba á Scipión por la fama de sus hazañas. Habíasele figurado con aspecto imponente y majestuoso; pero al verle, se sintió dominado por mayor veneración: el aspecto de dignidad que tenía naturalmente toda su persona, estaba realzado por larga cabellera, por una exterioridad sencilla y sin adornos, tal como convenía á un hombre y un guerrero. Scipión se encontraba en toda la fuerza de la edad; su semblante, más lleno y fresco después de la convalecencia, parecía florecer con nueva juventud. En el primer momento, el númerida, como estupefacto, dió gracias á Scipión por haberle devuelto á su sobrino. En seguida dijo: «que desde aquel momento había buscado la ocasión, que la bondad de los dioses inmortales le había concedido al fin, y que no dejaría escapar. Deseaba prestarle, lo mismo que al pueblo romano, servicios más importantes que prestó jamás á la causa de Roma ningún príncipe extranjero. Este celo, que desde mucho tiempo le animaba, no había podido desplegarlo en aquel país, que le era desconocido; pero en África, donde había nacido, donde se había educado, donde estaba llamado á ocupar un día el trono de sus padres, le sería fácil dar pruebas. Si Roma enviaba allí á Scipión como general, tenía la seguridad de la ruina de Cartago.» Scipión le vió y escuchó con agrado; sabía que Masinissa era toda la fuerza de la caballería enemiga, y además veíase en el rostro de aquel joven rasgos de noble corazón. Recibió la palabra del númerida y empeñó la suya, y en seguida emprendió el camino de Tarragna. Masinissa, para justificar su paso al

continente, taló, con el permiso de los romanos, las tierras inmediatas, y regresó á Cádiz.

Desesperando Magón de reconquistar la España como había esperado con ocasión de la revuelta del campamento y de la defección de Indibilis, se disponía á pasar al África; pero recibió orden del Senado de Cartago para pasar á Italia con la flota que tenía en Cádiz. Allí tomaría á sueldo en la Galia y Liguria cuantos jóvenes pudiese, y se reuniría con Aníbal; era necesario no dejar languidecer la guerra llevada desde el principio con tanto vigor y con más fortuna todavía. Con este objeto le remitieron dinero desde Cartago, y además, arrancó cuanto pudo á los gaditanos, vaciando su tesoro, saqueando sus templos y obligando á todos individualmente á entregar su oro y su plata. Costeando la España, desembarcó sus tropas cerca de Cartagena, taló los campos vecinos y en seguida fondeó bajo las murallas de la ciudad. Al principio contuvo á los soldados durante el día, pero los desembarcó por la noche y los llevó hacia la parte de las murallas por donde los romanos sorprendieron la plaza, esperando encontrar una guarnición muy débil, y contando con un movimiento de algunos habitantes, seducidos por la esperanza de un cambio. Pero habían acudido del campo mensajeros atemorizados y habían anunciado la devastación de las tierras, la fuga de los labradores y la llegada del enemigo. Durante el día habían visto también la flota cartaginesa, que no sin intención se había situado delante de la ciudad. La guarnición estaba preparada detrás de la puerta que daba á la laguna y al mar. Cuando el enemigo en desorden, soldados y marineros mezclados, se acercaron á las murallas con más ruido que fuerza real, abrieron de pronto la puerta,

salieron los romanos lanzando fuertes gritos, rechazaron á los cartagineses, les pusieron en fuga al primer choque, y persiguiéndoles hasta el mar, hicieron gran matanza en ellos. A no ser por la flota que acudió á recoger á los fugitivos, ni uno solo habría escapado de aquel combate y aquella derrota. El espanto les siguió hasta en las naves: temiendo que el enemigo se lanzase á ellas con sus compañeros, retiraron las escalas, y, para acelerar la maniobra, cortaron los cables de las anclas; muchos soldados quisieron ganar las naves á nado, pero no pudiendo distinguir en medio de la obscuridad la salvación del peligro, perecieron miserablemente. A la mañana siguiente, cuando desapareció la flota para regresar al Océano, entre las murallas y el mar se encontraron los cadáveres de 800 hombres y cerca de 2.000 armaduras.

Magón se dirigió á Cádiz: pero habiéndosele cerrado las puertas, abordó á Cimbis, cerca de Cádiz: desde allí envió legados para quejarse porque le habían prohibido la entrada en la ciudad, cuando era su aliado y amigo. Los habitantes se excusaron, atribuyendo el hecho al populacho, amotinado y furioso por los pillajes cometidos por los soldados á su embarque. Entonces atrajo á una conferencia al cuestor y á los *suffetas* (1), que son los primeros magistrados entre los

(1) Los *suffetas* eran reyes de Cartago, de los que se sabe muy poco. Lo único que puede decirse con seguridad es que se les elegía entre las principales familias del Estado, que tenían presencia y voz en el Senado, que ejercían elevada influencia y que gozaban de mucha autoridad. Sábese también que para los decretos se necesitaba unanimidad entre ellos y el Senado, y que cuando no podían avenirse, la decisión pertenecía de derecho al pueblo. Aristóteles compara los *suffetas* con los reyes de Es-

cartagineses, y mandó azotarles y crucificarles. En seguida se dirigió con su flota á la isla Pityusa, situada á más de cien millas del continente, y habitada entonces por cartagineses. Allí recibieron favorablemente la flota: suministraronle abundantes víveres y la proveyeron de armas y de soldados jóvenes. Con estos refuerzos se dirigió Magón á las Baleares, que distan cincuenta millas. Existen dos islas con este nombre: la más grande es también la más belicosa, la más poblada y tiene un puerto que pareció excelente á Magón para invernar, puesto que corria ya el final del otoño. Pero como si aquella isla no estuviese habitada más que por romanos, los habitantes se opusieron al desembarque. La honda, que es hoy el arma más común de aquel pueblo, era entonces la única que conocía; y ninguna nación sobresale en su manejo como los baleares. Cuando la flota procuraba tomar tierra, hicieron llover sobre ella tal granizada de piedras, que no atreviéndose á entrar en el puerto, volvió á la alta mar, marchando á abordar á la isla más pequeña, tierra fértil, pero menos poblada y menos belicosa. Magón desembarcó, estableció su campamento sobre el puerto, en posición fuerte, y, apoderándose sin combate de la ciudad y de su territorio, alistó dos mil auxiliares, que fueron enviados á Cartago é hizo varar las naves para pasar el invierno. Cuando Magón abandonó la costa del Océano, Cádiz se sometió á los romanos.

Estos fueron los acontecimientos que se realizaron en España bajo el mando y los auspicios de Scipión. Entregó entonces el mando de la provincia á L. Len-

parta, y Polibio con los cónsules romanos; y como los dos autores hablan siempre en plural, es de creer que reinaban dos á la vez.

tulo y á L. Manlio Acidino, y regresó á Roma con diez naves. El Senado se reunió fuera de la ciudad, en el templo de Belona, y el General dió cuenta allí de sus trabajos en España; enumeró las batallas que había librado, las ciudades que había conquistado al enemigo y las naciones que había sometido al imperio del pueblo romano. «Había tenido que combatir cuatro generales, cuatro ejércitos victoriosos á su llegada á la provincia, y no dejaba en ella ni un cartaginés.» En vista de estas victorias, insinuó la esperanza de conseguir el triunfo, aunque sin hacer la petición formal; porque hasta aquel día no se había dado ejemplo de que nadie hubiese triunfado sin estar revestido de una magistratura. Levantada la sesión, entró en la ciudad é hizo llevar delante de él al Tesoro catorce mil trescientas cuarenta libras de plata en lingotes y cantidad considerable del mismo metal acuñado. Celebráronse en seguida los comicios para la elección de cónsules, bajo la presidencia de L. Veturio Filón. Todos los centuriones nombraron cónsul por aclamación á P. Scipión, y le dieron por colega al pontífice máximo P. Licinio Crasso. Dícese que jamás, durante aquella guerra, se celebró asamblea más numerosa. De todas partes habían acudido para votar, y más aún para ver á Scipión. Agrupábase la multitud en su puerta, en el Capitolio, á donde había ido para inmolar una hecatombe á Júpiter en cumplimiento de un voto hecho en España; esperábase que, á ejemplo de C. Lutacio, que puso término á la primera guerra púnica, P. Cornelio terminaría la guerra actual, y que el que había expulsado á los cartagineses de toda España, les arrojaría igualmente de Italia. Asignábasele el Africa por provincia, como si la guerra hubiese terminado en Italia. Celebrá-

ronse en seguida los comicios pretorianos; dos de los pretores nombrados eran entonces ediles plebeyos: eran éstos Sp. Lucrecio y Cn. Octavio; los otros dos, elegidos entre los particulares, fueron Cn. Servilio Cepion y L. Emilio Papo. En el año décimocuarto de la guerra púnica, habiendo entrado en funciones los cónsules P. Cornelio Scipión y P. Licinio Crasso, les designaron sus provincias. Scipión recibió la Sicilia, sin haber procedido al sorteo y por consentimiento de su colega, á quien retenian en Italia el cuidado de las cosas sagradas y su título de pontífice máximo; á Crasso se señaló el Brucio. En seguida se consultó la suerte para las provincias de los pretores: Servilio obtuvo la jurisdicción urbana; Sp. Lucrecio fué designado para Arimino (ésta era la pretura de la Cisalpina); L. Emilio para la Cerdeña. Reunióse una asamblea del Senado en el Capitolio, y por informe de P. Scipión, un senatus-consulta autorizó al General á tomar del dinero que él mismo había llevado al Tesoro la cantidad necesaria para dar los juegos que había votado en España durante la sublevación militar.

Entonces presentó en el Senado á los legados de Sargunto, y el jefe de ellos habló así: «Padres conscriptos, no hay males mayores que los que nosotros hemos experimentado por guardaros inquebrantable fidelidad; y sin embargo, tales han sido vuestros beneficios y los de vuestros generales con nosotros, que no lamentamos nuestros desastres. Emprendisteis la guerra por causa nuestra, y hace catorce años que la sostenéis con una constancia que frecuentemente os han puesto en graves peligros y á Cartago muy cerca de su ruina. Mientras teníais en Italia una guerra furiosa y un enemigo como Anníbal, habéis enviado á España vuestros Cónsules y

vuestras legiones, como para recoger allí los restos de nuestro naufragio. Los dos Scipiones, Publio y Cneo, desde el día que pisaron la provincia, no cesaron ni un momento de obrar en interés nuestro y para ruina de nuestros enemigos. Como primer beneficio, nos devolvieron nuestra patria, hicieron buscar por toda España á nuestros conciudadanos vendidos en subasta, los rescataron de la esclavitud y les pusieron en libertad. En el momento en que íbamos á recobrar la felicidad, después de tantas calamidades, los dos Scipiones, vuestros generales, perecieron, y su muerte fué más fatal para nosotros que para vosotros mismos. Creímos entonces que no habíamos regresado de lejano destierro á nuestras antiguas moradas sino para sucumbir de nuevo y para ver por segunda vez la ruina de nuestra patria, sin que se necesitase para consumir esta ruina un general ó un ejército de Cartago. Los turdetanos, aquellos antiguos enemigos de Sagunto á quienes debemos nuestra primera desgracia, podían destruirnos. Pero cuando nos encontrábamos sumidos en la desesperación, nos enviasteis á este otro Scipión. ¡Ah! somos los más afortunados de los saguntinos, puesto que vemos en este momento, y tendremos el gusto de anunciar á nuestros conciudadanos que hemos visto proclamar cónsul á este héroe, esperanza y salvación nuestra. En efecto, en las numerosas ciudades que ha arrebatado al enemigo en España, ha separado siempre á los saguntinos de la multitud de cautivos, enviándoles á su patria. Nos ha libertado al fin de los turdetanos, pueblo tan encarnizado en nuestra pérdida, que no podía subsistir Sagunto mientras aquél permaneciese en pie; y de tal manera les han abatido las victorias de Scipión, que para nosotros (perdósenos el odio) ni nuestros des-

endientes nada hay que temer. Hemos sido testigos de la caída de esta ciudad en cuya consideración había destruído Anníbal á Sagunto. De aquellas tierras obtenemos un tributo que tenemos en mucho, antes por venganza que por interés. Para daros gracias por estos beneficios, cuya grandeza excede nuestras esperanzas y los votos que podíamos dirigir á los dioses inmortales, el senado y el pueblo de Sagunto os envían los diez legados que tenéis delante, y también para felicitaros por los grandes triunfos que habéis conseguido en estos últimos años en España y en Italia; en España, puesto que vuestras armas han sometido toda la comarca, no ya hasta el Ebro, sino hasta el Océano, hasta los extremos de la tierra; en Italia, puesto que exceptuando el recinto de sus campamentos, nada habéis dejado á los cartagineses. Tenemos orden de dar gracias por estos resultados á Júpiter óptimo máximo, protector del Monte capitolino, y ofrecerle además, si lo permitis, una corona de oro, que depositaremos en el Capitolio como monumento de vuestras victorias. Os suplicamos que nos concedáis este permiso, y dignaos también añadir á las ventajas que nos han otorgado vuestros generales, el favor de ratificarlas y confirmarlas para siempre por un decreto.* El Senado contestó á los legados que «la ruina y restablecimiento de Sagunto probarían al mundo entero que por una y otra parte se habían observado fielmente los juramentos. Los generales no habían hecho más que lo justo, lo regular y conforme á los deseos del Senado, al restablecer á Sagunto y arrancar los saguntinos á la esclavitud. Todos los demás beneficios que Sagunto había recibido de ellos, los había autorizado el Senado. Permitíaseles llevar sus ofrendas al Capitolio». Atendióse á que los le-

gados se alojasen y cuidasen por cuenta del Estado, y cada uno de ellos recibió como regalo diez mil libras de bronce. El Senado mandó introducir en seguida y oyó otros legados. A petición de los saguntinos, que deseaban visitar la Italia, les dieron guías para asegurar su marcha, y se enviaron órdenes á las ciudades para que les hicieran buen recibimiento. En seguida se deliberó acerca de los negocios públicos, sobre el levantamiento de nuevos ejércitos y la repartición de provincias.

El Africa debía formar nueva provincia fuera de sorteo, y el rumor público la decía destinada á Scipión. Tampoco se contentaba éste con una gloria ordinaria, declarando que le habían nombrado cónsul, no para continuar la guerra, sino para terminarla, y que el único medio de conseguirlo era pasar al Africa con su ejército, asegurando abiertamente que lo conseguiría del pueblo, si se oponía á ello el Senado. No convenía este proyecto á los senadores principales, pero casi ninguno se atrevía á decirlo, por temor ó por cálculo. Cuando llegó á Q. Fabio Máximo el turno de emitir su opinión, se expresó en estos términos: «Bien sé, padres conscriptos, que para la mayor parte de vosotros es cuestión resuelta la que se trata hoy, y que es hablar en vano ocuparse de la provincia de Africa como sobre asunto acerca del cual nada hay decidido. Por mi parte ignoro cómo podría designarse ya el Africa como provincia á nuestro Cónsul, cuyo valor y talentos reconozco, cuando el Senado no ha propuesto contar este año el Africa en el número de las provincias, ni lo ha ordenado al pueblo. Pero si está decidido, el Cónsul es culpable, en mi opinión, de someter á debate un asunto terminado ya; porque de esta manera se burla

del Senado entero, y no solamente del senador que habla á su vez acerca del objeto de la deliberación. Bien sé que, al oponerme á este ardor insensato de pasar al Africa, tendré que sufrir doble ataque: se acusará primeramente mi carácter temporizador y que los jóvenes llegarán hasta considerarlo como temor y blandura; ¿qué importa, con tal que no haya que lamentar mas que mis discursos, que, si bien menos seductores á primera vista que los de otros, han sido siempre más útiles? Diráse además que soy celoso y envidio la gloria siempre creciente de nuestro ilustre Cónsul. Si mi vida pasada, mi carácter, mi dictadura y mis cinco consulados; si toda la gloria que he adquirido en la guerra y en la paz, y de la que antes siento saciedad que vacío, no alejan de mi esa sospecha, que al menos mi edad me ponga al abrigo de ella. ¿Qué rivalidad puede existir entre mí y un joven que ni siquiera tiene la edad de mi hijo? Cuando era dictador, en toda la fuerza de los años y en medio de mis triunfos más hermosos, ¿hanme oído delante del Senado ó del pueblo rechazar, á pesar de los ataques dirigidos contra mí por el jefe de los caballeros, esta innovación monstruosa é inaudita que le hacía igual mío en autoridad? Con hechos, antes que con palabras, quise obligar al hombre que habían elevado al mismo rango que á mí á que proclamase por confesión propia mi superioridad sobre él. ¿Y soy yo, repleto de honores, quien descendería á una miserable rivalidad con un hombre en todo el esplendor de la juventud? Sin duda que yo, que me encuentro más fatigado de la vida que del peso de los negocios, quiero hacerle negar esa provincia de Africa. La gloria que he adquirido me basta; con ella he de vivir ó morir. No he puesto término á las victorias de

Annibal sino para que todos vosotros, que os encontráis en las fuerzas de la edad, tengáis medios de vencerle á vuestra vez.

»Tú mismo, P. Cornelio, debes excusarme si no habiendo preferido jamás mi reputación á la utilidad de la república, sacrifico tu gloria al bien público. Si no hubiese guerra en Italia, ó si el enemigo fuese de aquellos de quienes se triunfa sin gloria, procurando retenerte en Italia, aun en interés de la patria, podría creerse que se te quitaba la ocasión de distinguirte. Pero cuando un enemigo tal que Annibal, al frente de un ejército que ni siquiera se ha podido aminorar, pesa hace catorce años sobre Italia, ¿podrás creer pequeña tu gloria si durante tu consulado arrojas de Italia á ese enemigo que tantos daños nos ha causado y tantos funerales nos cuesta? ¿Si á ejemplo de C. Lutacio, que tuvo el honor de terminar la primera guerra púnica, consigues tú el de terminar la segunda? Necesario sería creer entonces que Amílcar era general más famoso que Annibal, que la guerra de entonces fué más importante que la de hoy y que la victoria de Lutacio fué más bella y más brillante que sería la tuya, en el caso de que los dioses nos concedan vencer bajo tu consulado. ¿Preferirías haber arrancado á Amílcar de Drepano y de Erepo, á arrojar á los cartagineses y á Annibal de Italia? Seguramente no; aunque atribuyas más importancia á la gloria que has adquirido que á la que esperas, no podrías estar menos contento con haber libertado de la guerra á España que de libertar á Italia. No se encuentra Annibal reducido todavía al punto de que se aparente no temerle ó despreciarle buscando otro enemigo. He aquí el objeto que debes proponerte, sin tomar rodeos, sin pasar al África, esperando que

Anníbal te seguirá á ella. Marcha directamente contra Anníbal y corre á atacarle allí donde se encuentra. ¿Aspiras á la preciosa gloria de terminar la guerra púnica? Pues lo más natural es defender las propias posesiones antes de invadir las ajenas. Necesitamos la paz en Italia antes de llevar la guerra al África; necesitamos alejar de nosotros las alarmas antes de darlas á los otros. Si este doble éxito está reservado á tu generalato y á tus auspicios, triunfa aquí de Anníbal y después irás á someter á Cartago. Si una de estas dos victorias hay que dejarla para otros cónsules, la primera será tanto más bella y brillante cuanto que será causa de la segunda. Hoy, además que es imposible al Tesoro el sostenimiento de dos ejércitos, uno en Italia y otro en África, y que los gastos de equipo y aprovisionamiento de nuestras flotas superan nuestros recursos, ¿quién no ve los peligros que corremos? P. Licinio hará la guerra en Italia, P. Cornelio en África. Pues bien; que Anníbal (¡que los dioses no consientan jamás lo que tiemblo al decir, y sin embargo, lo que ha sucedido una vez puede suceder otra!) que Anníbal vencedor marche sobre Roma: ¿tendremos entonces que llamarte de África, como se llamó á L. Fulvio de Capua? Y en la misma África ¿no serán iguales las probabilidades de la lucha? Sírvante de lección las desgracias de tu familia; ¿no fueron exterminados en treinta días tu padre y tu tío con dos ejércitos, en un país donde durante muchos años sus inmortales hazañas por mar y tierra habían propagado por todas las naciones extranjeras la gloria del nombre romano y de tu familia? No me bastaría el día para enumerar los reyes y los generales que, por haberse lanzado temerariamente sobre tierra enemiga, han pagado su falta con su sangre y con la

de sus ejércitos. Los atenienses, aquel pueblo tan prudente, descuidaron un día la guerra que tenían en sus hogares, y siguiendo los consejos de un joven tan ilustre por sus talentos como por su origen, enviaron á Sicilia considerable flota. Un combate naval destruyó para siempre la floreciente república.

•Pero me alejo mucho de nosotros y remonto demasiado en el pasado. El África misma y M. Atilio, ese elocuente ejemplo de las vicisitudes de la fortuna, pueden servirnos de lección. Sí, P. Cornelio; cuando desde la alta mar hayas visto el África, la conquista de tus Españas no te parecerá más que un juego, una puerilidad. ¿Qué semejanza hay, en efecto? Cruzando un mar sin enemigos y siguiendo las costas de la Italia y de la Galia, abordaste á Emporias, ciudad aliada: desembarcados tus soldados, los llevaste á Tarragona, por comarcas tranquilas, á territorios de aliados y amigos del pueblo romano. Desde Tarragona no has tenido que pasar más que por plazas romanas; en las orillas del Ebro encontraste los ejércitos de tu padre y de tu tío, que, después de la pérdida de sus generales, sostenían su valor aumentado por la misma desgracia: á su cabeza estaba un general improvisado en verdad, aquel L. Marcio, elegido provisionalmente por el voto de los soldados, pero digno de que se le compare con los capitanes más esclarecidos, si á sus talentos militares hubiese reunido el nacimiento y la legitimidad de su título. Has sitiado tranquilamente á Cartagena, sin que acudiese á socorrer á sus aliados ninguno de los tres ejércitos cartagineses de España. Tus demás hazañas, sin rebajarlas, no pueden compararse en manera alguna con la guerra de África: allí no tenemos ni un solo puerto abierto á nuestra flota, ni un territorio en

paz, ni una ciudad aliada, ni un rey amigo, ni punto donde detenernos, ni terreno para avanzar. A todas partes donde se mire, todo es hostil y amenazador. ¿Cuentas con Syfax y los númidas? Eso te basta haberlo hecho una vez: la temeridad no es siempre afortunada: en las circunstancias poco importantes se cubre la perfidia con máscara de fidelidad, para engañar con mucho provecho cuando entran en juego graves intereses. Tu padre y tu tío, antes de que les envolviesen los ejércitos enemigos, lo estuvieron por los pérfidos trabajos de los celtibéricos, que eran aliados suyos. Y á tí mismo ¿quiénes te hicieron correr mayores peligros, los dos generales enemigos, Magón y Asdrúbal, ó tus aliados Indibilis y Mandonio? ¿Podrás confiar en los númidas, cuando te han hecho traición tus propios soldados? Syfax y Masinissa prefieren ser dueños en África á tener en ella por amos á los cartagineses; pero prefieren el dominio de los cartagineses al de cualquier otro pueblo. Hoy rivalidad de ambición y otras muchas causas de discordia les levantan unos contra otros, porque no tienen cerca el temor del extranjero. Mostradles armas romanas, tropas extranjeras, y todos se reunirán como para apagar un incendio común. Diferente fué la defensa de España por los cartagineses; diferente de la de las murallas de su patria, de los templos de sus dioses, de sus aras y hogares, cuando al marchar al combate dejen á la espalda sus esposas temblando, y ante los ojos tengan á sus hijos en la niñez. ¿Y qué sucederá si los cartagineses, pudiendo contar con la unión del África, con la fidelidad de los reyes aliados suyos, con la fuerza de sus muros, aprovechan la circunstancia de haber quedado sin defensa la Italia por tu marcha y la de las legiones, y se apresuran á enviar del África nue-

vo ejército, ó mandan á Magón, que ya ha dejado las islas Baleares y llegado, según se dice, á la altura de la Liguria Alpina, que se reuna con Anníbal? Caerá sobre nosotros igual terror que experimentamos en otro tiempo, cuando se presentó en Italia aquel Asdrúbal que dejaste escapar de entre tus manos, tú que quieres bloquear con tus tropas á Cartago y á toda el África. Dirás que le venciste; en ese caso lamento mucho más, por tí mismo y por la república, que un general vencido se haya abierto el camino de Italia. Atribuiré á tus sabias disposiciones todos tus triunfos y los de la república; atribuyamos los fracasos á las vicisitudes de la guerra y á los caprichos de la fortuna. Pero cuanto más grandes son tu ingenio y tu valor, tanto más deben guardar la patria y la Italia entera un defensor como tú. No puedes negar que allí donde esté Anníbal está el foco, el nervio de la guerra, porque si quieres pasar á África, es, según dices, con la esperanza de arrastrar allí á Anníbal: así, pues, en Italia ó en África, con él tienes que luchar. ¿Serás más fuerte en África, donde te encontrarás aislado, que aquí donde reunirás tu ejército con el de tu colega? ¿El reciente ejemplo de los cónsules Claudio y Livio no te demuestra la importancia de esta unión? ¡Cómo! ¿reducido Anníbal á las extremidades del Brucio, desde donde hace tanto tiempo solicita inútilmente socorros de su patria, encontrará más recursos en armas y soldados que cerca de las murallas de Cartago y en el África entera asociada á sus proyectos? ¿Qué propósito es ese de ir á combatir allí donde tus fuerzas serán menores en una mitad y las del enemigo mucho más temibles, en vez de atacar aquí con dos ejércitos á uno fatigado con tantas batallas y una guerra tan larga y penosa? ¡Qué diferencia

entre tu conducta y la de tu padre! Recuérdala: partió en calidad de cónsul para España, y para detener á Aníbal á su descenso de los Alpes, regresó de su provincia á Italia: tú, encontrándose Aníbal en Italia, te dispones á dejarla, no porque creas ese proyecto útil á la república, sino porque te parece bello y glorioso para tí; de la misma manera que, abandonando tu provincia y tu ejército, sin estar autorizado por una ley ó un senatus-consulto, no temiste, siendo general del pueblo romano, exponer en dos naves la fortuna pública y la majestad del Imperio, que descansaba entonces en tu cabeza. Por mi parte, padres conscriptos, creo que P. Cornelio ha sido nombrado cónsul para la república y para nosotros y no para él solo; que se alistan los ejércitos para la custodia de Roma y de Italia y, no para que sirvan á los regios caprichos y orgullo de nuestros cónsules, para que les lleven á donde más les plazca.

Con este discurso, apropiado á las circunstancias, por su autoridad, y sobre todo por su antigua reputación de prudencia, arrastró Fabio á la mayor parte del Senado, especialmente los de más edad; casi todos aplaudieron la prudencia del viejo más que el bullicioso ardor del joven cónsul. Scipión dijo entonces: •Padres conscriptos, el mismo Fabio al comenzar su discurso ha indicado que podría tacharse de envidiosa su opinión. Por mi parte, jamás me hubiese atrevido á dirigir tal acusación á tan grande hombre; sin embargo, no sé si por defecto de su lenguaje ó por la fuerza misma de las cosas, creo que se ha defendido mal. Para alejar de él toda sospecha de envidia, ha hecho pomposa descripción de los honores de que ha estado revestido y de las hazañas con que se ha ilustrado. ¿Acaso debo yo temer la rivalidad del último de

los romanos, ó la del hombre que, en posesión hoy del primer rango, al que no temo confesar que aspiro y que quisiera verme á su nivel? Hase presentado anciano, cargado de honores, y me ha mostrado como no teniendo siquiera la edad de su hijo, como si la pasión de la gloria no traspasase los estrechos límites de la vida humana y casi siempre no tuviese fija la vista en el porvenir y en la posteridad. Siempre sucede, y estoy convencido de ello, que el corazón noble se compara á sus contemporáneos y á los hombres ilustres de todos los siglos. No oculto, en verdad, Q. Fabio, que deseo no solamente igualar tu gloria, sino, permite que te lo diga, superarla si puedo. No pensemos jamás, ni tú en cuanto á mí ni yo en cuanto á los que me sigan, en impedir á ningún ciudadano que se eleve tan alto como nosotros: esto sería perjudicar tanto á los objetos de nuestra envidia, como á la república y al género humano. Fabio os ha dicho á qué peligros me expondría pasando al Africa: parece que le ha inspirado cuidados mi suerte, tanto como la de la república y del ejército. ¿De dónde procede este repentino interés por mi persona? Cuando acababan de sucumbir mi padre y mi tío; cuando los dos ejércitos estaban casi destruídos por una matanza general; cuando las Españas estaban perdidas para nosotros, dominando en ellas por el terror de sus armas cuatro ejércitos y cuatro generales cartagineses, y se buscaba un general para encargarle aquella guerra y nadie más que yo se presentaba ni osaba proponerse candidato; cuando, á pesar de mis veinticuatro años, el pueblo romano me otorgó el mando, ¿por qué no se me objetó entonces mi edad, la fuerza de los enemigos, las dificultades de la guerra y el reciente desastre de mi padre y de mi tío? ¿Hemos

experimentado en África algún revés más sangriento que los que nos abrumaban en España? ¿Tiene el Africa hoy ejércitos más temibles, generales más numerosos y hábiles que tenía entonces España? ¿Me encontraba entonces yo más práctico en la guerra de lo que hoy me encuentro? ¿Son los cartagineses enemigos más fáciles de combatir en España que en Africa? Fácil es, después que he derrotado y puesto en fuga cuatro ejércitos cartagineses, tomado por asalto ó reducido por miedo tantas ciudades, domeñado tantos países hasta el Océano, sometido tantos reyes y tantos pueblos enérgicos, reconquistando la España entera sin dejar el menor rastro de guerra; fácil es rebajar mis acciones, como lo será, si vuelvo vencedor de Africa, atenuar esas mismas dificultades que hoy se complacen en aumentar, para encadenarme aquí y para asustaros. Os han dicho que no podemos abordar al Africa, que no tenemos ningún puerto abierto, y se ha citado á Régulo, prisionero allí: ¡como si Régulo hubiese fracasado al llegar! Olvidase que aquel general tan desgraciado, vió abrirse ante él los puertos de Africa, que comenzó con triunfos su primera campaña y que no dependió de los generales cartagineses que Régulo permaneciese siempre invicto. No, ese ejemplo no me asusta. Aunque hubiese ocurrido ese fracaso en esta guerra y no en la anterior, aunque hubiese ocurrido ayer y no hace cincuenta años, ¿por qué había de hacerme vacilar el cautiverio de Régulo en pasar al Africa, más que me hizo en pasar á España la muerte de los Scipiones? No, el nacimiento del lacedemonio Jantippo no habrá sido suceso más feliz para Cartago que el mío para mi patria, y mi confianza no puede menos de aumentar ante la idea de lo que puede el ingenio de un solo hombre.

También hemos tenido que oír hablar de los atenienses á quienes su temeridad hizo pasar á Sicilia, sin cuidarse de la guerra que tenían en sus hogares. Pero si tienes tiempo para referirnos historias griegas, ¿por qué no citas con preferencia á Agathocles (1), aquel rey de Siracusa que, viendo la Sicilia entregada á sangre y fuego por los cartagineses, pasó á esa misma Africa y llevó la guerra al país de donde había venido?

Pero ¿acaso es necesario recurrir á ejemplos antiguos y extraños para demostrar cuán útil es llevar el espanto al territorio del enemigo y alejar de sí mismo el peligro para echarlo sobre el adversario? ¿Tenemos alguno más elocuente y cercano que el de Anníbal? Existe inmensa diferencia entre devastar tierras enemigas y ver las propias incendiadas y devastadas. Se tiene más valor para atacar que para defenderse. Además, asusta sobremanera lo que no se conoce; de cerca,

(1) Sabido es que este Agathocles era un siciliano que de simple alfarero llegó á ser rey de Siracusa y de toda la Sicilia. Esta fortuna se la debió á sus talentos militares, y no llegó al rango supremo sino después de muchas vicisitudes. En su tiempo los cartagineses eran dueños de toda la Sicilia, y se la quitó casi entera. Pero en medio de sus triunfos, repentino revés estuvo á punto de destruir su poder. Había tenido lugar un combate entre él y los cartagineses cerca de Himera. Los cartagineses huían y los soldados de Agathocles comenzaban ya el saqueo, cuando acudió un refuerzo cartaginés y encontró en desorden á los vencedores. Rehiciéronse los fugitivos, y comenzando de nuevo el combate, el ejército de Agathocles quedó vencido á su vez. Agathocles se refugió en Siracusa, y los cartagineses acudieron á sitiaria. Agathocles concibió entonces un proyecto atrevido. Mientras los cartagineses sitiaban su capital, pasó al Africa con las tropas que le quedaban, y marchó sobre Cartago. La fortuna favoreció aquella audaz resolución, y los cartagineses, obligados á pedir la paz, aceptaron las condiciones que Agathocles quiso imponer.

y cuando se está en su territorio, se ve lo fuerte y lo flaco del enemigo. Anníbal no habría contado, al venir á Italia, con la defección de todos los pueblos que se le entregaron después del desastre de Cannas. ¿Y los pueblos de Africa guardarán fe más inquebrantable á los cartagineses, á esos aliados infieles, á esos amos crueles y orgullosos? En el abandono de los aliados, tenemos nosotros nuestras propias fuerzas, nuestros soldados romanos para sostenernos: Cartago no tiene ejército nacional; no tiene otros soldados que mercenarios africanos y númeridas, cuyo inconstante carácter está siempre pronto á la traición. Que no se me detenga aquí, y muy pronto se sabrá á la vez que he cruzado el mar, que el Africa arde, que Anníbal abandona la Italia y que ha comenzado el sitio de Cartago. Esperad de Africa mejores noticias y más frecuentes que las que recibíais de España: tengo como garantía de esta esperanza la fortuna del pueblo romano, los dioses testigos de los tratados violados por el enemigo y Syfax y Masinissa, á quienes concederé solamente mi confianza, después de tomar las precauciones necesarias contra una perfidia. Hay muchos recursos que la distancia no me permite ver ahora, pero que la guerra me dará á conocer; el talento de un hombre de ingenio y de un buen general consiste en no dejar escapar las ocasiones que se presenten y hacer contribuir las probabilidades de la casualidad á la realización de sus proyectos. Tendré, pues, Q. Fabio, el adversario que me señalas, Anníbal; pero le arrastraré y él no me arrastrará á mí; le obligaré á pelear en su patria; Cartago será el premio de la victoria y no las fortificaciones casi arruinadas del Brucio. En cuanto á preservar la república de todo peligro, mientras cruzo yo los mares,

desembarco mis tropas y acampo bajo las murallas de Cartago, bien atendiste tú á ello, Q. Fabio, cuando Anníbal, vencedor, recorría la Italia; hoy que se encuentra quebrantado y casi abatido, considera cuán ofensivas son tus palabras, si pretendes que el cónsul P. Licinio, ese varon tan valiente, no puede bastar á ello. Por otra parte, Licinio, para no dejar las cosas sagradas sin soberano pontífice, no podía sortear una provincia tan lejana. Además, si yo me engaÑase y no fuese este el medio de acelerar el fin de la guerra, la dignidad del pueblo romano, su honor ante los reyes y pueblos extranjeros le impondrían la necesidad de probar que tiene tanto valor para defender la Italia como para atacar al Africa; la de no dejar creer y repetir que lo que Anníbal ha podido osar ningún general romano ha podido osarlo; que en la primera guerra púnica, cuando se disputaba la Sicilia, nuestros ejércitos y flotas invadieron muchas veces el Africa, y que hoy, cuando se trata de Italia, el Africa disfruta de paz. Que la Italia descanse al fin después de tan larga tormenta; que el Africa á su vez sea entrada á sangre y fuego. Marchemos á sentar un campamento romano en las puertas de Cartago, y más bien que ver todavía desde lo alto de nuestras murallas las fortificaciones del enemigo, que el Africa sea en adelante el teatro de la guerra: llevemos allí el terror, la fuga, la devastación de los campos, la traición de los aliados y todos los demás desastres que catorce años de guerra han acumulado sobre nosotros. Esto es cuanto tengo que decir acerca de los intereses de la república, sobre la próxima guerra y las provincias de que se trata. Mi oración sería muy larga y os interesaría poco si, á ejemplo de Q. Fabio, que ha rebajado mis trabajos en

España, quisiera á mi vez declamar contra su gloria y realzar las mías con mis palabras. Ninguna de estas dos cosas haré, padres conscriptos; y si no tengo sobre él otra ventaja, al menos en moderación y respeto el joven habrá vencido al viejo. Mi vida y mis trabajos pasados me permiten gozar en silencio la estimación en que me tenéis y contentarme con esta recompensa.»

No se recibió con mucho agrado el discurso de Scipión, porque corría el rumor de que si el Senado le negaba la provincia de África, apelaría en seguida al pueblo. Así fué que L. Fulvio, que había sido cónsul cuatro veces y censor, le intimó que declarase francamente ante el Senado «si se atendería á los senadores para la repartición de provincias; si acataría su decisión ó si apelaría al pueblo.» Scipión contestó que «ajustaría su conducta al interés de la República.» Á lo que dijo Fulvio: «Conocía tu respuesta y tu decisión antes de interrogarte, porque no ocultas que antes quieres sondear que consultar al Senado, y que sino te concede en el acto la provincia que deseas, tienes preparada ya tu apelación al pueblo. Así, pues, á vosotros me dirijo, tribunos del pueblo; no queriendo dar mi opinión, porque el Cónsul no la tendría en cuenta aunque la adoptase el Senado, solicito vuestro apoyo.» Á esto siguió un debate: el Cónsul sostenía que la intervención de los tribunos no era legal, hasta que interrogado cada senador en su turno, no hubieran dado todos su opinión (1). Los tribunos decidieron de esta manera: «Si el

(1) No se seguía orden invariable para recoger los votos de los senadores; pero ordinariamente se preguntaba primero al príncipe del Senado, á menos que se encontrase en la Asamblea un cónsul elegido; en este caso se dirigían siempre primero á este magistrado y después á los demás senadores, siguiendo las

Cónsul se atiene al Senado para las provincias, nuestra opinión es que se respete el voto del Senado, y nos opondremos á la apelación al pueblo; si no, todo aquel que se niegue á manifestar su opinion puede contar con nuestro apoyo.» El Cónsul pidió un día para conferenciar con su colega, y al siguiente se atuvo á la decisión del Senado. Las provincias se decretaron del modo siguiente: un cónsul recibió la Sicilia y las treinta naves rostratas que había tenido Servilio el año anterior, permitiéndole pasar al África, si lo creía útil á los intereses de la República. Al otro se encargó el Brucio y la guerra contra Annibal, con el mismo ejército de Veturio ó Q. Cecilio. Estos últimos sortearían ó se aventurían para decidir cuál de ellos había de operar en el Brucio con las dos legiones que dejaba el Cónsul, debiéndose prorrogar por un año el mando al que quedase encargado de esta provincia. Á todos los jefes, además de los cónsules y pretores, que estaban llamados al mando de ejércitos y de provincias, se les prorrogó también el mando. La suerte designó á Q. Cecilio para quedar con el Cónsul y hacer la guerra en el Brucio. Celebráronse con entusiasmo los juegos de Scipión en presencia de numerosa asamblea. Envióse en legación á Delfos para llevar la ofrenda tomada del botín de Asdrúbal á M. Pomponio Matho y Q. Cacio,

dignidades consulares, pretorianas, edilicias, tribunicias y cuestorias. Así como los cónsules elegidos daban los primeros su opinión, de la misma manera los pretores y los tribunos elegidos parece que gozaron de igual preferencia sobre el resto de su orden. El Presidente del Senado podía á su beneplácito interrogar un miembro de este Cuerpo, haciéndolo algunas veces por deferencia ó amistad. Los Cónsules observaban ordinariamente durante todo el año, para interrogar á los senadores, el orden que habían seguido al comenzar sus funciones.

quienes llevaban una corona de oro, de doscientas libras de peso, y simulacros de diferentes despojos de plata maciza y de mil libras de peso. No se concedió á Scipión el levantamiento de nuevas tropas, que solicitó débilmente, pero se le autorizó á llevar voluntarios; y como había dicho que su flota no costaría nada á la República, se le dió permiso para que recibiese lo que le dieran los aliados para construir nuevas naves. Los pueblos de la Etruria fueron los primeros que prometieron ayudar al Cónsul, cada uno según sus medios. Cerea ofreció trigo y todo género de provisiones para las tripulaciones; Populonia, hierro; Tarquinia, la lona para las velas; Volterra, trigo y jarcias; Arrecio, tres mil escudos, otros tantos cascos, venablos romanos y galos y picas largas, elevándose, en cantidades iguales, á cincuenta mil: hachas, espiochas, hoces, toneles, piedras de molino para el equipo de cuarenta naves largas, ciento veinte mil modios de trigo, y los gastos de camino de los decuriones y remeros; Perugia, Ausio y Rusela daban pino para la construcción de las naves y considerable cantidad de trigo. Scipión tomó el pino de los bosques de la República. Los pueblos de la Umbría, y con ellos los de Numa, Reata y Amiterno, así como toda la Sabina, ofrecieron soldados. Los mardos, los pelignos y los marrucinos suministraron muchos voluntarios, que se alistaron en las tripulaciones. Los camertos, que se habían aliado á Roma bajo el pie de completa igualdad, enviaron una cohorte armada, fuerte de seiscientos hombres. Treinta quillas de naves, de las que veinte eran quinquerremes, y diez cuadrirremes, se pusieron en los astilleros; y tanto activó los trabajos el General, que cuarenta y cinco días después de haber sacado de los bosques la madera de

construcción, fueron botadas al mar las naves equipadas y armadas.

El Cónsul partió para Sicilia con treinta naves largas y cerca de siete mil voluntarios á bordo. Por su parte, P. Licinio reunió en el Brucio los dos ejércitos consulares, tomando para él el que había mandado el cónsul Veturio y dejó á Metelo al frente de las legiones que había tenido ya bajo sus órdenes, pensando que dirigiría más fácilmente sus operaciones con tropas acostumbradas á su mando. También partieron los pretores para sus respectivas provincias. Pero faltando dinero para la guerra, recibieron orden los cuestores de vender la parte del territorio campanio que se extiende desde el Foro de los griegos hasta el mar; autorizáronse las denuncias para conocer las tierras que pertenecían aún á particulares campanios, y que incorporaron al dominio público de Roma; y para alentar á los denunciadores, se les prometió la décima parte del valor de los terrenos que denunciasen. Cn. Servilio, pretor urbano, quedó encargado de vigilar la ejecución del senatus-consulta que designaba residencias fijas á los ciudadanos campanios y castigar á los que habitasen en otras partes. En aquel mismo verano, Magón, hijo de Amílcar, que había invernado en la más pequeña de las islas Baleares, embarcó lo más escogido de la juventud, y pasó á Italia con una flota de cerca de treinta naves rostradas y considerable número de las de transporte, conduciendo doce mil hombres de infantería y cerca de dos mil caballos. Encontró desguarnecida y sin defensa la costa; presentóse bruscamente delante de Génova y se apoderó de ella. Dirigiéndose en seguida á la costa de la Liguria Alpina, esperando provocar un levantamiento en ella, la abordó. Los ingaunos, pueblo de la Liguria,

estaban entonces en guerra con los epanterenos, habitantes de las montañas. El cartaginés depositó su botín en Savona, plaza fuerte en los Alpes, dejando diez naves en la rada para guardarlo, y enviando las otras veinte á Cartago para proteger la costa de África, porque corría el rumor de que Scipión iba á atravesar el mar; después, habiendo ajustado alianza con los ingaunos, cuya amistad le pareció más ventajosa, decidió atacar á los montañeses. Los galos, atraídos por la celebridad de su nombre, engrosaban diariamente su ejército. Cartas de Sp. Lucrecio dieron aviso de estos sucesos al Senado, y se temió haberse regocijado demasiado precipitadamente dos años antes por la destrucción de Asdrúbal y de su ejército, si era cierto que iba á renacer otra guerra, igualmente temible, en la que nada había cambiado más que el General. El Senado se inquietó mucho y mandó al procónsul M. Livio que dejase la Etruria y se dirigiese con sus voluntarios á Ariminio. Encargóse al pretor Cn. Servilio que colocase las legiones urbanas, si consideraba necesaria su partida, bajo las órdenes de quien quisiera, y que las hiciese entrar en campaña. M. Valerio Levino las llevó á Arrecio. En aquella misma época cerca de ochenta naves de transporte, pertenecientes á Cartago, fueron capturadas á la altura de las costas de Cerdeña por Cn. Octavio, pretor de la provincia, según Celio: aquellas naves iban cargadas de trigo y otras provisiones para Annibal: según Valerio, llevaban á Cartago el botín recogido en la Etruria y los prisioneros hechos en las montañas de la Liguria. En el Brucio no ocurrió en aquel año ningún acontecimiento notable. Una epidemia atacó igualmente á romanos y cartagineses; pero el ejército cartaginés padeció más de la peste y del hambre. Annibal pasó todo

el verano cerca del templo de Juno Lacinia; allí erigió y dedicó un altar, haciendo grabar con caracteres griegos y púnicos larga inscripción relatando sus hazañas.

FIN DEL LIBRO XXVIII.

LIBRO XXIX.

SUMARIO.

Regreso de Lelio.—Reproducción de la guerra con España.—Su terminación.—Magón recibe refuerzos de Africa.—Scipión se apodera de Locros, poniendo en fuga á Annibal.—Paz con Filipo.—Traslación de la estatua de Cibeles á Roma desde Pesinunta.—La recibe P. Scipión Nasica.—Quejas de los locrinos.—Prisión y muerte de Plemínio.—Rumores contra P. Scipión: su justificación.—Pasa al Africa.—Sifax rompe la alianza ajustada con Scipión.—Masinissa se une á Scipión.—Mata á Hannon y derrota su ejército.—Scipion levanta el sitio de Utica.—Ventajas del cónsul Sempronio sobre Annibal.—Censo de los ciudadanos.—Discordias entre los censores M. Livio y Claudio Nerón: sus apasionados actos.

En cuanto llegó Scipión á Sicilia ordenó los voluntarios y formó centurias, conservando cerca de sí, sin armar, trescientos jóvenes en la flor de la edad y en toda su fuerza, sin decirles á qué servicio los destinaba ni por qué no los incorporaba á las centurias ni los armaba. En seguida eligió en toda la juventud siciliana trescientos caballeros de las familias más nobles y ricas para llevarlos con él al África, y les señaló el día en que habían de presentarse montados y armados. Aquella expedición era penosa, lejana de su país y parecía que les amenazaban muchos peligros en tierra

y mar: esta idea les atormentaba tanto á ellos como á sus padres y parientes. En el día señalado se presentaron con sus armas y caballos, y entonces les dijo Scipión que «le habían enterado de que muchos caballeros sicilianos temían aquella expedición como demasiado penosa y dura. Si realmente algunos pensaban así, prefería que se lo dijese en seguida á verles quejarse después cuando no fuesen más que soldados sin valor ó inútiles para la República. Podían decir lo que pensasen, porque les trataría con benevolencia.» Uno se atrevió á decir «que si era libre para elegir, no quería servir.» Scipión, contestó: «Joven, puesto que has manifestado tu deseo, te daré quien te reemplace; pero le entregarás tus armas, tu caballo y todo tu equipo de guerra; le enseñarás á montar y á manejar las armas.» El siciliano aceptó gustoso aquellas condiciones, y recibió uno de los trescientos jóvenes que no habían sido armados. Cuando vieron los otros á aquel caballero libre de aquella manera del servicio militar con el beneplácito del general, se excusaron todos y aceptaron reemplazo. De esta manera sustituyeron jinetes romanos á los trescientos sicilianos, sin gasto alguno de la República. Los sicilianos se apresuraron á instruirles y ejercitarles, porque el general declaró que si no lo hacían, servirían ellos mismos. Esta magnífica ala de caballería dícese que se distinguió en más de un combate, mereciendo elogios de la República. Revistando en seguida sus legiones, Scipión escogió los soldados que llevaban muchos años de servicio, especialmente los que habían servido con Marcelo, á los que consideraba como los mejor disciplinados, y suponía que el largo sitio de Siracusa les había adiestrado mucho en el arte de atacar plazas; porque no

se fijaban sus pensamientos en oscuros proyectos, sino en la ruina misma de Cartago. Distribuyó su ejército en las plazas fuertes, exigió trigo á las ciudades de Sicilia, economizó el lino que recibía de Italia, hizo carenar las naves viejas y las dió á C. Lelio para que fuese á talar el África, y en fin, mandó varar para el invierno, en los astilleros de Panonia, las naves nuevas que habían sido construídas apresuradamente con maderas verdes. Terminados estos preparativos de guerra, marchó á Siracusa, que no estaba tranquila todavía de las violentas sacudidas de la guerra. Los griegos reclamaban propiedades que los italianos les habían arrebatado por fuerza durante la guerra, y que por fuerza también retenían, aunque el Senado había dispuesto la restitución. Creyendo Scipión que ante todo debía proteger la fe pública, dió un edicto, y hasta se dice que dictó sentencias contra los detentadores obstinados de aquellos bienes injustamente adquiridos, y restituyó á los siracusanos lo que les pertenecía. Esta conducta le atrajo el favor de los propietarios y también el de todos los pueblos de Sicilia, secundándole con más afán en sus operaciones. En aquel mismo verano el ilergeta Indibilis promovió de nuevo en España una guerra grave, sin otro motivo que el desprecio que su admiración por Scipión le había hecho concebir hacia los otros generales. «Scipión era el único general que quedaba á los romanos: todos los demás habían caído bajo los golpes de Annibal. Así que, después de la muerte de los Scipiones en España, no habían tenido otros que enviar, y cuando el peso de la guerra era más abrumador para Italia, le habían llamado para oponerlo á Annibal. No solamente los generales que tenía Roma en España lo eran solamente de nombre, sino que ha-

bía retirado de la provincia las tropas veteranas. Véase bien por el miedo del ejército que solamente era indisciplinada reunión de bisoños, y jamás se encontraría ocasión más propicia para libertar á España. Hasta aquel día habían sido esclavos de Cartago ó de Roma, y no sólo de una ó de otra alternativamente, sino que algunas veces de las dos á la vez. Los romanos habían arrojado á los cartagineses; los españoles, si obraban de acuerdo, podían arrojar á los romanos, y España, libre para siempre de todo dominio extranjero, recobraría las costumbres y el culto de sus padres.» Con este discurso y otros parecidos sublevó á sus compatriotas y á los aurretanos, nación vecina, así como á los pueblos limítrofes de unos y de otros, y en pocos días treinta mil hombres de infantería y cerca de cuatro mil de caballería se reunieron en el territorio de los sedetanos, donde se había fijado la cita general.

Los generales romanos L. Léntulo y L. Manlio Acidino, temiendo el desarrollo que la guerra podía tomar si la descuidaban al principio, reunieron á su vez sus ejércitos, atravesaron el territorio de los aurretanos, trataron á aquel país rebelde con los mismos miramientos que si hubiese estado sometido, y llegaron cerca del enemigo, acampando á tres millas de su campamento. Comenzaron por enviarles legados que en vano intentaron hacerles deponer las armas; pero habiendo sido atacados de pronto algunos forrajeros romanos por jinetes españoles, la caballería romana salió de sus líneas y trabó un combate cuyo resultado quedó indeciso. Al día siguiente, al salir el sol, todas las fuerzas enemigas se presentaron en batalla á una milla próximamente del campamento romano. En el centro estaban los aurretanos; en el ala derecha los ilergetas, y en

la izquierda oscuros pueblos de España. Entre las alas y el centro habían dejado espacios bastante anchos para que pudiese avanzar la caballería en el momento oportuno. Persuadido Léntulo de que la caballería solamente sería útil á aquel ejército que la lanzase primero en los intervalos del otro, mandó al tribuno militar Ser. Cornelio arrojarle con sus fuerzas en los espacios abiertos entre las líneas enemigas. En cuanto á él, después de trabar con escaso éxito un combate de infantería, se apresuró á hacer avanzar la tercera legión de la reserva á la primera fila, para sostener la segunda, que cedía en el ala izquierda delante de los ilergetas; y cuando hubo restablecido el combate se reunió con L. Manlio, que estaba en el frente de batalla, animando á sus soldados y enviando refuerzos á donde eran necesarios. Allí dijo que todo marchaba bien en el ala izquierda, y que muy pronto, por orden suya, Cornelio Servio caería como un huracán sobre los españoles y les envolvería con la caballería. Apenas acababa de decirlo, cuando lanzándose las turmas romanas en medio de los enemigos, rompieron las líneas de su infantería y al mismo tiempo cerraron el paso á su caballería. Por esta razón, renunciando los españoles á combatir á caballo, echaron pie á tierra. Viendo los generales romanos que estaban rotas las filas enemigas, que en ellas reinaban el desorden y el miedo, que sus enseñas vagaban sin direccion, estrecharon y exhortaron á sus soldados para que aprovecharan el espanto y atacasen antes de que pudieran rehacer las filas. Los barbaros habrían cedido al terrible choque de los romanos si el rey Indibilis no se hubiese lanzado al frente de la infantería con los jinetes desmontados, sosteniendo durante algún tiempo encarnizada lucha. Al fin,

cuando Indibilis, que á pesar de una herida mortal seguía combatiendo, cayó bajo el golpe de un venablo, y los soldados que le rodeaban sucumbieron bajo lluvia de dardos, comenzó la derrota en todas partes. El número de muertos fué considerable, porque los jinetes no tuvieron tiempo para montar de nuevo, y los romanos persiguieron á los fugitivos con furor, no deteniéndose hasta después de apoderarse del campamento. Aquel día sucumbieron trece mil españoles, y quedaron prisioneros ochocientos. Entre romanos y aliados cayeron pocos más de doscientos hombres, principalmente en el ala izquierda. Los españoles arrojados de su campamento ó escapados del combate se dispersaron por los campos, y en seguida marcharon á sus respectivas ciudades.

Convocados entonces por Mandonio á una asamblea general, quejéronse vivamente en ella de sus derrotas, acusaron á los autores de la revuelta, y decidieron enviar una embajada para entregar las armas y someterse. Los legados atribuyeron toda la culpa á Indibilis, que había provocado la sublevación, y á los otros jefes, y en seguida entregaron las armas y se sometieron. Pero les contestaron que no aceptarían aquella sumisión hasta que entregasen vivos á Mandonio y demás instigadores de la guerra; de no hacerlo así, el ejército marcharía sobre el territorio de los ilergetas, de los aurretanos y sucesivamente de los demás pueblos. Esta fué la respuesta que llevaron los legados á la asamblea. Mandonio y los demás jefes fueron entregados al suplicio: restablecióse la paz en España; pero aquel año exigióse á los habitantes doble tributo, trigo para seis meses, túnicas y togas para el ejército, y cerca de treinta pueblos entregaron rehenes. Así fué que en pocos días

brotó y quedó reprimida sin muchos esfuerzos aquella sublevación de España, pudiendo dirigirse entonces contra el África todos los terrores de la guerra. Habiéndose acercado C. Lelio á Hipona Regia durante la noche, marchó al amanecer á la cabeza de las legiones y de los soldados de marina para talar el territorio. No estando los habitantes alerta, como sucede siempre en tiempo de paz, experimentaron graves pérdidas, y los fugitivos llevaron el espanto á la misma Cartago, anunciando la llegada de la flota romana y del cónsul Scipión, de quien se sabía que había pasado ya á Sicilia; pero no podían precisar ni el número de naves que habían visto, ni el de soldados que talaban los campos, y el miedo, que agranda los objetos, les hacía exagerar el peligro. Al pronto quedaron aterrados y consternados, y en seguida se entregaron al dolor: «La fortuna había cambiado tanto, que después de haber visto en otro tiempo un ejército victorioso bajo las murallas de Roma, después de haber destruído tantos ejércitos enemigos, después de haber recibido la sumisión voluntaria ó forzada de todas las naciones de Italia, por el cambio de fortuna iban á ver devastada el Africa y sitiada Cartago, sin poder oponer á sus desgracias igual energía que los romanos. Estos habían encontrado en la población de Roma y en la juventud del Lacio fuerzas considerables siempre y más numerosas á medida que sucumbían sus ejércitos; pero ellos solamente poseían en la ciudad y los campos población incapaz de combatir, y tenían que comprar á peso de oro defensores entre aquellos pueblos africanos cuya movible se flotaba á todos los vientos. El rey Syfax les era hostil desde su conferencia con Scipión: el rey Masinissa les había hecho francamente traición declarándose su más

cruel enemigo: ni esperanza por ninguna parte, ni auxilio que recibir. Magón no podía provocar movimiento alguno en la Galia ni reunirse con Aníbal, y el mismo Aníbal estaba gastado en fama y en fuerzas.»

Estas quejas expresaban el abatimiento que les producía aquella repentina noticia; pero su situación, cada vez más crítica, reforzó su valor, y consultaron acerca de los medios de rechazar el peligro que les amenazaba. Decidióse hacer apresuradamente levadas en la ciudad y en los campos, pagar auxiliares africanos, fortificar á Cartago, acopiar víveres, preparar en ella dardos y armas, equipar naves y enviarlas á Hipona en contra de la flota romana. En medio de esta agitación se supo que era Lelio y no Scipión quien había desembarcado con las tropas necesarias para talar los campos; que el grueso del ejército se encontraba todavía en Sicilia. Respirando entonces, se ocuparon en enviar legados á Syfax y á otros reyezuelos, para confirmar con ellos los tratados de alianza. También los enviaron á Filippo (1) para prometerle doscientos

(1) Este Filippo reinaba entonces en Macedonia; era hijo de Demetrio y fué padre de Perseo, con quien el reino de Macedonia y toda la Grecia sucumbieron bajo los golpes de los romanos. Filippo presintió el peligro que la ambición y la fortuna de Roma suscitaban á la independencia de Grecia: dedicó toda su vida á prevenirlo, y puede decirse, en alabanza suya, que mostró tanto valor como habilidad. Pero los destinos eran contrarios á todos los enemigos de Roma. Filippo ajustó con Aníbal un tratado de alianza, y á pesar de los esfuerzos mejor combinados, no pudo conseguir ninguna utilidad. Estrechado hasta el extremo por las intrigas y orgullosas exigencias de Roma, le declaró abiertamente la guerra y fué vencido. Habiéndose sometido, para poder reparar sus fuerzas en la paz, esperó en vano ocasión favorable, sin poder aprovecharla. Humillada y vencida la Macedonia, tuvo que doblar la cerviz bajo el yugo de Roma, en

talentos de plata, si hacia una incursión en Sicilia ó en Italia. Enviáronse órdenes á los dos generales que se encontraban en Italia, para que aterrassen al país de tal manera que retuviesen á Scipión. Magón recibió, además de esta orden, veinticinco naves, seis mil hombres de infantería, ochocientos caballos, siete elefantes, y además considerable cantidad de dinero para pagar auxiliares: con estos refuerzos debía acercarse más á Roma y reunirse con Anníbal. Estos eran los preparativos y proyectos que se formaban en Cartago, mientras que Lelio recogía inmenso botín en un país desarmado y desguarnecido de tropas, y Masinissa, enterado de la llegada de los romanos, se le reunía con algunos jinetes. Qujábase éste vivamente de que Scipión no hubiese llevado todavía su ejército al África, cuando los cartagineses se encontraban abatidos y Syfax ocupado en guerras con sus vecinos; añadió que este príncipe continuaba aún incierto; que si le dejaban terminar á su gusto sus negocios, los romanos no podían esperar de él sinceridad ni fidelidad. Lelio debía instar á Scipión y convencerle de que no debía perder ni un momento. En cuanto á él, aunque arrojado de su reino, llevaría refuerzos de infantería y caballería que no serían despreciables. Lelio no debía permanecer en África; según todas las apariencias, había salido una flota del puerto de Cartago, y no era prudente combatirla en ausencia de Scipión.

aquel cuarto de siglo en que se completaba el triunfo de Roma sobre el mundo con tan rápidos y maravillosos progresos. Filipo fué contemporáneo de Anníbal y de Antíoco; es decir, que durante sus inútiles esfuerzos para salvar la Macedonia, el África y el Asia pasaron con la Grecia al poder de los romanos. Reinó cuarenta y dos años, desde el 221 al 179 antes de J. C.

Despedido Masinissa después de esta entrevista, Lelio se alejó de Hipona á la mañana siguiente con su flota cargada de botín; de regreso en Sicilia, dió cuenta á Scipión de su entrevista con el númida. Al mismo tiempo, las naves de Cartago enviadas á Magón abor-
daron entre los ligurios albinguanos y Génova. En aquellas aguas se encontraba entonces la flota de Magón. Con la orden que le comunicaron los legados de levantar el mayor número de tropas que pudiese, se apresuró á reunir en asamblea general á los galos y á los ligurios, que eran muy numerosos entonces en las cercanías. «Había sido enviado, les dijo, para devolverles la libertad; prueba de ello eran los socorros que le enviaba Cartago; pero en poder de ellos estaba suministrarle las fuerzas y el ejército necesario para decidir la guerra. Los romanos tenían dos ejércitos, uno en la Galia y otro en la Etruria: sabía por conducto seguro que M. Lucrecio iba á reunirse con M. Livio. A ellos tocaba ahora levantar muchos millares de hombres para resistir á dos generales y dos ejércitos enemigos.» Los galos contestaron: «En su voluntad estaba; pero como tenían casi á la vista un campamento romano, en el seno mismo de su país, y otro en las inmediaciones, en la Etruria, debían temer, si se descubría que habían ayudado á los cartagineses, que en seguida invadieran y devastaran su territorio los dos ejércitos. Magón solamente podía esperar de los galos secreto apoyo. En cuanto á los ligurios, como los ejércitos romanos no amenazaban sus tierras y sus ciudades, eran libres en sus proyectos, y podían muy bien armar su juventud y tomar parte en la guerra según quisieren.» Los ligurios no se negaron, y solamente pidieron dos meses para levantar sus tropas. Entretanto Magón, que había

despedido á los galos, tomó á sueldo secretamente hombres en sus campos, y recibió provisiones que con igual misterio le enviaban los pueblos galos. M. Livio llevó sus voluntarios de la Etruria á la Galia, se unió con Lucrecio y se mantuvo dispuesto para detener á Magón si abandonaba la Liguria para marchar sobre Roma: si los cartagineses permanecían tranquilamente acampados en un rincón de los Alpes, también continuaría él en aquella comarca, en las cercanías de Ariminio, para velar por la seguridad de Italia.

Cuando regresó de África Lelio, Scipión, á quien preocupaban mucho los consejos de Masinissa, y sus soldados, que veían descargar de todas las naves el botín recogido en las tierras enemigas, se mostraron igualmente impacientes por cruzar el mar; pero un asunto menos importante retrasó aquel gran proyecto. Tal fué la recuperación de la ciudad de Locros, que en la época de la defección de Italia se entregó también á los cartagineses. Un incidente muy ligero infundió esperanza de triunfar en la empresa. El Brucio era teatro de bandolerismo, más que de guerra regular: los númidas habían dado el ejemplo, y los brucios, impulsados antes por su carácter que por su alianza con los cartagineses, habían adoptado aquellas costumbres. Los romanos también, como contagiados, se aficionaron al pillaje, y en cuanto les dejaban libertad los jefes, realizaban excursiones por las tierras enemigas. En una de ellas sorprendieron algunos locrinos que habían salido de sus murallas, y los llevaron á Reggio. Encontrábanse entre los prisioneros algunos obreros que los cartagineses habían empleado en trabajos de la fortaleza de Locros. Reconocidos por los principales locrinos, refugiados en Reggio desde que el partido con-

trario les expulsó de la ciudad para entregarla á Anníbal, aquellos obreros, después de contestar á todas las preguntas acostumbradas tras de larga ausencia acerca de los asuntos del país, ofrecieron, si les rescataban y les enviaban á Locros, que entregarían la fortaleza á los nobles, cosa posible porque vivían en ella y gozaban de la completa confianza de los cartagineses. Los refugiados, que echaban mucho de menos su patria, y que ardían en deseos de vengarse, rescataron en el acto á los obreros y los enviaron á Locros, después de convenir con ellos el plan y las señales que debían dar para advertirles. En seguida marcharon á Siracusa para hablar con Scipión, con quien se encontraban muchos de sus compañeros de destierro, le enteraron de las promesas de los prisioneros, y le mostraron la esperanza de un triunfo que nada tenía de improbable. El Cónsul mandó que les acompañasen los tribunos militares M. Sergio y P. Macieno, con orden de llevar tres mil hombres de Reggio á Locros; escribiendo además al propretor Q. Pleminio para que secundase la empresa. Partieron, pues, de Reggio con escalas proporcionadas á la prodigiosa altura de las murallas, y á media noche dieron desde el punto convenido la señal á los que debían entregar la fortaleza. Atentos y preparados estaban; descolgaron por su lado escalas preparadas al efecto, y recibieron á los romanos, que subían por muchos puntos á la vez sin lanzar un grito, y que cayeron sobre las guardias cartaginesas que dormían con tranquilidad completa. Al principio solamente se oyeron los gemidos de los desgraciados á quienes degollaban; en seguida el espanto de gentes que despiertan sobresaltadas, y la confusión que nace de un peligro cuya causa se ignora; al fin no se dudó ya, y se

llamaron unos á otros, gritando todos ¡á las armas! y repitiendo que el enemigo estaba en la fortaleza y degollaba las guardias. Todo había concluído para los romanos, que eran inferiores en número, si sus compañeros que se encontraban fuera de las murallas no hubieran lanzado un grito. No sabiendo los cartagineses de dónde partía, y cediendo á esos vagos terrores que aumentan siempre el desorden nocturno, creyeron que la fortaleza estaba llena de enemigos, por lo que renunciaron al combate y se retiraron á la segunda fortaleza, pues la ciudad tenía dos, poco distantes entre sí. Los habitantes ocupaban la ciudad, que era como la recompensa destinada al vencedor. Diariamente trababan escaramuzas las guarniciones de las dos fortalezas. Q. Pleminio mandaba los romanos y Amilcar los cartagineses, y obteniendo unos y otros recursos del país vecino, aumentaban sus fuerzas. Al fin llegó Annibal en persona, y Pleminio no hubiera podido sostenerse, si la mayor parte de los locrinos, exasperados por el orgullo y la avaricia de los cartagineses, no se hubiesen inclinado á los romanos.

Teniendo noticia Scipión de que el éxito de la expedición de Locros estaba dudoso, y que Annibal se acercaba personalmente, temió por la guarnición, cuya retirada no era fácil; y dejando en Mesina á su hermano L. Scipión al frente del ejército, aprovechó la marea y buen viento para partir con la flota. Por su parte, Annibal, llegado al río Butroto, que corre cerca de Locros, envió á los cartagineses orden de atacar vigorosamente desde el amanecer á los romanos y á los locrinos, mientras que, á favor del tumulto, se presentaría de pronto y tomaría la ciudad por la espalda. Pero encontrando trabado el combate antes de ama-

necer, no quiso encerrarse en la fortaleza y reconcentrar de esta manera mucha gente en espacio demasiado estrecho, y además no había llevado escalas para subir á las murallas. Mandó que los soldados dejaran el bagaje, y desplegó sus líneas cerca de las murallas para asustar al enemigo; en seguida, con sus jinetes húmedas recorrió el recinto de la ciudad, mientras preparaban las escalas y todas las máquinas necesarias para el asalto, examinando por qué lado convenía atacar. Cuando se acercaba á las murallas, cayó herido por un golpe de escorpión el que se encontraba más cerca de él. Impresionado por el peligro que acababa de correr, mandó tocar retirada, y marchó á colocar su campamento fortificado fuera del alcance de los venablos. La flota romana partida de Mesina abordó á Locres pocas horas antes de ponerse el sol, desembarcando todas las tropas y entrando en la ciudad antes de obscurecer. A la mañana siguiente salieron de la fortaleza los cartagineses y trabaron el combate. Annibal, provisto de escalas y de todo lo necesario para el asalto, se encontraba ya al pie de las murallas, cuando de pronto, y no esperando en manera alguna aquel ataque, abrióse la puerta, lanzáronse sobre él los romanos, y le mataron cerca de doscientos hombres en aquella brusca salida. Habiéndose enterado Annibal de la presencia del Cónsul, retiró el resto de sus soldados al campamento, hizo saber á los que ocupaban la fortaleza que atendiesen por sí solos á su seguridad, y descampó durante la noche. Los soldados de la fortaleza prendieron fuego á las casas que ocupaban, con objeto de ocasionar al enemigo una alarma que le detuviese, y con precipitación parecida á la fuga, se reunieron con sus compañeros antes de la noche.

Viendo Scipión que el enemigo había abandonado la ciudad y el campamento, reunió á los locrinos en asamblea y les reconvino enérgicamente por su traición, castigó con la muerte á los autores de la revuelta y entregó sus bienes á los jefes del partido contrario, para recompensar su constante fidelidad hacia los romanos. *Declaró que no privaba de ningún derecho á los locrinos; que enviarían legados á Roma y que el Senado decidiría de su suerte, seguro de que, á pesar de su perfidia con relación al pueblo romano, la suerte que les dispensaría Roma irritada sería mejor que la que debían á sus amigos los cartagineses.* Encargó al legado Q. Pleminio y á las tropas que habían tomado la fortaleza la defensa de la plaza, y regresó á Mesina con las que había llevado. Tanto habían tenido que sufrir del orgullo y crueldad de los cartagineses los locrinos desde que se separaron de los romanos, que ligeras injusticias, lejos de cansar su paciencia, casi hubiesen sido alivio para ellos. Pero Pleminio y los soldados de la guarnición romana de tal manera sobrepusieron en maldad y avaricia á Amílcar y los cartagineses, que parecían rivalizar con ellos, no en valor sino en vicios. El General y los soldados agotaron contra los habitantes todos los excesos que hacen maldecir al débil el poder del fuerte; sus personas mismas, sus hijos, sus mujeres sufrieron todo género de ultrajes. La avaricia de los romanos les llevó hasta á apoderarse de los objetos sagrados; profanaron todos los templos, y se atrevieron hasta á robar los tesoros de Proserpina (1), que habían permanecido intactos desde

(1) En la antigüedad los templos gozaban de rentas propias, rentas que procedían principalmente de terrenos que los parti-

tantos siglos. Decíase que solamente Pirro los había arrebatado; pero después de expiar su sacrilegio de un modo terrible, había devuelto los despojos sagrados. Así, pues, lo mismo que en otro tiempo las naves del rey, destrozadas por el naufragio, solamente pudieron salvar los tesoros de la diosa de que iban cargadas, así ahora, por venganza de otra especie, aquel dinero inspiró tal delirio á todos los cómplices de la profanación, que volvieron su furiosa rabia contra ellos mismos, jefe contra jefe y soldado contra soldado.

Pleminio tenía el mando superior; á sus órdenes estaban parte de los soldados, los que había llevado de Reggio; los otros obedecían á los tribunos. Un soldado de Pleminio, cargado con un vaso de plata que había robado en la casa de un lochrino, huía perseguido por los dueños, cuando se encontró de pronto ante Sergio y Mecieno, quienes mandaron quitar el vaso al ladrón, siguiéndose de aquí una cuestión, gritos, y al fin un combate entre los soldados de Pleminio y los de los tribunos. A medida que la casualidad traía nuevos combatientes en socorro de sus compañeros, aumentaba el tumulto; y habiendo llevado la peor parte los soldados de Pleminio, acudieron á su general, mostrán-

culares ó la República daban á los dioses. Esto sucedía principalmente en Grecia. En Roma, los templos recibían ordinariamente una parte del botín que se recogía en la guerra. Créese que los griegos no acostumbraron las ofrendas en dinero. Las riquezas del templo de Delfos consistían principalmente en trípodes y estatuas. Además los templos eran depósitos donde las ciudades y los particulares guardaban sus riquezas. En aquellos tiempos antiguos, en que la vigilancia era tan defectuosa, no se encontraba medio más seguro para custodiar las riquezas que colocarlas bajo la salvaguardia de los dioses.

dole su sangre y sus heridas, lanzando gritos de indignación y refiriéndole los ultrajes que le dirigían á él mismo en medio de la contienda. Ardiendo en cólera Pleminio, salió de la casa, llamó á los tribunos, los hizo desnudar y dispuso que los azotasen. La resistencia que oponían retrasó la ejecución de la orden, y sus soldados, cuya asistencia imploraban, acudieron de pronto orgullosos con su reciente victoria, y desembocando por todas partes como si se hubiese gritado «á las armas» para rechazar al enemigo. Al ver á sus tribunos, á quienes estaban ya azotando, no pudieron contenerse, y, en el repentino furor que les dominó, perdiendo el respeto á la majestad del mando y hasta á la humanidad, lanzáronse sobre el legado, después de maltratar indignamente á sus lictores, le separaron de los suyos, le rodearon, le mutilaron cruelmente cortándole la nariz y las orejas y le abandonaron medio muerto. Cuando llegó la noticia á Mesina, Scipión se embarcó en una bexera (1) y abordó en pocos días á Locros. Allí oyó á los dos bandos, absolvió á Pleminio, le dejó el mando de la ciudad, y declarando culpables á los tribunos, mandó cargarles de cadenas para enviarlos á Roma ante el Senado; en seguida regresó á Mesina y de allí á Siracusa. Ciego de despecho Pleminio, creyó que Scipión había tratado con demasiada ligereza su ultraje; persuadido de que, para juzgar en asunto de aquel género, era necesario poder apreciar la atrocidad del crimen por sus propios sufri-

(1) Bexera era la nave con seis filas de remos. Las de este género eran muy grandes y no se utilizaban en la guerra, siendo objetos de lujo. Esta de que se trata aquí era, sin duda, siracusana, porque los griegos usaban, más que los romanos, esta clase de naves.

mientos, hizo que le llevasen los tribunos, los sometió á cuantas torturas puede soportar el hombre, y les dió la muerte haciendo despedazarles. No le bastó aquel suplicio, y hasta dejó insepultos los cadáveres. Igualmente cruel se mostró con los ciudadanos principales de Locros, denunciados por haberse quejado de sus injusticias á Scipión, y los mismos excesos á que el desorden y la avaricia le habían arrastrado con los aliados, los multiplicó por espíritu de venganza, atrayendo así la infamia y la execración pública, no solamente sobre él, sino hasta sobre su General.

Acercábase el tiempo de los comicios, cuando el cónsul P. Licinio escribió á Roma «que él y su ejército estaban atacados de grave enfermedad, y que no hubiese podido hacer frente á los enemigos, si el mismo contagio no se hubiera propagado en su campamento, y hasta con mayor violencia. No pudiendo, pues, asistir en persona á los comicios, nombraría dictador, si agradaba al Senado, á Q. Cecilio Metelo, para que presidiese la asamblea. El ejército de Cecilio debía ser licenciado por conveniencia de la República. En aquel momento no tenía aplicación, puesto que Anníbal había tomado ya cuarteles de invierno, y además, tales estragos había hecho el contagio en el campamento, que si no se apresuraban á licenciar las tropas, tal vez no quedaría ni un solo hombre.» El Senado permitió al Cónsul obrar en aquello según el interés de la República y su rectitud. Atormentaban entonces á Roma temores supersticiosos: al consultar los libros sibilinos, con ocasión de las lluvias de piedras, que habían sido muy frecuentes aquel año, habíase leído este oráculo: «Cuando un enemigo extranjero haya traído la guerra al suelo de Italia, no se podrá arrojarle de esta comarca ni vencerle,

si no es trasladando de Pessinunta (1) á Roma la diosa Idea madre. Esta predicción que encontraron los decenviros impresionó tanto más al Senado, cuanto que los legados enviados á Delfos para presentar la ofrenda dijeron que Apolo Pithio había aceptado su sacrificio y que el oráculo había contestado «que una victoria mucho más importante que aquella de que procedía el botín ofrecido al dios, estaba reservado al pueblo romano.» Añadíase en apoyo de esta esperanza los sentimientos de P. Scipión, que anunciaba el fin de la guerra pidiendo el África por provincia. Con objeto de apresurar el momento de conseguir aquella victoria que prometían los destinos, los presagios y los oráculos, se atendió á los medios de trasladar la diosa á Roma.

No tenían aún los romanos aliados en las ciudades libres del Asia; pero recordaron que, con ocasión de una epidemia que asolaba á Roma, pidieron en otro tiempo á Esculapio de Grecia, sin tener alianza con este país, y que ya el rey Atalo, que se encontraba, como ellos, en guerra con Filipo, había aceptado la amistad del pueblo romano. Creyeron que este príncipe haría cuanto pudiese por la República, y se decidieron á enviarle en legación á M. Valerio Levino, que había sido cónsul dos veces y hecho la guerra de Grecia; M. Cecilio Metelo, antiguo pretor; Ser. Salpicio Galba, antiguo edil, y dos cuestores que habían sido, Cn. Tremelio Flacco y M. Valerio Falto. Diéronles cinco quinquerremes para que se presentasen de una manera digna de la República en aquellas comarcas, en las que querían infundir

(1) Pessinunta era una ciudad del Asia Menor, en la Galacia, cerca del río Sangario, al Oeste de Juliópolis y de Gordium. La diosa Idea es la misma Cibeles. En muchos puntos, especialmente en Eleusis, se la tributaba célebre culto.

alta idea de la majestad del nombre romano. Al dirigirse al Asia los legados, desembarcaron en Delfos y consultaron el oráculo para saber si podían, tanto ellos como el pueblo romano, esperar feliz resultado de la misión de que estaban encargados. Dicese que les contestó: «Que el rey Atalo les haría conseguir lo que iban á buscar; que después de haber trasladado la diosa á Roma, debían atender á que le diese hospitalidad el romano más virtuoso.» Los legados llegaron á Pérgamo y se presentaron al Rey, que les recibió con benevolencia, les llevó á Pessinunta, en Frigia, les entregó una piedra sagrada, que los habitantes decían ser la madre de los dioses, y les aconsejó trasladarla á Roma. Sus compañeros enviaron delante á M. Valerio Falto para que anunciase la llegada de la diosa y recomendar que se buscase al ciudadano más virtuoso, para que les recibiese en su casa con los convenientes honores. El Cónsul creó en el Brucio dictador, para presidir los comicios, á L. Cecilio Metelo: éste licenció su ejército, tomó por jefe de los caballeros á L. Veturio Filo, y celebró los comicios. Fueron nombrados cónsules M. Cornelio Cethego y P. Sempronio, ausente entonces porque había sido encargado de la provincia de Grecia. En seguida se eligieron pretores á T. Claudio Nerón, M. Marcio Rala, L. Scribonio Libo y M. Pomponio Matho. Terminados los comicios, abdicó el dictador. Celebráronse tres veces los juegos romanos y siete veces los plebeyos. Eran ediles curules Cn. y L. Cornelio Léntulo. Lucio mandaba entonces en España: ausente cuando le nombraron, ausente estaba también cuando cumplió los deberes de su cargo. T. Claudio Aselo y M. Junio Penno fueron las ediles plebeyos. En este año dedicó M. Marcelo el templo de la Virtud, cerca de la puerta Capena,

diez y siete años después que hizo el voto su padre en la batalla de Clastidio, en la Galia, durante su primer consulado. En este año también murió M. Emilio Regilo, flamin de Marte.

Durante estos dos años se habían descuidado los asuntos de Grecia: así fué que, viendo Filippo á los etolios abandonados por los romanos, únicos aliados en quienes confiaban, les obligó á pedir la paz con las condiciones que quiso. Si no hubiese empleado todos sus esfuerzos para apresurar la terminación de aquel tratado se hubiese encontrado en guerra aún con los etolios, á la llegada del procónsul P. Sempronio, enviado para suceder á Sulpicio, con diez mil hombres de infantería, mil caballos y treinta y cinco naves rostradas, fuerza suficiente para socorrer á los aliados y que hubiesen aplastado al rey de Macedonia. Apenas se había ajustado la paz, supo Filippo la llegada de los romanos á Dyrraquio, el levantamiento de los partinos y de las naciones vecinas, á quienes halagaba la esperanza de un cambio, y el sitio de Dimala. Los romanos se habían dirigido hacia este punto, en vez de socorrer á los etolios en conformidad con la orden recibida; pero no perdonaban ellos á aquel pueblo haber concluido sin su consentimiento y en contra de la alianza, la paz con el Rey. A esta noticia, temiendo Filippo que el levantamiento fuese más grave y se extendiese á las naciones y pueblos inmediatos, se dirigió á marchas forzadas sobre Apolonia: Sempronio se había retirado allí y había enviado á su legado Letorio á la Etolia con parte de las tropas y quince naves, para examinar la situación del país y procurar, si le era posible, romper la paz. Filippo taló el territorio de los apoloniatos, y habiéndose acercado á la ciudad con todas sus fuerzas,

presentó batalla á los romanos; pero viendo que no se movían y que se contentaban con defender las murallas, no sintiéndose, por otra parte, bastante fuerte para sitiar la plaza, y deseando hacer la paz con los romanos, como con los etolios, si podía, ó al menos obtener una tregua, no quiso envenenar los odios con nuevas tentativas, y regresó á su reino. Al mismo tiempo, los epirotas, cansados de una guerra tan larga, se decidieron, después de haber sondeado las intenciones de los romanos, á enviar una legación á Filipo para tratar de la paz general, diciendo que estaban seguros del éxito si consentía en conferenciar con el general romano P. Sempronio. No desagradaba al Rey aquel paso, y sin dificultad se decidieron á pasar el Epiro. En Fenicia, ciudad de esta comarca, celebró una conferencia con Eropo, Darda y Filipo, pretores de los epirotas, y en seguida vió á Sempronio. A esta conferencia asistieron Amynander, rey de los athamanos, los otros magistrados de los epirotas y los de los acarnanios. El pretor Filipo habló primero y rogó al Rey y al General romano que terminasen la guerra y que concediesen aquel favor á los epirotas. P. Sempronio propuso como condiciones de la paz, que los partinos, Drinala y Eugenium, pertenecerían á los romanos; la Atintania debía cederse á la Macedonia, si los legados que Filipo enviaria á Roma obtenían la autorización del Senado. Aceptáronse estas condiciones y se incluyó en el tratado, á petición de Prusias, rey de Bithiua, á los aqueos, beocios, tesalios, acarnanios y epirotas; y á petición de los romanos, los habitantes de Ilium, el rey Atalo, Pleurato, Nabis, tirano de Lacedemonia y los elcenos, los messenios y los atenienses. Escritas y firmadas estas cláusulas, se convino una tregua de dos meses, para

enviar á Roma legados encargados de conseguir del pueblo la ratificación del tratado. Todas las tribus lo ratificaron, porque en el momento de volver sus fuerzas contra el Africa, los romanos querían verse libres de todas las demás guerras. Ajustada la paz, P. Sempronio marchó á Roma á tomar posesión de su consulado.

Este año que era el décimoquinto de la guerra púnica, los cónsules tuvieron por provincias: Cornelio, la Etruria con el antiguo ejército; Sempronio, el Brucio, para el que debía levantar nuevas legiones. Entre los pretores M. Marcio recibió la jurisdicción urbana, L. Scribonio Libo, la de los extranjeros y la Galia; M. Pomponio Matho, la Sicilia; T. Claudio Nerón, la Cerdeña. A P. Scipión le dejaron al frente del ejército y de la flota que mandaba, prorrogándole los poderes por un año. P. Licinio debía quedar tambien en el Brucio con dos legiones, mientras el Cónsul considerase conveniente dejarle con su mando en la provincia. M. Livio y Sp. Lucrecio quedaron también al frente de dos legiones, con las que habían defendido la Galia contra Magon y les prorrogaron los poderes por un año. Cn. Octavio debía entregar la Cerdeña y su legión á T. Claudio, y velar en seguida con cuarenta naves largas por la defensa de las costas, en los límites que le señalase el Senado. M. Pomponio, pretor en Sicilia, recibió las dos legiones del ejército de Cannas. T. Quincio debía mandar en Taranto; C. Hostilio Túbulo en Capua, los dos en calidad de propretores, como el año anterior, y uno y otro tener á sus órdenes las antiguas guarniciones. Necesitábase designar para España los dos procónsules á quienes se destinaba esta provincia y se encomendó la designación al pueblo; deci-

diendo todas las tribus que los procónsules L. Cornelio Léntulo y L. Manlio Acidino, que habían mandado aquella provincia el año anterior, la conservaran todavía. Los Cónsules comenzaron en seguida las levas con objeto de poder enviar al Brucio las nuevas legiones y completar los otros ejércitos conforme había dispuesto el Senado.

No se había declarado aun que el África se incluiría en el número de las provincias, guardando sin duda el secreto el Senado por no alarmar á los cartagineses; sin embargo, esperábase en Roma que este año sería el África teatro de las últimas hostilidades y que iba á terminarse la guerra púnica. Este presentimiento había infundido en los ánimos ideas supersticiosas; encontrándose más dispuestos á contar y admitir prodigios, por lo que se publicaba mayor número que de ordinario. «Habíanse visto dos soles; la noche había brillado con repentinos resplandores: en Secia se había visto repetidas veces un rastro de fuego, que se extendía de Oriente á Occidente; había caído el rayo en una puerta de Terracina, en otra de Anagni y en las murallas de otros muchos puntos; en el templo de Juno Sospita, en Lanuvio, habíanse oído terribles ruidos y fragores.» Para expiar estos prodigios se celebraron rogativas durante un día, y también se realizó un sacrificio novendial con ocasión de una lluvia de piedras. Ocupándose en seguida de la recepción que debía hacerse á la diosa Idea Madre, M. Valerio, que se había adelantado á sus colegas, anunció la próxima llegada á Italia; y un reciente mensaje decía que se encontraba ya en Terracina. No era asunto de poca importancia para el Senado decidir quién era el ciudadano más virtuoso, siendo esta decisión verdadero triunfo que todos preferían á los mandos militares y á

los honores que podían concederles los votos del Senado y del pueblo. Consideróse al fin como el mejor entre todos los ciudadanos virtuosos á P. Scipión, hijo de aquel Ecneo que fué muerto en España, y que apenas tenía la edad necesaria para ser cuestor. Si los historiadores contemporáneos hubiesen dado á conocer las virtudes que le merecieron aquel voto tan honroso, con gusto las transmitiría á la posteridad; pero reducido á conjeturas acerca de un hecho que se pierde en la obscuridad de los tiempos, no emitiré opinión personal. P. Cornelio recibió orden de marchar á Ostia, con todas las señoras romanas, á recibir á la diosa, tomarla de la nave, bajarla á tierra, y entregarla en seguida á las señoras romanas. Cuando llegó la nave á la desembocadura del Tíber, Scipión, según lo mandado, pasó á bordo, tomó á la diosa de manos de los sacerdotes y la bajó á tierra. Allí la recibieron las señoras principales de la ciudad, entre las que solamente se cita á Claudia Quinta (1), cuya fama había sido bastante dudosa hasta entences; según se dice, y que, por aquel sagrado ministerio hizo celebre su castidad en lo sucesivo. Las señoras llevaron á la diosa en sus brazos, relevándose en el camino. Todos los habitantes habían acudido á recibirla, y por el camino que había de seguir habían colocado delante de las puertas de las casas vasos en que humeaba incienso, rogando todos á la diosa que se dignase entrar en la ciudad para protegerla. Depositaron la estatua en el templo de la Victoria, sobre el monte Palatino, la víspera de los idus de Abril, que desde entonces fué día festivo. El pueblo

(1) Sabido es que las damas romanas no llevaban más que el nombre de familia y un sobrenombre tomado del orden de su nacimiento, *Secunda*, *Tertia*, *Quarta*, etc.

acudió en tropel al Palatino para presentar ofrendas á la diosa; celebróse un lectisterno y también los juegos llamados Megalesios (1).

Cuando se trató de completar las legiones de las diferentes provincias, algunos senadores observaron que ya era tiempo de hacer cesar los abusos en cierto modo tolerados en los tiempos difíciles, puesto que la bondad de los dioses había libertado al fin á los romanos de todo peligro. Habiendo llamado la atención del Senado esta observación, añadieron que « las doce colonias latinas que, bajo el consulado de Q. Fabio y Q. Fulvio, se negaron á suministrar tropas, gozaban de esta exención cerca de seis años ya, como á título de honor y privilegio, mientras que los aliados buenos y fieles veían por premio de su fidelidad y sumisión al pueblo romano, levas anuales que agotaban periódicamente su población. Estas palabras, despertando en el Senado el recuerdo de un hecho casi olvidado ya, produjeron justo resentimiento. Así, pues, antes de tratarse de ningún asunto, se decretó: « que los cónsules llamarían á Roma á los magistrados de las diez principales ciudades de Nepente, Sutrium, Ardea, Cales, Alba, Carseola, Sora, Suessa, Secia, Circeya, Narnia é Interamno (que eran las doce colonias denunciadas). Calcularíase el número mayor de soldados que cada colonia de aquella debió suministrar al pueblo romano desde la entrada de los cartagineses en Italia, y se les exigiría que pusiesen en pie de guerra

(1) Los juegos megalesios, ó juegos en honor de Cibeles, comenzaron con las Megalesias, ó fiestas de la gran diosa. Formaban estos juegos representaciones escénicas y danzas ejecutadas por las damas romanas delante del altar de la diosa. Los senadores asistían con traje de púrpura á estas danzas.

doble número de infantería y además ciento veinte caballos. Si alguna no podía completar el número de jinetes, podría reemplazar cada uno con tres infantes; entre las tropas de á pie y de á caballo elegiríanse las más ricas y las enviarían fuera de Italia, allí donde se necesitasen refuerzos. Si algunas se negaban, retendríanse en Roma sus magistrados y legados de su colonia, y el Senado no les concedería audiencia, ni á petición suya hasta después de la ejecución de sus órdenes. Aumentaríanse también los tribunos de aquellas colonias en un as sobre cada mil anualmente. Haríase el censo según las formas prescritas por los censores, decretándose que estas formas fuesen las mismas que servían para el pueblo romano; y el resultado lo llevarían á Roma los censores jurados de las colonias antes de salir del cargo. • En virtud de este senatus-consulto los cónsules llamaron á Roma á los magistrados y principales ciudadanos de las colonias; pero cuando les hablaron del levantamiento de impuestos, todos hicieron reclamaciones y se quejaron á porfía. • Les era imposible suministrar tantas tropas, si se atenían á las prescripciones del tratado, apenas podrían satisfacerlas, rogando y suplicando que les permitiesen entrar en el Senado y exponer allí sus quejas. Nada habían hecho para merecer se les arruinase de aquella manera; pero aunque su ruina estuviese decretada, ni sus faltas ni la cólera del pueblo romano podían hacerles entregar más hombres que tenían. • Los cónsules permanecieron inflexibles, mandando á los legados que permaneciesen en Roma y á los magistrados que regresasen á sus ciudades para apresurar las levas, y, como á favor de larga exención del servicio, la juventud se había multiplicado, los alistamientos se hicieron sin trabajo.

Tratóse en seguida otro asunto descuidado y pasado en silencio casi igual tiempo. M. Valerio Levino lo puso á deliberación, declarando « que era justo devolver á los particulares las cantidades que se les tomaron prestadas bajo su consulado y el de M. Claudio. Nadie debía extrañar que se ocupase personalmente de este asunto en que estaba comprometida la fe pública; además de que este cuidado pertenecía especialmente al cónsul del año en que se hizo el empréstito y él era quien propuso la medida para atender al apuro del tesoro, cuando el pueblo no podía ya soportar mayor impuesto.» El Senado accedió, y, por informe de los Cónsules, decretó: « que las cantidades se devolverían en tres pagos: el primero, lo harían los Cónsules del año presente, y los otros dos al cabo de tres y de cinco años.» Todos los demás cuidados desaparecieron ante la noticia de las desgracias de los locrinos, ignoradas hasta entonces, pero que la llegada de sus legados dió á conocer. La maldad de Pleminio no sublevó tanto la indignación general como la culpable tolerancia ó negligencia de Scipión. Diez legados de Locros, vestidos de duelo y con todo el aparato de la desgracia, se presentaron ante los Cónsules sentados en el comicio; tendieron hacia ellos velos de suplicantes y ramas de olivo, como acostumbra los griegos, y se prosternaron ante el tribunal lanzando gemidos. Interrogados por el Cónsul, contestaron: « que eran locrinos, que el legado romano Q. Pleminio y sus soldados les habían tratado como el pueblo romano no querría ver tratar ni á los cartagineses mismos. Pedían que les permitiesen presentarse al Senado y hacer allí el deplorable relato de sus infortunios.»

El Senado les concedió audiencia, y el más anciano

habló en estos términos: • Bien sé, padres conscriptos, cuánto importa, para dar mayor peso á nuestras quejas, que sepáis por nosotros con exactitud cómo fué entregada Locros á Anníbal, y cómo, después de expulsar la guarnición cartaginesa, volvió á vuestro poder. Porque si se os demuestra que su defección no fué un crimen concertado por todos los habitantes, y que la vuelta á vuestra autoridad se debe, no solamente á nuestro propio deseo, sino á nuestros esfuerzos y valor, mucho más os indignará que buenos y fieles aliados hayan sido tan cruel é indignamente ultrajados por vuestro legado y vuestros soldados. Dos motivos me impulsan hoy á explicar esta doble defección: el primero es que P. Scipión, que ha recobrado á Locros y fué testigo de todo el bien y el mal que hemos hecho, debe estar presente; el segundo es que nuestra conducta, cualquiera que sea, no merece el tratamiento que se nos ha hecho sufrir. No podemos ocultarlo, padres conscriptos, mientras ocupó nuestra fortaleza la guarnición cartaginesa, Amílcar, su jefe, nos prodigó los ultrajes más odiosos y repugnantes, por medio de sus nómidas y africanos. Pero ¿qué son aquellos ultrajes comparados con los que tenemos que soportar hoy? Dignaos, padres conscriptos, escuchar sin irritación lo que, á pesar mío, voy á decir. Una gran cuestión ocupa en este momento al género humano: ¿á quién pertenecerá el mundo, á Cartago ó á vosotros? Si después de los males que nos han hecho sufrir y los que sufrimos en este momento mismo de vuestros soldados, tuviéramos que decidirnos entre los cartagineses y los romanos, nadie vacilaría en preferir su dominio al vuestro. Y, sin embargo, ved cuáles son las disposiciones de los locrinos para con vosotros: aunque

tratados con mucho menos rigor por los cartagineses, nos hemos entregado á vuestro general; vuestros soldados nos han hecho mucho más daño que nos hicieron los enemigos, y á vosotros, á vosotros solamente nos quejamos. O vosotros miraréis compasivos nuestros infortunios, padres conscriptos, ó nada tendremos que pedir ni siquiera á los dioses inmortales. Pleminio fué enviado en calidad de legado con un cuerpo de tropas para recobrar Locros de los cartagineses, y lo han dejado en la ciudad con las mismas tropas para guarnecerla. Ahora bien; Pleminio, vuestro teniente, padres conscriptos, y el exceso de nuestra desgracia me da fuerzas para decirlo en voz muy alta, no tiene de hombre más que el aspecto, nada de ciudadano romano más que el exterior, el vestido y el lenguaje. Es un azote, es uno de esos monstruos feroces que la fábula colocó en el estrecho que nos separa de Sicilia para pérdida de los navegantes. Y si se contentase él sólo en descargar contra vuestros aliados su maldad, su lujuria y su avaricia, siendo uno solo el abismo, á pesar de su profundidad, podríamos llenarlo á fuerza de paciencia; pero, gracias á él, el contagio de la licencia y de la maldad se ha extendido tanto, que de todos vuestros centuriones, de todos vuestros soldados ha hecho un Pleminio. Todos saquean, despojan, golpean, hieren, matan; todos deshonoran á las esposas y las hijas, á los hijos libres que han arrancado de los brazos de sus padres. Cada día es tomada por asalto nuestra ciudad, cada día es entregada al pillaje. Día y noche se oyen por todas partes los desgarradores gritos de las mujeres y de los niños que arrebatan y arrastran. ¿Quién no extrañaría que nuestra paciencia baste á tanto ultraje, ó que nuestros perseguidores no se hayan saciado

aún? No puedo seguir paso á paso, ni vosotros necesitáis oír en detalle el relato de todo lo que hemos sufrido. Una sola palabra os lo dirá. Aseguro que no hay una sola casa en Locros, que no hay un solo hombre que haya escapado á los ultrajes; afirmo que no se ha omitido un solo refinamiento de maldad, de lujuria y de avaricia á quien tenía fuerzas para soportarlo. Difícil es decidir si la suerte de una ciudad es más espantosa cuando la toma por asalto el enemigo, ó cuando se encuentra bajo el yugo de un tirano execrable y dominada por el terror de sus armas. Todas las desgracias que soporta una ciudad tomada por asalto las hemos soportado, las soportamos hoy más que nunca, padres conscriptos: todas las maldades que los tiranos más crueles é inhumanos pueden cometer contra ciudadanos oprimidos, las ha cometido Pleminio contra nosotros, contra nuestros hijos y nuestras esposas.

Un delito ha cometido que la religión nos obliga á mencionar especialmente, como os obliga á escucharlos. Quisiéramos, padres conscriptos, veros expiar, si lo juzgáis á propósito, un sacrilegio que caería sobre vuestra República. Conocemos los honores que tributáis á los dioses y el respeto con que recibís á los dioses extranjeros. Ahora bien; cerca de nuestras murallas existe un templo de Proserpina, cuya santa fama habrá llegado sin duda hasta vosotros durante la guerra de Pirro. Este príncipe, á su regreso de Sicilia, pasando cerca de Locros, quiso castigarnos por nuestra fidelidad con vosotros, y, entre otras maldades con que se manchó, saqueó los tesoros de Proserpina, que habían permanecido intactos hasta entonces, los cargó en la flota y él tomó el camino de tierra. ¿Qué sucedió, padres conscriptos? Furiosa tempestad descargó sobre

aquella flota al día siguiente, y todas las naves que llevaban los tesoros fueron lanzadas sobre nuestras costas. Convencido al fin por aquel desastre de que existen dioses, aquel orgulloso monarca hizo devolver al tesoro de Proserpina las cantidades que había robado. Pero desde aquel día en todo fracasó: arrojado de Italia, sucumbió con muerte obscura y sin gloria al querer sorprender á Argos durante la noche. Vuestro legado y los tribunos de los soldados conocían este suceso y otros muchos que les referían, no para aumentar su respecto religioso, sino como otras tantas pruebas de que el poder de la diosa se nos había mostrado muchas veces lo mismo que á nuestros antepasados; sin embargo, se atrevieron á poner sus manos sacrílegas en aquellos tesoros inviolables, y cargarse de un botín odioso que les manchaba á ellos, á sus familias y á vuestros soldados. Por vosotros y por vuestra fe, yo os conjuro, padres conscriptos, para que no emprendáis nada en Italia ni en África antes de haber expiado este delito, ó temed que la profanación de que se han hecho culpables no se pague solamente con su sangre, sino que acarree desgracias públicas. Los jefes y los soldados son víctimas ya, padres conscriptos, del enojo de la Diosa: muchas veces les hemos visto marchar, altas las enseñas, unos contra otros. Un bando tenía por jefe á Pleminio; el otro, los dos tribunos militares. No mostraron mayor encarnizamiento en combatir á los cartagineses que en destruirse unos á otros, y su ceguedad hubiese proporcionado á Anníbal ocasión de recuperar á Locros, si no hubiésemos llamado á Scipión en socorro nuestro. ¿Se dirá que esta ceguedad no ha caído más que sobre los soldados cómplices del sacrilegio, y que la Diosa no ha hecho caer su ven-

ganza sobre los jefes castigándolos? Pues á los jefes ha castigado más: los tribunos fueron azotados por orden del legado: el legado fué á su vez pérfidamente aprisionado por los tribunos, que le mutilaron cortándole la nariz y las orejas, abandonándole medio muerto. El legado, apenas restablecido de sus heridas, mandó aprisionar á los tribunos, les hizo azotar y torturar como á esclavos, les vió espirar en espantosos tormentos y hasta privó á sus cadáveres de sepultura. De esta manera ha castigado la Diosa á los espoliadores de su templo, y no cesará de hacer seguir sus pasos por todas las furias vengadoras hasta el día en que el dinero sagrado haya vuelto á sus tesoros. En otro tiempo, nuestros antepasados, en una guerra terrible con los crotoniatos, pensando que el templo está situado fuera de la ciudad, quisieron trasladar los tesoros dentro de las murallas, y por la noche oyeron dentro del templo una voz diciéndoles: « que no los tocasen, que la diosa defendería su santuario. » No queriendo tocar ya al tesoro, pensaron elevar una muralla en derredor del templo, pero cuando llegó á cierta altura, se derrumbó de pronto. No es solamente hoy; muchas veces ha protegido la Diosa su santuario y su templo, ó ha sometido á los profanadores á terribles expiaciones. En cuanto á nuestras injurias, vosotros y nadie más que vosotros, padres conscriptos, podéis vengarlas. A vosotros, á vuestra justicia nos dirigimos en súplica. Poco nos importa que abandonéis Locros á ese legado y á su guarnición, ó que nos entreguéis á la cólera de Annibal y los cartagineses, que nos condenarán á muerte. No pedimos que ahora mismo, en ausencia de Pleminio y sin escucharle, deis crédito á nuestras palabras. Que venga, que oiga nuestras acusaciones y que las destru-

ya. Si no ha agotado en nosotros todas las crueldades que el hombre puede ejercer en sus semejantes, consentimos en sufrir por segunda vez, si podemos, las mismas torturas y verle absuelto de todo crimen para con los dioses y los hombres.*

Cuando terminaron de hablar los legados les preguntó Q. Fabio si se habían quejado á P. Scipión: contestaron «que le habían enviado legados, pero que sus preparativos de guerra le ocupaban por completo, y que se encontraba ya en Africa, ó que pasaría á ella inmediatamente. Por lo demás, el legado gozaba de mucho favor con el general, como lo vieron cuando Scipión, después de oír á Pleminio y á los tribunos, mandó encadenar á éstos, y dejado los mismos poderes á su teniente, aunque tan culpable y mucho más que los tribunos.» Mandóse salir del Senado á los legados, y los senadores principales atacaron entonces con energía á Pleminio y al mismo Scipión. Más que todos le censuraba Q. Fabio diciendo: «que había nacido para destruir la disciplina militar. En España la sublevación de sus legiones había causado más daño quizá que la guerra. Obraba como extranjero, como rey: hoy favorecía la licencia de los soldados; mañana sería cruel con ellos.» Su voto fué tan violento como su discurso. «El legado Pleminio debía ser cargado de cadenas y traído á Roma, y en este estado defendería su causa. Si las quejas de los locrinos eran fundadas, se le ejecutaría en la prisión y se confiscarían sus bienes. En cuanto á Scipión, que había salido de su provincia sin orden del Senado, era necesario llamarle y ponerse de acuerdo con los tribunos para que propusiesen al pueblo su destitución. Contestaríase á los locrinos en plena asamblea que les habían hecho contra el deseo

del Senado y del pueblo romano las injusticias de que se quejaban; que les reconocían como varones honrados, aliados y amigos fieles; que se les devolvían sus hijos, sus esposas, todo lo que les habían quitado; que se mandarían buscar todos los tesoros arrebatados al templo de Proserpina y que se aumentarían con doble cantidad; que se ofrecería un sacrificio expiatorio, aunque después de consultar al colegio de los pontífices, para saber qué expiación convenía hacer por el robo y profanación de los tesoros sagrados, á qué dioses había que ofrecerla y qué víctimas debían sacrificarse; que se trasladarían á Sicilia todos los soldados que estaban en Locros y que se enviarían cuatro cohortes de aliados latinos para guarnecer aquella ciudad.» No pudieron recogerse todos los votos aquel día en medio de la agitación que animaba á los defensores y adversarios de Scipión; no se mencionaban solamente los delitos de Plemio y las desgracias de los locrinos, censurábase también al General una conducta que no convenía á un romano y menos todavía á un capitán. «Con manto y sandalias paseaba en el gimnasio; repartía el tiempo entre los libros y la palestra. Igualmente entregado á la ociosidad y la molicie, todo su acompañamiento gozaba de las delicias de Siracusa. Cartago y Annibal estaban muy lejos de su pensamiento; todo el ejército, corrompido por la licencia, como en otro tiempo en Sucrona, en España, como ahora en Locros, era más temible para los aliados que para los enemigos.»

En estas acusaciones había algo verdadero y algo falso, y por lo mismo eran verosímiles en cierto modo. Concluyóse por adoptar el parecer de Q. Metelo, conforme en todo con el de Máximo, excepto en lo que se

refería á Scipión. «¿Era conveniente, dijo, que el joven romano elegido en otro tiempo por sus conciudadanos, á pesar de su edad, para reconquistar la España, y una vez reconquistada la España, elegido cónsul para terminar la guerra púnica; que aquel general con el que había contado Roma para arrancar á Annibal de Italia y someter el África, se vea de pronto condenado como un Pleminio, sin que se le quiera oír, y llamado de su provincia? Al quejarse los locrinos de las repugnantes violencias de que habían sido víctimas, ¿no habían declarado que no se verificaron delante de Scipión, y podría acusársele de otra cosa que de excesiva indulgencia con su legado, ó tal vez de falsa vergüenza? Opinaba, pues, que el pretor M. Pomponio, á quien la suerte había designado la Sicilia, marchase en el plazo de tres días á su provincia. Los Cónsules elegirían en el Senado diez legados para enviarlos con el pretor, así como también dos tribunos del pueblo y un edil: con este consejo haría el pretor una información. Si las violencias de que se quejaban los locrinos habían sido ejecutadas por orden ó consentimiento de P. Scipión, se le mandaría dejar su provincia. Si había pasado ya al África, los tribunos del pueblo, y el edil con dos legados, elegidos por el pretor como los más aptos, marcharían al Africa, los tribunos y el edil para traer á Scipión; los legados para tomar el mando del ejército, hasta la llegada del nuevo general. Si M. Pomponio y los diez legados reconocían que no se había hecho nada por orden ó consentimiento de P. Scipión, le dejarían al frente del ejército para que continuase el plan de campaña que había formado.» Acordado el senatusconsulto, invitaron á los tribunos á que se pusiesen de acuerdo ó sacasen por sorteo los que habían de acompañar al

pretor y á los legados. Dirigiéronse al colegio de los pontífices para la expiación del sacrilegio, profanación y robo cometido en Locros, en el templo de Proserpina. Los tribunos del pueblo que marcharon con el pretor y los diez legados fueron M. Claudio Marcelo y M. Cincio Alimento, dándoles un edil plebeyo. Si P. Scipión se encontraba en Sicilia y rehusaba obedecer al pretor, ó si ya había pasado al África, este magistrado debía prenderle por orden de los tribunos y traerle en virtud de su autoridad inviolable. Los comisarios pensaban marchar á Locros antes de ir á Mesina.

Por lo demás, existen dos versiones acerca del asunto de Pleminio. Dicen unos que, advertido de lo que pasaba en Roma, cuando marchaba desterrándose á Nápoles (1), encontró á uno de los legados, Q. Metelo, que le llevó por fuerza á Reggio. Dicen otros que el mismo Scipión envió un legado y treinta caballeros de los más nobles para prender á Pleminio, y con él al jefe de la sedición. Todos los culpables, presos antes por orden de Scipión ó después por la del pretor, fueron puestos bajo la custodia de los habitantes de Reggio. Cuando llegaron á Locros el pretor y los legados, en conformidad con lo mandado, atendieron primeramente á los asuntos religiosos. Recogióse todo el dinero sagrado que se encontró en casa de Pleminio y de sus soldados, y reuniéndolo con el que habían llevado, lo dejaron en el tesoro. Ofrecióse un sacrificio expiatorio. El pretor reunió entonces á sus soldados en asamblea, les mandó salir de la ciudad y establecer un campamento en la llanura, declarando que « si quedaba algún soldado en

(1) Nápoles era una de las ciudades de Italia en que se permitía permanecer á los ciudadanos desterrados.

la ciudad ó se llevaba lo que no le pertenecía, autorizaba á los locrinos para que recobrasen aquellos efectos que reconociesen y á reclamar los que no encontrasen. Ante todo, disponía que las personas libres fuesen devueltas inmediatamente á sus familias, y castigaría de un modo ejemplar á los que no las devolviesen.» En seguida reunió la asamblea de los locrinos y les anunció: « que el pueblo romano y el Senado les devolvía la libertad y el uso de todas sus leyes. Si alguno de ellos quería acusar á Pleminio ó á algún otro, podía seguirle á Reggio. Si tenían que quejarse de P. Scipión á nombre de la ciudad, si se creía que los delitos cometidos en Locros contra los dioses y los hombres habían sido ordenados y no reprobados por Scipión, era necesario enviar legados á Mesina; allí conocería en el asunto con el Consejo.» Los locrinos dieron gracias al pretor, á los legados, al Senado y al pueblo romano; contestando « que irían á acusar á Pleminio. En cuanto á P. Scipión, aunque se había mostrado poco sensible á los sufrimientos de su patria, era hombre que preferían tenerle por amigo á tenerle por enemigo. No dudaban que aquellos criminales atentados se habían cometido sin orden ni consentimiento suyo: Scipión había confiado mucho en Pleminio ó desconfiado demasiado de ellos. Hombres hay que no quieren el crimen y carecen de energía para castigarlo.» El pretor y el Consejo se sintieron aliviados de mucho peso, no teniendo que perseguir á Scipión. Condenaron á Pleminio y á treinta y dos culpables con él, y les enviaron cargados de cadenas á Roma; en seguida marcharon á ver á Scipión para asegurarse por sí mismos de la verdad de los rumores que circulaban acerca de su conducta, de la incuria del General y de la relajación de la

disciplina militar, para poder dar cuenta en Roma.

Mientras marchaban á Siracusa, Scipión preparaba actos y no palabras para su defensa. Mandó que todo su ejército se reuniese en la ciudad, y á la flota que estuviese preparada, como si se hubiese de librar combate aquel día por mar y tierra á los cartagineses. El día en que llegaron los legados les recibió con hospitalidad, y á la mañana siguiente les hizo ver sus fuerzas de mar y tierra; pero no en sencilla revista; las tropas de tierra simularon un combate, mientras que la flota en el puerto daba á los legados el espectáculo de una batalla naval. En seguida les llevó á los arsenales y graneros públicos y les mostró sus provisiones de guerra. El pretor y los legados quedaron tan admirados de los detalles y conjunto de aquellos preparativos, que se convencieron de que aquel general y aquel ejército triunfarian de Cartago, ó ésta sería para siempre invencible. Implorando la protección de los dioses, le autorizaron para que pasase al África, para que realizase lo más pronto posible las esperanzas que el pueblo romano concibió el día en que le proclamaron primer cónsul todas las centurias. En seguida partieron para Roma profundamente satisfechos, como si fuesen á anunciar una victoria y no los grandes preparativos de guerra que habían visto. En cuanto llegaron á Roma Pleminio y sus cómplices fueron llevados á la prisión; y la primera vez que los tribunos les pasaron ante el pueblo, encontraron los ánimos tan conmovidos por las desgracias de Locros que no excitaron compasión ninguna. Pero como en seguida les presentaron con frecuencia, fué debilitándose con el tiempo lo odioso de su conducta y se suavizó el enojo. Las mutilaciones que había sufrido Pleminio y el recuerdo de Scipión, aunque ausente, inspiraron al

pueblo sentimientos más favorables. Pleminio murió en la prisión antes de que decidiese el pueblo acerca de su suerte. Con relación á este hombre, refiere Clodio Licinio, en el tercer libro de su *Historia romana*, que, durante unos juegos votivos que dió Scipión en Roma, en tiempo de su segundo consulado, ganó con dinero algunos malhechores que debían incendiar la ciudad por varios puntos y favorecerle para romper las cadenas y escapar. Descubierta la trama, trasladaron á Pleminio á la prisión de Tulio, en virtud de un senatus-consulta. De Scipión no se habló más que en el Senado. Los legados y tribunos hicieron tan pomposo elogio de la flota, del ejército y del General, que el Senado opinó apresurar la expedición de África, y permitió á Scipión que eligiese entre las legiones de Sicilia las que llevaría con él y las que dejaría para la seguridad de la provincia

Mientras sucedían estas cosas en Roma, los cartagineses, que habían colocado puestos de observación en todos los promontorios, que interrogaban á todos los viajeros, que se aterraban á cada noticia, después de pasar el invierno en alarma, consiguieron una alianza muy importante para la defensa de África, atrayendo á su causa al rey Syfax, persuadidos como estaban de que Scipión contaba especialmente con la cooperación de este Príncipe para el éxito de su invasión. Entre Asdrúbal, hijo de Gisgón, y Syfax existían relaciones de hospitalidad, como antes dijimos, cuando Scipión y Asdrúbal, partiendo de España, la casualidad les reunió á la vez en su corte; pero se había tratado además de un enlace de familia, debiendo el Rey casarse con la hija del General cartaginés. Queriendo Asdrúbal acelerar la terminación de este asunto y fijar la época del matrimonio, porque su hija era nubil, marchó á ver al Rey, y, en-

contrándolo profundamente apasionado, como lo son los nómadas, los más ardientes y exaltados de los pueblos bárbaros, hizo venir á su hija de Cartago y apresuró el matrimonio. En medio de las fiestas y de la alegría, al enlace particular de las dos familias siguió la alianza entre los dos pueblos, uniéndose los cartagineses y Syfax por mutuos compromisos, prometiéndose bajo la fe del juramento tener los mismos amigos y los mismos enemigos. Pero Asdrúbal no había olvidado que existía un tratado entre Scipión y el Rey. Conociendo la inconstancia y volubilidad de los bárbaros, temió que, si los romanos pasaban al África, aquel matrimonio fuese débil lazo para el nómada: aprovechó, pues, la embriaguez de aquel nuevo amor de Syfax y le decidió, con auxilio de las caricias de su hija, á que enviase legados á Scipión, en Sicilia, para disuadirle de pasar al África bajo la fe de sus anteriores promesas. Syfax mandó decir al General romano que acababa de casarse con la hija de Asdrúbal, ciudadano de Cartago, á quien Scipión vió en su corte; que se había unido por un tratado de alianza con el pueblo cartaginés; que su deseo más ardiente era ver el teatro de la guerra entre romanos y cartagineses fijo, como lo había estado hasta entonces, fuera del África, con objeto de no encontrarse en la necesidad de tomar parte en sus querellas y adoptar un partido en contra del otro; que si P. Scipión no renunciaba á sus proyectos sobre el África, si dirigía sus tropas á Cartago, se vería obligado á combatir por la tierra en que había nacido, por la patria de su esposa, por su padre y sus penates.

Con estas instrucciones marcharon los legados á ver á Scipión, á quien encontraron en Siracusa. Veía Scipión que perdía un apoyo poderoso para su guerra

de África y una grande esperanza para el triunfo; sin embargo, apresuróse á despedir á los legados, antes de que se conociese el objeto de su misión, y les entregó cartas para Syfax, exhortándole encarecidamente á no violar las leyes de la hospitalidad, ni la alianza que había contraído con el pueblo romano; á respetar la justicia, la buena fe, los juramentos y á los dioses, testigos y árbitros de los tratados.» Pero no podía ocultarse la llegada de los númidas, que habían recorrido la ciudad y se habían presentado en el pretorio: si se guardaba silencio acerca del objeto de su misión, podía temerse que la verdad se divulgase por sí misma con tanta más rapidez como cuidado se ponía en reservarla, y que el ejército se desalentase ante la idea de combatir al mismo tiempo á Syfax y á los cartagineses. Scipión separó de lo cierto á los soldados, diciéndoles una falsedad. Reunidas las legiones, les dijo que: «ya no era tiempo de vacilar; los reyes, aliados suyos, le instaban para que pasase cuanto antes al África. Masinissa se había presentado á Lelio quejándose de que perdía el tiempo en vanas dilaciones. Syfax le enviaba legados para mostrarle también su asombro, para conocer el motivo de tan largo retraso y exhortarle á que dispusiera al fin el paso de su ejército al África, ó que le dijese si había cambiado de propósito, para que pudiese él proveer á su seguridad y la de sus estados. Así, pues, encontrándose terminados todos los preparativos, tomadas todas las disposiciones y siendo muy importante no diferir la empresa, había decidido reunir la flota en Lilibeá, llevar allí todas las fuerzas de infantería y caballería y, con el auxilio de los dioses, con el primer viento favorable hacer vela hacia el África.» En seguida escribió á M. Pomponio para que marchase á

Lilibea, si lo creía conveniente, para ponerse de acuerdo acerca de la elección de las legiones y del número de tropas que había de llevar consigo. Al mismo tiempo envió á toda la costa orden de embargar las naves de transporte y llevarlas á Lilibea. Cuanto encerraba la Sicilia en naves y tropas se reunió en aquel punto: en la ciudad no cabía tan considerable número de hombres, y el puerto era estrecho para tantas naves. Todos ardían en deseos de pasar al África, y hubiérase dicho que iban, no á hacer la guerra, sino á recoger el premio de segura victoria. Los restos del ejército de Cannas especialmente, estaban convencidos de que con Scipión y no con ningún otro jefe podrían, combatiendo valerosamente por la República, merecer que se les libertase de su ignominioso servicio. Scipión, por su parte, estaba muy lejos de desdeñar aquellas tropas: sabía perfectamente que no debía imputarse á su cobardía el desastre de Cannas, y que en el ejército romano no había soldados tan veteranos, tan hábiles en todo género de combates, y especialmente en los sitios. Aquellas legiones eran la quinta y la sexta. Dijolas que iba á llevarlas al Africa, las revistó, dejó los hombres que no le parecieron aptos para aquella campaña, y los reemplazó con soldados que había llevado de Italia, completándolas de manera que cada una constase de seis mil doscientos infantes y trescientos jinetes. En seguida tomó lo más escogido de la infantería y la caballería de los aliados latinos que formaban parte del ejército de Cannas.

Los historiadores discrepan mucho en cuanto al número de hombres trasladados al Africa. Unos los elevan á diez mil infantes y dos mil doscientos jinetes; otros á diez y seis mil de infantería y mil seiscientos de caballería; y algunos, en fin, aumentando este número en

más de la mitad, dicen que se embarcaron treinta y cinco mil hombres entre infantería y caballería. Algunos nada dicen del número, y en la duda, prefiero seguir su conducta. Celio, aunque sin precisar el número, habla como de inmensa multitud. *De los aires, dice, cayeron aves, aturcidas por los clamores de los soldados, y de tal modo estaban llenas las naves, que parecía no quedaba ni un hombre en Italia ni en Sicilia.* Para que el embarque se hiciese con orden y sin confusión, Scipión se encargó de vigilarlo. C. Lelio, que mandaba la flota, contuvo en las naves los marineros que había hecho embarcar previamente. El embarque de víveres estuvo á cargo del pretor M. Pomponio. La flota recibió provisiones para cuarenta y cinco días, y de esta cantidad las había cocidas para una quincena. Cuando todo el ejército estuvo á bordo, envió chalupas (*scaphas*) que se acercasen á cada nave y mandasen al piloto, al jefe y dos soldados que acudiesen al foro á recibir órdenes. Cuando se reunieron les preguntó ante todo si habían embarcado el agua necesaria para hombres y animales en tantos días como alcanzaban los víveres. Contestáronle que cada nave tenía agua para cuarenta y cinco días. En seguida encargó á los soldados que permaneciesen silenciosos y quietos, que no disputasen con los marineros y que les ayudasen cuidadosamente en las maniobras. Prometió atender á la seguridad de las naves de transporte, manteniéndose él mismo con L. Scipión en el ala derecha con veinte naves rostratas, y encargando á C. Lelio, jefe de la flota, y á M. Porcio Catón, cuestor entonces, que protegiesen la izquierda con iguales fuerzas. Por la noche se encendería una luz en cada nave rostrata, dos en las de transporte y en la pretoria tres, para que se la pudiese distinguir. Los pi-

flotas recibieron orden de poner rumbo á las Emporias, comarca muy fértil, que ofrece con abundancia toda clase de recursos, y que, como ordinariamente sucede en los países ricos, los bárbaros son allí poco belicosos, siendo probable que los sometiesen antes de que Cartago pudiera socorrerles. Después de darles estas instrucciones, les mandó Scipión regresar á bordo y levar anclas al día siguiente, con la protección de los dioses, en cuanto se les diese la señal.

Muchas flotas romanas habían partido de Sicilia y del puerto mismo de Lilibeá; pero en el curso de aquella guerra (cosa que no puede extrañarse, porque las expediciones marítimas casi siempre no tenían otro objeto que el saqueo de las costas), ni en la primera guerra púnica, ninguna partida había ofrecido tan imponente espectáculo. Sin embargo, no considerando más que el número de naves, habíanse visto ya dos cónsules cruzando el mar con dos ejércitos, y sus flotas habían contado casi tantas naves rostradas como Scipión llevaba de transporte; porque además de sus cincuenta naves largas, solamente tenía cuatrocientas de carga para transportar sus tropas. Si se comparaban las guerras, la segunda parecía mucho más formidable para los romanos, porque Italia era su campo y porque se había distinguido por grandes desastres, por la pérdida de tantos ejércitos destruidos con sus generales. Por otra parte, Scipión, tan célebre por sus hazañas como por aquella fortuna que parecía serle personal y le prometía glorioso porvenir, se había atraído la atención general. Y además, en el transcurso de la guerra, ningún general antes que él tuvo la idea de pasar al Africa: por todas partes había manifestado que el objeto de su expedición era sacar de Italia á Annibal, tras-

ladar y terminar la guerra en el Africa. Así fué que inmensa multitud se aglomeraba en el puerto para gozar del espectáculo. No solamente los habitantes de Lilibea, sino todas las diputaciones de Sicilia, siguiendo al pretor de la provincia M. Pomponio, habían acudido para formar comitiva de honor á Scipión. Además, las legiones que quedaban en Sicilia se habían reunido para despedirse de sus compañeros. Si la flota ofrecía bello espectáculo á los que la contemplaban desde la orilla, no era menos bello el que presentaba la orilla cubierta por aquella inmensa multitud para los que la veían desde las naves

En cuanto amaneció, Scipión desde la nave pretoria mandó silencio por medio del pregonero, y dijo: 'Dioses y diosas que habitáis los mares y las tierras, yo os ruego y conjuro que hagáis de modo que todos los actos de mi mando, pasados, presentes y futuros, redunden en ventaja mía, del pueblo romano, de los aliados del nombre latino y de todos aquellos que se han unido á la fortuna del pueblo romano y á la mía, y que combaten bajo mis órdenes y auspicios, en la tierra, en el mar y en los ríos. Favoreced mis proyectos y haced que prosperen; devolvednos á nuestros hogares sanos y salvos, con salud y con fuerzas, vencedores de nuestros enemigos abatidos, adornados con sus despojos, cargados de botín y triunfantes; permitid que nos vengamos de nuestros enemigos públicos y particulares; dad al pueblo romano, dadme ocasión de hacer recaer sobre Cartago los males con que el pueblo cartaginés ha querido abrumar nuestra patria.' Después de esta plegaria arrojó al mar, según costumbre, las entrañas crudas de una víctima, y mandó tocar la señal de marcha. Viento favorable y bastante fuerte hizo que la

flota perdiese muy pronto de vista las costas. Hacia mediodía se levantó niebla tan densa, que costaba mucho trabajo á las naves evitar los choques. El viento fué más suave en alta mar. La niebla continuó á la noche siguiente, pero se disipó á la salida del sol, y el viento sopló con más fuerza. Veíase ya tierra, y muy pronto anunció el piloto «que solamente distaban cinco millas de Africa; que se veía ya el promontorio de Mercurio, y que, si lo mandaba el General, muy pronto estaría en el puerto toda la flota.» Scipión, al ver la costa, pidió á los dioses que la República y él mismo tuviesen que congratularse de que hubiera visto el Africa. En seguida mandó forzar velas y buscar más abajo un punto de desembarco. Igual viento impulsaba á la flota; pero casi á la misma hora que la vispera, la niebla ocultó la costa é hizo calmar el viento. La noche vino en seguida á aumentar la inseguridad; así fué que, para impedir que las naves encallasen ó chocasen unas con otras, echaron anclas. Al amanecer sopló de nuevo el viento, disipó la niebla y dejó ver toda la extensión de las costas de Africa. Scipión preguntó el nombre del promontorio inmediato, y le contestaron que era el Hermoso. «Me agrada, dijo, dirigid á él las naves.» Abordó la flota y desembarcaron todas las tropas. Bajo la fe de muchos escritores griegos y latinos he referido esta travesía como muy afortunada y como realizada sin peligros ni desorden. Solamente Celio refiere que, á excepción del naufragio, la flota experimentó todos los furios del cielo y del mar; que arrastrada por la tempestad lejos de Africa, hasta la isla Egimura, con grandes dificultades pudo volver á su derrotero; que las naves estuvieron á punto de sumergirse y que los soldados, lanzándose á las chalupas, á pesar de las órde-

nes del General, como en medio de un naufragio, llegaron á la costa sin armas y en terrible confusión.

Desembarcados los romanos, establecieron su campamento en las alturas inmediatas. Muy pronto el espanto y el terror que produjeron, primero la presencia de la flota, y después el movimiento de las tropas que desembarcaron, se extendieron por toda la costa y llegaron á las ciudades. Veíase confusa multitud de hombres, mujeres y niños que llenaban aquí y allá todos los caminos, y numerosos rebaños que los campesinos llevaban delante de ellos. Hubiérase dicho que el África iba á ser abandonada de pronto. Estos fugitivos difundían en las ciudades más miedo del que ellos mismos tenían. En Cartago, sobre todo, el desorden fué como el de una ciudad tomada por asalto. Desde el consulado de M. Atilio Régulo y de L. Manlio, es decir, desde cincuenta años antes próximamente, no se había visto un ejército romano; solamente algunas flotas destinadas á la piratería habían desembarcado tropas que talaban los campos inmediatos al mar, arrebatában lo que la casualidad les deparaba, y volvían á sus naves antes de que el grito de alarma sublevase contra ellos á los habitantes. Por esta razón el terror y el espanto llegaron al colmo en la ciudad; porque, en efecto, Cartago no tenía ejército bastante fuerte, ni general bastante hábil para hacer frente á Scipión. Asdrúbal, hijo de Gisgón, era muy superior á sus conciudadanos por su cuna, por su fama, sus riquezas y la unión que acababa de enlazarle con un rey; pero se recordaba que en España le había vencido y puesto en fuga muchas veces Scipión. Además, si los dos Generales no eran iguales, el improvisado ejército de Asdrúbal tampoco valía lo que el romano. Creyóse, pues,

que Scipión iba á atacar inmediatamente á Cartago, y por todas partes se gritó «á las armas» y se cerraron apresuradamente las puertas; colocáronse soldados en las murallas, centinelas y guardias en la ciudad, y á la siguiente noche, todos los habitantes permanecieron en pie. A la mañana, quinientos jinetes enviados en reconocimiento hacia el mar, con orden de oponerse al desembarque, cayeron en las avanzadas de los romanos. Porque Scipión había enviado ya la flota á Utica, y, sin alejarse demasiado de la costa, se había apoderado de las alturas inmediatas, había colocado fuerzas de caballería en posiciones convenientes y hecho partir las demás para talar los campos.

Los jinetes romanos atacaron á la caballería cartaginesa, le mataron algunos hombres en la pelea y muchos más en la fuga: entre los muertos quedó el jefe de los cartagineses, Stannón, joven de noble alcurnia. Scipión no se contentó con talar los campos inmediatos, sino que se apoderó también de la ciudad vecina, que era bastante rica. Además del botín, que se cargó en seguida en las naves de transporte y fué conducido á Sicilia, hizo ocho mil prisioneros, entre hombres libres y esclavos. Pero lo que más alegró á los romanos, al comenzar la campaña, fué la llegada de Masinisa, acompañado, según unos, de doscientos hombres nada más; según el mayor número, de dos mil jinetes. Como éste fué el soberano más poderoso de su tiempo y prestó grandísimos servicios á los romanos, diremos algo de los acontecimientos que le arrebataron y le devolvieron el trono de sus padres. Encontrábase combatiendo por los cartagineses en España, cuando murió su padre, llamado Gala. Según la costumbre de los númidas, la corona pasó á OEsalces, hermano del

rey, muy avanzado ya en edad. Poco tiempo después murió OEsalces, y su hijo mayor Capusa, cuyo hermano era todavía niño, heredó el trono paterno, más bien en virtud de las leyes del país, que por la consideración de que gozaba y por su poder. Existía entonces un príncipe nómida, llamado Mezetulo, nacido de sangre real, pero de familia que había sido siempre enemiga de la raza reinante, y que frecuentemente le había disputado la corona, con éxito diferente. Mezetulo, cuya influencia había crecido en proporción al odio que inspiraban los poseedores del trono, sublevó á sus conciudadanos, entró abiertamente en campaña y obligó á su rival á librar batalla y á defender la corona. Capusa pereció en el combate con muchos magnates de los más principales, y toda la nación de los masilienos pasó bajo las leyes y autoridad de Mezetulo. Pero no tomó el título de rey, contentándose con el modesto nombre de tutor, y proclamando rey al joven Lacumaco, último retoño de la rama real. Casóse con una noble de Cartago, hija de la hermana de Anníbal y viuda de OEsalces, esperando granjearse por este medio la amistad de aquella ciudad, y en seguida envió legados á renovar con Syfax los lazos de antigua hospitalidad, queriendo asegurarse por este medio poderoso auxilio contra Masinissa.

Cuando Masinissa se enteró de la muerte de su tío y después de la de su primo, pasó de España á Mauritania, donde reinaba á la sazón Bocchar. Por medio de súplicas y humildes ruegos, consiguió, á falta de ejército con que hacer la guerra, una escolta de cuatro mil moros, partiendo con ellos después de haber mandado prevenir á los partidarios de su padre y á los suyos. Cuando llegó á las fronteras del reino, se le reunieron

unos quinientos númeras. Entonces, cumpliendo lo convenido con Bocchar, despidió á los moros. Mucho menos numerosos eran los partidarios que acababa de encontrar de lo que esperaba, siéndole imposible intentar con tan pocas fuerzas empresa tan importante; sin embargo, persuadido de que la rapidez y vigor de la acción duplicarían sus fuerzas y sus recursos, corrió á Thapso, donde encontró á Lacumaco, que iba á visitar á Syfax. La comitiva del Rey huyó en desorden á la ciudad, y Masinissa tomó la plaza al primer asalto. Entre las gentes del rey, unos se sometieron, siendo recibidos; otros se prepararon á resistir, y los mataron, escapando la mayor parte con Lacumaco á favor del tumulto, y llegaron á la corte de Syfax, á donde pensaban ir. La noticia de este triunfo, poco importante, pero muy oportuno para comenzar, puso á los númeras de parte de Masinissa, acudiendo á él de todas partes, de los pueblos y ciudades, los antiguos soldados de Gala, que le exhortaban á recobrar el trono de sus padres. Sin embargo, las fuerzas de Mezetulo eran superiores; tenía á sus órdenes el ejército con que había vencido á Capusa, y algunas tropas que se le entregaron después de la muerte de este príncipe; Lacumaco había llevado por su parte fuertes socorros del reino de Syfax; el ejército de Mezetulo se elevaba á quince mil hombres de infantería y diez mil caballos. Masinissa, á pesar de su inferioridad en infantería y caballería, trabó la batalla, debiendo la victoria, tanto al valor de sus veteranos, como á la experiencia que había adquirido de los ejércitos romanos y cartagineses. El Rey, su tutor, y un puñado de masesylios se refugiaron en territorio de Cartago. De esta manera subió Masinissa al trono de sus padres; pero conven-

cido de que tenía que sostener una guerra más larga con Syfax, y persuadido además de cuánto le interesaba su reconciliación con su primo, infundió esperanza al joven, si quería entregarse á su discreción, los honores que OEsales había gozado en otro tiempo en la corte de Gala; prometiendo además á Mezetulo la impunidad y la fiel restitución de todos sus bienes. Los dos prefirieron al destierro una fortuna modesta en su país, y á pesar de los esfuerzos de los cartagineses para oponerse á aquel tratado, se entregaron á Masinissa.

Cuando ocurrían estos acontecimientos encontrábase Asdrúbal en la corte de Syfax: viendo que el príncipe númida daba poca importancia á que ocupase el trono de Masilia Lacumaco ó Masinissa, le dijo: «que se equivocaba mucho si creía que Masinissa se contentaría con la herencia de su padre Gala y de su tío OEsalces; que era un príncipe dotado de mucha más fuerza de ánimo y carácter que jamás había mostrado ningún rey de aquella nación; que frecuentemente había dado pruebas en España á sus aliados y enemigos de un valor muy raro entre los hombres; que Syfax y los cartagineses debían extinguir aquel incendio naciente, si no querían que devorase todas sus posesiones, sin que pudieran contener sus progresos; que en aquel momento sus fuerzas no tenían aún poder ni consistencia y que procuraba consolidar un reino apenas fundado.» Las instancias y exhortaciones de Asdrúbal decidieron á Syfax á dirigir un ejército á las fronteras de los masylios, marchando á establecer su campamento en un territorio que había disputado frecuentemente á Gala por medio de discusiones y por la fuerza de las armas, afectando ahora considerarlo como indiscutible propie-

dad suya. «Si querían arrojarlo, decía Asdrúbal, tendrían que darle batalla, y esto era lo que debía desear. Si por temor le cedían el terreno, avanzaría al centro del reino, y los masylios se le someterían sin combate ó no podrían resistirle.» Excitado por estos consejos, Syfax declaró la guerra á Masinissa, derrotando y poniendo en fuga á los masylios en los primeros encuentros. Masinissa, seguido por corto número de jinetes, se refugió desde el campo de batalla en un monte llamado Balbo en el país; algunas familias le siguieron con sus tiendas y rebaños, que constituyen sus únicas riquezas, y el resto de los masylios pasó á la obediencia de Syfax. El monte á que se habían retirado los desterrados abundaba en pastos y manantiales, encontrando los rebaños excelentes hierbas, y los hombres, que se alimentaban de carnes y leche, vivían en la abundancia. Muy pronto comenzaron á salir de su retiro furtivamente y á favor de la noche, y en seguida se entregaron á franco y abierto bandidaje, devastando todo el territorio inmediato, dirigiendo especialmente sus correrías á las tierras de los cartagineses, que eran más ricas que las de los númidas y en las que encontraban menos peligros. Á tal punto de licencia y audacia llegaron, que llevaron su botín al mar y lo vendieron á los mercaderes que el cebo de la ganancia atraía á la costa. En estas sorpresas frecuentemente tenían los cartagineses más muertos y prisioneros que en una guerra regular; por lo que se quejaron á Syfax, exhortándole á que exterminase aquel resto de enemigos. Este príncipe estaba también muy irritado por aquel bandidaje; pero consideraba como indigno de un rey perseguir á un bandido errante por las montañas.

Encargóse esta expedición á Bocchar, prefecto de

Syfax, hombre intrépido y activo. Diéronle cuatro mil hombres de infantería y dos mil caballos, haciéndole esperar brillantes recompensas si llevaba la cabeza de Masinissa, ó si le cogía vivo: este último servicio no podía pagarse demasiado. Bocchar cayó de improviso sobre los masylios, desparramados y sin desconfianza; separó los rebaños y sus pastores de la escolta que debía protegerlos, y persiguió al mismo Masinissa con pocos compañeros hasta la cumbre de la montaña. Considerando entonces la guerra casi como terminada, envió á Syfax el botín, los rebaños y los prisioneros; despidió parte de sus tropas, que consideraba demasiado numerosas para someter aquel resto de enemigos; no conservó más que mil infantes y unos doscientos caballos; se puso en persecución de Masinissa, que había bajado de las montañas, y le encerró en estrecho valle, cuyas dos salidas tenía bloqueadas, haciendo allí terrible matanza de masylios. Masinissa se salvó con unos cincuenta jinetes por las escabrosidades de la montaña, desconocidas al enemigo. Sin embargo, Bocchar siguió sus huellas, alcanzándole en inmensas llanuras, cerca de Clypea, y de tal manera le envolvió, que exterminó todo el grupo, exceptuando cuatro jinetes, entre los que se encontraba Masinissa, que estaba herido y había escapado, por decirlo así, de entre las manos del enemigo á favor del tumulto. Los vencedores no perdieron de vista á los fugitivos: toda la caballería se extendió por la llanura con objeto de perseguir á aquellos cinco hombres, atravesándola oblicuamente para cortarlos. Encontrando á su paso los fugitivos ancho río, no vacilaron en lanzar en él sus caballos para salvarse de un peligro más inminente; pero les arrastró el agua y bajaron en dirección oblicua. La

rápida corriente sepultó á dos ante los ojos del enemigo, y se creyó que Masinissa había perecido también; pero los dos jinetes que quedaban llegaron con él á la otra orilla y desaparecieron en medio de los arbustos. Bocchar terminó entonces la persecución, no atreviéndose á entrar en el río y creyendo que ya no tenía á nadie que perseguir. Regresó, pues, al lado Syfax, dándole la falsa noticia de la muerte de Masinissa, y la comunicaron á Cartago, donde produjo inmenso regocijo. El rumor de aquella muerte, difundida ya por toda el África, impresionó de distinta manera los ánimos. Oculto Masinissa en el fondo de una caverna, donde curaba con hierbas su herida, vivió muchos días del producto del merodeo de sus dos compañeros. En cuanto se formó la cicatriz, en cuanto se creyó en estado de soportar el movimiento, no escuchó más que su valor y se puso en marcha para reconquistar su reino. Después de recoger en su camino unos cuarenta jinetes, llegó al territorio de los masylios y se dió á conocer. La antigua adhesión que le tenían, el regocijo inesperado que experimentaban al ver lleno de vida al príncipe que creían muerto, realizaron un levantamiento tan general, que en pocos días tenía á sus órdenes seis mil infantes bien armados y cuatro mil caballos. Muy pronto se apoderó del reino de sus padres, llevando la devastación hasta á los pueblos aliados de Cartago y á las tierras de los masylios súbditos de Syfax. De esta manera obligó á este príncipe á entrar en campaña, y marchó á apostarse entre Cirta é Ilipona, en alturas que le ofrecían toda clase de recursos.

El asunto era demasiado grave á los ojos de Syfax para encargarlo á un prefecto; destacó una parte de su ejército á las órdenes de su hijo el joven Vermina;



mandóle describir un rodeo y que atacara al enemigo por la espalda, cuando él mismo le hubiese llamado la atención. Vermina partió durante la noche, porque su expedición debía ser secreta; Syfax, por el contrario, se puso en movimiento durante el día, sin tratar de ocultar su marcha, porque debía combatir con las enseñas altas y en batalla campal. Cuando creyó haber dado al destacamento tiempo para rodear al enemigo, bajó por una pendiente bastante suave, y, confiando en el número de sus tropas y en la emboscada que había preparado, hizo subir á sus tropas la colina opuesta, donde se habían fortalecido los masylios. Masinissa, que confiaba especialmente en su posición, mucho más ventajosa, avanzó á su encuentro. El combate fué sangriento y por mucho tiempo indeciso. El terreno y el valor de los soldados estaba por Masinissa; la superioridad del número por Syfax. Aquella prodigiosa multitud, dividida en dos cuerpos, de los que el uno atacaba de frente á los masylios, y el otro les había envuelto por la espalda, decidió la victoria en favor de Syfax, sin dejar siquiera al enemigo la posibilidad de huir, encontrándose cortados por delante y por detrás. Así, pues, infantes y jinetes todos fueron muertos ó hechos prisioneros. Doscientos jinetes quedaron agrupados en torno de Masinissa; dividióles en tres grupos y les mandó abrirse paso, después de fijarles un punto donde se reunirían en la fuga. Arrojándose él mismo sobre el enemigo en el punto que había elegido, escapó entre una nube de venablos. Pero dos grupos quedaron sobre el terreno: uno perdió valor y se rindió; el otro, que oponía desesperada resistencia, fué aplastado y destruido. Viéndose Masinissa estrechado muy de cerca por Vermina, describió mil rodeos para burlar al ene-

amigo, y, después de fatigarle, hasta desesperar Vermina de alcanzarle, le obligó á desistir de la persecución. Con cincuenta jinetes llegó á la Syrte menor, y allí, convencido de que había luchado valerosamente y muchas veces para reconquistar el reino de sus padres, se fijó entre la provincia cartaginesa de Emporia y el país de los garamantas, donde permaneció hasta la llegada de C. Lelio y de la flota romana al Africa. Estas circunstancias me llevan á creer que Masinissa solamente tenía con él pocos jinetes, y no considerable número, cuando más tarde marchó á reunirse con Scipión: si numerosa escolta conviene más al poder del rey que ocupa el trono, corto acompañamiento está más en armonía con la fortuna del desterrado.

Los cartagineses, después de haber perdido su fuerza de caballería y al jefe que la mandaba, levantaron otra, cuyo mando confiaron á Hannón, hijo de Anícar. En seguida enviaron á Asdrúbal y á Syfax cartas, mensajeros y hasta legados: mandaron á Asdrúbal que fuese á defender su patria, que estaba casi sitiada, y rogaron á Syfax que socorriese á Cartago y al Africa entera. Scipión había tomado entonces posiciones á una milla de Utica, adonde se había trasladado después de permanecer durante algunos días acampado en la costa cerca de su flota. Comprendiendo Hannón que su caballería no era bastante fuerte para atacar al enemigo ni para preservar de la devastación los campos, se ocupó, ante todo, de reclutar gente para aumentar sus fuerzas. Sin rechazar los refuerzos de otros pueblos, tomó á sueldo númeridas especialmente, los mejores jinetes, sin duda alguna, de toda el Africa. Tenía ya cerca de cuatro mil caballos cuando marchó á situarse en una ciudad llamada Saleca, á unas quince millas del cam-

pamiento romano. Al saberlo Scipión, exclamó: *¡Encierran la caballería durante el verano! Les permito que aumenten su número con tal de que tengan ese jefe.* Sin embargo, persuadido de que debía redoblar su actividad por razón de la misma indoleñcia del enemigo, envió á Masinissa con su caballería, encargándole que llegase á las dos puertas de la ciudad y provocase los cartagineses al combate; cuando les atrajese en grupos fuera de las murallas, y su número fuese bastante considerable para que pudiera resistir fácilmente el peso del combate, debía retirarse poco á poco, llegando Scipión en el momento favorable para tomar parte en la pelea. En efecto, solamente esperó el tiempo que consideró necesario para que Masinissa hubiese hecho salir al enemigo; siguióle al frente de la caballería romana, y avanzó ocultando la marcha detrás de las alturas que, muy á propósito, bordeaban el camino en todas sus sinuosidades. Masinissa, representando sucesivamente el papel de quien quiere asustar y de quien tiene miedo, llevaba sus evoluciones hasta las puertas, ó bien se retiraba ante el enemigo, enardecido por aquel fingido temor, haciéndose perseguir en desorden. No habían salido todavía todos los cartagineses y su jefe se fatigaba, aquí para levantar hombres ebrios y dormidos y hacer que tomasen las armas y ensillasen los caballos; allá para detener á los soldados que corrían mezclados y en desorden, á la casualidad, sin enseñas y precipitándose por todas las puertas. Al principio cayó Masinissa sobre los que salían de la ciudad sin precaución, pero en seguida se precipitaron en mayor número, todos juntos, apretadas las filas, y restablecieron la igualdad del combate. Habiéndose lanzado al fin toda la caballería, Masinissa no pudo sostener el

ataque. Sin embargo, no huyó en desorden, sino que se retiró poco á poco, sosteniendo el choque del enemigo, hasta que le atrajo cerca de las alturas que ocultaban á la caballería romana. Entonces se presentaron los jinetes de Scipión: sus fuerzas estaban completas, sus caballos descansados, y cayeron sobre Hannón y los africanos, á quienes el combate y la persecución habían fatigado, y los envolvieron. Por su parte, Masinisa volvió de pronto bridas y volvió á la carrera. Cerca de mil hombres que formaban la vanguardia de Hannón, no pudiendo batirse en retirada, quedaron cortados y fueron muertos con su general. Los otros, asustados, especialmente con la muerte de su jefe, huyeron en desorden. Los vencedores les persiguieron durante tres millas,¹ y cogieron ó mataron cerca de dos mil jinetes, en cuyo número parece que se contaban por lo menos doscientos cartagineses, pertenecientes muchos de ellos á ricas y nobles familias.

El mismo día de aquella victoria, las naves que habían trasportado el botín á Sicilia regresaron cargadas de víveres, como si hubieran presentado que tenían que trasportar nuevo botín. La muerte de dos jefes cartagineses del mismo nombre en dos combates de caballería, no la mencionan los historiadores, temiendo, según creo, dejarse engañar por doble relato del mismo hecho. Celio y Valerio llegan á decir que Hannón cayó prisionero. Scipión hizo magníficos regalos á los jefes y soldados, según sus servicios, pero muy especialmente á Masinisa. En seguida dejó fuerte guarnición en Saleca, partió con el resto de las tropas, taló los campos á su paso, forzó algunas ciudades y pueblos, difundió á lo lejos el terror de sus armas, y regresó á su campamento siete días después de su salida, lle-

vando inmensa multitud de prisioneros, rebaños y botín de todas clases, despojos que embarcó y envió á Sicilia. Renunciando entonces á las expediciones poco importantes y á la devastación del país, volvió todas sus fuerzas contra Utica, de la que podía hacer base de sus operaciones ulteriores, si se apoderaba de ella. Hizo que la atacasen á la vez, por el lado del mar, los marineros de la flota, y por el ejército de tierra desde lo alto de una eminencia que domina las murallas. Había llevado catapultas y máquinas; además de las que había recibido de Sicilia, al mismo tiempo que los víveres, hizo construir otras en un arsenal, en el que con este objeto había reunido multitud de hábiles obreros. Amenazada por todos lados Utica por tan considerable masa de fuerzas, no tenía otra esperanza que Cartago, como Cartago en Asdrúbal, con tal de que pudiese decidir á Syfax; pero, atendiendo á lo que deseaban los que tanto necesitaban los socorros, todos los movimientos se llevaban con excesiva lentitud. Desplegando Asdrúbal mucha actividad en los alistamientos, había reunido cerca de treinta mil hombres de infantería y tres mil caballos; pero aguardaba la llegada de Syfax para ir á acampar delante del enemigo. Syfax avanzó al frente de cincuenta mil infantes y diez mil jinetes. Después de acampar brevemente cerca de Cartago, tomó posición en las inmediaciones de Utica y de las líneas romanas. El efecto de su llegada fué obligar á Scipión á retirarse, sin haber conseguido triunfar después de cerca de cuarenta días de sitio y de esfuerzos inútiles. Acercábase ya el invierno, y estableció sus cuarteles en un promontorio, unido al continente por una eminencia poco elevada que penetra mucho en el mar; la misma empalizada encerraba también su campamento naval. Las

legiones acampaban en el centro de la eminencia; la playa, por el lado del Norte, la ocupaban las naves sacadas á tierra y los soldados de marina; la caballería estaba al Mediodía, en el valle que formaba el otro lado de la playa. Tales fueron los acontecimientos acaecidos en África hasta el fin del otoño.

Además de los granos que suministraba el saqueo de los campos inmediatos, y de los víveres que habían traído de Sicilia y de Italia, el propretor Cn. Octavio trajo de Cerdeña un convoy considerable de trigo, enviado por Tib. Claudio, pretor de aquella provincia, con el que, no solamente llenaron los almacenes que ya existían, sino que construyeron otros nuevos. El ejército carecía de vestidos, y se encargó á Octavio que se pusiese de acuerdo con Tib. Claudio para ver si podían conseguirlos en Cerdeña y enviarlos á Scipión. También trataron este asunto con grande actividad; y en poco tiempo enviaron mil doscientas togas y doce mil túnicas. Durante el verano en que sucedieron estas cosas en Africa, el cónsul P. Sempronio, que tenía el Brucio por provincia, fué atacado en marcha por Anníbal, en el territorio de Crotona, viéndose obligado á combatir apresuradamente: aquello fué más bien choque que batalla campal. Los romanos quedaron rechazados, y el Cónsul perdió en aquel combate, ó mejor dicho, en aquella alarma, cerca de mil doscientos hombres, entrando desordenadamente en su campamento, aunque sin que se atreviese el enemigo á sitiario. A la noche siguiente partió en silencio el Cónsul, después de mandar prevenir al procónsul P. Licinio para que le llevase sus legiones, y se reunió con él. Entonces volvieron los dos generales con los dos ejércitos contra Anníbal. El combate no se hizo esperar; el Cónsul veía duplicadas sus

fuerzas, y Anníbal estaba animado por su reciente victoria. Sempronio colocó sus legiones en primera línea, formando la reserva con las de P. Licinio. El Cónsul, al comenzar el combate, ofreció un templo á la Fortuna Primigenia si vencía al enemigo en aquella batalla: su deseo quedó realizado. Los cartagineses quedaron vencidos y puestos en fuga; matároules más de cuatro mil hombres; les cogieron cerca de trescientos, y también cuarenta caballos y once enseñas: y desalentado Anníbal por aquel fracaso, retiró sus tropas á Crotona. En la misma época, el cónsul M. Cornelio, que mandaba en el otro extremo de Italia, contenía, menos por la fuerza de las armas que por el terror de los castigos, la Etruria, que casi entera deseaba la llegada de Magón, esperando conseguir cambio de suerte con el apoyo de aquel general. En las investigaciones que hizo por orden del Senado, no mostró parcialidad ninguna. Muchos nobles etruscos habían marchado á reunirse con Magón, ó le habían prometido la defección de sus partidarios. Estos fueron condenados primeramente en persona; y cediendo después á los remordimientos de su conciencia, se desterraron voluntariamente. Condenados otra vez por contumacia, como no se les pudo castigar personalmente, se les castigó en sus bienes, que fueron confiscados, reduciéndose á ésta toda la pena de su sublevación.

Mientras se ocupaban los Cónsules de estas cosas en sus respectivas provincias, los censores M. Livio y C. Claudio formaron en Roma la lista de los senadores. Q. Fabio Máximo fué nombrado por segunda vez príncipe del Senado; siete individuos del orden fueron tachados de infamia; sin embargo, ninguno de ellos se había sentado en la silla curul. Los censores cuidaron

con rigidez y escrupulosa probidad de la reparación de los edificios públicos: subastaron la apertura de una calle desde el foro Boario al templo de Venus, la construcción de lonjas públicas alrededor de aquella plaza y la del templo de la Madre de los dioses, sobre el Palatino. Establecieron un impuesto nuevo sobre la sal, que se vendía á un sextante en Roma y en toda Italia. este precio se mantuvo en Roma, pero se aumentó en las ferias y mercados, y varió según los parajes. Creíase generalmente que uno de los censores habría ideado aquel aumento con objeto de vengarse del pueblo que en otro tiempo le condenó injustamente; de aquí el mote de Salinator que se impuso á Livio. Retrasóse el censo porque los censores enviaron á provincias á contar con exactitud los ciudadanos romanos que servían en los ejércitos. Comprendidos éstos, resultaron doscientos catorce mil ciudadanos. C. Claudio Nerón cerró el lustro. En seguida se recogieron los censos de las doce colonias, cosa que se hacía entonces por primera vez, presentándolo sus propios censores (1); deseábase que quedase consignado en los registros públicos el número de sus soldados y la cantidad de sus rentas. En seguida se procedió al censo de los caballeros, resultando que los dos censores tenían caballo mantenido por el Estado. Cuando se llegó á la tribu Polia, de la que formaba parte M. Livio, el pregonero vaciló en citar al mismo censor; pero Nerón le dijo: «Cita á M. Livio»; y fuese por efecto de su antigua ene-

(1) Los ciudadanos de las colonias y de las ciudades libres eran enumerados por sus propios censores, según las formalidades que prescribían los censores romanos. Estos censos se enviaban á Roma para que el Senado pudiese ver en un momento dado los recursos y situación de la República.

amistad, sea por ostentar inconveniente severidad, le obligó á vender el caballo, porque había sido condenado por sentencia del pueblo. M. Livio hizo otro tanto cuando se llegó á la tribu Arna y al nombre de su colega: condenó también á C. Claudio á que vendiese su caballo por dos razones: primera, porque había dado falso testimonio contra él; y segunda, porque no había sido sincera su reconciliación; debate escandaloso entre dos magistrados que mutuamente se atacaban en su reputación á expensas de la propia. Al salir del cargo, C. Claudio, después de jurar que había observado las leyes, subió al Tesoro, y en el número de los nombres de aquellos á quienes degradaba, escribió el de su colega. M. Livio fué en seguida al Tesoro, y exceptuando la tribu Mesia, que era la única que no le condenó ni le había creado cónsul ni censor después de su condenación, degradó al pueblo romano entero, es decir, las treinta y cuatro tribus, porque le condenaron, á pesar de su inocencia, y porque después de haberle condenado, le eligieron cónsul y censor, no pudiendo negar, decía, haber incurrido en culpa una vez al juzgarle, ó dos veces al darle sus votos. C. Claudio debía quedar degradado con las treinta y cuatro tribus. De haber ejemplo de un ciudadano degradado dos veces, dijo, lo habría hecho nominalmente con C. Claudio. ¡Vergonzosa conducta de dos censores lanzándose á porfía notas de infamia! Pero la inconstancia del pueblo merecía aquel castigo, tan digno del rigor censorial y de la gravedad de aquellos tiempos. El odio que se tenía á los censores hizo creer á Cn. Belio, tribuno del pueblo, que podía aumentar su influencia á sus expensas, y les citó á los dos ante el pueblo; pero el Senado ahogó aquel asunto, temiendo que entregase

en lo sucesivo la dignidad de la censura á los impulsos de la multitud.

En aquel mismo verano, el cónsul que mandaba en el Brucio tomó por fuerza Clampecia, y recibió la sumisión voluntaria de Pandosia y otras ciudades importantes. Como se acercaba el tiempo de los comicios, Cornelio, que no tenía guerra que sostener en Etruria, fué llamado á Roma con preferencia á su colega. Nombró cónsules á Cn. Servilio Cepión y á C. Servilio Gemino. En seguida se celebraron los comicios pretorianos, eligiéndose á P. Cornelio Léntulo, P. Quintilio Varo, P. Elio Peto y P. Vilio Tappulo: estos últimos eran entonces ediles plebeyos. Terminados los comicios, el Cónsul regresó á su ejército de Etruria. En este año murieron algunos sacerdotes y fueron sustituidos, M. Emilio Regilo, muerto el año anterior, por Ti. Veturio Filo, creado é inaugurado Flamin de Marte; fueron sucesores de M. Pomponio Mathón, augur y decenviro, en este cargo, M. Aurelio Cotta, y como augur, T. Sempronio Gracco, que era muy joven todavía: este ejemplo era muy raro en la elección de sacerdotes. Aquel año los ediles curules C. Livio y M. Servilio Gemino colocaron cuadrigas de oro en el Capitolio. Durante dos días se celebraron los juegos romanos, así como también los plebeyos que dieron los ediles P. Elio y P. Vilio; y con ocasión de estos juegos, hubo un banquete público en honor de Júpiter.

LIBRO XXX.

SUMARIO.

Triunfos de Scipión en Africa.—Derrota y prisión de Sifax.—Masinissa se enamora de Sofonisba, esposa de Sifax é hija de Asdrúbal.—Le reconviene Scipión.—Masinissa envía un veneno á la joven.—Los cartagineses llaman á Anníbal.—Pasa al Africa y queda vencido en una batalla.—Gisgón se opone á la paz.—Anníbal le arranca de la tribuna.—Muerte de Magón.—Masinissa recobra sus estados.—Regreso y triunfo de Scipión.—Los soldados y pueblo le dan el nombre de Africano.

Cn. Servilio Cepión y C. Gervio Geminio, nombrados cónsules en el año décimosexto de la guerra púnica, consultaron al Senado acerca de los asuntos públicos, de la guerra y de la repartición de provincias. Opinóse que se pusieran de acuerdo los cónsules ó las sortearan, para saber cuál iría al territorio de los Brucios para hacer frente á Anníbal, y cuál tendría la Etruria y los ligurios: el designado para el Brucio debía tomar el ejército de P. Sempronio. Prorrogado éste por un año en su mando proconsular, reemplazaría á Licinio,

que regresaría á Roma. Licinio se había mostrado hábil general; además de todas las demás cualidades que le hacían superior á todos sus conciudadanos, la naturaleza y la fortuna le habían colmado con sus dones. Noble y rico á la vez, su fuerza y belleza eran notables; pasaba por muy elocuente, tanto para defender una causa, como para sostener ó combatir una opinión en el Senado ó delante del pueblo, y además conocía á fondo el derecho pontificio. A estas glorias, el ejercicio del consulado añadió la gloria militar. Las disposiciones tomadas para el Brucio se aplicaron á la Etruria y á los ligurios. M. Cornelio recibió orden de entregar su ejército al nuevo cónsul: prorrogado él mismo en su mando, ocuparía la provincia de Galia con las legiones que el año anterior habían obedecido al pretor L. Scribonio. Después se sortearon las provincias: Cepión recibió el Brucio y Gervio Geminio la Etruria. Sometiéronse igualmente á sorteo las provincias de los pretores, y la suerte dió á Peto Elio la jurisdicción urbana; la Cerdeña á P. Lentulo, la Sicilia á P. Velio; Ariminio y las dos legiones de Lucrecio Spurio á Quintilio Varo. A Lucrecio se le prorrogó también en su mando, con el encargo de reconstruir Génova, destruída por el cartaginés Magón. A Scipión se prorrogó el mando sin fijársele otro término que la terminación de su obra, es decir, el fin de la guerra de Africa, y se decretó una rogativa con ocasión de su paso al Africa, para que su empresa redundase en provecho del pueblo romano, del general y de su ejército.

Alistáronse tres mil hombres para la Sicilia, habiendo sido trasladado al Africa lo mejor de las tropas de aquella provincia. En el temor de que una flota cartaginesa hiciese algún desembarco, se destinaron cuarenta

naves á la custodia de aquellas costas. Velio llevó trece naves nuevas, y las otras, que eran viejas, las carenaron en el país. Pusieron esta flota á las órdenes de M. Pomponio, pretor del año anterior, que fué prorrogado en su mando, y en estas naves embarcó los nuevos soldados que habían llegado de Italia. Por decreto del Senado se confió igual número de naves á Cn. Octavio, que también era pretor del año precedente y á quien se otorgaron iguales facultades, encargándole la defensa de las costas de Cerdeña. El pretor Lentulo recibió orden de suministrarle dos mil hombres de embarque. En cuanto á la costa de Italia, como no se sabía dónde dirigirían los cartagineses su flota, y se podía temer que á cualquier punto de los que quedaban desguarnecidos, designaron á Cn. Marcio, pretor del año anterior, para protegerla con igual número de naves. Por decreto del Senado, los cónsules alistaron tres mil hombres para el armamento de esta flota, y dos legiones urbanas para los casos imprevistos de la guerra. En las Españas se conservaron los mismos ejércitos, y el mando á los antiguos generales L. Lentulo y L. Manlio Acidino. Así, pues, las fuerzas romanas se elevaron aquel año á veinte legiones y sesenta naves largas. Los pretores recibieron orden de marchar á sus provincias, y se exhortó á los cónsules para que diesen, antes de su salida de la ciudad, los grandes juegos, cuya celebración cada cinco años votó T. Manlio Torcuato durante su dictadura, si la república se mantenía en el mismo estado. Nuevos temores religiosos atormentaban los ánimos por efecto de prodigios ocurridos en diversos parajes. Pretendíase que unos cuervos en el Capitolio, no solamente habían arrancado con el pico, sino comido oro; en Anzio las ratas habían roído una co-

rona de oro; en las cercanías de Capua había caído una nube de langostas, sin que se pudiese determinar el punto de donde habían venido; en Reata había nacido un potro con cinco patas; en Anagni habíanse visto llamaradas en el cielo, diseminadas al principio y que se reunían después en inmensa hoguera; en Trusionone un arco describió en derredor del sol un círculo poco extenso, y después aquel círculo desapareció en el ensanchado disco del astro; en Arpino se hundió la tierra en una llanura, abriéndose inmenso abismo. Uno de los cónsules á la primera víctima que inmoló encontró el hígado sin cabeza. Para expiar estos prodigios se sacrificaron víctimas mayores, designando el colegio de los pontífices los dioses á quienes debían ofrecerse.

Hechas estas cosas, los cónsules y los pretores partieron para sus provincias: sin embargo, todos se ocupaban del Africa como si les correspondiese, sea porque veían el interés público y la guerra reconcentrados en ella, sea por agradar á Scipión, en quien se fijaban entonces todas las miradas. Así era que no solamente de Cerdeña, como ya se ha dicho, sino que también de Sicilia y de España, se le enviaban equipos, y granos; de Sicilia le enviaron también armas y provisiones de toda clase. Scipión, por su parte, no había interrumpido ni un solo instante durante el invierno las operaciones militares, que emprendió en muchos puntos á la vez en derredor suyo. Sitiaba á Utica, y delante tenía el campamento de Asdrúbal. El cartaginés había botado al agua sus naves; su flota estaba equipada y dispuesta para interceptar los convoyes. En medio de estas dificultades, no había renunciado á la esperanza de reconquistar la amistad de Syfax, en

el caso de que larga posesión había calmado el cariño que profesaba á su esposa. Syfax ofrecía su mediación para la paz, con la condición de que los romanos abandonasen el Africa y los cartagineses la Italia; pero no podían contar con su defección en caso de guerra. Supongo que estas negociaciones se siguieron por mensajeros (y así lo creen la mayor parte de los autores), en vez de admitir, como Valerio Ancias, que el mismo Syfax marchó al campamento romano para la entrevista. Al principio, apenas quiso el general romano escuchar aquellas proposiciones. En seguida, para proporcionar á sus soldados plausible pretexto de comunicar con el campamento cartaginés, se mostró más complaciente y dejó entrever la esperanza de que, después de muchas tentativas por una y otra parte, acabarían por entenderse. Los cuarteles de invierno de los cartagineses, construídos de cuantos materiales habían encontrado en los campos, eran casi por completo de madera. Los numidas especialmente, sin otro abrigo, en su mayor parte, que chozas de juncos ó esteras, se habían alojado aquí y allá en desorden, y algunos fuera del foso y de la empalizada, como si no hubiesen recibido orden alguna para la elección de sitio. Informado Scipión de esta circunstancia, acarició la esperanza de incendiar, á la primera ocasión, los cuarteles de invierno.

Con los agentes que enviaba á Syfax iban también como comitiva, y con disfraz de esclavos, aquellos oficiales suyos cuyo valor y prudencia conocía: éstos aprovechaban el tiempo de la entrevista para pasear por el campamento de un lado á otro, examinando las entradas y salidas, su situación y forma en sus detalles y conjunto, los cuarteles de los cartagineses y de los

numidas, el intervalo que separaba el campamento de Asdrúbal del del rey, la manera de estar colocados los centinelas y guardias, para asegurarse si convenría más la noche ó el día para una sorpresa. Gracias á la frecuencia de las entrevistas, de intento enviaba unas veces á unos y otras á otros, para que conociesen todos aquellos detalles el mayor número posible de romanos. Cuando, después de muchas negociaciones, Syfax y por su mediación los cartagineses creían positivamente en la paz, los emisarios romanos declararon que tenían orden de llevar á su general contestación definitiva. Sea porque el rey hubiese tomado su partido, sea porque tuviese que consultar aún á Asdrúbal y los cartagineses, era necesario apresurarse. Había llegado el tiempo de concluir la paz ó continuar con empeño la guerra. Mientras que Syfax consultaba con Asdrúbal y éste con los cartagineses, los espías tuvieron tiempo para verlo todo, y Scipión para hacer todos los preparativos que exigían sus proyectos. Por otra parte, tanto se hablaba de la paz y tanto se confiaba en ella, que los cartagineses y los numidas descuidaban toda precaución contra las tentativas del enemigo. Al fin llegó la respuesta; pero como se creía al general romano muy impaciente por conseguir la paz, introdujéronse cláusulas rigurosas, que fueron muy convenientes para proporcionar á Scipión pretexto para romper la tregua. Hizo saber al emisario del rey que las pasaría al consejo, y á la mañana siguiente le contestó «que él solo había opinado por la paz, y que, á pesar de sus esfuerzos, todos los demás la habían rechazado. El mensajero podía, pues, asegurar que Syfax no esperase paz con los romanos en tanto que no se separase de los cartagineses.» De esta manera rompió la tregua para poder eje-

cutar sin escrúpulo sus proyectos. Comenzaba la primavera; botó al agua sus naves, embarcó sus máquinas y aprestos de sitio como si fuese á dar el asalto á Utica por la parte del mar, y envió dos mil hombres á apoderarse de una altura que dominaba la plaza, y que ya había ocupado antes: quería, por una parte, distraer la atención del enemigo de la operación que meditaba, y, por otra, prevenir una salida, un ataque que durante su marcha contra Syfax podrian dirigir desde la ciudad contra su campamento, cuya guarda dejaba encargada á débil cuerpo de tropas.

Tomadas estas disposiciones, Scipión reunió su consejo, recogió los datos de los exploradores y de Masinissa, que conocía la parte robusta y la débil del enemigo, y en seguida anunció su propósito para la noche siguiente. Los tribunos, á la primera señal que se diese terminado el consejo, debían hacer salir del campamento las legiones. En conformidad con esta orden, al ponerse el sol comenzaron á levantar las enseñas; á la primera vigilia estaban formadas ya las columnas, llegando á media noche al campamento enemigo sin haber forzado la marcha, porque solamente tenían que recorrer siete millas. Scipión puso á las órdenes de Lelio una parte de las tropas y Masinissa con sus numidas, y les mandó que asaltasen el campamento de Syfax y le prendieran fuego. En seguida, llevando aparte á Lelio y después á Masinissa, les exhortó á que supliesen con su celo y actividad las medidas de prudencia que la noche hacía imposibles. Él mismo se encargaba de atacar á Asdrúbal y el campamento de los cartagineses. Pero no comenzaría hasta que viese ardiendo el del rey. No esperó mucho tiempo: en cuanto prendió la llama en las primeras chozas, se propagó rápidamente á las inme-

diatas, y pasando de unas á otras, extendió sus estragos por todo el campamento. La alarma fué, como no podía menos en un incendio nocturno, extendiéndose por tan vasto espacio: los bárbaros creyeron que era efecto de la casualidad y no de un ataque del enemigo; salieron sin armas para extinguirlo, y se encontraron delante de enemigos armados, especialmente de los numidas que Masinissa, gracias al conocimiento que tenía de los lugares, había apostado hábilmente en la salida de los caminos. Sorprendidos unos en el lecho profundamente dormidos, fueron devorados por las llamas; otros, en la precipitación, cayeron amontonados en el paso demasiado estrecho de la puerta, y quedaron aplastados.

Al ver el brillo de las llamas, los centinelas cartagineses primero, y después sus compañeros despertados por aquella alarma nocturna, cayeron en el error de los numidas y creyeron que el fuego era casual. Ignorábase si los gritos que lanzaban los heridos y moribundos se debían á un ataque nocturno, y esta ignorancia impedía asegurarse de la verdad. Los cartagineses se precipitaron, pues, sin armas, no esperando encontrar al enemigo, y salieron cada cual por su lado por la puerta más inmediata, no llevando más que los objetos propios para extinguir el incendio, viniendo á chocar contra las tropas romanas, que les mataron á todos por odio nacional, y más aún por temor de dejar escapar alguno que diera la alarma. Scipión se apoderó en seguida de las puertas, que no estaban guardadas, tan grande había sido el desaliento, y mandó incendiar las chozas más inmediatas. Dispersa al principio la llama, brilló aquí y allí en muchos puntos á la vez; después se extendió de una choza á otra, y á poco todo el

campamento era un vasto incendio. Los hombres y animales, medio quemados, huían revueltos, y sus cadáveres amontonados obstruían las puertas. Aquellos á quienes no había devorado el fuego, caían bajo el hierro, y el mismo desastre destruyó los dos campamentos. Sin embargo, los dos jefes consiguieron escapar, no llevando con ellos, de tantos millares de combatientes, sino dos mil hombres de infantería y quinientos de caballería, casi desarmados y la mayor parte heridos y mutilados por el fuego. Cuarenta mil hombres perecieron por el hierro ó en el incendio; más de cinco mil quedaron prisioneros, entre los que había muchos nobles cartagineses y once senadores; cogiéronse ciento setenta y cuatro enseñas, más de dos mil setecientos caballos numidas y seis elefantes; ocho quedaron muertos ó quemados, cayendo en poder del vencedor considerable cantidad de armas, que el general ofreció á Vulcano, quemándolas todas.

Huyendo Asdrúbal con un puñado de africanos, se refugió en la ciudad más inmediata, y todos los restos de su ejército, siguiendo las huellas del general, se le reunieron allí; pero el temor de que se entregase la ciudad á Scipión, le hizo salir. En seguida abrieron las puertas, y los habitantes recibieron á los romanos, que no les trataron como á enemigos, porque su sumisión había sido voluntaria. En seguida se apoderaron de otras dos ciudades y las saquearon, abandonando el botín á los soldados con lo que habían salvado del incendio de los dos campamentos. Syfax encontró á ocho millas de allí un fuerte, en el que se encerró. Asdrúbal marchó á Cartago con objeto de impedir que el miedo de aquel reciente desastre hiciese tomar medidas poco enérgicas. En efecto, la consternación fué allí

tan grande al principio, que se persuadieron de que Scipión abandonaría á Utica para acudir inmediatamente á poner sitio á Cartago. Los suffetas, que tenían en Cartago igual autoridad que los cónsules en Roma, convocaron el Senado, en el que se presentaron tres opiniones: una proponía una embajada á Scipión para tratar de la paz; otra que se llamase á Anníbal para que salvase la patria de aquella guerra de exterminio; la tercera, digna de la constancia de Roma en la adversidad, quería que se formase otro ejército y que se exhortase á Syfax para que no dejase de combatir. Gracias á la presencia de Asdrúbal y á la preferencia de toda la fracción Barcina por la guerra, prevaleció esta última opinión. Comenzáronse, pues, las levás en la ciudad y en los campos, y se enviaron legados á Syfax, que por su parte hacía activos preparativos para continuar la guerra. Su esposa le había dominado, no solamente con sus caricias, armas tan poderosas sobre el corazón de un esposo apasionado, sino suplicándole y excitando su misericordia, rogándole con lágrimas que no abandonase á su padre y á su patria; que no consintiese que las llamas que habían devorado su campamento destruyesen también á Cartago. Los enviados emplearon también un recurso que la fortuna les ofreció con mucha oportunidad: cerca de la ciudad de Abba habían encontrado cuatro mil celtíberos, tomados á sueldo en España por sus reclutadores, y que eran tropas excelentes; añadiendo que muy pronto llegaría el mismo Asdrúbal con fuerzas muy importantes. Syfax no se limitó á recibir á los enviados con benevolencia; mostróles multitud de campesinos numidas, á los que en otro tiempo había dado armas y caballos, y les aseguró que armaría toda la juventud

de su reino : • el desastre lo debían al fuego y no al enemigo; no se llevaba la peor parte en la guerra hasta que se caía vencido combatiendo. • Esta fué su contestación á los legados. Pocos días después se unieron Asdrúbal y Syfax, disponiendo por este medio de un ejército de treinta mil hombres.

Scipión, que creía haber concluído con Syfax y los cartagineses, se ocupaba del sitio de Utica, y acercaba ya las máquinas á las murallas, cuando le distrajo de esta empresa la noticia de que comenzaba de nuevo la guerra. Dejó, pues, algunas tropas para que continuasen solamente la apariencia de un sitio por tierra y mar, y marchó personalmente contra el enemigo con la flor de su ejército. Primeramente tomó posición en una altura, á unas cuatro millas del campamento de Syfax; á la mañana siguiente descendió con la caballería á las grandes llanuras (así llaman el campo que se extiende al pie de aquella altura), y empleó el día corriendo hasta las avanzadas del enemigo y provocándole al combate. En los dos días siguientes se atacaron por una y otra parte, sin que aquellos choques produjesen ningún resultado notable; el cuarto día los dos ejércitos se presentaron en batalla. El general romano colocó los príncipes detrás de los hastatos, que formaban la primera fila, y dejó los triarios en reserva: dispuso la caballería italiana en el ala derecha, y en la izquierda Masinissa y sus numidas. Syfax y Asdrúbal opusieron sus numidas á la caballería italiana, los cartagineses á Masinissa, y colocaron los celtíberos en el centro, enfrente de las legiones. En este orden llegaron á las manos. El primer choque bastó para derrotar las dos alas enemigas, numida y cartaginesa; aquellos numidas, en su mayor

parte arrancados del arado, no pudieron resistir á la caballería romana, ni los cartagineses, recientemente alistados también, á Masinissa, más terrible aún con el recuerdo de su reciente victoria. Quedaba, aunque privada de sus dos alas, la columna de los celtiberos, á quienes no ofrecía la fuga esperanza alguna de salvación en aquel país desconocido, ni podían esperar gracia de Scipión habiéndole recompensado tan mal por sus beneficios con ellos y su nación, yendo como mercenarios á combatir en Africa. Envueltos por todas partes, cayeron unos sobre otros, haciéndose matar todos en sus puestos. Atrayendo de esta manera sobre ellos todo el esfuerzo, del ejército, aseguraron la fuga á Syfax y Asdrúbal dándoles tiempo para alejarse. Cuando llegó la noche, los vencedores estaban más cansados de matar que de combatir.

A la mañana siguiente envió Scipión á Lelio y á Masinissa con toda la caballería romana y la numida y las tropas ligeras en persecución de Syfax y de Asdrúbal; y él mismo, con el grueso del ejército, se presentó delante de las ciudades vecinas, puestas todas bajo la obediencia de los cartagineses, sometiéndolas á unas con promesas y á otras por temor ó por la fuerza. En Cartago dominaba profundo terror; aquel paseo triunfal y la rápida sumisión de todo el país inmediato hacían creer que muy pronto se presentaría delante de la misma Cartago. Reparáronse, pues, las murallas, añadiendo nuevas fortificaciones, y cada cual á porfía trajo de los campos las provisiones necesarias para sostener largo sitio. Rara vez se hablaba de la paz, y con frecuencia se trataba de enviar una legación á Anníbal para llamarle. La mayor parte quería que la flota, armada para interceptar los con-

voyes saliese para sorprender la que estacionaba delante de Utica y que no estaba prevenida; tal vez conseguiría destruir el campamento naval, en el que solamente habían dejado corto número de defensores. Este fué el partido que se adoptó con preferencia; pero también se decidió enviar una legación á Annibal; porque si la flota conseguía excelente resultado, lo más que podía hacer era levantar parte del sitio de Utica, y para la defensa de la misma Cartago no quedaba otro general que Annibal, ni más ejército que el suyo. Al día siguiente, pues, lanzaron al agua las naves, y partieron los legados para Italia: la crítica situación en que se encontraban hacía que obrasen precipitadamente, y cada ciudadano creía que la menor lentitud comprometería la salvación de la patria. Scipión, que llevaba un ejército agobiado ya con los despojos de muchas ciudades, envió los prisioneros y el resto del botín á su antiguo campamento de Utica, y fijando sus miras en Cartago, se apoderó de Túnez, cuya guarnición había huido. Esta plaza dista de Cartago unas quince millas, y la han fortificado por igual la Naturaleza y la mano del hombre: vese desde Cartago, y desde sus murallas se ve también esta ciudad y todo el mar que la rodea.

Desde allí vieron los romanos, en el momento en que se fortificaban, la flota que se dirigía desde Cartago á Utica. En seguida suspendieron los trabajos, se dió la orden de marcha y se levantaron apresuradamente las enseñas: las naves, vueltas hacia tierra y ocupadas en el sitio, impropias además para un combate naval, podían ser destruidas. ¿Cómo, en efecto, podían resistir á una flota ágil, provista de todo lo necesario y armada en guerra, con naves cargadas de máquinas y catapultas.

tas, ó transformadas en galeras de transporte, ó bien ancladas muy cerca de la muralla para servir de puentes y calzadas en caso de escalamiento? Scipion se separó por esto de la costumbre establecida para los combates navales; las naves rostratas, que podían proteger á las otras, las colocó detrás, cerca de tierra; las de carga, en cuatro filas, formaron un parapeto delante del enemigo; y para que no se destruyese su orden de batalla en medio del combate, las unió por medio de mástiles y vergas, y gruesos cables que formaban un todo indisoluble. En seguida las cubrió con tablas para establecer comunicación por toda la línea; en estos puentes dejó espacios para que las barcas de los exploradores pudiesen avanzar hacia el enemigo y tener segura la retirada. Tomadas apresuradamente estas disposiciones, como lo exigían las circunstancias, eligió unos mil hombres que trasladó á las naves de transporte; llevando, ante todo, armas, especialmente arrojadizas, en cantidad suficiente para que no faltasen, cualquiera que fuese la duración del combate. Preparados de esta manera y alerta los romanos, esperaron la llegada del enemigo. Si los cartagineses hubieran obrado con rapidez, habrían podido sorprender la flota romana en medio del desorden y la confusión, y destruirla al primer choque; pero azustados aún con los desastres por tierra, habían llegado á perder la confianza en su marina, que formaba toda su fuerza; perdieron un día entero por la lentitud de su movimiento, y hasta la postura del sol no abordaron al puerto que llaman los africanos Ruscinón. Al día siguiente, al salir el sol, marcharon á formarse en batalla en alta mar, como si esperasen sostener un combate en regla y que los romanos avanzasen á su encuentro. Después de conservar por mucho

tiempo su posición, viendo que el enemigo no se movía, se decidieron á atacar las naves de transporte. No fué aquello combate naval, pareciendo más bien asalto dado á murallas por una flota. Las naves de transporte estaban algo más altas que las rostratas de los cartagineses; éstos apuntaban de bajo á alto, y la mayor parte de sus dardos no podían alcanzar por encima de ellos; los de los romanos, lanzados desde lo alto de sus naves de transporte, caían con más fuerza por efecto de su mismo peso. Las barcas de los exploradores y los esquifes ligeros, que salían por los huecos dispuestos debajo de los puentes, fueron al principio aplastados por el solo choque y grandes dimensiones de las naves rostratas; y hasta estorbaron á los soldados romanos, obligándoles muchas veces, al mezclarse con las naves enemigas, á suspender sus golpes por temor de herir á sus compañeros en vez de los cartagineses. Al fin lanzaron éstos desde sus naves á los de los romanos maderos guarnecidos con garfios de hierro que llaman arpones. Como los romanos no podían cortar los arpones ni las cadenas á que les habían suspendido para lanzarlos, veíase cada nave rostrata enganchada por la popa con una de transporte, arrastrándolas á remolque y, rompiendo los cables que las unían, llevarse á la vez una fila de varias naves. De esta manera quedaron destruidos todos los puentes, teniendo apenas tiempo los soldados para saltar á la segunda fila de naves. Seis naves de transporte fueron remolcadas hasta Cartago, produciendo esta captura más regocijo del que merecía; pero les impresionó tanto más, cuanto que en medio de continua serie de desastres, era la única esperanza que veían brillar. Este acontecimiento demostraba además que la flota romana hubiera podido ser destruída si los

marinos de Cartago no hubiesen demostrado demasiada lentitud y Scipión no hubiera socorrido á tiempo su flota.

Casi al mismo tiempo, habiendo llegado á Numidia Lelio y Masinissa, después de quince días de marcha, los massylios (1), súbditos naturales de Masinissa, volvieron regocijados á la obediencia de un rey por largo tiempo deseado. Syfax, cuyos legados y guarniciones fueron expulsados, se encerró en sus antiguos estados, aunque no para mantenerse tranquilo en ellos. Su esposa y su suegro le excitaban, apelando á su amor: tenía además tantos hombres y caballos, que el aspecto de aquel reino, por tanto tiempo floreciente, hubiese infundido confianza á un príncipe menos bárbaro y vanidoso. Reunió, pues, cuantos hombres aptos para el servicio encontró, les distribuyó caballos, armas, venablos, y dividió su caballería en turmas, y su infantería en cohortes, como le enseñaron los centuriones romanos. Con este ejército, tan numeroso como el que tuvo anteriormente, pero casi nuevo é indisciplinado, marchó al enemigo y acampó muy cerca de él. Primeramente avanzaron algunos jinetes fuera de las líneas para hacer un reconocimiento. Rechazados á flechazos, se replegaron hacia sus compañeros; después verificáronse salidas por ambas partes. Los rechazados sentíanse dominados por la indignación y volvían en mayor número. Esto es lo que hace tan animados los combates de caballería: la esperanza aumenta el número de los vencedores y el despecho el de los vencidos. Un puñado de hombres comenzó la acción, y muy

(1) Los massylios habitaban, al pie del monte Atlas, la parte oriental de la Numidia; y los massesylios, que el autor designa con las palabras *regno veteri*, ocupaban el lado occidental.

pronto toda la caballería de los dos bandos se vió arrastrada por su ardor. Mientras se redujo todo á un simple combate de caballería, aquella multitud de massesylios, que Syfax hacía avanzar por masas, fué casi irresistible. Pero cuando la infantería romana se presentó de pronto, pasando por los espacios que le dejaban las turmas, y restableció el combate y rechazó al enemigo, que atacaba en desorden, los bárbaros vacilaron en lanzar sus caballos; en seguida se detuvieron, desconcertados por aquella táctica nueva para ellos; al fin cedieron delante de la infantería, y ni siquiera resistieron delante de la caballería, enardecida por el apoyo de los infantes. Acercábanse ya las enseñas de las legiones; los massesylios no pudieron resistir el primer choque, ni siquiera la presencia de las enseñas y armas romanas: itanto impresionaba sus ánimos el recuerdo de sus recientes derrotas ó el terror presente!

Syfax corrió entonces contra las turmas enemigas, esperando que la vergüenza ó su propio peligro detendría á los fugitivos; pero herido gravemente su caballo, le arrojó al suelo. Rodearon al rey, se apoderaron de él y le llevaron vivo á Lelio; espectáculo más delicioso para Masinissa que para todos los demás. Cirta era la capital de los estados de Syfax, y allí se reunió considerable número de sus soldados. En este combate la mantanza no correspondió á la victoria, porque solamente peleó la caballería; no resultaron más de cinco mil muertos, y no se eleva á más de la mitad de este número el de prisioneros hechos en el ataque del campamento, en el que habían penetrado en tropel los vencidos, por el miedo que les causó la captura del rey. Masinissa declaró «que nada habría más hermoso en aquel momento para él que regresar como vencedor á

sus estados hereditarios, que acababa de recobrar después de tan largo destierro; pero que ni la buena ni la mala fortuna permitían perder un solo momento. Si Lelio le permitía adelantarse con su caballería, llevando á Syfax cargado de cadenas, podría sorprender á Cirta y apoderarse de ella en medio del terror y del desorden. Lelio le seguiría á cortas jornadas con la infantería. Consintió en ello Lelio; y habiéndose presentado Masinissa bajo las murallas de Cirta, pidió una entrevista con los habitantes más notables. Estos ignoraban la suerte del rey; por cuya razón el relato de los sucesos, las amenazas, la persuasión, todo quedó sin efecto, hasta el momento en que les presentaron el rey cargado de cadenas. Ante aquel terrible espectáculo, rodaron lágrimas de los ojos, y mientras unos, en su terror, se alejaban de la plaza, los otros, con el unánime apresuramiento de gentes que procuran ablandar al vencedor, abrieron las puertas. Masinissa envió destacamentos á las puertas y á los puntos importantes de las murallas, para cerrar las salidas á los que quisieran huir, y corrió al galope de su caballo á apoderarse del palacio. Cuando penetraba en el vestibulo encontró en el mismo dintel á Sofonisba, esposa de Syfax é hija del cartaginés Asdrúbal. Esta, en cuanto vió en medio de la escolta á Masinissa, fácil de reconocer por su armadura y aspecto, presumiendo con razón que era el rey, se arrojó á sus pies. «Estamos, le dijo, en tu poder. Así lo han decidido los dioses, tu valor y tu fortuna. Pero si una cautiva puede suplicar al que puede darle la vida ó la muerte; si le es permitido abrazar tus rodillas y tocar tu mano victoriosa, yo te ruego y suplico, en nombre de esta majestad real que antes me rodeaba también, en nombre de ese título de numida que compar-

tes con Syfax, en nombre de los dioses de este palacio, cuya protección deseo que no te falte al entrar en él como ha faltado á Syfax al alejarse, que decidas por tí mismo la suerte de tu cautiva según te inspire tu corazón, y me libres de los soberbios y crueles desdenes de un dueño romano. Aunque no fuese más que la esposa de Syfax, esto bastaría para que prefiriese entregarme á la voluntad de un numida, de un príncipe africano como yo, que á la de un extranjero, de un desconocido. ¿Pero qué no debe temer de un romano una mujer cartaginesa, la hija de Asdrúbal? Tú lo sabes. Si no tienes en tu poder otro medio que la muerte para librarme de la dependencia de los romanos, mátame, yo te lo ruego y suplico.» Sofonisba era extraordinariamente hermosa y se encontraba en todo el esplendor de la juventud. Besaba la mano del rey al pedirle que no la entregase á un romano, y sus palabras antes parecían caricias que ruegos. Así fué que el príncipe se vió dominado por otro sentimiento que el de la compasión: con el arrebató natural á los numidas, el vencedor se enamoró de su cautiva, le dió la mano como prenda de la promesa que le pedía, y entró en el palacio. Quedando solo, ocupóse de los medios de cumplir su promesa, y no sabiendo qué decidir, solamente escuchó su amor, y tomó una resolución tan temeraria como imprudente. Ordenó que en el acto hiciesen los preparativos de su matrimonio para aquel mismo día, con objeto de no dejar á Lelio ni á Scipión el derecho de tratar como cautiva una princesa que sería la esposa de Masinissa. Habíase realizado el matrimonio cuando llegó Lelio, quien lejos de ocultar su desagrado, quiso al pronto arrancar á Sofonisba del lecho nupcial, para enviarla á Scipión con Syfax y los otros prisioneros; pero

después le ablandaron los ruegos de Masinissa, que le suplicaba no decidiese á qué rey había de seguir en su suerte Sofonisba, y que fuese árbitro Scipión. Hizo, pues, partir á Syfax y á los demás prisioneros, y secundado por Masinissa, se apoderó de las demás ciudades de la Numidia ocupadas aún por tropas de Syfax.

A la noticia de que llevaban á Syfax al campamento, los soldados salieron en tropel como si fuesen á presenciar una fiesta triunfal. El rey marchaba delante cargado de cadenas, siguiéndole los grupos de nobles numidas. Entonces todos porfiaron en aumentar el poder de Syfax y la fama de su pueblo, para realzar la importancia de la victoria. «Aquél era el rey cuya majestad había parecido tan importante á los dos pueblos más poderosos del mundo, á los romanos y á los cartagineses, que el general romano Scipión había dejado su provincia y su ejército para ir á solicitar su amistad, trasladándose al África con dos quinquerremes, mientras que Asdrúbal, general cartaginés, no se había contentado con ir á verle en sus estados, sino que le había dado su hija en matrimonio: en su poder había tenido á la vez los dos generales, el de Cartago y el de Roma. Si, al inmolar víctimas, los dos bandos habían procurado conseguir la protección de los dioses inmortales, los dos habían procurado también conseguir la amistad de Syfax. Tal había sido su poder, que Masinissa, arrojado de su reino, se había visto obligado á propagar el rumor de su muerte, á ocultarse para salvar su existencia, viviendo como las bestias en la espesura de los bosques, del fruto de sus rapiñas.» En medio de estos pomposos elogios de la multitud llevaron al rey al pretorio delante de Scipión. Con profunda emoción también comparó el general la fortuna, en otro

tiempo brillante, de aquel príncipe, con su estado presente: recordó su hospitalidad, la fe que se habían prometido y la alianza pública y privada que les había unido. Los mismos recuerdos dieron valor á Syfax para dirigir la palabra á su vencedor. Scipión le preguntó «qué motivos le habían impulsado á rechazar la alianza de Roma y hasta á declararle la guerra sin haber sido provocado.» Syfax confesaba «que había cometido una falta y un acto de demencia, pero que no había sido al tomar las armas contra Roma: este había sido el término y no el principio de su locura. Su extravío, su olvido de todas las leyes de la hospitalidad, de todos los tratados de alianza, comenzó el día en que había introducido en su palacio una mujer de Cartago. La antorcha nupcial había abrasado su corazón; aquella furia, aquella peste, cuyos encantos le habían seducido y extraviado su mente, aquella mujer no descansó hasta que ella misma puso en manos de su esposo armas criminales para atacar al huésped y al amigo. En su desgracia, en aquel abismo de desventuras en que había caído, había tenido al menos el consuelo de ver á su más cruel enemigo llevar al seno de su morada y de sus penates aquella misma peste, aquella misma furia. No sería Masinissa más prudente ni más fiel que Syfax; su juventud le haría hasta más temerario, porque de seguro había sido más irreflexiva y loca su manera de enlazarse.»

Este discurso, en el que se transparentaba no solamente el odio del enemigo, sino los celos del amante que ve á su amada en poder de un rival, impresionó mucho á Scipión. Lo que más peso daba á las acusaciones de Syfax era aquel matrimonio concluído apresuradamente, y, por decirlo así, en medio de los comba-

tes, sin consultar ni esperar á Lelio; aquella ciega precipitación de un hombre que el mismo día en que había visto á su enemiga entre sus manos, se unía á ella por los vínculos del matrimonio y celebraba las fiestas nupciales delante de los penates de su rival. Esta conducta parecía tanto más culpable á Scipión, cuanto que él mismo, joven aún, en España se había mostrado insensible á los encantos de sus cautivas. Estos pensamientos le ocupaban cuando llegaron á su presencia Lelio y Masinissa. Después de recibirles á los dos con iguales muestras de amistad y de colmarles de elogios en pleno pretorio, llevó aparte á Masinissa y le habló de esta manera: «Sin duda porque has visto en mí algunas cualidades, oh Masinissa, viniste primeramente en España en demanda de mi amistad, y después has confiado en África tu persona y tus esperanzas á mi lealtad. Pues bien, de todas las virtudes que te han hecho dar valor á mi amistad, la temperancia y la continencia son aquellas con que más me honro, y también son las que quisiera verte añadir á tus otras cualidades. Créeme, en nuestra edad, no debemos temer tanto á un enemigo armado, como á las voluptuosidades que nos asedian por todas partes. Cuando se sabe poner freno á las pasiones y dominarlas con la temperancia, se honra uno más, consigue una victoria más hermosa que la que nos ha entregado la persona de Syfax. La actividad y la valentía que has desplegado lejos de mi vista, la he citado y la recuerdo con agrado; en cuanto á tus demás hechos, los entrego á tus reflexiones particulares y te dispenso de una explicación que te avergonzaría. Syfax ha sido vencido y capturado bajo los auspicios del pueblo romano. Así, pues, su persona, su esposa, sus estados, sus plazas, su población, en una

palabra, todo cuanto era de Syfax, ha pasado á ser presa del pueblo romano. El rey y su esposa, aunque no fuese cartaginesa é hija del general que vemos al frente del enemigo, deberían ser enviados á Roma, para que el Senado y el pueblo decidiesen acerca de la suerte de una mujer á la que se atribuye haberle lanzado ciegamente á la guerra. Manda callar á tu pasión; no empañes tantas virtudes con un solo vicio; no pierdas el mérito de tantos servicios por una falta más grave aún que el motivo que te la hecho cometer.»

Cuando Masinissa oyó aquellas palabras, no solamente se avergonzó, sino que brotaron lágrimas de sus ojos: «poniase, dijo, á discreción del general, y le rogaba atendiese, en cuanto lo permitían las circunstancias, al temerario compromiso que había contraído, al prometer á la cautiva no entregarla á nadie»; y al salir del pretorio se retiró confuso á su tienda. Solo allí, lanzó gemidos durante algún tiempo, pudiendo oírlos desde fuera; al fin brotó de su pecho profundo suspiro, y, como grito de dolor, llamó á su esclavo fiel, encargado de la custodia de los venenos que los reyes bárbaros acostumbraban reservarse para casos desgraciados, y le mandó preparar una copa, llevarla á Sofonisba y decirle: «Que Masinissa habría querido cumplir sus primeras promesas, como la esposa tiene derecho á esperar del esposo. Pero despojado por autoridad superior del derecho de disponer de su suerte, le cumplía su segunda promesa y la libraba de la desgracia de caer viva en poder de los romanos. Pensando en su padre el general, en su patria y en los dos reyes con quienes se había casado, sabría tomar noble resolución.» Sofonisba oyó el mensaje y tomó el veneno de manos del esclavo, diciendo: «Acepto este regalo de

bodas, y lo acepto con gratitud, si esto es todo lo que mi esposo puede hacer por su esposa. Dile, sin embargo, que la muerte me hubiese sido más dulce, si el día de mis bodas no hubiese sido el de mis funerales.» La altivez de este lenguaje no quedó desmentida por la firmeza con que tomó la copa fatal y la vació sin dar señal alguna de temor. Cuando lo supo Scipión temió que el joven y fiero Masinissa, extraviado por su dolor, se lanzase á cualquier resolución violenta; llamóle en el acto y le consoló; pero al propio tiempo le reconvino dulcemente por haber reparado una imprudencia con otra imprudencia y dado á este asunto un desenlace trágico que no era necesario. Al día siguiente, para distraer el ánimo del príncipe de las emociones que le preocupaban, subió á su tribunal y mandó convocar la asamblea. Allí dió por primera vez á Masinissa el nombre de rey, le colmó de elogios, y le regaló una corona y una copa de oro, una silla curul, un bastón de marfil, una toga bordada y una túnica palmeada. Para realzar la importancia de aquellos regalos, añadió: «Que el honor más grande que tenían los romanos era el triunfo, y los triunfadores no tenían adornos más hermosos que aquellos de que el pueblo romano consideraba digno á Masinissa entre todos los extranjeros.» En seguida elogió á Lelio y le entregó otra corona de oro; recompensando, en fin, á otros jefes, cada uno según su mérito. Estos honores calmaron la irritación del rey é infundieron en su corazón la próxima esperanza de elevarse sobre las ruinas de Syfax y mandar en toda la Numidia.

Scipión envió á Lelio á Roma con Syfax y los otros prisioneros, y al mismo tiempo hizo partir los legados de Masinissa; en seguida volvió á acampar delante de

Tú ez, y terminó las fortificaciones que había comenzado. Los cartagineses habían tenido un momento de falsa alegría al enterarse del pasajero triunfo en su ataque contra la flota romana; pero á la noticia de la captura de Syfax, en quien fundaban más esperanzas, por decirlo así, que en Asdrúbal y su ejército, quedaron aterrados; y, sin escuchar más á los que aconsejaban la guerra, enviaron para pedir la paz una legación compuesta de treinta ancianos principales, los más reverenciados en sus consejos, y cuya influencia era grande hasta en la dirección del Senado. Cuando llegaron al campamento romano y al pretorio aquellos legados, por lisonja, y conformándose sin duda con las costumbres de su patria, se prosternaron. Sus palabras fueron tan humildes como servil su homenaje; no se justificaban, atribuyendo las primeras culpas á Annibal y á los partidarios de aquel ambicioso capitán; pedían gracia para su ciudad, que la temeridad de sus habitantes había llevado ya dos veces á su pérdida y que debía su salvación á la generosidad de sus enemigos. El pueblo romano quería mandar á sus enemigos vencidos y no exterminarlos. Dispuestos estaban á obedecer como esclavos. Scipión no tenía más que darles órdenes. Scipión les contestó que había venido á África con la esperanza de vencer, y que sus triunfos le daban la casi seguridad de llevar á Roma la victoria y no la paz. Sin embargo, aunque, por decirlo así, tenía la victoria entre las manos, no rechazaba la paz; quería hacer saber á todas las naciones que el pueblo romano no emprendía la guerra sino con justicia y la terminaba de la misma manera. Exigía como condición de paz que Cartago restituyese los prisioneros, los tráfugas y los desertores; que retirase sus ejércitos de Italia y de la Galia; que

renunciase á la España; que evacuase todas las islas que existen entre Italia y África; que entregase todas sus naves largas, á excepción de veinte, y además quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de cebada. No se está de acuerdo en cuanto á la contribución en dinero que impuso á los vencidos: algunos historiadores dicen que fué de cinco mil talentos, otros que de cinco mil libras de peso de plata, y algunos, en fin, doble paga para los soldados de Scipión. «Estas son mis condiciones, dijo; decidid si queréis la paz ó la guerra: os concedo tres días para deliberar. Si aceptáis, ajustaremos una tregua, y envidad á Roma una legación al Senado.» Con esto fueron despedidos los legados y en Cartago opinaron no rehusar ninguna de las condiciones de la paz, procurando ganar tiempo para que Anníbal pudiese pasar al África. Enviaron, pues, numerosa embajada á Scipión para ajustar la tregua, y otra á Roma para pedir la paz; ésta llevaba por forma corto número de prisioneros, tráfugas y desertores, para que con más facilidad se les concediese la paz.

Muchos días antes llegó Lelio á Roma con Syfax y los principales prisioneros numidas; dió cuenta detallada á los senadores de todo lo acontecido en África, y su relato fué motivo de regocijo en lo presente y de esperanza para lo venidero. Después de deliberar, opinaron los senadores enviar al rey á las prisiones de Alba, y retener á Lelio hasta la llegada de los legados cartagineses, decretándose cuatro días de acciones de gracias. El pretor P. Elio disolvió el Senado, reunió la Asamblea del pueblo y subió á los Rostros con Lelio. Cuando se supo que los ejércitos de Cartago habían sido derrotados; que un rey de ilustre fama había sido vencido y

hecho prisionero; que se había recorrido como en triunfo toda la Numidia, la multitud no pudo contener la alegría interior que la animaba, prorrumpiendo en gritos y demás demostraciones del regocijo popular. Así fué que el pretor dispuso en el acto «que los guardianes de los templos los abriesen todos en toda la ciudad para que durante todo el día pudiese visitarlos el pueblo, honrar á los dioses y rendirles acciones de gracias.» Al día siguiente presentó al Senado los legados de Masinissa, quienes comenzaron felicitando al Senado por los triunfos de Scipión en África. En seguida manifestaron su gratitud por haber dado el general á Masinissa el título y autoridad de rey, restableciéndole en el trono de sus padres. «La ruina de Syfax permitiría á su señor, salvo el beneplácito del Senado, reinar sin temor ni litigios.» También dieron gracias á los senadores por los elogios públicos y magníficas recompensas decretadas por Scipión á Masinissa. «Este príncipe había puesto especial cuidado y seguiría poniéndolo en merecerlas; pedía que un decreto del Senado le confirmase el título de rey y las demás recompensas de Scipión; y se atrevía además, en el caso de que su súplica no fuese indiscreta, á solicitar la libertad de los numidas prisioneros en Roma, porque este favor le serviría de mucho en el ánimo de sus conciudadanos.» Contestaron á los legados que «el rey debía tener parte en las felicitaciones que merecían los triunfos en África; que Scipión no se había excedido en sus facultades al concederle el título de rey; que todo cuanto había hecho en honor de Masinissa merecía la aprobación y el consentimiento del Senado.» En seguida dispusieron los presentes que habían de llevar los legados para el rey, que eran dos sayas de purpura con broches de

oro, túnicas lacticlavias, dos caballos enjaezados, dos armaduras de caballero con corazas, tiendas y el equipo militar que se acostumbraba á dar á los cónsules; encargándose al pretor que los remitiese al rey. Dióse á los legados cerca de cinco mil ases por cabeza y mil á las gentes de su comitiva, y además dos trajes completos por legado y uno á cada uno de los de su séquito y los numidas puestos en libertad para enviarlos al rey. El mismo decreto concedía á los legados puestos de honor en los espectáculos y todos los privilegios de generosa hospitalidad.

En el mismo verano en que se dieron estos decretos en Roma y se consiguieron estas victorias en Africa, el pretor Quintilio Varo y el procónsul M. Cornelio libraron batalla á Magón, en el territorio de los Galos insubrios. Las legiones del pretor formaban la primera línea; Cornelio dejó las suyas en reserva y avanzó á caballo hasta las primeras filas. Al frente de las dos alas, el pretor y el procónsul exhortaron á sus soldados para que atacasen vigorosamente á los cartagineses. Como los enemigos no cedían, Quintilio dijo á Cornelio: «El combate languidece, como ves; los enemigos, que temblaban al principio, se han enardecido con inesperada resistencia, y temo que su confianza se trueque en audacia. Es necesario que nuestra caballería caiga sobre ellos como una tempestad, si queremos llevar la turbación y el desorden á sus filas. Sostén, pues, el combate al frente de las primeras filas, y yo llevaré la caballería al terreno, ó bien yo me quedaré aquí combatiendo en la primera fila y tú harás avanzar contra el enemigo la caballería de las cuatro legiones.» El pretor aceptó el puesto que le dejase el procónsul, y Quintilio, con su hijo, llamado Marco, joven valeroso,

se dirigió á los jinetes, les mandó montar á caballo y los lanzó de pronto contra el enemigo. Al desorden que produjo aquel ataque se unió el formidable grito de las legiones: el ejército enemigo no hubiese podido resistir, si al primer movimiento de la caballería, Magón, que tenía preparados los elefantes, no les hubiese mandado avanzar. Sus agudos gritos, su olor y aspecto espantaron los caballos y frustraron aquel ataque de la caballería; y si en la pelea los jinetes romanos tenían la ventaja, cuando combatían de cerca y podían usar la lanza y la espada, en aquel momento, arrastrados bastante lejos por sus caballos asustados, se encontraban, por el alejamiento, más expuestos á los venablos de los numidas. Sin embargo, la infantería de la segunda legión, destruída casi por completo, conservaba sus puestos, más por el honor, que por confianza en sus fuerzas; pero no hubiese resistido mucho si la tercera legión no hubiese avanzado de la reserva al frente de batalla, restableciendo el combate que se hacía dudoso. A esta legión descansada opuso Magón los galos de su reserva. Sin gran trabajo los rechazaron los hastatos de la legión undécima, que en seguida se formaron en columnas cerradas y atacaron á los elefantes que introducían ya el desorden en las filas de la infantería. Como estos animales se estrechaban unos contra otros, casi todos los venablos lanzados por los romanos les alcanzaron, obligándoles á replegarse sobre el ejército cartaginés, cayendo cuatro de ellos cubiertos de heridas. Entonces se quebrantó la primera fila enemiga, y muy pronto se desbandó toda la infantería, cuando vió que los elefantes volvían grupas, aumentando con esto el terror y el desorden. Mientras permaneció Magón al frente de sus soldados, retrocedieron

paso á paso conservando sus filas; pero cuando vieron que su general, herido en un muslo, caía al suelo y le llevaban casi moribundo fuera del campo de batalla, emprendieron en seguida la fuga. Aquel día perdieron los enemigos cerca de cinco mil hombres y se les cogieron veintidós enseñas. También fué cruenta la victoria para los romanos: el ejército del pretor perdió dos mil trescientos hombres, siendo la segunda legión la que más sufrió, teniendo que lamentar también dos tribunos militares, M. Cosconio y M. Menio; la tercera legión, que entró al terminar el combate, perdió al tribuno militar Cn. Helvio, en el momento en que procuraba restablecer el combate: los elefantes aplastaron veintidós caballeros de los más ilustres que perecieron con algunos centuriones: el combate se hubiese prolongado más, de no decidir la victoria la herida del general.

A la noche siguiente partió en silencio Magón, prolongando la marcha cuanto le permitía la herida soportar la fatiga, llegando al mar en el territorio de los ligurios ingaunos. Allí recibió una legación de Cartago, que había abordado pocos días antes al golfo gálico, y que le traía la orden de pasar inmediatamente al Africa. *Su hermano Annibal, le dijeron, debía hacer otro tanto, habiendo marchado legados también para comunicarle la orden. La situación de los asuntos de Cartago no les permitía ya la ocupación de la Galia y de la Italia.* Alarmado Magón con las órdenes del Senado y el peligro de su patria, temía, por otra parte, la persecución encarnizada del enemigo si se detenía, y que los ligurios, en cuanto supiesen que los cartagineses abandonaban la Italia, se sometiesen á los que muy en breve habían de ser sus amos, y esperaba también que el movimiento de la travesía fuese menos doloroso para

su herida que el de un viaje por tierra, teniendo más comodidades de toda clase para su curación. Embarcó, pues, sus tropas y partió; pero apenas había pasado de la Cerdeña, murió por consecuencia de la herida; algunas naves cartaginesas, dispersas en alta mar, cayeron en poder de la flota romana que vigilaba las costas de Cerdeña. Estos fueron los acontecimientos que se realizaron por tierra y mar en la parte de Italia situada al pie de los Alpes. El cónsul C. Servilio no se distinguió por ninguna hazaña en su provincia de la Etruria ni en la Galia, hasta donde llegó; pero se hizo entregar, después de diez y seis años de esclavitud, á su padre C. Servilio y á C. Lutacio, cogidos por los bo-yos en el pueblo de Taneto. A su entrada en Roma, llevaba á un lado á su padre y al otro á Catulo, trofeo más grato á su familia que al país. Propúsose al pueblo que no acriminase á C. Servilio, hijo de un ciudadano que había desempeñado magistraturas curules, haber aceptado en vida de su padre, á quien creía muerto, funciones de tribuno del pueblo y de edil plebeyo, cosa contraria á la ley. Aceptada la proposición, regresó á su provincia. El cónsul Cn. Servilio, que estaba en el Brucio, trató con los de Consencia, Uffugo, Vergas, Basidias, Hetriculo, Syfea, Argentano, Clampecia y otros muchos pueblos oscuros, que, viendo la lentitud con que obraban los cartagineses, pasaron á los romanos. El mismo Cónsul dió batalla á Annibal en el territorio de Crotona; batalla de la que se tienen pocos detalles. Valerio Ancias habla de cinco mil hombres muertos: este número es de tal manera alto, que ha sido impudentemente inventado, ó escapó á la negligencia del historiador. Lo cierto es que Annibal no hizo ya nada en Italia, porque la casualidad quiso que los legados de

Cartago encargados de llamarle al Africa, llegasen á él casi en el mismo día que la embajada dirigida á Magón.

Dícese que Anníbal oyó á los legados con estremecimientos de rabia, hondos suspiros y los ojos preñados de lágrimas. «No por medios indirectos, sino terminantemente se me llama, después de haber querido desde tanto tiempo arrancarme de Italia negándome armas y socorros. He aquí Anníbal vencido, no por el pueblo romano, al que tantas veces ha destrozado y puesto en fuga, sino por el Senado de Cartago, instrumento de la calumnia y de la envidia. La vergüenza de mi regreso no alegrará y enorgullecerá más á Scipión que á ese Hannón que, para abatir á mi familia, no ha vacilado, á falta de otra venganza, en sacrificar á Cartago.» Anníbal había previsto desde mucho antes aquel llamamiento, y tenía dispuestas sus naves; dejando, pues, todas sus tropas inútiles en el Brucio para guardar el corto número de plazas de aquella provincia que le quedaban fieles más por temor que por adhesión, embarcó para África lo mejor de su ejército. Muchos de los suyos, italianos de nacimiento, se negaron á seguirle y se refugiaron en el templo de Juno Laciniana, que hasta entonces había sido inviolable; pero los hizo implacablemente degollar en el mismo santuario. Dícese que ningún desterrado obligado á abandonar su patria se alejó jamás con más dolor que experimentaba Anníbal al abandonar el suelo enemigo. Frecuentemente se volvió hacia las costas de Italia, acusando á los dioses y á los hombres y dirigiéndose imprecaciones por no haber llevado directamente á Roma sus soldados, cubiertos aún con la sangre de los romanos muertos en Cannas. Scipión se había atrevido á marchar so-

bre Cartago, aunque durante su consulado ni siquiera había visto los cartagineses en Italia. Y él, que había exterminado cien mil romanos en Trasimeno y Cannas, había perdido todo su vigor en Casinio, Cumas y Nola. En medio de estas quejas y lamentos, fué arrancado de Italia después de tan larga posesión.

Roma supo al mismo tiempo la marcha de Magón y la de Anníbal. Esto era doble motivo de regocijo; pero se felicitaron menos al pensar que los generales habían mostrado para retenerlos, según las instrucciones del Senado, poco valor, ó no habían tenido bastantes fuerzas. Además, inquietaba el resultado de una guerra que iba á caer con todo su peso sobre un solo general y un solo ejército. En la misma época llegaron legados de Sagunto trayendo cartagineses que habían cogido con cantidades de dinero y que habían pasado á España para tomar á sueldo auxiliares. En el vestíbulo de la curia depositaron doscientas cincuenta libras de oro y ochocientas de plata. Recibieron sus cautivos y los llevaron á las prisiones; se devolvió el oro y la plata, y en seguida se dieron gracias á los dioses; se les hicieron regalos y se les dieron naves para regresar á España. Los senadores antiguos recordaron en seguida que se mostraba más indiferencia con el bien que con el mal. ¿Qué terror, qué espanto produjo el paso de Anníbal á Italia? No lo habían olvidado. Después, ¡cuántos desastres, cuántas calamidades habían sufrido! Habíase visto el campamento enemigo desde las murallas de la ciudad. ¡Cuántos votos se hicieron entonces por cada uno en particular y por el pueblo en general! ¡Cuántas veces, en las asambleas, se había oído á los ciudadanos exclamar alzando las manos al cielo: ¿Llegará al fin el día en que se vea la Italia, libre de sus enemigos, flore-

cer en el seno de dichosa paz? Los dioses lo habían concedido después de diez y seis años, y nadie proponía rendirles acciones de gracias: ¡tan cierto era que, lejos de agradecer los beneficios pasados, se recibía hasta con indiferencia el favor presente! Entonces se exclamó en todos los ángulos del Senado que el pretor P. Elio hiciese una proposición sobre el asunto. Decretáronse cinco días de rogativas en todos los altares y un sacrificio de ciento veinte víctimas mayores. Ya se había despedido á Lelio y á los legados de Masinissa, cuando se supo que los legados de Cartago, que venían á tratar de la paz con el Senado, habíanse presentado en Puteolos, y que el resto del camino lo harían por tierra. Decidióse que se llamase de nuevo á Lelio para que asistiese á la discusión. L. Fulvio Gilo, legado de Scipión, llevó los cartagineses á Roma; prohibióseles entrar en la ciudad, y se les dispuso alojamiento en una villa pública; el Senado les recibió en el templo de Be-lona.

Su lenguaje fué casi el mismo que emplearon delante de Scipión, arrojando, en nombre de su país, toda la responsabilidad de la guerra sobre Anníbal. «Él fué quien, sin orden del Senado, pasó los Alpes y hasta el Ebro; quien por su autoridad privada declaró la guerra á los romanos, y antes á los saguntinos. A decir verdad, el Senado y el pueblo cartaginés no habían infringido aún su tratado de alianza con Roma. La embajada no tenía otra misión que la de pedir el mantenimiento de la paz ajustada últimamente con el cónsul Lutacio.» Habiendo autorizado el cónsul á los senadores, en conformidad con la costumbre, á dirigir á los legados las preguntas que creyesen oportunas, los más ancianos de la asamblea, que presenciaron las nego-

ciaciones, les interrogaron sobre diferentes puntos. Pero los legados, jóvenes aún casi todos, les contestaron que su edad no les permitía recordar. Entonces se levantó un clamor de todos los lados de la curia: «era un rasgo de fe púnica haber elegido para reclamar una paz antigua hombres que no recordaban las condiciones.» En seguida mandaron retirarse á los legados y se procedió á la votación. C. Livio opinaba que se llamase al cónsul C. Servilio, que era el más próximo á Roma, para que asistiese á la deliberación. «No podía tratarse, decía, asunto más importante que el que se estaba debatiendo y creía que no podían ocuparse de él en ausencia de un cónsul ó de los dos á la vez, sin comprometer la dignidad del pueblo romano.» Metelo, que había sido cónsul y dictador tres años antes, recordaba que «P. Scipión, con la derrota de los ejércitos y la devastación del territorio, había reducido á los cartagineses á pedir suplicando la paz, y que nadie podía apreciar con más exactitud la intención que envolvía la demanda que el que hacía la guerra en las puertas de Cartago; quería, pues, que fuese Scipión y no otro quien decidiese si debía ó no otorgarse la paz.» M. Valerio Levino, que había sido cónsul dos veces, «en aquellos hombres veía espías y no legados; debía intimárseles la orden de salir de Italia, hacerles escoltar hasta sus naves y escribir á Scipión que continuase la guerra sin descanso.» Lelio y Fulvio añadieron «que Scipión hacía descansar todas las esperanzas de paz en el supuesto de que no serían llamados de Italia Annibal y Magón; que los cartagineses pondrían en juego todas las maniobras posibles mientras estuviesen esperando á aquellos generales y sus ejércitos; que en seguida, sin cuidarse de los tratados, ni de los más

recientes, ni de los dioses que los garantizan, harían la guerra. * Esta fué una razón más para adoptar la opinión de Levino, y se despidió á los legados sin concederles la paz y casi sin contestarles.

Por el mismo tiempo, persuadido el cónsul Cn. Servilio de que le pertenecía la gloria de haber pacificado la Italia, se puso en persecución de Anníbal, como si él le hubiese expulsado, y pasó á Sicilia para trasladarse desde allí al África. Cuando llegó á Roma la noticia, los senadores acordaron primeramente que el pretor escribiese al cónsul mandándole de parte del Senado que regresase á Italia; pero habiendo hecho notar el pretor que el cónsul no obedecería su orden, creóse expresamente dictador á P. Sulpicio, quien, en virtud de su poder superior, llamó al cónsul á Italia. El resto del año lo pasó con M. Servilio, su jefe de los caballeros, visitando las ciudades de Italia que la guerra había separado de Roma y determinando la suerte de cada una de ellas. Durante la tregua partieron de Cerdeña, bajo las órdenes del pretor Lentulo, cien naves con provisiones, escoltadas por veinte rostratas, que abordaron al África sin haber encontrado enemigos ni sufrido tempestades. Cn. Octavio, que con doscientas naves de carga y treinta de combate hizo rumbo desde Sicilia, no tuvo la misma suerte. Su travesía fué feliz hasta que estuvo casi á la vista de África: allí cesó de pronto el viento; en seguida cambió, y, soplando de tierra, trastornó y dispersó la flota. El jefe, con sus naves de combate, luchó á fuerza de remos contra la violencia de las olas, y abordó al promontario de Apolo (1). Las

(1) Este cabo, llamado hoy Zebibi ó Zibeed, forma con el *promontorium hermæum* el golfo en cuyo fondo está Cartago.

naves de transporte fueron lanzadas, unas sobre la isla Egimura, que cierra por el lado del mar el golfo de Cartago, á unas treinta millas de la ciudad; otras enfrente de la misma plaza, á la altura de Aguas Cálidas. Todo esto se veía desde Cartago, por lo que desde todas partes acudieron corriendo al foro. Los magistrados convocaron al Senado, y oíase en el vestíbulo de la curia al pueblo que pedía con tono amenazador que no se dejase escapar aquella presa tan hermosa que tenían á la vista y casi en las manos. En vano objetaban unos la paz que se solicitaba, y otros la tregua, cuyo plazo no había espirado. El Senado y el pueblo, confundidos, por decirlo así, decidieron que Asdrúbal pasase á la isla Egimura con una flota de cincuenta naves, y que desde allí recorriese las costas y los puertos, recogiendo las naves romanas dispersas por la tempestad. Abandonadas por sus tripulaciones, que habían huido, las naves de transporte fueron remolcadas, primeramente de Egimura, y después de las Aguas, á Cartago.

Los legados no habían regresado aún de Roma, y se ignoraba la decisión del Senado en la cuestión de guerra ó de paz; por otra parte, la tregua no había espirado, por cuya razón se indignó más P. Scipión contra aquellos pérfidos que, habiendo pedido la paz y una tregua, destruían por sí mismos sus esperanzas, violando su palabra; inmediatamente envió como legados á Cartago á L. Bebio, L. Sergio y L. Favio. Como la multitud amotinada casi les insultó, creyeron que no estarían seguros al regreso, y pidieron á los magistrados, cuya intervención les había salvado de toda violencia, que enviasen naves para escoltarles. Diéronles dos triremes que, al llegar á la desembocadura del río Ba-

grada (1), desde donde se veía el campamento romano, regresaron á Cartago. La flota cartaginesa estaba anclada delante de Utica; destacáronse tres cuadrirremes, bien porque algún mensajero de Cartago les hubiese llevado secretamente la orden, bien porque Asdrúbal, que mandaba la flota, obrase por impulso propio, y en el momento en que la quinquerreme romana doblaba el cabo, la atacaron de improviso; pero los cartagineses no pudieron alcanzar con sus espolones la quinquerreme, que huía rápidamente, ni saltar al abordaje, porque sus naves eran más bajas. Los romanos se defendieron vigorosamente mientras tuvieron venablos á bordo; pero agotado este recurso, solamente podía protegerles la proximidad de tierra y la muchedumbre que había acudido del campamento. Haciendo fuerza de remos embarrancaron en la playa; la nave se perdió; pero ellos salieron sanos y salvos. Estos dos atentados, que tuvieron lugar uno tras otro, habían roto evidentemente la tregua, cuando Lelio y Fulvio llegaron de Roma con los legados cartagineses. Scipión les dijo que «á pesar de la perfidia de los cartagineses, que habían violado la santidad de la tregua y el derecho de gentes en la persona de sus legados, no les haría experimentar ningún tratamiento contrario á las costumbres del pueblo romano y á su propio carácter.» En seguida despidió á los legados y se preparó para la guerra. Entretanto se acercaba Annibal á la costa, y mandó á un marinero que trepase á lo alto del palo para que viese en qué paraje se encontraban; pero observando que las proas enfilaban unas tumbas arrui-

(1) Este rio, llamado actualmente Majiarda, desembocaba en el mar entre Cartago y Utica, después de atravesar la Zenigitana. 111

nadas, tuvo miedo al presagio, mandó al piloto que pasase adelante y abordó á Leptis, donde desembarcó sus tropas.

Estas cosas ocurrieron en África en este año. Las operaciones siguientes tuvieron lugar bajo el consulado de M. Servilio Gemino, que entonces era jefe de los caballeros, y Tib. Claudio Nerón. Al terminar el año, llegó una embajada de las ciudades de Grecia aliadas á los romanos, quejándose de las devastaciones realizadas por las tropas de Filipo y de la negativa de este rey á recibir á los legados que llevaban encargo de pedir reparación (*ad res repetendas*) (1); también dijeron que cuatro mil hombres, al mando de Sopater, según se aseguraba, habían pasado al África para socorrer á Cartago, y que al mismo tiempo habían enviado cantidades considerables de dinero. El Senado decidió enviar al Rey una legación para decirle que se consideraban aquellos hechos como contrarios á los tratados. Para esta misión se eligió á C. Terencio Varo, C. Mansilio y M. Aurelio, á quienes dieron tres quinquerremes. Este año se distinguió por un vasto incendio que devoró hasta los cimientos todos los edificios de la colina Publicia; también se desbordó el río; sin embargo, los granos se mantuvieron á bajo precio, porque, además de que la paz había abierto todos los puertos de Italia, había llegado de España considerable cantidad de trigo, y los ediles curules M. Valerio Falto y M. Fabio Buteo lo distribuyeron por barrios al pueblo á cuatro ases el modio. En el mismo año murió Q. Fabio Máximo (2), que era

(1) Fórmula consagrada para las reclamaciones de los embajadores.

(2) Tenía cerca de cien años. El pueblo romano pagó los gastos de los funerales, imponiendo una dracma por cabeza.

muy anciano, habiendo desempeñado por espacio de sesenta y dos años las funciones de augur, según dicen algunos historiadores. Muy digno fué aquel hombre del dictado que llevaba, aunque hubiese sido el primero en llevarle. En la carrera de los honores había avanzado más que su padre (1), y había llegado tan lejos como su abuelo. Las victorias de su abuelo Rulo habían sido más numerosas, y más importantes las batallas que libró; pero la lucha que sostuvo con Anníbal valía por sí sola lo que todas aquellas hazañas. Sin embargo, hase celebrado más su prudencia que su actividad: no podría decidirse si fué contemporizador por carácter ó si era un sistema que convenía especialmente á la guerra de que estaba encargado; pero lo cierto es que fué el único general que restableció los asuntos de Roma contemporizando, como dice Ennio. Reemplazóle en sus funciones de augur su hijo Q. Fabio Máximo: Ser. Sulpicio Galba le sustituyó como pontífice, porque reunía dos sacerdocios. Celebráronse los juegos romanos durante un día, y los plebeyos durante tres, por los ediles M. Sextio Sabino y Cn. Tremelio Flacco; estos dos magistrados fueron nombrados pretores con C. Livio Salinator y C. Aurelio Cotta. Ignórase si los comicios de este año los celebró el cónsul C. Servilio, ó si, retenido en la Etruria, donde en virtud de un senatus-consulta hacía una investigación sobre las conspiraciones de los ciudadanos principales, nombró dictador para presidirlos á P. Sulpicio; los autores no concuerdan en este punto.

Al comenzar el año siguiente, M. Servilio y Tib. Clau-

(1) Su padre, Fabio Gurges, fué cónsul tres veces, y Fabio Cunctator, cinco.

dio convocaron el Senado en el Capitolio y le sometieron la cuestión de las provincias. Querían que se sortearan el África y el Asia, porque los dos deseaban conseguir el África; pero, gracias á los esfuerzos de Marcelo, ni se les dió ni se les negó esta provincia, diciéndoles que se entendiesen con los tribunos, para que estos magistrados propusieran al pueblo, si lo creían conveniente, designar el general á quien quería confiar la guerra de Africa. Todas las tribus nombraron á Scipión. Sin embargo, los cónsules, con autorización del Senado, sortearon la provincia de Africa; tocando á Tib. Claudio, quien debía llevar allí una flota de cincuenta quinquerremes, y compartir el mando con Scipión. A M. Servilio tocó la Etruria, en cuya provincia se dejó á C. Servilio, prorrogándole los poderes para el caso en que el Senado considerase conveniente retener al cónsul en Roma. Entre los pretores, designóse para la Galia á M. Sextio, que debía recibirla con dos legiones de P. Quintilio Varo; C. Livio obtuvo el Brucio y las dos legiones que había mandado el año anterior el procónsul P. Sempronio; Cn. Tremelio, la Sicilia, que recibiría con dos legiones de manos de P. Vilio Tappulo, pretor del año anterior. Vilio, nombrado propretor, debía proteger las costas de la provincia con veinte naves largas y mil soldados; M. Pomponio tomaría las otras veinte naves y quinientos hombres para llevarlos á Roma. C. Aurelio Cotta obtuvo la jurisdicción urbana, y los demás magistrados fueron prorrogados con el mando de las provincias y de los ejércitos que tenían. En este año solamente hubo diez y seis legiones para la defensa del imperio. Para tener favorables á los dioses, antes de emprender nada, se decidió que los cónsules no partirían para la guerra hasta después de

haber celebrado los juegos é inmolado las víctimas mayores, que bajo el consulado de M. Claudio Marcelo y T. Quincio ofreció T. Maulio, dictador entonces, si durante cinco años se mantenía en igual estado la república. Celebráronse los juegos en el circo durante cuatro días, y los sacrificios se ofrecieron á los dioses á quienes se volaron.

Entretanto iban aumentando de día en día las inquietudes y esperanzas: ignorábase si debían alegrarse de que Anníbal hubiese evacuado la Italia después de diez y seis años, dejando la posesión tranquila al pueblo romano, ó más bien alarmarse porque había pasado al Africa sin perder un hombre. Solamente había cambiado el teatro de la guerra; el peligro era el mismo; Q. Fabio, el oráculo de aquella terrible lucha, que acababa de morir, no había hecho mal en predecir que Anníbal sería un enemigo más terrible en su patria que en el suelo extranjero; Scipión tendría que combatir, no ya con Syfax, rey bárbaro y rudo, que colocaba al frente de sus tropas á un Statorio, un criado del ejército; ó bien al yerno de Syfax, Asdrúbal, el más cobarde de los generales; ó, en fin, ejércitos improvisados, formados apresuradamente con multitud de campesinos mal armados, sino con Anníbal, nacido, por decirlo así, en la tienda de Amílcar, educado en medio de los ejércitos, soldado desde la infancia, general casi desde la juventud, envejecido en el seno de la victoria; que había llenado las Españas, las Galias y la Italia, desde los Alpes hasta el Estrecho con los monumentos de sus extraordinarias hazañas. Tenía á sus órdenes un ejército que contaba tantas campañas como su general; que se había endurecido por el hábito de sufrimientos de todo género, cuyo relato parecería fabuloso; que se ha-

bia cubierto mil veces de sangre romana, y que ostentaba despojos de soldados como de generales. Scipión tendría delante, en el campo de batalla, considerable número de enemigos que habían dado muerte con sus propias manos á pretores, generales y cónsules romanos, que habían merecido coronas murales y valares; que habían recorrido campamentos romanos y ciudades romanas forzadas por sus armas. Los magistrados romanos no tenían tantos haces como Annibal había conquistado de generales muertos en los combates, y que podía llevar delante de él. Agitados los ánimos con estas alarmas, aumentaban sus temores é inquietudes, porque, acostumbrados desde muchos años á hacer la guerra en Italia, en una ú otra comarca, á verla prolongarse sin esperanza de que se acercase su término, excitaba poderosamente su interés el espectáculo de aquellos dos rivales, Scipión y Annibal, dispuestos como para una batalla definitiva. Aquellos mismos que confiaban ilimitadamente en Scipión y que contaban con la victoria, á medida que veían acercarse el momento experimentaban más viva ansiedad. Iguales preocupaciones invadían á los cartagineses: en tanto se arrepentían de haber pedido la paz, pensando en su Annibal, en la gloria de sus grandes hazañas, como cuando miraban hacia atrás, recordaban que habían sido vencidos dos veces en batalla campal, que estaba prisionero Syfax, que habían sido arrojados de España (1), arrojados de Italia, y que todos aquellos desastres se debían á un hombre solo, á aquel valeroso y prudente Scipión,

(1) Los cartagineses habían considerado siempre como asunto de capital importancia la posesión de España, cuyas preciosas minas eran inagotable fuente de riqueza para su tesoro.

Anníbal ya no era para ellos más que un general predestinado á perderles y al que maldecían.

Anníbal se encontraba ya en Adrumeto (1), donde concedió muy pocos días á sus soldados para que se repusieran de las fatigas de la travesía. Las alarmantes noticias que le traían acerca de la ocupación de todos los alrededores de Cartago por el ejército enemigo, le decidieron á marchar rápidamente hacia Tama, ciudad que dista cinco jornadas de Cartago. Los exploradores que desde allí envió á reconocer el país, cayeron en poder de las avanzadas romanas y los llevaron ante Scipión, quien los entregó á los tribunos de los soldados, los invitó á que lo visitasen todo sin temor y les hizo pasear el campamento por donde quisieron. Después, cuando se hubo informado de que lo habían observado todo á su gusto, les dió una escolta y los hizo llevar á Anníbal. Las noticias que recibió éste no eran á propósito para tranquilizarle: acababa de saber que aquel mismo día había llegado Masinissa con seis mil hombres de á pie y cuatro mil caballos; y sobre todo, le impresionaba la confianza del enemigo, que no le parecía infundada. Así fué que, á pesar de ser él mismo la causa de aquella guerra, aunque su llegada había roto la tregua y destruído la esperanza de tratar, creyó que, pidiendo la paz cuando sus fuerzas estaban aún intactas y no había sido vencido, podría conseguir mejores condiciones. Envió, pues, un mensajero á Scipión, para pedirle una entrevista. No tengo razón ninguna para asegurar si hizo aquello por iniciativa propia, ó si los magistrados de Cartago se lo mandaron. Valerio Ancias dice que, vencido por Scipión en un combate,

(1) Esta ciudad estaba al Sur de Cartago.

donde tuvo doce mil hombres muertos y mil setecientos prisioneros, marchó como embajador con otros diez personajes al campamento romano. Por lo demás, Scipión consintió en la entrevista; y, de acuerdo los dos generales, acercaron sus campamentos con objeto de verse con más facilidad. Scipión tomó en las cercanías de la ciudad de Naragara una posición ventajosa y que ofrecía facilidades para hacer aguada fuera del alcance de los venablos. Annibal se situó á cuatro millas de allí sobre una altura, ventajosa también, pero lejana del agua. Eligióse entre los dos campamentos un paraje que se veía desde todas partes, con objeto de que fuese imposible toda sorpresa.

Dejando cada cual su escolta á igual distancia y conservando solamente su intérprete, acercáronse los generales. Eran los primeros capitanes, no solamente de su siglo, sino también de todos los tiempos; podía comparárseles con los reyes más grandes, con los generales más famosos de todas las naciones. Cuando se encontraron frente á frente, quedaron por un momento como sobrecogidos por la mutua admiración que se inspiraban, y guardaron silencio. Annibal fué el primero que tomó la palabra: «Puesto que el hado ha querido que Annibal, después de comenzar las hostilidades contra el pueblo romano, después de haber tenido tantas veces la victoria en sus manos, se decidiese á venir en demanda de la paz, me felicito porque la casualidad me haya dirigido á tí más bien que á otro. Tú también, entre tus otros títulos de gloria, podrás contar como uno de los principales haber visto á Annibal, á quien los dioses han concedido vencer á tantos generales romanos, retroceder delante de tí solamente y haber terminado esta guerra, señalada por vuestras derrotas

antes que por las nuestras. ¡Y observa otro capricho de la fortuna! Tu padre era cónsul cuando empuñé las armas; fué el primer general romano con quien combatí, y vengo desarmado á pedir la paz á su hijo. Pluguera á los dioses haber inspirado á nuestros padres bastante moderación para contentarse, los vuestros con el dominio de Italia, los nuestros con el de Africa. La Sicilia y la Cerdeña no valen para vosotros las flotas, los ejércitos y los ilustres generales que os han costado. Pero olvidemos lo que ya pasó, porque se puede lamentarlo y no rehacerlo. A fuerza de apetecer el bien ajeno, hemos puesto en peligro nuestras propias posesiones, y hemos tenido guerra, vosotros en Italia, nosotros en Africa; vosotros habéis visto casi en vuestras puertas y sobre vuestras murallas las enseñas y las armas de vuestros enemigos; nosotros hemos oído desde Cartago el ruido del campamento romano. El objeto de nuestras alarmas más crueles, de vuestros deseos más vehementes, se ha conseguido: en el momento en que se trata de la paz, la fortuna está de vuestra parte; y nosotros que tratamos, tenemos el mayor interés en concluirla, gozando de la seguridad de que nuestras repúblicas ratificarán todos nuestros actos. Solamente necesitamos ánimo bastante tranquilo para no rechazar las disposiciones pacíficas. Por mi parte, que vuelvo viejo á esta patria que dejé niño, á mi edad, mis triunfos y reveses me han enseñado á preferir los cálculos de la razón á las inspiraciones de la fortuna. Pero tu juventud y la dicha que no ha dejado de acompañarte, me hacen temer seas demasiado orgulloso para adoptar disposiciones pacíficas. No se piensa mucho en la inconstancia de la fortuna cuando jamás nos ha engañado. Lo que era yo en Trasimeno y Cannas lo

eres hoy tú. Elevado al mando cuando apenas tenías la edad del servicio, todo lo acometiste con extraordinaria audacia: la fortuna no te ha abandonado ni un solo momento. Al vengar la muerte de tu padre y de tu tío, has encontrado, en los mismos desastres de tu familia, ocasión para hacer brillar con resplandor vivísimo tu valor y tu piedad filial. La España estaba perdida; tú la has reconquistado arrojando de aquella provincia cuatro ejércitos cartagineses. Creado cónsul en el instante en que, desanimados todos los romanos, renunciaban á defender la Italia, has pasado al Africa; aquí has destruído dos ejércitos, y á la misma hora has tomado y quemado dos campamentos; has hecho prisionero á Syfax, ese rey tan poderoso; has arrebatado considerable número de ciudades á su dominio y á nuestro imperio; en fin, cuando después de diez y seis años me creo seguro del dominio de Italia, me arrancas de allí. Por gusto, puedes preferir la victoria á la paz. Conozco caracteres que prefieren la gloria al interés; y en otro tiempo tuve yo las mismas ilusiones. Si los dioses á la vez que la buena fortuna nos diesen también la prudencia, pensaríamos en los acontecimientos realizados y en los acontecimientos posibles. Sin citar á otros, en mí tienes elocuente ejemplo de las vicisitudes humanas. En otro tiempo me viste acampado entre el Anio y tu ciudad, llevando mis enseñas hasta el pie de las murallas de Roma; hoy me ves llorando la muerte de mis dos hermanos (1), guerreros tan valerosos como capitanes ilustres, detenido ante las murallas de mi patria casi sitiada, rogándote que libres á mi

(1) Anníbal tenía tres hermanos, Asdrúbal, Magón y Hanón. Tal vez ignoraba todavía la muerte de Magón.

ciudad del terror que llevé yo á la tuya. Cuanto más te eleva la fortuna, menos debes confiar en ella. Al darnos la paz en medio del curso de vuestras prosperidades y cuando todo podemos temerlo, te muestras generoso, te honras; nosotros que la pedimos, cedemos á la necesidad. La paz cierta es mejor y más segura que la victoria esperada: la una está en nuestras manos; la otra en poder de los dioses. No entregues á las vicisitudes de una hora de combate la felicidad de tantos años. Si piensas en tus fuerzas, no olvides tampoco el poder de la fortuna y las alternativas de la guerra. Por ambos lados habrá hierro y brazos; nunca son los acontecimientos menos seguros que en una batalla. Lo que un triunfo añadiría de gloria á la que, desde este momento, puedes asegurarte concediendo la paz, no vale lo que te quitaría una derrota. Los trofeos que has conquistado, los que esperas, pueden caer al suelo por momentáneo azar. Al ajustar la paz, eres dueño de tus destinos, P. Cornelio: de otra manera tendrás que aceptar la suerte que los dioses te preparen. M. Atilio hubiese sido citado como raro ejemplo de felicidad y fortaleza en la tierra si, después de la victoria, hubiese querido conceder la paz á petición de nuestros padres. No supo poner límites á su prosperidad, ni contener el vuelo de su fortuna, y cuanto más gloriosa fué su elevación, más humillante fué su caída. Sin duda pertenece al que otorga la paz, y no al que la pide, dictar las condiciones; pero tal vez no somos indignos de pronunciar nosotros mismos nuestro castigo. No nos negamos á que queden bajo vuestro dominio todos los países que han sido causa de la guerra, es decir, la Sicilia, la Cerdeña y todas las islas del mar que separa el Africa de la Italia. Los cartagineses nos

encerraremos en los límites del Africa; os veremos, puesto que tal es la voluntad de los dioses, gobernar por tierra y mar los países que todavía están independientes de vuestras leyes. Confieso que la poca sinceridad que hemos demostrado al pedir ó esperar la paz, debe hacerte sospechosa la fe púnica. Pero el nombre de los que piden la paz, Scipión, deben ser garantía de la fiel observación del tratado. Tu mismo Senado, según he oído decir, no ha tenido otra razón para negárnosla que la poca dignidad de nuestra embajada. Hoy la pide Annibal; no la pediría si no la creyese útil, y la mantendría por las mismas razones de interés que me llevan á pedirla. Después de comenzar esta guerra, no he omitido nada para que no tuviesen que lamentarla, al menos mientras los dioses no me han retirado su protección. Pues bien, haré cuanto pueda para que nadie tenga que lamentar la paz que habré procurado. •

Á este discurso contestó en estos términos el general romano: «No ignoraba, oh Annibal, que la esperanza de verte llegar era el único móvil que impulsó á los cartagineses á romper la tregua que habían jurado y la paz que se preparaba. Tú tampoco tratas de ocultarlo, cuando de las condiciones establecidas para la paz lo suprimes todo, exceptuando lo que desde hace mucho tiempo está en nuestro poder. Por lo demás, tanto empeño como tienes tú en hacer ver á tus conciudadanos lo que tu llegada les alivia, debo yo tener en velar para que las condiciones que aceptaron antes no vengan á ser premio de su perfidia. Ni siquiera merecéis aquellas condiciones primeras, ¡y queréis sacar partido de vuestra mala fortuna! Nuestros padres no hicieron por la Sicilia la primera

guerra (1), ni hemos hecho nosotros la segunda por la España. Entonces fué causa el peligro de nuestros aliados los mamertinos; ahora la ruina de Sagunto: una causa sagrada y justa (*pia ac justa*) (2) nos pone siempre las armas en la mano. Tú fuiste el agresor, Annibal, y los dioses me son testigos, los dioses que en la primera guerra hicieron que triunfaran el derecho y la justicia, como los han hecho triunfar y lo harán todavía en esta ocasión. Por lo que me atañe, conozco la debilidad humana, y sé que todas nuestras acciones están subordinadas á muchas probabilidades diferentes. En último caso, hubiese podido confesarme culpable de presunción y violencia, si antes de pasar al África, viéndote abandonar espontáneamente la Italia y venir á mí, embarcadas ya tus tropas, para pedirme la paz, hubiese rechazado tus ofrecimientos; pero hoy que está ya casi trabada la batalla, que á pesar de tus resistencias y tergiversaciones te he traído al África, no te debo ninguna consideración. Así, pues, si á las condiciones que parecían deber servir de base para la paz añades reparación conveniente por el ataque de nuestras naves y de nuestros convoyes, y por el atentado cometido contra nuestros legados en plena tregua, podría diferir al consejo. Pero si hasta las primeras condiciones te parecen onerosas, prepárate para la guerra, puesto que no puedes soportar la paz. La paz no se hizo; terminóse la conferencia, y cada general volvió hacia su escolta, anunciando que la entrevista no había tenido ningún resultado, que era

(1) Este lenguaje no era sincero: los mamertinos y saguntinos solamente dieron especioso pretexto para la guerra.

(2) Siempre se empleaban estos dos calificativos para expresar una guerra legítimamente emprendida.

necesario decidir la cuestión por las armas y esperar la fortuna de los dioses.

De regreso al respectivo campamento, los dos mandaron á sus soldados que preparasen las armas y el valor para la última batalla. Si tenían la fortuna de triunfar, la victoria no sería pasajera, sino definitiva. Antes de la noche siguiente sabrían si Roma ó Cartago dictarían la ley al mundo. No ya el África ó la Italia, sino el universo entero sería la recompensa del vencedor, y el peligro sería tan grande como la recompensa para aquel contra quien recayese la desgracia del combate. En efecto, para los romanos no había asilo en aquella tierra extraña y desconocida; á Cartago, cuando se agotase aquel último recurso, no le quedaba otra perspectiva que la de inminente ruina. Para decidir esta gran cuestión avanzaban sobre el campo de batalla los dos pueblos más poderosos de la tierra, representado cada uno por su general más famoso, por su ejército más valiente, y dispuestos á coronar con el esfuerzo supremo el edificio de su gloria ó á derribarlo. Los ánimos, pues, flotaban inciertos entre la esperanza y el temor: cada uno consideraba en tanto sus fuerzas, en tanto las del enemigo las apreciaba por la vista más bien que por el cálculo, y se sentía dominado á la vez por la alegría y la tristeza. Las reflexiones que los soldados mismos no se hacían, sugeríanselas las exhortaciones de sus generales. El cartaginés recordaba á los suyos sus diez y seis años de hazañas en Italia, los generales, los ejércitos romanos que habían destruido; cuando llegaba delante de un soldado que se había distinguido por alguna acción brillante, recordábale sus hazañas. Scipión hablaba de las Españas, de las batallas dadas en África y de la debilidad confesada por el

enemigo, que, por miedo, no podía menos de pedir la paz, ni podía guardarla por su innata mala fe. Hablaba también de la entrevista con Annibal, cuyo misterio dejaba el campo libre á las suposiciones. Auguraba bien de que los mismos auspicios que se habían presentado á sus antepasados antes de la batalla de las islas Egatas, aparecían en el momento en que se preparaban para el combate. «Tocaban, les dijo, el término de la guerra y sus fatigas. De ellos dependía asegurarse los despojos de los cartagineses y glorioso regreso á su patria, al lado de sus padres, de sus hijos, de sus esposas y de sus dioses penates.» Todo esto lo decía Scipión con la cabeza erguida y alegría en los ojos, tanto, que parecía ya vencedor. En seguida formó sus tropas en batalla: al frente los hastatos, detrás de ellos los príncipes y en última fila los triarios. ✓

No formó su línea con cohortes cerradas y dispuestas cada una delante de sus enseñas, sino que dejó entre los manípulos ligeros espacios, de manera que los elefantes del enemigo pudiesen entrar en las filas sin desordenarlas. Lelio, que había sido legado suyo, y que este año le estaba unido como cuestor extraordinario en virtud de un senatusconsulto, formó el ala izquierda con la caballería italiana; Masinissa y sus numidas la derecha. Para llenar los huecos que dejaba entre los manípulos de los antesiñanos, empleó los velites (1), que formaban entonces las tropas ligeras; éstas tenían orden, en cuanto se lanzasen los elefantes, de retirarse detrás de las líneas regulares, ó de despa-

(1) El puesto de los velites era por lo común delante del frente de la infantería. Scipión los distribuyó en los espacios de la primera línea, como para ocultar al enemigo sus disposiciones.

ramarse á derecha é izquierda y alinearse contra los antesiñanos, con objeto de abrir á los animales un paso, en el que caerían bajo los golpes de mil venablos cruzados. Anníbal colocó como medio de terror sus elefantes en primera fila; disponía de ochenta, número que no había reunido jamás en ninguna batalla; después sus auxiliares ligurios (1) y galos, mezclados con los baleares (2) y los moros; en segunda línea los cartagineses, los africanos y la legión macedónica; detrás, con corto intervalo, su reserva formada de italianos, cuya mayor parte eran brucios (3) que, antes por temor y por fuerza que de buen grado le habían seguido al salir de Italia. Su caballería guarnecía también sus alas; los cartagineses á la derecha y los numidas á la izquierda. Anníbal empleó toda clase de exhortaciones para animar aquella confusa mezcla de hombres que nada tenían común, ni la lengua, ni las costumbres, ni las leyes, ni las armas, ni los trajes, ni el aspecto, ni los intereses. A los auxiliares les habló de alta paga por el momento y ricos despojos en el repartimiento del botín. Hablando á los galos, avivó en su ánimo el fuego de aquel odio nacional y natural que

(1) Desde el principio de la guerra con los romanos, tuvo Anníbal auxiliares ligurios. En cuanto á los galos, Cartago los tuvo á sueldo en su ejército mucho antes de las guerras púnicas. Probablemente venían de las comarcas inmediatas al Mediterráneo. Estos eran ordas bárbaras que combatían casi desnudas. En el tratado de Anníbal con Filipo de Macedonia se cita á los celtas entre los aliados de Cartago.

(2) Los honderos y arqueros de las islas Baleares formaban un cuerpo temible, ordinariamente formado de mil hombres.

(3) Los brucios eran despreciados por el resto de Italia, sobre todo desde que Anníbal los sometió con tanta facilidad. Pretendíase que tenían aquel nombre por su estupidez y cobardía.

alimentaban contra Roma. A los ojos de los ligurios hizo brillar la esperanza de cambiar sus abruptas montañas por las fértiles llanuras de Italia. Asustó á los moros y numidas con el cuadro del cruel despotismo con que los abrumaría Masinissa; y dirigiéndose á los demás les señalaba otros temores y otras esperanzas. A los cartagineses habló de las murallas de la patria, de los dioses penates, de los sepulcros de sus padres, de sus hijos, de sus parientes, de sus esposas desoladas; les mostró de un lado la ruina y la desolación; del otro, el imperio del mundo, alternativa terrible que no dejaba término medio entre el temor y la esperanza. Mientras el general hablaba así á sus cartagineses, y los jefes de los diferentes pueblos de su ejército arengaban á sus compatriotas, y por medio de intérpretes á los extranjeros mezclados á sus bandas, los romanos tocaron de pronto trompetas y bocinas, y lanzaron un grito tan formidable, que los elefantes se arrojaron sobre su propio ejército, especialmente á la izquierda, sobre los moros y numidas. Masinissa, que vió su espanto, aumentó sin trabajo su confusión y les privó en aquel punto del socorro de su caballería. Sin embargo, algunos elefantes, más intrépidos que los otros, cayeron sobre los romanos, produciendo considerable estrago entre los velites, aunque les acribillaron de heridas, porque replegándose los velites sobre los manípulos, abrieron paso á los elefantes para que no les aplastasén, y cuando los vieron en medio de las filas presentando los costados, les abrumaron con lluvia de venablos, al mismo tiempo que los antesiñanos les arrojaban sus lanzas. Rechazados al fin de las líneas romanas por los dardos que por todas partes caían sobre ellos, aquellos elefantes se arrojaron como los otros sobre la caballería

cartaginesa en el ala derecha y la pusieron en derrota. En cuanto vió Lelio al enemigo en desorden, aprovechó su temor y aumentó su confusión. †

34 El ejército cartaginés había perdido su caballería en las dos alas, cuando se pusieron en movimiento las dos infanterías; pero ya no eran iguales sus fuerzas y sus esperanzas. Añádase á esto una circunstancia, pequeña en sí misma, pero que influyó mucho en la batalla; el grito de los romanos era más uniforme, y por lo tanto, más nutrido y terrible, mientras que de la otra parte brotaban voces discordantes, siendo mezcla confusa de distintos idiomas. El ejército romano se mantenía firme y compacto por su propia masa, tanto como por el peso de sus armas, abrumando al enemigo. Los cartagineses no hacían más que moverse, y desplegaban más agilidad que fuerza. Así, pues, desde el primer choque los romanos quebrantaron al enemigo, rechazándole entonces con los brazos y los escudos, y avanzando á medida que retrocedía, ganaron terreno casi sin experimentar resistencia. Las últimas filas empujaron á las primeras en cuanto observaron el movimiento, y esta maniobra les dió inmensa fuerza impulsiva. Por parte del enemigo, la segunda línea, compuesta de africanos y cartagineses, en vez de sostener los auxiliares que cedían, temiendo que los romanos, después de haber destrozado las primeras filas, que resistían con encarnizamiento, llegasen hasta ellos, cedió el terreno. Entonces los auxiliares volvieron bruscamente la espalda y se lanzaron hacia los suyos: unos pudieron refugiarse en las filas de la segunda línea; otros, viéndose rechazados, degollaron para vengarse á los que antes habían rehusado defenderles y ahora no querían recibirles. Era, pues, doble el combate, por

decirlo así, que tenían que sostener los cartagineses, peleando á la vez con sus enemigos y sus auxiliares. Sin embargo, en el estado de exasperación y terror en que veían á estos últimos, no les abrieron las filas; estrecháronse unos contra otros y los rechazaron á las alas y á la llanura de alrededor, fuera del combate, con objeto de evitar que aquellos extranjeros, en desorden y cubiertos de heridas, introdujesen la perturbación en un cuerpo de soldados cartagineses que estaba intacto aún. Por lo demás, tal era la aglomeración de cadáveres y de armas que quedaba en el terreno que antes ocuparon los auxiliares, que costaba más trabajo quizás á los romanos abrirse paso, que les hubiese costado penetrar en las apretadas filas enemigas. Por esta razón, los hastatos que estaban en primera fila, persiguiendo á los fugitivos, cada cual según podía, á través de aquellos montones de cadáveres y de armas y de aquellos charcos de sangre, confundieron sus enseñas y sus filas. Igual fluctuación se observó en seguida en las líneas de los príncipes, que veían la primera en desorden. En cuanto la vió Scipión, mandó en seguida á los hastatos retirarse, envió los heridos á la retaguardia é hizo avanzar sobre las alas á los príncipes y triarios, para dar más firmeza y solidez al cuerpo de los hastatos, que de esa manera formaba el centro. Trabóse nuevo combate; los romanos se encontraban enfrente de sus verdaderos enemigos; iguales armas por una y otra parte, igual experiencia, la misma gloria militar, iguales esperanzas ambiciosas, iguales peligros. Pero los romanos tenían la ventaja del número y el valor; habían puesto ya en derrota la caballería y los elefantes; vencedores de la primera línea, iban á combatir la segunda. //

¶ Lelio y Masinissa, que habían perseguido hasta muy lejos á la caballería fugitiva, regresaron á tiempo para atacar por retaguardia la línea enemiga; este ataque de la caballería puso al fin en derrota á los cartagineses. Unos fueron envueltos y exterminados antes de abandonar las filas; otros, que huían dispersos por la llanura que tenían delante, encontraron á la caballería romana que recorría el terreno, y los destrozó. Los cartagineses y sus aliados dejaron sobre el campo más de veinte mil muertos, perdieron casi otros tantos prisioneros, ciento treinta enseñas y once elefantes. Los vencedores perdieron unos dos mil hombres. Aníbal escapó en medio del desorden con corto número de jinetes, y se refugió en Adrumeto. Durante el combate, como antes de empezar, y hasta el momento en que abandonó el campo de batalla, desplegó todos los recursos de la ciencia militar; y por confesión del mismo Scipión y por todos los expertos en cosas de guerra, se le debe el elogio de que dispuso sus huestes aquel día con extraordinaria habilidad. Los elefantes formaban la primera fila, para que su repentino choque, su ataque irresistible, impidiese á los romanos seguir sus enseñas y conservar sus filas, táctica de la que lo esperaba todo. En seguida estaban los auxiliares delante de la línea de los cartagineses, de suerte que aquel conjunto de gentes extrañas, sujetos únicamente por el interés, no podía emprender la fuga. Aníbal había calculado también que, al recibir el primer choque de los romanos, aminorarían su ardor y servirían al menos para que se embotase en sus cuerpos el hierro enemigo. Colocó en la reserva el cuerpo en que descansaba toda su confianza, los cartagineses y los africanos, contando con que, en igualdad de circuns-

tancias, entrando en combate descansados, con hombres fatigados y heridos, debían tener necesariamente la ventaja. En cuanto á los italianos, ignorando si había de considerarlos como aliados ó enemigos, les había alejado del recio de la batalla y relegado á la retaguardia. Después de dar esta última prueba de su ingenio, Anníbal, que se había refugiado en Adrumeto, volvió á Cartago, de donde le llamaron: hacia treinta y seis años que salió de allí niño. Delante del Senado declaró que se confesaba vencido, no solamente en aquella batalla, sino que también en la guerra, y que no había otra esperanza de salvación que consiguiendo la paz. \

Inmediatamente después del combate, Scipión se apoderó del campamento enemigo, lo saqueó y volvió hacia la costa, á sus naves, con inmenso botín. Allí supo que Lentulo había llegado á Utica con cincuenta naves rostratas y ciento de transporte, cargadas con provisiones de toda clase. Creyendo que era necesario aprovechar el abatimiento de Cartago para impresionarla con nuevo terror, envió á Lelio á que llevase á Roma la noticia de su victoria, encargó á Cn. Octavio que llevase por tierra las legiones hacia Cartago; y él, después de reunir á su antigua flota la de Lentulo, hizo vela desde Utica al puerto de Cartago. Poco se había alejado aún, cuando vió una nave cartaginesa que venía á su encuentro, adornada con cintas y ramos de olivo. En ella venían diez legados, los principales de la ciudad, que, por consejo de Anníbal, enviaban para pedir la paz. Cuando se acercaron á la nave pretoria, presentaron á Scipión los velos de los suplicantes, le pidieron gracia é invocaron su clemencia y compasión. Por toda respuesta, el General les

mandó que fuesen á Túnez, á donde iba á trasladar su campamento. Después, habiendo examinado la situación de Cartago, menos para reconocerla entonces que para humillar al enemigo, llamó á Octavio á Utica y regresó él mismo; desde allí marchó á Túnez. Estando en marcha le anunciaron que Vermina, hijo de Syfax, al frente de un ejército más fuerte en caballería que en infantería, avanzaba en socorro de los cartagineses. Una parte del ejército, comprendiendo toda la caballería, atacó á los numidas el primer día de las Saturnales, derrotándoles después de combate poco empeñado. La caballería romana rodeó completamente á los vencidos y les cerró todas las salidas, resultando quince mil hombres muertos y mil doscientos prisioneros; apoderáronse de quinientos caballos numidas y de setenta y dos enseñas militares. El joven príncipe consiguió escapar en medio del desorden con muy pocos hombres. Entonces estableció Scipión su campamento en Túnez, en la posición que ocupó antes, y allí recibió á los legados de Cartago, en número de treinta. Estos emplearon un tono mucho más humilde que la embajada anterior, imponiéndoles la fortuna más que nunca esta dura necesidad; pero el reciente recuerdo de su perfidia hizo que se les oyese con menos compasión. Dominado el Consejo por justo enojo, acordó al principio la destrucción de Cartago; pero cuando se pensó en la magnitud de la empresa y en el tiempo que exigiría el sitio de una plaza tan fuerte y tan bien defendida; cuando el mismo Scipión pensó que vendría un sucesor á aprovechar sus fatigas y peligros y le arrebatara la gloria de terminar la guerra, todas las opiniones se convirtieron á la paz.

37- Al día siguiente llamó á los legados, les reconvino

severamente por su mala fe y les exhortó á aprovechar la lección que les daban tantas derrotas, y á que reconociesen al fin la existencia de los dioses y santidad de los juramentos; en seguida les manifestó las condiciones de la paz: « Vivirían en libertad bajo el imperio de sus leyes; las ciudades, territorios y fronteras que poseían antes de la guerra las conservarían, y desde aquel día los romanos cesarían en sus devastaciones. Devolverían á los romanos todos los tráfugas, desertores y prisioneros; entregarían todas las naves rostradas, exceptuando diez trirremes, y los elefantes domados que tenían, no pudiendo domar otros. Se les prohibía hacer la guerra en África ó fuera de ella sin permiso del pueblo romano. Darían satisfacción á Masinissa y ajustarían alianza con él. Suministrarían víveres y pagarían doble sueldo á los auxiliares, hasta que sus legados regresaran de Roma. Pagarían en cincuenta años un tributo de diez mil talentos de plata dividido en partes iguales. Por elección de Scipión, entregarían cien rehenes de catorce años al menos y de treinta á lo más. Les concedería una tregua, si restituían con sus cargamentos las naves de transporte capturadas durante la primera tregua, sin lo cual ni paz ni tregua podían esperar.» Tales fueron las condiciones que los legados debieron llevar á Cartago. Acababan de exponerlas en la asamblea, y Gisgón, que se había levantado para hablar en contra de la paz, conseguía la atención de la multitud, tan turbulenta como cobarde, cuando Anníbal, indignado de que en aquel momento se pronunciasen y escucharan tales palabras, cogió á Gisgón por un brazo y lo arrancó de la tribuna. Esta violencia, completamente nueva en la República, excitó murmullos en el pueblo, y el general, desconcertado por

aquella manifestación á que no le había acostumbrado la vida de los campamentos, dijo: «Tenía nueve años cuando os dejé, y después de treinta y cinco de ausencia, vuelvo entre vosotros. Desde la infancia aprendí las prácticas de la guerra, combatiendo por mi propia cuenta ó en servicio del Estado, y creo conocerlas bastante bien; en cuanto á las leyes, usos y costumbres de la ciudad y del foro, vosotros me las enseñaréis.» Después de excusar de esta manera su precipitación, habló largamente acerca de la paz para demostrar que no era demasiado onerosa y que era necesario aceptarla. Lo que causaba mayor apuro era que de las naves capturadas durante la tregua, solamente se encontraban las naves mismas; no era fácil una investigación, perteneciendo los presuntos culpables al partido que no quería la paz. Convínose en devolver las naves y ponerse en seguida en busca de las tripulaciones, y en lo que se refería á los cargamentos se atendrían á lo que estimare Scipión, pagando también su valor los cartagineses. Algunos historiadores pretenden que Anníbal corrió desde el campo de batalla al mar, se embarcó en una nave preparada de antemano, y marchó con Antíoco; que Scipión, habiendo pedido ante todo que le entregasen á Anníbal, le contestaron que no se encontraban ya en África.

☞ Cuando regresaron los legados ante Scipión, encargóse á los cuestores hacer la cuenta, según los registros públicos, de lo que había pertenecido al Estado en las naves, y se invitó á los propietarios particulares á declarar lo que habían perdido. La cantidad total se elevó á veinticinco mil libras de peso de plata, que exigieron al contado: después se concedieron tres meses de tregua á los cartagineses. Prohibióseles enviar

legados, durante esta tregua, á otra parte que Roma, y dejar partir los que pudieran presentarse en Cartago antes de enterar al general romano de dónde venían y qué pedían. Envióse á Roma con L. Veturio Filo, M. Marcio Rala y L. Scipión, hermano del general, los legados de Cartago. Por este tiempo, convoyes que llegaron de Sicilia y de Cerdeña produjeron tal baja en el precio de los trigos, que los mercaderes abandonaban los granos á las tripulaciones para pagarles el transporte. En Roma produjo cierta alarma la noticia de la ruptura de la primera tregua por los cartagineses, y Ti. Claudio recibió orden de partir á toda prisa con su flota para la Sicilia y de pasar desde allí al África; el otro cónsul, C. Servilio, debía permanecer á las puertas de la ciudad, hasta que se conociese el estado de los asuntos en África. Ti. Claudio empleó mucha lentitud en sus preparativos de marcha, porque el Senado había dejado á Scipión, más bien que al cónsul, árbitro de las condiciones con que se concedería la paz. El anuncio de algunos prodigios había concurrido, con la noticia de la ruptura de los tratados, á aumentar los temores. En Cumas pareció estrecharse el disco del sol y cayó una lluvia de piedras. Cerca de Veliterno se había entreabierto la tierra, formando inmensos abismos, en cuyas profundidades desaparecieron árboles enteros. El foro y las tiendas que le rodeaban, en la ciudad de Aricia; una puerta y algunos puntos de las murallas en Frosinone, habían sido heridos por el rayo. En el monte Palatino había caído una lluvia de piedras. Para expiar este último prodigio, se ofreció, según la práctica antigua, un sacrificio novendial; para los otros inmoláronse víctimas mayores. En medio de estas expiaciones, extraordinaria crecida de aguas vino á au-

mentar los terrores religiosos. Tal fué el desbordamiento del Tíber, que quedó inundado el Circo, siendo necesario celebrar los juegos Apolinarios fuera de la puerta Colina, cerca del templo de Venus Ericina. Por lo demás, el mismo día de los juegos reapareció el buen tiempo, y la comitiva sagrada, que había tomado el camino de la puerta Colina, fué llamada y llevada al Circo, del que se había retirado el agua: la alegría del pueblo y la afluencia de espectadores á los juegos redoblaron cuando vieron que se celebraba la fiesta en el paraje acostumbrado.

El cónsul Claudio partió al fin de Roma; pero entre los puertos de Cosa y de Laureto (1) le asaltó furiosa tempestad que le produjo grandes temores. Llegado á Populonia (2), se detuvo allí, hasta que calmase la violencia de la tempestad, y pasó á la isla de Elba, de ésta á la de Córcega, y al fin de Córcega á Cerdeña. Allí, cuando doblaba los montes Insanos, un huracán mucho más terrible le asaltó en aquellos estrechos parajes y dispersó la flota. Muchas naves recibieron averías y perdieron las jarcias, y algunas se rompieron. Así maltrecha y desbaratada la flota arribó á Carales; sacaron á tierra las naves, y mientras las carenaban, sobrevino el invierno: pronto espiró el año, y no habiendo conseguido prórroga en su mando, Ti. Claudio regresó con su flota á Roma como simple particular. No queriendo M. Servilio que se le llamase para los comicios, nombró dictador á C. Servilio Gemino, y partió para su provincia. El dictador tomó por jefe de los caballeros á P. Elio Peto; pero cuantas veces debieron

(1) Ciudades de Etruria.

(2) Ciudad y promontorio de la misma comarca, enfrente de la isla de Elba.

celebrarse los comicios, lo impidieron tempestades. Así fué que la víspera de los idus de Marzo, los antiguos magistrados habían terminado en sus cargos sin que hubiese otros para reemplazarles, encontrándose la República sin magistrados cónsules. El pontífice T. Manlio Torcuato murió aquel año, sucediéndole C. Sulpicio Galba. L. Licinio Luculo y Q. Fulvio, ediles curules, hicieron representar durante tres días los juegos romanos. Los escribas y viatores (1) de los ediles, acusados y convictos de haber sustraído fraudulentamente dinero del Tesoro, fueron condenados, alcanzando la mancha al edil Luculo. Los ediles plebeyos P. Elio Tuberon y L. Letorio, cuya elección era viciosa, dimitieron el cargo; sin embargo, habían celebrado ya los juegos, dando con esta ocasión el acostumbrado banquete en el templo de Júpiter, y colocado en el Capitolio tres estatuas de plata, construidas con el producto de las multas. Un senatusconsulto encargó al dictador y al jefe de los caballeros celebrar la fiesta y los juegos de Ceres.

Los legados enviados de África, romanos y cartagineses, habían llegado á Roma y el Senado se reunió en el templo de Belona. Al decir L. Veturio Filo que la batalla perdida por Anníbal había decidido de la suerte de Cartago y puesto fin á aquella desastrosa guerra, excitó transportes de alegría en la Asamblea; en seguida anunció la derrota de Vermina, hijo de Syfax, lo que aumentaba de algún modo la fortuna. En el acto recibió orden de presentarse al pueblo y darle cuenta de

(1) Los escribas, cuyo cargo era más considerado en Grecia que en Roma, transcribían las actas públicas, las leyes, etc. Los viatores eran empleados subalternos que advertían á los magistrados y senadores cuando había asambleas y que llevaban á la prisión á los sentenciados.

aquellas buenas noticias, y cuando se hubieron felicitado bastante, abrieron todos los templos de la ciudad y se decretaron tres días de acciones de gracias. Los legados de Cartago y los de Filipo, que acababan de llegar, pidieron audiencia al Senado; pero el Dictador les contestó, á nombre de los padres conscriptos, que se la concederían los nuevos cónsules. En seguida se celebraron los comicios, eligiéndose cónsules á Cn. Cornelio Lentulo y á P. Elio Peto; pretores á M. Junio Penno, que obtuvo la jurisdicción urbana; á M. Valerio Falto, que recibió el Brucio; á M. Fabio Buteo, que recibió la Cerdeña, y á P. Elio Tuberón, que obtuvo la Sicilia. Convínose en no decidir acerca de las provincias de los cónsules hasta haber recibido en audiencia á los legados del rey Filipo y los de Cartago. Preveíase que si terminaba una guerra, otra iba á comenzar. El cónsul Cn. Lentulo deseaba vehementemente recibir la provincia de África; si la guerra continuaba, la victoria era fácil; si tocaba á su término, ambicionaba la gloria de que terminase bajo su consulado. Negábase, pues, decía, á que se tratase otro asunto, antes de conferirle el mando de África, que su colega consentía en cederle. Peto tenía carácter prudente y moderado, y consideraba aquella rivalidad de gloria con Scipión como injusta é imposible de sostener. Q. Minucio Thiermo y Manio Acilio Glabrio, tribunos del pueblo, decían: «que Cn. Cornelio no hacía otra cosa que renovar una tentativa que inútilmente hizo el año anterior Ti. Claudio; que el Senado había concedido al pueblo el derecho de designar general para el mando de África, y que las treinta y cinco tribus habían votado á Scipión.» Después de largos debates en el Senado y delante del pueblo, se concluyó por dejar al Senado la resolución del asunto. Los

senadores, después de prestar juramento, conforme se había convenido, decidieron que los cónsules se pondrían de acuerdo para la repartición de las provincias ó las sortearían para saber cuál de los dos tendría la Italia y cual se pondría al frente de una flota de cincuenta naves. El que mandase la flota, debería marchar á Sicilia; si no estaba ajustada la paz con los cartagineses, pasaría al África. El cónsul mandaría en el mar, y Scipión en tierra, con los mismos títulos y los mismos poderes que había tenido hasta entonces. Si se ponían de acuerdo acerca de las condiciones de la paz, los tribunos propoudrían al pueblo que decidiese si había de ser el cónsul ó P. Scipión quien hiciese el tratado y trajese de África el ejército victorioso, si se consideraba oportuno llamarlo. Si el pueblo quería que estos dos encargos se diesen á Scipión, el cónsul no pasaría de Sicilia á África. El otro cónsul, encargado de Italia, recibiría dos legiones del pretor M. Sextio.

P. Scipión conservó su ejército y se le prorrogó en el mando de la provincia de África. El pretor M. Valerio Falto recibió las dos legiones del Brucio que habían obedecido á C. Livio el año anterior. El pretor P. Elio debía recibir de Cn. Tremelio el mando de las dos legiones de Sicilia. Dióse á Fabio, para la Cerdeña, la legión que había servido á las órdenes del propretor P. Lentulo. M. Servilio, cónsul del año anterior, quedó al frente de sus dos legiones y de las de la Etruria. En cuanto á las Españas, hacía muchos años ya que las mandaban L. Cornelio Lentulo y L. Manlio Acidino; encargóse, pues, á los cónsules que se pusieran de acuerdo con los tribunos si les parecía conveniente para proponer al pueblo que decidiese acerca de quién había de recibir aquella provincia. El magistrado designado for-

maria con los dos ejércitos de España una legión de soldados romanos, otra y quince cohortes de aliados del nombre latino, al frente de las cuales ocuparía la provincia: L. Cornelio y L. Manlio traerían á Italia los soldados veteranos. Decretóse para el cónsul Cornelio la formación de una flota de cincuenta naves elegidas entre las que estaban en África á las órdenes de Cn. Octavio y las de P. Vilio que guarnecían las costas de Sicilia: el cónsul debía designar las naves que quería; P. Scipión conservaría las cuarenta naves largas que tenía; si deseaba dejar el mando á Cn. Octavio, se le prorrogaría por un año con el título de propretor; si designaba á Lelio para el mando, Octavio regresaría á Roma, trayendo las naves que no necesitase el cónsul. M. Fabio recibió también diez naves largas para defender la Cerdeña: además los cónsules recibieron órdenes para alistar dos legiones urbanas. Así, pues, la república tuvo en pie de guerra aquel año catorce legiones y cien naves largas.

Entonces se ocuparon de los legados de Filipo y de los de Cartago, conviniéndose en recibir primero á los macedonios, cuyo discurso fué mezcla de excusas, acusaciones y peticiones de reparación, en respuesta á las quejas formuladas por los legados que envió Roma á Filipo sobre la devastación de los países aliados; de acusaciones contra los aliados del pueblo romano y especialmente contra M. Aurelio, uno de los tres legados romanos, á quien censuraban con suma acritud no haber dejado la Macedonia después de levantar los contingentes, haber atacado al Rey en contra de los tratados y haber combatido con frecuencia á sus delegados con enseñas levantadas; y al fin pidieron la libertad de los macedonios y de su jefe Sopater, que

habían servido como mercenarios á las órdenes de Anníbal, y que habían caído prisioneros. A estas aseveraciones, M. Furio, enviado expresamente de Macedonia por Aurelio, contestó: «que Aurelio había quedado en el país para impedir que los aliados del pueblo romano se entregasen al rey abrumados por sus desgracias y sufrimientos, y que jamás había atravesado las fronteras de los aliados; que había puesto toda su atención en no dejar talar impunemente su territorio; que Sopater era cortesano y pariente del rey; que recientemente había sido enviado con cuatro mil hombres y dinero al África en socorro de Anníbal y de los cartagineses.» Interrogados acerca de estos puntos, los macedonios dieron respuestas evasivas; entonces se les dijo francamente: «que sin duda alguna el rey quería la guerra, y que, si continuaba, la tendría muy pronto. Que había violado doblemente el tratado, primero abrumando con vejaciones á los aliados del pueblo romano y talando sus tierras con sus hostilidades, después ayudando á los enemigos con auxiliares y subsidios, que Scipión no había hecho ni hacía nada que no fuese justo y legítimo, tratando como enemigos y cargando de cadenas á los que había cogido con las armas en la mano en guerra contra Roma; que, en fin, M. Aurelio obraba en interés de la República y merecía la gratitud del Senado al emplear las armas, puesto que la fe de los tratados era impotente para proteger los aliados del pueblo romano.» Después de despedir á los macedonios con esta severa respuesta, se hizo entrar á los cartagineses: eran éstos los ciudadanos principales de la República. Al contemplar su edad y su dignidad, todos comprendieron que los vencidos querían seriamente tratar. El principal personaje de la embajada

era Asdrúbal, llamado Cordero (1) por sus conciudadanos: Asdrúbal había aconsejado siempre la paz y luchado con el partido barcino, por lo que se le escuchó benévolaente en aquella coyuntura, cuando, para disculpar á su patria, atribuyó toda la responsabilidad de la guerra á la ambición de algunos hombres. Pronunció un discurso hábil, en el que tomaba el tono de la justificación; en tanto hacía confesiones para no hacer el perdón demasiado difícil, negando con impudencia hechos reconocidos; en tanto invitaba al Senado á usar sus ventajas con reserva y moderación. « Si los cartagineses, decía, hubiesen querido escucharle á él y á Hannón, y aprovechar las circunstancias, hubiesen dictado las condiciones que pedían en aquel momento. Era cosa rara que los dioses diesen á la vez á los hombres la fortuna y la prudencia. El pueblo romano era invencible, porque en medio de la prosperidad sabía seguir los consejos de la razón. Extraño sería sin duda que de otra manera obrase. La falta de costumbre producía en ellos, para quienes el triunfo era novedad, regocijos que frisaban en delirio. El pueblo romano estaba acostumbrado á las alegrías de la victoria; se encontraba saciado, y su clemencia con los vencidos tal vez había contribuído más que sus conquistas á extender su imperio. » Los otros oradores procuraron inspirar más compasión, recordando « de qué cumbre de grandeza había caído Cartago y á qué abismo de males: ellos, que en otro tiempo habían sometido á sus

(1) Entre los cartagineses no había nombres propios, sino más bien mote tomado de algunas cualidades ó semejanza con algún animal. Así el nombre de *Barca*, significaba rayo, y era un mote personal de Amílcar.

armas victoriosas casi todo el universo, no poseían más que las murallas de Cartago. Encerrados en su recinto, nada veían en la tierra ni en el mar que reconociese sus leyes. La misma ciudad y sus penates solamente les pertenecerían si el pueblo romano no les quitaba con su cólera aquel asilo, más allá del cual nada tenían.» Visible fué la emoción de los senadores; dícese, sin embargo, que uno de ellos, que no podía olvidar la perfidia de los cartagineses, exclamó: «¿En nombre de qué Dios quieren ajustar la paz después de haber engañado á los que fueron testigos de sus primeros juramentos?» Y Asdrúbal contestó: «En nombre de los dioses que tan cruelmente castigan á los transgresores de los tratados.»

Todos los ánimos se inclinaban á la paz, cuando el cónsul Cn. Lentulo, que tenía el mando de la flota, se opuso al senatusconsulto. Entonces los tribunos M. Acilio y Q. Minucio propusieron al pueblo «que declarase autorizaba al Senado para hacer la paz con los cartagineses y que designase quién había de concluirla y quién había de traer de África el ejército.» Consultadas las tribus, se mostraron unánimes acerca de la paz, y encargaron á Scipión que la concluyese y trajese el ejército. En virtud de esta decisión, decretó el Senado que P. Scipión, después de consultar con diez comisarios, ajustaría la paz con el pueblo cartaginés en las condiciones que considerase convenientes. Los cartagineses dieron en seguida gracias al Senado, y pidieron permiso para entrar en Roma y ver á sus compatriotas presos en las cárceles públicas. «Unos, decían, eran parientes y amigos suyos, y para otros tenían encargos particulares de sus familias.» Cuando les hubieron visitado, pidieron el favor de rescatar algunos: dijeron-

les que diesen sus nombres, y nombraron unos doscientos: entonces por un senatusconsulto, se mandó que los comisarios romanos tomarían doscientos prisioneros, designados por los cartagineses, los conducirían al África, entregándolos á P. Cornelio Scipión, y le recomendarían que los diese sin rescate á los cartagineses cuando estuviese concluida la paz.* Los faciales designados para ir al África á sancionar la paz á petición suya, consiguieron un senatusconsulto redactado así: «Los faciales llevarán las piedras y verbenas sagradas (1); el pretor romano les mandará sancionar el tratado, y ellos, á su vez, pedirán al pretor la planta misteriosa.» Esta es una planta que se coge en el Capitolio para darla á los faciales. De esta manera fueron despedidos de Roma los legados cartagineses. Cuando pasaron al África y se presentaron á Scipión, ajustaron la paz con las condiciones anteriormente expuestas. Entregaron sus naves largas, sus elefantes, los tráfugas, los desertores y cuatro mil prisioneros, entre los que se encontraba el senador Q. Terencio Culcon. Scipión hizo llevar las naves á la alta mar y las quemó; dicese que había quinientas de remos de todas clases; la vista de aquel repentino incendio impresionó tan dolorosamente á los cartagineses como si hubiese ardido la misma Cartago (2). A los tráfugas les trataron con más dureza que á los desertores: los del nom-

(1) Estas piedras sagradas eran aquellas que servían á manera de cuchillos para abrir las víctimas.

(2) Compréndese la importancia que Cartago debió atribuir á su marina. Diodoro refiere que la derrota de una flota producía siempre duelo público, revestíanse de negro los mástiles y se extendían en la proa de las naves pieles de carneros negros.

bre latino fueron decapitados y los romanos crucificados.

Cuarenta años hacía que se ajustó la primera paz con los cartagineses, bajo el consulado de Q. Lutacio y de A. Manlio. La guerra había comenzado veintitrés años después, bajo el consulado de P. Cornelio y de Tib. Sempronio. Terminóse á los diez y siete años bajo el de M. Cornelio y Elio Peto. Dícese que más adelante repitió muchas veces Scipión, que la ambición de Tib. Claudio primero, y después la de Cn. Cornelio, le habían impedido terminar aquella guerra con la ruina de Cartago. En Cartago, en medio de los apuros que había para el primer pago del tributo, por la escasez del Tesoro, agotado por aquella guerra tan larga; en medio de la tristeza y desolación del Senado, dícese que se vió reir á Annibal. Habiéndole reconvenido Asdrúbal el Cordero porque insultaba de aquella manera el dolor público, del que era primer causante, contestó: «Si los ojos que ven los movimientos del semblante pudiesen leer también en el fondo del ánimo, fácilmente reconoceríais que esta alegría que os extraña brota de un pecho menos regocijado que combatido por el dolor; sin embargo, no es menos extemporánea que vuestras lágrimas, tan inútiles como fuera de razón. Debía llorarse cuando nos quitaban nuestras armas, cuando quemaban nuestras naves, cuando nos prohibían toda guerra exterior, porque aquel fué el golpe que nos mató. Y, creedme, no han tomado los romanos esta resolución contra vosotros porque teman vuestro odio. Saben que un estado grande no puede estar mucho tiempo tranquilo, y que si no tiene enemigos exteriores los encuentra en el interior, á semejanza de esos cuerpos vigorosos que parecen exentos de todo peligro extraño, pero

que sucumben bajo el peso de sus propias fuerzas. No somos sensibles á los males públicos sino cuando afectan á nuestros intereses particulares; y entre estos males, ninguno nos duele tanto como la pérdida de nuestro dinero. Así, pues, cuando á Cartago vencida se la despojó de todas sus riquezas, cuando la habéis visto desarmada é indefensa en medio de toda el África armada, ninguno de vosotros ha gemido. Hoy que cada cual ha de pagar de lo suyo su parte de tributo, creeríase que lloráis la ruina de la patria. Temo que tal vez comprendáis muy pronto que este que lloráis es el menor de vuestros males.* Tal fué el discurso de Annibal á los cartagineses. Entretanto Scipión reunió su ejército, y en su presencia dió á Masinissa el reino de sus padres, añadiendo la plaza fuerte de Cirta y las demás ciudades y territorios separados del reino de Syfax y que habían caído en poder de los romanos. Envió á Cn. Octavio con su flota á Sicilia para que la entregase al cónsul Cn. Cornelio, y mandó á los legados de Cartago que partiesen para Roma para que se ratificase por un senatusconsulto y un plebiscito todo lo que había hecho Scipión por acuerdo con los diez comisarios.

5 Hecha la paz por mar y tierra, embarcó su ejército y regresó á Lilibeá, en Sicilia. Desde allí envió por mar considerable parte de sus tropas, y él, atravesando la Italia, tan regocijada por la paz como por la victoria, vió por todas partes oleadas de gente que salían de las ciudades para tributarle homenaje; hasta multitud de campesinos obstruía los caminos. De esta manera llegó á Roma, señalando su entrada el triunfo más hermoso que se había visto hasta entonces. Llevó al Tesoro ciento veintitrés mil libras de peso de plata, recibiendo cada soldado, además del botín, cuatrocientos ases de grati-

ficación. La muerte arrebató á Syfax (1) á la curiosidad pública, sin quitar nada á la gloria del triunfo: había muerto poco tiempo antes en Tibur, á donde le habían trasladado desde la ciudad de Alba. La muerte de este rey proporcionó otro espectáculo á los romanos, porque se le hicieron funerales públicos. Polibio, cuyo testimonio tiene bastante autoridad, dice que Syfax asistió al triunfo. En la comitiva que seguía al carro triunfal, veíase á Q. Terencio Culcon con el gorro del liberto en la cabeza (2): durante toda su vida mostró su gratitud á Scipión honrándole como á su libertador. En cuanto al epíteto de Africano, no puedo decir si lo debió al cariño de sus soldados ó al entusiasmo de la multitud, ó bien si fue al principio una adulación de sus amigos, como en tiempos de nuestros padres se llamó Feliz á Sila y Grande á Pompeyo. Lo cierto es que fué el primer general inmortalizado por el nombre de la nación que había vencido. Más adelante, á ejemplo suyo, otros generales que no consiguieron victorias tan grandes, adornaron sus imágenes con títulos gloriosos, y transmitieron á sus familias nombres esclarecidos.

(1) Dicen algunos historiadores que Syfax asistió al triunfo de Scipión y que después se dejó morir de hambre en su cárcel.

(2) Signió los funerales de Scipión llevando también el pileo.

LIBRO XXXI.

SUMARIO.

Reproducción de la guerra contra Filipo — Su causa. — Concesión de la paz á los cartagineses. — Filipo sitia á Atenas. — Los habitantes piden socorro á los romanos. — Encárgase la dirección de la guerra al cónsul P. Sulpicio. — Sus ventajas sobre Filipo. — Desesperación de los habitantes de Abyda. — El pretor L. Furio derrota á los galos insubrios y al cartaginés Amílcar. — Alternativas de la guerra con Filipo. — Triunfo del pretor Furio.

Yo también me congratulo de haber llegado al fin de la guerra púnica, como si en persona hubiese tomado parte en sus fatigas y peligros. Me he atrevido á emprender la tarea de escribir toda la historia romana, y sé que haría mal en espantarme ante la enormidad de la empresa. Sin embargo, cuando pienso que sesenta y tres años (porque este tiempo transcurrió desde la primera guerra púnica hasta el final de la segunda) han llenado tantos libros (1) como los cuatro-

(1) Por el compendio de Floro se sabe que Tito Livio comenzó la historia de la primera guerra púnica en el libro XVI.

cientos ochenta transcurridos desde la fundación de Roma hasta el consulado de Ap. Claudio, que comenzó la guerra contra los cartagineses, mi ánimo flaquea y me encuentro como aquel que, desde los arrecifes de la playa, bajase á pie al mar; cuanto más avanzo, mayores profundidades y como abismo sin fondo veo abrirse delante de mí; parece que mi trabajo se ensancha en vez de acercarse á su término, como creía al terminar las primeras partes. Á la paz con Cartago siguió la guerra con la Macedonia, guerra que en nada puede compararse á la que hemos descrito, ni en peligros, ni en el talento del general, ni en el valor de los soldados, pero sobre la cual derraman cierto resplandor la fama de los antiguos reyes de aquella comarca, la gloria de una nación antigua y la extensión de un imperio que conquistó en otro tiempo, por la fuerza de las armas, gran parte de Europa y una parte más grande aún del Asia. Comenzada contra Filipo unos diez años antes (1), hacía tres que había cesado por la intervención de los etolios (2), que hicieron ajustar la paz después de haber sido causa de la guerra. Encontrándose al fin libres los romanos por la paz con Cartago, y no pudiendo perdonar á Filipo el haber violado los tratados relativamente á los etolios y á los otros aliados que Roma tenía en Grecia, ni haber enviado en otro tiempo al África tropas y dinero á An-

(1) Esta guerra comenzó en el quinto año de la segunda guerra púnica. Las hostilidades no fueron activas hasta después de la alianza concluída entre los romanos y los etolios, al comenzar el año noveno de la guerra púnica.

(2) Había obligado á Roma, ocupada de enemigos más temibles, á adoptar disposiciones pacíficas, ajustando, contra sus deseos, la paz con Macedonia.

níbal y los cartagineses, cedieron á las instancias de los atenienses, cuyo territorio había talado el Rey de Macedonia, encerrándoles en sus murallas, y comenzaron de nuevo las hostilidades.

Por la misma época llegaron legados de Atalo y de los rodios diciendo que trataban de sublevar las ciudades del Asia. Contestáronles que el Senado se ocuparía de los asuntos de aquella comarca (1). La deliberación acerca de la guerra de Macedonia se remitió íntegra á los cónsules que se encontraban en sus provincias (2). Entretanto, enviaron á Ptolomeo, rey de Egipto (3), tres legados, C. Claudio Nerón, M. Emilio Lepido y P. Sempronio Tuditano, para anunciar á aquel príncipe la derrota de Anníbal y de los cartagineses, y para darle gracias por haber permanecido fiel á los romanos en el apurado momento en que les abandonaban hasta sus aliados más inmediatos (4). También debían pedirle que, en el caso de que los romanos se viesan obligados por las injusticias de Filipo á hacerle la guerra, se dignase conservar al pueblo ro-

(1) El Senado tenía que aprovechar todos los pretextos de guerra contra Filipo, para vengar el insulto que Pirro había inferido al nombre romano: la conquista del imperio de Alejandro lisonjeaba su orgullo tanto como su ambición, y era además el primer paso para sojuzgar la Grecia y dominar el Oriente.

(2) Elio Peto estaba en territorio de los boyos, y Cn. Cornelio Lentulo en Sicilia.

(3) Ptolomeo V Epifanio, que acababa de suceder á su padre Ptolomeo Filopator, solamente tenía cuatro años de edad. Los legados que le envió el Senado llevaban como verdadera misión encargarse de su tutela, que se disputaban ambiciosos ministros, y defender el Egipto contra la proyectada invasión que alimentaban Filipo y Antíoco.

(4) Ptolomeo Filopator había enviado á Roma socorros de víveres durante una grande escasez de trigo.

mano su antiguo afecto. Por la misma época, habiendo sabido el cónsul Elio Peto, que se encontraba en la Galia, que antes de su llegada los boyos habían hecho incursiones por tierras de aliados, destacó dos legiones que había levantado apresuradamente para resistir aquel ataque, aumentólas con cuatro cohortes de su ejército y mandó á C. Oppio, uno de los jefes aliados, que atravesase con aquel ejército improvisado la parte de la Umbría, que los galos llaman tribu Sapina, para invadir el territorio de los boyos; dirección que él mismo tomó pasando por las montañas sin encontrar obstáculos. Oppio entró en tierras enemigas y las taló, al principio con bastante fortuna y seguridad. Después, habiendo elegido cerca de Castro Mutilo (1) una posición ventajosa, se puso en campaña para segar los trigos, que se encontraban ya en sazón. Había descuidado hacer reconocer las inmediaciones y establecer guardias bastante fuertes para que protegiesen con sus armas á los trabajadores desarmados y completamente entregados á su tarea; por lo que los galos le sorprendieron con brusco ataque, rodeándole con sus forrajeros: el espanto se apoderó hasta de los puestos armados, que huyeron. Cerca de siete mil soldados, dispersos en medio de los trigos, fueron muertos, quedando entre ellos el mismo C. Oppio. Los demás volvieron aterrados al campamento, y como habían quedado sin jefes reconocidos, partieron, de acuerdo, la noche siguiente, abandonando gran parte de sus equipos, y se reunieron con el cónsul, pasando por bosques casi impenetrables. Éste se contentó con talar las fronteras de los boyos, ajustó un tratado de alianza con

(1) Hoy Medolo, al pie de los Apeninos.

los ligurios ingaunos, y regresó á Roma sin haberse distinguido en su provincia por ninguna otra empresa.

En la primera reunión del Senado, la asamblea entera pidió que, antes de todo asunto, se ocupasen de Filipo y de las quejas de los aliados: discutióse en el acto el asunto, y la asamblea, que era muy numerosa, decidió que el cónsul P. Elio eligiese alguno para investirle del mando militar y enviarle á Macedonia con la flota que Cn. Octavio traería de Sicilia. M. Valerio Levino fué quien recibió el título de propretor, y marchó á Vibona, donde Cn. Octavio le entregó treinta y ocho naves, con las que pasó á Macedonia. El legado M. Aurelio acudió en seguida á su encuentro y le enteró de la fuerza de los ejércitos del Rey, el número de naves que había equipado y los trabajos que empleaba, no sólo con todas las ciudades del continente, sino en las mismas islas, bien visitándolas personalmente, bien enviando emisarios para llamar á sus habitantes á las armas. Era indispensable, dijo el legado, que los romanos desplegasen mucho vigor al comenzar aquella guerra, porque sus vacilaciones inspirarían á Filipo audacia para emprender lo que en otro tiempo osó Pirro con fuerzas muy inferiores; y se convino que Aurelio escribiría estas cosas á los cónsules y al Senado.

Al terminar este año, se ocuparon de designar tierras á los veteranos (1) que, bajo el mando y auspicios de P. Scipión, terminaron la guerra de África. El Senado decretó que el pretor urbano M. Junio, si lo creía necesario, nombraría decenviros para que midiesen y

(1) El autor menciona por primera vez esta recompensa, que más adelante se concedió con tanta frecuencia á los veteranos y concluyó por ser ley.

repartiesen las tierras del Sannio y de la Apulia, que pertenecían al dominio público: eligióse á P. Servilio, Q. Cecilio Metelo, C. y M. Servilio (denominados Géminis), L. y A. Hostilio Cato, P. Vilio Tappulo, M. Fulvio Flacco, P. Elio Peto y Q. Flaminio. Por la misma época, el cónsul P. Elio presidió los comicios y se creó cónsules á P. Sulpicio Galba y á C. Aurelio Cotta. En seguida se nombraron pretores á Q. Minucio Rufo, L. Furio Purpureo, Q. Fulvio Gilo y Cn. Sergio Planco. Este año se celebraron los juegos romanos escénicos con magnificencia y esplendor por los ediles curules L. Valerio Flacco y L. Quincio Flaminio: las representaciones duraron dos días. Scipión había enviado de África inmensa cantidad de trigo, que los ediles distribuyeron al pueblo á razón de cuatro ases el modio, atrayéndoles el beneplácito general la buena fe con que hicieron la distribución. Los ediles plebeyos L. Apusto Fulo y Q. Minucio Rufo, que pasó de la edilidad á la pretura, celebraron tres veces los juegos plebeyos completos; con ocasión de estos juegos se celebró también un banquete en el templo de Júpiter.

El año de Roma 552, bajo el consulado de P. Sulpicio Galba y de C. Aurelio, comenzó la guerra con el rey Filipo, pocos meses después de hacerse la paz con Cartago. Este fué el primer asunto que el cónsul Sulpicio puso á deliberación en los idus de Marzo, día en que entraban en funciones los nuevos magistrados. El Senado decretó que los cónsules inmolasen víctimas mayores á los dioses que eligiesen y que les dirigieran esta plegaria: «¡Plégueos que los proyectos decididos por el Senado y el pueblo romano, en interés de la república y de la nueva guerra que van á emprender, tengan bueno y feliz resultado para el pueblo romano,

los aliados y el nombre latino!» Después del sacrificio y la plegaria, los cónsules oirían el parecer del Senado acerca de los asuntos públicos y repartición de provincias. En aquellos días se reunieron muchas circunstancias muy á propósito para excitar los ánimos á la guerra. Cuando se recibían las cartas del legado M. Aurelio y del propretor M. Valerio Levino, nueva legación de atenienses llegó anunciando que Filipo avanzaba sobre sus fronteras, y que muy pronto su territorio y la misma Atenas quedarían en su poder, si los romanos no les enviaban algún socorro. Primeramente se quiso oír de boca de los cónsules que el sacrificio se había realizado con todas las ceremonias acostumbradas; que los dioses habían aceptado la plegaria, como lo aseguraban los auspicios, y que las entrañas de las víctimas ofrecían buenos presagios, prometiendo aumento de territorio, victorias y triunfos (1). En seguida se leyeron las cartas de Valerio y Aurelio y se concedió audiencia á los legados atenienses. A continuación se redactó un senatusconsulto para dar gracias á los aliados por aquella fidelidad que ni solicitudes, ni siquiera el temor de un sitio, habían podido quebrantar. En cuanto á la petición de socorros, contestarían cuando los cónsules hubiesen sorteado las provincias y aquel á quien tocara la Macedonia propusiera al pueblo declarar la guerra á Filipo, rey de los macedonios.

La suerte designó la provincia de Macedonia á P. Sulpicio, y éste propuso en seguida la resolución siguiente: «El pueblo quiere y manda que se declare la guerra al rey Filipo y á sus súbditos los macedonios, á

(1) El Senado aprovechaba siempre la superstición para llevar al pueblo á que secundase sus proyectos.

causa de las violencias y hostilidades que han cometido en contra de los aliados del pueblo romano.» La Italia tocó á Aurelio, el otro cónsul. Los pretores obtuvieron en seguida por sorteo, Cn. Sergio Planco la jurisdicción urbana; Q. Fulvio Gilo, la Sicilia; Q. Minucio Rufo, el Brucio, y L. Furio Purpureo, la Galia. En los primeros comicios casi todas las centurias rechazaron la propuesta de la guerra de Macedonia (1). Los ciudadanos estaban cansados de una guerra tan larga y desastrosa, y el tedio de las fatigas y peligros les llevó naturalmente á la negativa; además, el tribuno del pueblo Q. Bebio, volviendo al antiguo sistema de recriminaciones contra los senadores, les acusaba de hacer brotar guerra sobre guerra para impedir al pueblo que saborease jamás las dulzuras de la paz. Estos ataques irritaron á los senadores, que en plena asamblea colmaron de ultrajes al tribuno del pueblo, y todos á porfía excitaron al cónsul á convocar de nuevo los comicios para someterles el proyecto de ley, reprender la indiferencia del pueblo y hacerle comprender cuánto daño y deshonra tendría aplazando esta guerra.

El cónsul reunió los comicios en el campo de Marte; pero antes de llamar á las centurias para que votasen, les habló de esta manera: «Parece que ignoráis, oh romanos, que no tenéis que deliberar acerca de la elección entre la guerra y la paz; Filipo no os ha dejado esta alternativa, puesto que hace inmensos preparativos por mar y tierra para combatiros. Sino que se trata de

(1) Justamente cansado el pueblo de ver derramada en tierras extranjeras la sangre de sus mejores ciudadanos, comprendía, por otra parte, que aquel aumento de enemigos y de victorias solamente servía para que tomase vuelo el poder dictatorial del Senado y disminuir su propia influencia en los negocios.

saber si llevaréis vuestras legiones á Macedonia ó si esperaréis al enemigo en Italia. Comprendéis la diferencia de los dos términos, porque es bastante grande, y además, la última guerra púnica está reciente para enseñárosla. En efecto, ¿puede dudarse que si cuando sitiada Sagunto apeló á nuestra buena fe, hubiésemos acudido á socorrerla con tanta prontitud como nuestros padres á los mamertinos, todo el peso de la guerra hubiese recaído sobre España, mientras que nuestras dilaciones lo trajeron sobre Italia, donde tan crueles desastres hemos experimentado? ¿No es cosa cierta que en el momento en que Filipo iba á pasar á Italia para cumplir el compromiso contraído con Anníbal, de viva voz y por escrito, enviando á Levino con una flota á llevar la guerra á sus estados, conseguimos contenerla en Macedonia? Lo que hicimos entonces, cuando un enemigo como Anníbal se encontraba en el seno de Italia, ¿podemos dudar hacerlo hoy que la Italia se encuentra libre de Anníbal, y Cartago vencida? Dejemos sucumbir á Atenas como en otro tiempo dejamos caer Sagunto bajo los golpes de Anníbal; demos á Filipo esta prueba de nuestra indolencia. Pues bien, no necesitará cinco meses como necesitó Anníbal para venir desde Sagunto, sino cinco días para que su flota pase desde Corinto á Italia. Filipo no vale lo que Anníbal; los macedemonios son inferiores á los cartagineses, bien lo sé; pero al menos admitiréis la comparación con Pirro. ¿Qué digo con Pirro? ¡Qué diferencia de hombre á hombre, de pueblo á pueblo! El Epiro fué siempre dependencia poco importante del reino de Macedonia, y todavía lo es hoy. Filipo tiene bajo su mando el Peloponeso entero y el mismo Argos, menos ilustre por su antigua fama que por la muerte de Pirro. Comparad

ahora nuestra posición. ¡Cuánto más floreciente estaba la Italia! ¡cuánto más íntegras nuestras fuerzas! Teníamos todos aquellos generales, todos aquellos ejércitos que la guerra púnica ha consumido después. Y sin embargo, los ataques de Pirro quebrantaron nuestro poder, y le vimos llegar como vencedor á establecer su campamento casi bajo las murallas de Roma. No solamente los tarentinos, ni aquella parte de la Italia llamada Grecia Mayor, nos hicieron traición entonces, atraídos al enemigo, como podréis creer, por la semejanza del lenguaje y de nombre; la Lucania, el Brucio y el Samnio se sublevaron contra nosotros. Si Filipo pasase á Italia, ¿permanecerían fieles á sus juramentos estas poblaciones? ¿Lo creéis? ¡Nos han sostenido también después de la guerra púnica! No; esos pueblos, mientras tengan un jefe que los reuna, jamás dejarán de hacernos traición. Si hubieseis retrocedido ante la conveniencia de pasar al Africa, todavía se encontraría hoy la Italia en la necesidad de combatir á Anníbal y los cartagineses. Hagamos de Macedonia, más bien que de Italia, el teatro de la guerra. Que nuestros enemigos vean sus ciudades y sus campos entrados á sangre y fuego. Ya tenemos la experiencia: fuera, más bien que dentro de la patria, son más afortunadas y temibles nuestras armas. Marchad á votar, seguid las inspiraciones de los dioses y ratificad la decisión de los senadores. Esto os aconseja vuestro cónsul, y con él los dioses inmortales, esos dioses que han acogido mis sacrificios y plegarias cuando les he pedido que esta guerra tenga para mí, para el Senado y el pueblo, para los aliados y el nombre latino, para nuestra flota y ejércitos, bueno y feliz resultado, y que me han presagiado toda clase de prosperidades.»

Después de este discurso se marchó á la votación, y en conformidad con el proyecto, quedó decidida la guerra. Los cónsules ordenaron entonces, de acuerdo con su senatusconsulto, tres días de rogativas. Imploróse á los dioses, delante de todos los altares, para que concediesen bueno y feliz resultado á la guerra que el pueblo había decretado contra Filipo. El cónsul Sulpicio consultó á los faciales para saber si era necesario que la declaración de la guerra se hiciese á Filipo en persona ó si bastaba hacerla en la frontera de su reino á la primera guarnición. Los faciales contestaron que de ambas maneras sería igualmente regular. El Senado encargó al cónsul que eligiese, fuera de la asamblea, los legados que irían á declarar la guerra al rey. En seguida se ocuparon de los ejércitos consulares y pretorianos: los cónsules recibieron orden de alistar cada uno dos legiones y licenciar las tropas veteranas (1). Sulpicio, que se encontraba encargado de una guerra nueva é importante, quedó autorizado para tomar del ejército que traería de África Scipión el mayor número posible de voluntarios, no debiendo llevar ningún veterano contra su voluntad (2). Los pretores L. Furio Purpureo y Q. Minucio Rufo, recibirían del cónsul cinco mil aliados latinos. Con estas tropas ocu-

(1) El Senado enviaba para combatir al Rey de Macedonia fuerzas muy inferiores á las que durante muchos años empleó contra las tribus bárbaras de los boyos é insubrios.

(2) Temía el Senado que llegaran á ser demasiado pesadas para el pueblo las guerras que, en su política, quería prolongar hasta lo infinito. De aquellos voluntarios y aquellos veteranos, no habían terminado todos su tiempo de servicio, y muchos de ellos no tenían derecho á la licencia. A pesar de la prohibición de alistarles, vemos que dos mil se quejaron de la violencia que los tribunos habían empleado con ellos.

parían el uno la Galia y el otro el Brucio. Q. Fulvio Gilo recibió orden de elegir por sí mismo en el ejército del cónsul P. Elio los soldados aliados y del nombre latino que llevaran menos tiempo de servicio, para formar un cuerpo de cinco mil hombres que guarnecerían la Sicilia. M. Valerio Falto, que, como propretor, había mandado el año anterior en Campania, obtuvo prórroga de poderes por un año, y fué enviado á Cerdeña con el título de propretor, debiendo elegir en el ejército que ocupaba aquella isla cinco mil auxiliares del nombre latino, de los que llevasen menos tiempo de servicio. Encargóse además á los cónsules que formasen dos legiones urbanas que pudieran emplearse en caso necesario. Muchos pueblos de Italia habían sido arrastrados durante la guerra á la alianza de Cartago, y aun se encontraban dominados por la ira, por lo que en este año también seis legiones romanas debían defender la República.

En medio de estos preparativos de guerra, legados del rey Ptolomeo vinieron á anunciar «que los atenienses habían pedido socorros á su señor contra Filipo; pero que, á pesar de ser Atenas su común aliada, el Rey no se decidiría, sin autorización del pueblo romano, á enviar á Grecia una flota ó un ejército para defender ni para atacar á nadie; que proponía, ó permanecer tranquilo en su reino, si el pueblo romano se disponía á proteger á sus aliados, ó dejar á los romanos la libertad de descansar, si así lo preferían, y enviar él los socorros necesarios para poner á Atenas al abrigo de las empresas de Filipo.» El Senado dió gracias á Ptolomeo y contestó «que el pueblo romano se proponía defender á sus aliados; que si necesitaban de auxilio en aquella guerra se lo participarían; que sa-

bían que el Rey y los recursos del Egipto eran seguro y fiel apoyo para la República.* En virtud de un *senatus-consulto*, cada legado recibió cinco mil ases de regalo. Mientras los cónsules alistaban las legiones y lo preparaban todo para la guerra, Roma, cuyos temores religiosos despertaban especialmente al comenzar una guerra nueva, no se limitó á las rogativas hechas ya, y á las súplicas pronunciadas delante de los altares: no queriendo omitir ninguna de las ceremonias practicadas en otras ocasiones, decretó que el cónsul á quien había tocado la provincia de Macedonia votase á Júpiter juegos y una ofrenda. El pontífice máximo Licinio mandó suspender este voto público, pretendiendo *que no debía votarse una cantidad indeterminada, si aquella cantidad no podía aplicarse á las necesidades de la guerra; que era necesario separarla en el acto y no mezclarla con las otras; sin esta formalidad, el voto sería irregular.* Mucho impresionó esta observación que partía de tan importante personaje; sin embargo, invitóse al cónsul para que consultase al colegio de los pontífices para saber si el voto de una cantidad indeterminada podía ser regular; los pontífices lo declararon posible y hasta más regular. El cónsul pronunció el voto, repitiendo ante el pontífice máximo los mismos términos que se emplearon antes para los votos quinquenales (1); al votar juegos y ofrendas, indicó solamente que el Senado determinaría la cantidad en el momento de la ejecución. Muchas veces se habían votado ya grandes juegos, pero determinando la cantidad: esta fué la primera vez que se dejó indeterminada.

(1) Ofrendas que prometían á los dioses si cinco años después continuaba la República en el mismo estado.

Fijábase la atención general en la guerra de Macedonia, cuando de pronto, en el momento en que menos se esperaba, llegó á Roma la noticia de una sublevación de los galos. Los insubrios, los genomanos y los boyos habían arrastrado con ellos á los salienos, los ilvatos y demás pueblos de la Liguria, y bajo el mando de un general cartaginés, llamado Amílcar, que se había establecido en aquella comarca con los restos del ejército de Asdrúbal, habían asaltado á Placencia (1), entregando la ciudad al saqueo, y, en su furor, quemándola en gran parte; en seguida, dejando apenas dos mil hombres en medio de aquellas humeantes ruinas, atravesaron el Po y marcharon sobre Cremona para saquearla. Los habitantes supieron á tiempo el desastre de sus vecinos para cerrar las puertas y colocar soldados en las murallas, decididos á sostener un sitio antes de dejarse forzar, y contaban hacer prevenir al pretor romano. Mandaba entonces la provincia L. Furio Purpureo, quien, en conformidad con las órdenes del Senado, había licenciado todo su ejército, exceptuando cinco mil aliados latinos, con los que se había establecido próximo á la provincia, en las cercanías de Ariminio. El pretor escribió al Senado para enterarle de la agitación que reinaba en la comarca. De dos colonias, decía, que habían escapado al azote devastador de la guerra púnica, una había sido tomada y saqueada por el ene-

(1) Esta ciudad, que debía su nombre á su agradable posición (*a placendo*), era una colonia romana, fundada al mismo tiempo que Cremona (en el año 218 antes de J. C., quinientos treinta y cinco años después de la fundación de Roma), para asegurar la fidelidad de los ligurios y de todas las tribus de las Galias ligurias, cuya heroica resistencia hizo temblar muchas veces á Roma.

migo, la otra estaba sitiada; su ejército era demasiado débil para salvar la colonia; intentar lo era arrojar sus cinco mil hombres bajo el hierro de cuarenta mil galos, porque tal era el número de los sublevados; sería querer aumentar con un gran desastre la insolencia de aquel enemigo tan orgulloso ya por haber arruinado una colonia romana.»

Después de la lectura de esta carta se decretó que el cónsul C. Aurelio, que había citado á su ejército en la Etruria, le mandase presentarse aquel mismo día en Ariminio, y que él iría en persona, si lo permitía el interés de la República, á dominar la insurrección gala; ó bien que escribiría al pretor L. Furio, para que se pusiese al frente de las legiones en cuanto llegasen de Etruria, que enviase á reemplazarlas sus cinco mil aliados para defender aquella provincia, y que marchase á levantar el sitio de la colonia. Decidióse también enviar al África legados, que marcharían primero á Cartago y después á Numidia cerca de Masinissa. Debía manifestar á los cartagineses: «que Amílcar, un conciudadano suyo, había quedado en la Galia; que no sabían bien si con restos del ejército de Asdrúbal ó con los del de Magón, hacía la guerra en contra de los tratados, y que había llamado á las armas en contra del pueblo romano á las poblaciones galas y ligurias; que si los cartagineses querían conservar la paz, le llamasen y entregasen á los romanos.» Llevaban también orden de declarar «que no habían sido devueltos todos los tráfugas; que muchos de ellos, según se decía, se presentaban en pleno día en Cartago; que era necesario buscarlos á todos, prenderlos y entregarlos á Roma, según el tratado.» Esta fué la misión de los legados para Cartago. En cuanto á Masinissa, llevaban encargo de felicitarle por haber reco-

brado el reino de sus padres, aumentándolo con la parte más floreciente de los territorios de Syfax. Decíanle también «que habían declarado la guerra á Filipo, porque había suministrado socorros á los cartagineses; porque las violencias que ejerció con los aliados de Roma, cuando el fuego de la guerra devoraba la Italia, habían exigido el envío de flotas y de tropas á Grecia; en fin, porque esta diversión había sido una de las principales causas del retraso que experimentó la expedición al África. Para esta guerra se pedía á Masinissa un socorro de caballería numida.» Los embajadores llevaron magníficos regalos á Masinissa, vasos de oro y de plata, una toga de púrpura, una túnica bordada de palmas, un cetro de marfil, una toga pretexta y una silla curul. También recibieron orden de ofrecerle que «si creía necesitar algún apoyo para asegurar y aumentar su poder, el pueblo romano no omitiría nada en favor de un Rey que tan útilmente le había servido.» Por este mismo tiempo se presentaron al Senado legados de Vermina, hijo de Syfax, queriendo excusarle, hablando de su imprudencia y juventud y atribuyendo la falta á la perfidia de los cartagineses. «El mismo Masinissa, decían, fué enemigo de los romanos antes de ser amigo; también Vermina empearía todos sus esfuerzos para que nadie le superase en buenos servicios al pueblo romano, ni Masinissa ni ningún otro. Pedía, pues, que el Senado le concediese el título de rey, de aliado y de amigo.» A estos legados contestaron: «Que sin motivo alguno, su padre Syfax pasó de pronto de la alianza y partido de los romanos á las filas de sus enemigos; que el mismo Vermina había empuñado por primera vez las armas para combatir á los romanos: así, pues, debía procurar conseguir del

pueblo romano la paz antes de pedir el título de rey, de aliado y de amigo; que estos honrosos títulos el pueblo no los concedía ordinariamente más que á los reyes que se habían distinguido prestándole señalados servicios; que por lo demás, muy pronto pasarían al África legados romanos, y que el Senado les encargaría dictar á Vermina las condiciones de la paz, dándoles el pueblo romano plenas facultades para ello; que si el príncipe quería añadir, quitar ó cambiar alguna cláusula, tendría que dirigirse de nuevo al Senado. Los legados que marcharon al África con estas instrucciones fueron C. Terencio Varron, Sp. Lucrecio y Cn. Octavio: cada uno de éstos iba á bordo de una quinquerreme.

En seguida se leyó al Senado una carta del pretor Q. Minucio, que mandaba en la provincia del Brucio; éste decía « que durante la noche habían sustraído en Locros dinero de los tesoros de Proserpina, y que ningún indicio podía poner sobre el rastro de los culpables. » El Senado se enteró con indignación de que no cesaban los sacrilegios, y que el ejemplo de Pleminio, el ruidoso castigo que sufrió en otro tiempo aquel criminal no evitaba aquellos atentados. Encargóse al cónsul C. Aurelio que contestase al pretor en el Brucio « que el Senado mandaba hacer una investigación sobre aquel delito tan rigurosa como la que el pretor M. Pomponio hizo tres años antes. Devolveríase al tesoro todo el dinero que se encontrara; completariase lo que faltase y harían sacrificios expiatorios, si se creía conveniente, como antes dispusieron los pontífices, ofreciéndolos en reparación del ultraje hecho al templo. » Por la misma época se recibieron de diferentes puntos noticias de prodigios: decíase que en Lucania había aparecido inflamado todo el cielo; en Piverno, con tiempo sereno,

el sol había estado un día entero de color de sangre; en Lanuvio habíase oído extraordinario ruido durante la noche en el templo de Juno Sospita. Anunciábase también el nacimiento de muchos monstruos en diferentes parajes: en la Sabina, un niño de dudoso sexo, hombre y mujer á la vez; habíase encontrado también otro hermafrodita de diez y seis años; en Frosinone, un cordero con cabeza de cerdo; en Sinuesa, un cerdo con cabeza de hombre; en Lucania, en un campo perteneciente al Estado, un potro con cinco patas; seres repugnantes y deformes que se consideraban como errores de una naturaleza pervertida. Tenían especialmente en horror á los hermafroditas, y en seguida se mandó arrojarlos al mar, como en tiempos anteriores, bajo el consulado de C. Claudio y de M. Livio, se arrojó otro monstruo del mismo género. Sin embargo, mandóse á los decenviros que consultasen los libros sibilinos acerca de este prodigio; y según estos libros, los decenviros prescribieron las mismas ceremonias que recientemente se habían celebrado á consecuencia de parecido prodigio. Decretaron además que tres coros de nueve doncellas cantasen un himno, recorriendo la ciudad, y llevasen una ofrenda á Juno Regina. El cónsul C. Aurelio hizo ejecutar las ordenes de los decenviros: el himno anterior lo compuso Livio; ahora lo hizo P. Licinio Tégula (1).

Todas las expiaciones estaban terminadas; en Locros Q. Minucio había descubierto á los sacrílegos, y de los bienes de los culpables se había reemplazado la cantidad sustraída al tesoro, y los cónsules se disponían

(1) Considerábase á Licinio Tégula como el cuarto entre los mejores autores cómicos.

á marchar á sus provincias cuando se presentó al Senado considerable multitud de ciudadanos: eran aquellos que, bajo el consulado de M. Valerio y M. Claudio, habían prestado dinero á la República, y que debían cobrar en este año el tercer plazo de su crédito (1). Pero previendo los cónsules que para una guerra nueva que exigía numerosa flota y poderosos ejércitos, apenas bastaría el tesoro, les declararon que no podían pagarles entonces. El Senado comprendió la justicia de sus quejas. «Si el dinero prestado para la guerra púnica debía servir ahora para la macedónica, y se sucedían de aquella manera unas guerras á otras, ¿no equivalía aquello á confiscar sus bienes y castigar su abnegación como un delito?» La reclamación de los ciudadanos era legítima, y sin embargo la República no podía pagar sus deudas: adoptóse, pues, un término medio entre la justicia y la necesidad, y se decretó «que habiendo mostrado la mayor parte de los acreedores deseos de comprar terrenos de los que por todas partes se encontraban en venta, se les entregaría la propiedad de las tierras del Estado, situadas á cincuenta millas alrededor de Roma; que los cónsules las apreciarían y á cada yugada le impondrían de tributo un as para indicar que formaban parte del dominio público; y que cuando el pueblo pudiese pagar, los que prefiriesen el dinero á aquellas tierras, las devolverían al Estado.» Los acreedores aceptaron con regocijo aquel arreglo, y se llamó á aquellas tierras Trientinas y Tabulinas (2), porque habían servido para pagar la tercera parte de la deuda pública.

(1) Este préstamo había tenido lugar en el noveno año de la segunda guerra púnica.

(2) La tabla de las deudas.

P. Sulpicio, después de haber hecho los votos en el Capitolio y revestido la clámide, salió de Roma con sus lictores, y marchó á Brindis. Incorporó á sus legiones los veteranos del ejército de Africa que quisieron seguirle; eligió naves en la flota del cónsul Cornelio, y dos días después de su partida de Brindis abordó á la Macedonia. Presentáronse allí legados atenienses que venían á rogarle levantase el sitio de su ciudad. En seguida envió hacia Atenas á C. Claudio Céntho con veinte naves largas y algunas tropas, porque el Rey no dirigía personalmente el sitio, encontrándose entonces bajo las murallas de Abydos (1), y ya había combatido con Atalo y los rodios (2) en dos batallas navales, en las que no había conseguido la mejor parte. Pero levantaba su ánimo, además de su valor personal, la alianza que había ajustado con Antíoco, rey de Siria (3), y el reparto que se habían hecho de todo el Egipto, amenazando los dos aquel reino desde que se enteraron de la muerte del rey Ptolomeo. La guerra había estallado entre Filipo y los atenienses por un motivo muy fútil: aquel pueblo no había conservado de su antigua grandeza más que el orgullo. Durante los misterios de Eleusis (4)

(1) Al apoderarse Filipo de algunas ciudades griegas del Asia, y entre otras, de Abyso, quería asegurarse posiciones para mantener sitiado á Atalo, cuyos ataques temía por el lado de la Tracia, la parte más débil de su reino.

(2) Estas dos batallas navales se habían librado una cerca de la isla de Lades, en el año segundo de la olimpiada ciento cuarenta y cuatro, y la otra en el año siguiente, cerca de Chío.

(3) Antíoco el Grande, que más tarde hizo la guerra á Roma.

(4) Los eleusinos, acerca de los cuales no se pueden tener ya noticias exactas, eran misterios de los que los hierofantes habían hecho un secreto terrible. El acceso se prohibía á los que no estaban iniciados, á los esclavos, á los hijos ilegítimos y á

dos jóvenes acarnanios, que no estaban iniciados y no conocían aquellas ceremonias, entraron con la muchedumbre en el templo de Ceres. Su lenguaje y muchas preguntas extrañas les denunciaron en seguida: lleváronles ante los sacerdotes, y aunque no pudo dudarse que habían entrado por error, consideróse su imprudencia como horrible sacrilegio, y los condenaron á

los extranjeros, á menos que éstos se hiciesen naturalizar. Solamente con esta condición se admitió más adelante á Hércules, los Dióscuros, y más tarde Anacarsis, Hipócrates, Sila, Juliano, etc. Después se separó á los epicúreos y á los cristianos. Un tribunal especial, cuyo nombre no se atrevían á pronunciar, formado por los ministros de Eleusis, y semejante tal vez al temible Consejo de Venecia ó á los famosos tribunales weímicos, juzgaba á los que se habían hecho culpables ante la diosa, sea revelando lo que había ocurrido en el recinto sagrado, sea penetrando en él sin estar iniciado. Muchos grandes hombres sufrieron persecuciones por faltas de este género. Esquilo fué absuelto con dificultad por el areópago; Alcibiades fué desterrado; Aristóteles creyó prudente abandonar el Atica. Otros, como Sócrates y Demonax, fueron sospechosos por no haberse hecho iniciar. Todo ateniense debía someterse á esta obligación antes de la muerte; por cuya razón, todos, hombres, mujeres y niños, tenían á honor ser admitidos entre los epoptas ó contempladores. Este título no se concedía hasta que, por la iniciación menor, se ganaba el de *mysto* ó novicio, y después de ayunos, expiaciones y retiros. Creíase que los que morían sin haber sido iniciados iban á los infiernos, donde los sepultaban en estanques de lodo, mientras que los otros ocupaban los sitios más hermosos en los Campos Elíseos. Un día en que estrechaban á Diógenes el Cínico para que se hiciera admitir en los misterios, dió esta tremenda contestación: «¿Cómo? ¿Agésilao y Epaminondas permanecerán en el estercolero, mientras que los ciudadanos más despreciables ocuparán las islas Afortunadas, donde quiera que se encuentren? Prefiero la compañía de nuestros grandes hombres.» Estos misterios, en los que se reconocía la inspiración del fanatismo, y algunas veces la alta sabiduría de los sacerdotes de Oriente, decíase que habían sido introducidos en Grecia por Eumolpo, á quien los enseñaron las hijas de Danaus.

muerte. Los acarnanios denunciaron á Filipo aquel acto de crueldad y de barbarie, y consiguieron de él un cuerpo de tropas macedónicas y el permiso de hacer la guerra á los atenienses. Su ejército entró primeramente por el Atica á sangre y fuego y regresó á Acarnania cargado de rico botín. Esta fué la primera causa de la irritación de los ánimos. Después se llegó á una guerra formal. Atenas fué la primera en declararla. El rey Atalo y los rodios persiguieron á Filipo, que se retiró á Macedonia, y llegaron á Egina; desde allí marchó Atalo al Pireo para renovar y robustecer su alianza con los atenienses. La ciudad entera salió á recibirle; los ciudadanos con sus esposas é hijos, los sacerdotes con sus ornamentos sagrados, y casi puede decirse que hasta los dioses salieron de sus templos para recibir al Rey.

Convocóse en seguida al pueblo para que, del mismo Rey, oyese las proposiciones que iba á hacer; pero después se juzgó más conveniente pedírselas por escrito que exponerle á avergonzarse, bien cuando recordase en público sus propios beneficios á la ciudad, bien cuando oyese las aclamaciones y aplausos de la multitud, cuyas excesivas alabanzas (1) habían de mortificar su modestia. En la carta que envió Atalo y que se leyó en plena asamblea, hablaba primeramente de sus beneficios á sus aliados los atenienses; después de sus hazañas contra Filipo, y terminaba exhortando á los ciudadanos á comenzar la guerra, contando con su apoyo, con el de los rodios y el de los mismos ro-

(1) Vese que habia llegado para este pueblo el período del servilismo, y que, en vez de su antigua grandeza, solamente le quedaba vano amor propio, estéril facundia y excesivo ardor para adular ó maldecir á los reyes.

manos; que si por sus vacilaciones perdían tan excelente ocasión, en vano procurarían recobrarla. En seguida se recibió en audiencia á los legados de los rodios, que podían alegar un favor reciente: los macedonios habían capturado cuatro naves atenienses, y los rodios las habían recobrado y devuelto. La guerra contra Filipo fué decretada por aclamación. Prodigáronse grandes honores, primeramente al rey Atalo, y después á los rodios. Entonces se trató por primera vez de crear una tribu nueva, que se llamaría Atalida y que se añadiría á las diez anteriores. Ofrecióse á los rodios una corona de oro en premio de su valor, y se les concedió el derecho de ciudadanía, como los rodios lo habían conferido antes á los atenienses. Inmediatamente después marchó Atalo á reunirse con su flota en Egina; desde este punto hicieron rumbo los rodios hacia Cía, y después á Rodas, pasando por las Cycladas: todas, exceptuando Andros, Paros y Cythnos, ocupadas por guarniciones macedónicas, ajustaron alianza con ellos. Atalo había enviado legados á Etolia, y la necesidad de esperar su regreso le retuvo algún tiempo inactivo en Egina. No consiguió sublevar los etolios, que estaban muy satisfechos por haber ajustado la paz con Filipo; pero si el Rey y los rodios hubiesen estrechado entonces de cerca al monarca, habrían podido merecer el glorioso título de libertadores de Grecia. Pero dejando á Filipo pasar de nuevo al Helesponto, ocupar en la Tracia los puntos más favorables y reunir sus fuerzas, prolongaron la guerra y dejaron á los romanos el honor de sostenerla y terminarla.

Filipo mostró más energía y ánimo regio; aunque no había podido hacer frente á las fuerzas de Atalo y de los rodios, no se asustó de la guerra con que le amena-

zaban los romanos. Envió á un general suyo, Philocles, con dos mil infantes y doscientos caballos á talar las tierras de los atenienses; puso su flota á las órdenes de Heraclides (1) y le mandó dirigirse á Maronea (2): él mismo se encaminó por tierra hacia aquella ciudad con dos mil hombres de tropas ligeras y doscientos jinetes, y la tomó al primer asalto. En seguida se apoderó de Enos, después de trabajoso sitio, triunfando por la traición de Ganymedes, capitán de Ptolomeo. Sucesivamente se apoderó de otras muchas ciudades, Cypsela, Dorisco y Serrheo. En seguida avanzó en el Quersoneso, donde le abrieron sus puertas Eleonta (3) y Alopeconesa. También se sometieron Galípolis y Madytos y otras plazas menos notables. Pero Abydos se negó á recibir los legados del Rey y les cerró sus puertas. El sitio de aquella ciudad detuvo mucho tiempo á Filipo, y tal vez hubiera podido salvarse, á no ser por la inacción de Atalo y de los rodios. Atalo se limitó á enviar trescientos hombres de socorro, y los rodios una sola cuatrirreme de su flota, cuando se encontraba ésta en Tenedos. Más adelante, cuando los sitiados se encontraban casi en el extremo, Atalo pasó al continente, se acercó á la ciudad y se contentó con hacer brillar á los ojos de sus aliados la esperanza de un socorro, sin hacer la menor tentativa por mar ni por tierra.

Los abydenos habían colocado sobre sus murallas

(1) Este jefe era un desterrado de Tarento, corrompido y lleno de crímenes.

(2) Famosa especialmente por sus vinos. Al apoderarse de todas estas plazas, Filipo quería especialmente fortalecer sus fronteras orientales por el lado de la Tracia, por donde más fácilmente podía penetrar el enemigo.

(3) Ciudad del Quersoneso de la Tracia, frente al promontorio Sigeo.

máquinas que defendían las inmediaciones por el lado de tierra, y hasta hacían muy peligrosa la posición de las naves enemigas. Pero cuando vieron destruida parte de sus defensas y que las minas llegaban hasta la muralla interior que apresuradamente habían levantado, enviaron legados al Rey para negociar la capitulación. Pedían que la cuatrirreme rodiana con su tripulación y los refuerzos que había enviado Atalo pudiesen salir de la ciudad y que les permitiese á ellos mismos retirarse cada uno con un vestido. Filipo se negó á entrar en negociaciones, si no se rendían á discreción. Esta respuesta encendió la ira, y arrastrados, como los saguntinos, por furioso vértigo, corrieron á encerrar sus mujeres en el templo de Diana, los jóvenes de condición libre, las jóvenes y hasta los niños con sus nodrizas en el gimnasio; llevaron al foro cuanto poseían de oro y plata; amontonaron sus telas ricas en la nave rodia y en otra de Cyzica, que se encontraban en el puerto; hicieron presentarse á los sacerdotes y las víctimas, y levantar un altar en medio del foro. Allí eligieron primeramente los que debían, en cuanto vieses á sus conciudadanos caer muertos en la brecha al rechazar al enemigo, degollar en seguida á las mujeres y á los niños, precipitar al mar el oro, la plata y las ropas amontonadas en las naves, y en seguida incendiar los edificios públicos y particulares en el mayor número posible de puntos. Todos se ligaron por juramento, repitiendo ante los sacerdotes terribles imprecaciones á ejecutar aquel triste y execrable atentado. En seguida, cuantos se encontraban en estado de pelear juraron no abandonar la brecha sino muertos ó vencedores. Fieles á su juramento, pelearon con tal ardor, que sin esperar la noche, que iba á poner término al combate, asustado

Filipo ante su desesperación, se apresuró á mandar la retirada. Los que habían quedado encargados del papel más odioso en aquel sangriento drama, viendo que había sobrevivido corto número de combatientes y que se encontraban extenuados por las heridas y el cansancio, en cuanto amaneció enviaron á los sacerdotes con las cintas sagradas á entregar la ciudad á Filippo.

Antes de la rendición de los abydenos, y al tener noticia del sitio, M. Emilio, el más joven de los tres legados enviados á Alejandría, marchó con el consentimiento de sus colegas á ver á Filippo, á quien reconvino por haber emprendido la guerra contra Atalo y los rodios, y especialmente por sitiar en aquel momento á Abydos. El Rey contestó que Atalo y los rodios le habían provocado. «¿Y los abydenos te han atacado los primeros también?» le preguntó. Poco acostumbrado á oír la verdad, pareció á Filippo aquel lenguaje demasiado altivo para dirigido á un rey: «Tu juventud, le dijo, tu belleza y, sobre todo, el nombre romano, te inspiran orgullo. Pero, ante todo, quisiera veros fieles á los tratados y guardar la paz conmigo. Si me traéis la guerra, preparado estoy para hacerla, para demostraros que el poder y el nombre de los macedonios tienen, como los de los romanos, brillo militar.» Después de despedir de esta manera al legado, Filippo se apoderó del oro y de la plata que habían amontonado, pero perdió los prisioneros que esperaba hacer. Ciegos los habitantes por loco furor, imaginaron que hacían traición á los que habían sucumbido combatiendo; acusáronse recíprocamente de perjurio y reconvinieron principalmente á los sacerdotes por haber entregado vivos al enemigo á los que habían destinado á la muerte. Así, pues, cada

cual corrió por su lado para degollar á su esposa y sus hijos, matándose ellos como pudieron. Sorprendidos en estos frenéticos arrebatos, el Rey contuvo el ardor de sus soldados é hizo saber que daba tres dias á los abydenos para morir. Los vencidos aprovecharon el plazo para ejercer sobre sí mismos más crueldades que habría cometido el vencedor más implacable: exceptuando aquellos á quienes la prisión ú otros obstáculos impidieron darse la muerte, ni un solo habitante cayó vivo en poder del enemigo (1). Filipo dejó una guarnición en la ciudad y regresó á su reino. Como Annibal después de la ruina de Sagunto, después del desastre de Abydos Filipo se mostró impaciente por combatir á los romanos: en estos momentos fué cuando recibió los mensajeros y supo por ellos que el cónsul se encontraba ya en el Epiro y que había tomado cuarteles de invierno en Apolonia (2) para su ejército de tierra y en Corcyra para la flota.

Entretanto los legados enviados al África habían presentado la queja contra Amilcar, que mandaba el ejército galo. Los cartagineses contestaron que todo lo que podían hacer era condenarle al destierro y confiscarle los bienes; que en cuanto á los tráfugas y desertores habían devuelto todos los que por activas investigaciones habían encontrado, y que enviarían al Senado una legación encargada de darle satisfacciones. Con este objeto enviaron doscientos mil modios de trigo

(1) Polibio dice que unos perecieron por la cuerda ó el hierro, otros se precipitaron en el fuego, en los pozos ó desde los techos de las casas.

(2) Esta ciudad, que Cicerón llama *magnum et gravem*, era célebre por un oráculo de Apolo, que consultaban arrojando incienso al fuego.

á Roma y otros tantos al ejército de Macedonia. Los legados romanos marcharon en seguida á Numidia, á la corte de Masinissa, le entregaron los regalos y le dieron cuenta de la misión que llevaban, aceptando mil jinetes numidas en vez de los dos mil que les ofreció Masinissa. Este príncipe vigiló personalmente el embarque y los dirigió á Macedonia con doscientos mil modios de trigo é igual cantidad de cebada. Los legados debían ver en tercer lugar á Vermina, quien salió á recibirles hasta la frontera de su reino y aceptó de antemano las condiciones de paz que quisieran dictarle, declarando que todas las encontraría justas y buenas para estar en paz con el pueblo romano. Diéronle á conocer las cláusulas del tratado y le invitaron á nombrar legados que fuesen á Roma á ratificarlo.

Por la misma época regresó de España el procónsul L. Cornelio Lentulo: dió cuenta ante el Senado de las hazañas y triunfos con que se había distinguido durante muchos años, y pidió permiso para entrar en triunfo en la ciudad. El Senado reconoció que merecía el triunfo, pero añadió «que no había ejemplo de que los antepasados lo hubiesen concedido á un general que no hubiese tenido el título de dictador, de cónsul ó de pretor, y él había mandado en España como procónsul y no como pretor (1). Inclinábanse, sin embargo, á concederle la ovación; pero el tribuno del pueblo Ti. Sempronio Longo se opuso á ello, sosteniendo que aquella innovación seria igualmente contraria á las costumbres de los antepasados y que no tenía ejemplo.

(1) Por esta razón, el procónsul Scipión no obtuvo el triunfo, porque hasta entonces nadie había triunfado sin ejercer magistratura al realizar la hazaña. El procónsul tenía autoridad, pero no ejercía magistratura.

Sin embargo, concluyó por ceder al deseo general de la asamblea; se dió el senatusconsulto, y L. Lentulo entró en Roma con los honores de la ovación. De los productos del botín llevó al Tesoro cuarenta y cuatro mil libras de peso de plata y dos mil cuatrocientas cincuenta de oro, recibiendo veinte ases cada soldado.

Ya se había trasladado el ejército consular de Arrecio á Ariminio, y los cinco mil auxiliares latinos habían pasado de la Galia á la Etruria. En seguida avanzó L. Furio á marchas forzadas desde Ariminio contra los galos, ocupados entonces en el sitio de Cremona, y marchó á acampar á quinientos pasos del enemigo. La ocasión era excelente para conseguir brillante triunfo, si en cuanto llegó hubiese llevado sus tropas contra el campamento. Los galos se encontraban dispersos por los campos, habiendo dejado muy escasas fuerzas para guardarle; pero Furio temió el cansancio de sus soldados después de una marcha forzada. Llamados los galos por los gritos de sus compañeros, renunciaron al botín que tenían á su alcance, volvieron al campamento, y á la mañana siguiente presentaron la batalla. El pretor la aceptó sin vacilar, pero apenas tuvo tiempo para formar sus huestes, porque el enemigo avanzó á la carrera. El ala derecha de los dos cuerpos que formaban el ejército de los aliados fué colocada en primera línea, y las dos legiones romanas quedaron de reserva. M. Furio mandaba el ala derecha, M. Cecilio las legiones y L. Valerio Flacco la caballería: los tres eran legados. El pretor tenía consigo otros dos legados, M. Letorio y P. Titinio; habiéndose encargado él de observar al enemigo y de acudir á donde intentase alguna sorpresa. Los galos reunieron al principio todos sus esfuerzos en un solo punto, lisonjeándose con abrumar y destruir el ala

derecha, que ocupaba la primera línea. Viendo que no podían conseguirlo, trataron de rodear las alas y envolver á los romanos, cosa que les parecía fácil á causa de su superioridad numérica. En cuanto lo observó el pretor, procuró extender también su línea, mandó avanzar las dos legiones de la reserva á derecha é izquierda del cuerpo que combatía en primera línea, y ofreció un templo á Júpiter si derrotaba aquel día al enemigo. En seguida mandó á L. Valerio que lanzase por un lado la caballería de las dos legiones y por el otro la de los aliados sobre las alas del enemigo para impedirle que envolviese la línea de los romanos. Al mismo tiempo, como vió que los galos habían debilitado el centro para prolongar las alas, le hizo atacar por sus soldados, recomendándoles apretar las filas para romper las del enemigo. Las alas quedaron deshechas por la caballería y el centro por la infantería; rechazados en seguida los galos en todos los puntos y habiendo experimentado considerables pérdidas, emprendieron la fuga y volvieron á su campamento en desorden. La caballería les persiguió; las legiones llegaron poco después y forzaron las fortificaciones. Apenas pudieron escapar seis mil hombres, perdiendo treinta y cinco mil el enemigo entre muertos y prisioneros; cogiéronle setenta enseñas y más de doscientos carros galos cargados de rico botín. Amílcar, el general cartaginés, pereció en la batalla, y con él tres de los principales jefes del ejército galo. Los dos mil cautivos de Placencia, todos de condición libre, volvieron á la colonia.

La victoria era importante y produjo mucho regocijo en Roma. En cuanto se recibió la carta del pretor se decretaron tres días de acciones de gracias. Cerca de dos mil hombres, entre romanos y aliados, habían que-

dado en el campo de batalla; la mayor parte pertenecían al cuerpo de la derecha, contra el que los galos dirigieron al principio todos sus esfuerzos. El pretor casi había terminado aquella guerra, y el cónsul C. Aurelio, libre de los cuidados que le habían retenido en Roma, marchó á la Galia é hizo que el pretor le entregase el mando del ejército victorioso. El otro cónsul había llegado á su provincia á fines del otoño, estableciendo sus cuarteles cerca de Apolonia. De su flota, que estaba en Corcyra, envió, como ya dijimos, veinte trirremes á Atenas, bajo las órdenes de C. Claudio. La llegada de estos socorros al Pireo en el momento en que los aliados comenzaban á desalentarse, reanimó sus esperanzas. En efecto, cesaron por tierra las incursiones de los que venían desde Corinto por Megara á devastar los campos; y por mar, los piratas de Calcis (1), que asolaban aquellos parajes y hasta talaban los campos inmediatos á la costa, no se atrevieron á doblar el cabo Sumnio, ni á salir del estrecho de Euripo y aventurarse en plena mar. Además de este socorro, los atenienses recibieron de Rodas tres cuadrirremes, y ellos tenían tres naves descubiertas, que habían equipado para la defensa de las costas. Claudio no pretendía con aquella flota más que poner por el momento á Atenas y su territorio al abrigo de toda ofensa; pero la fortuna le ofreció ocasión de empresa más atrevida.

Algunos desterrados de Calcis, arrojados por las violencias de los soldados del Rey, dijeron que podían apoderarse de la ciudad sin combate. Sabiendo los macedonios que no tenían que temer ningún enemigo en

(1) Calcis (Euripo) era la capital de la Eubea. El Euripo era tan estrecho enfrente de esta ciudad, que apenas pasaba por él una galera.

las inmediaciones, se habían dispersado por todos lados, y los habitantes, que confiaban en la guarnición macedonia, descuidaban la custodia de la ciudad. Con estas noticias se hizo á la vela Claudio, llegando demasiado pronto á Sunnio, por tener tiempo de ganar la entrada del estrecho de Eubea; pero temiendo que le viesen si doblaba el cabo, dejó su flota al ancla hasta la noche. Al obscurecer se puso en movimiento con tiempo tranquilo, llegó á Calcis poco antes de amanecer, y, abordando por el lado en que eran raras las casas, hizo que algunos soldados escalasen y tomasen las torres inmediatas y la muralla contigua; aquí estaban dormidos los centinelas, allá abandonadas las guardias. En seguida avanzaron hacia los barrios más poblados, mataron á los centinelas, abrieron la puerta é hicieron entrar al resto de las tropas. Entonces quedó invadida toda la ciudad, y para aumentar la confusión, prendieron fuego á las casas que rodeaban el foro. El incendio devoró los graneros del Rey y el arsenal con todos los aprestos de guerra y las máquinas que encerraba. Degollaron indistintamente á los que huían y á los que intentaban resistir, hiriendo sobre todo ó ahuyentando á los que se encontraban en condiciones de empuñar las armas. Sopater el arcanario, que mandaba la guarnición, quedó muerto con los demás. Hecho esto, reunieron todo el botín en el foro, desde donde lo trasladaron á las naves. Los rodios derribaron las puertas de la prisión y dieron libertad á los cautivos que Filipo tenía encerrados allí como en paraje más seguro. Las estatuas del Rey fueron derribadas y mutiladas. Tocando entonces marcha la bocina, se reembarcaron, y la flota volvió al Pireo, de donde había partido. Si los romanos hubiesen tenido bastantes fuerzas para

ocupar á Calcis sin abandonar la defensa de Atenas, hubiese sido gran ventaja al comenzar la guerra quitar al Rey Calcis y el Euripo; porque si las Termópilas cierran la Grecia por tierra, el Euripo la cierra por mar.

Encontrábase Filipo en Demetriades, y allí supo el desastre de sus aliados. Era demasiado tarde para socorrerles, estando ya consumada su ruina; pero la imposibilidad de auxiliarles se trocó en deseo de venganza. Partió, pues, con cinco mil hombres de infantería ligera y trescientos caballos, y corrió, por decirlo así, hasta Calcis, creyendo seguro sorprender allí á los romanos. Engañado en esta esperanza, y no habiendo podido llegar más que para presenciar el triste espectáculo que ofrecían las ruinas, humeantes aún, de la ciudad incendiada, dejó allí algunas fuerzas, muy cortas, para sepultar las víctimas de la guerra, y en seguida, retrocediendo con tanta rapidez como había venido, pasó el Euripo por un puente, atravesó la Beocia y marchó hacia Atenas, esperando que esta nueva empresa tuviese mejor éxito. Y en efecto hubiese triunfado, á no ser porque uno de esos correos que los griegos llaman hemerodromos (1), porque en un día recorren considerable distancia, habiendo visto desde el punto en que estaba de vigía el ejército del Rey en marcha, se adelantó y llegó á Atenas á media noche. Los habitantes dormían descuidados; esto era lo que perdió á Calcis pocos días antes. Despertados apresuradamente por el correo, el pretor de Atenas y Dioxippo, capitán de una cohorte de mercenarios, reunieron sus tropas en el foro é hicieron tocar la bocina

(1) Sus funciones consistían en observar á lo lejos lo que pasaba, y dar la noticia por medio de señales ó acudiendo precipitadamente.

desde lo alto de la fortaleza para advertir á los ciudadanos la llegada del enemigo. En seguida acudieron desde todos los puntos de la ciudad á las puertas y murallas. Pocas horas después, y algo antes de amanecer, se presentó Filippo al pie de las murallas. Cuando vió muchas hogueras y oyó confuso ruido de hombres que se agitaban, como ordinariamente ocurre en las alarmas, se detuvo mandando á los soldados hacer alto y descansar: habiendo fracasado la astucia, estaba decidido á emplear la fuerza, y atacó la ciudad por el lado de la puerta Dypila (1), puerta situada, por decirlo así, á la entrada de Atenas, y algo más alta y más ancha que todas las demás; dos vías espaciosas llegaban á ella, una del interior y otra del exterior: la primera permitía á los habitantes marchar desde el foro á la puerta en orden de batalla; la segunda es una calzada de cerca de mil pasos que conduce al gimnasio de la Academia, dejando libre espacio á la caballería é infantería enemigas para desenvolverse. Los atenienses, después de formarse en batalla detrás de la puerta, desembocaron por aquella calzada con el refuerzo de Atalo y de Dioxippo. Al verles Filippo, creyó tenerles en su poder y saciar la sed de matanza en que ardía desde mucho tiempo, porque Atenas era la ciudad de la Grecia que odiaba más. Exhortó á su ejército «á que combatiese con los ojos fijos en él y que no olvidase que enseñas y soldados debían encontrarse donde estuviese el Rey.» En seguida lanzó su caballo entre los enemigos, arrebatado por el deseo de gloria tanto como por la ira. Inmensa multitud coronaba las murallas como para gozar de un espectáculo, y Filippo deseaba

(1) Esta era la puerta más grande de Atenas.

que le viesen peleando. Lanzóse, pues, delante de su línea con algunos jinetes y penetró en medio de los atenienses, animando así á los suyos con vivo ardor y difundiendo espanto entre los enemigos. A muchos hirió con su propia mano, de lejos y de cerca rechazó á los atenienses y los persiguió en persona hasta la puerta. El paso que ofrecía, resultaba estrecho para la multitud que se agolpaba, y Filippo pudo hacer espantosa matanza; en seguida se retiró sin que le inquietasen, á pesar de la imprudencia con que había avanzado. Los que guarnecían las torres de la ciudad no se atrevían á usar sus venablos, por temor de alcanzar á sus compañeros confundidos con sus enemigos. Desde aquel momento los atenienses se mantuvieron encerrados en la ciudad. Filippo mandó retirada y marchó á acampar al Cynosarges (1), donde hay un templo de Hércules y un gimnasio rodeado de un bosque sagrado. El Cynosarges, el Lyceo y todos los parajes sagrados, todos los puntos de recreo de las inmediaciones de Atenas, fueron entregados á las llamas; los macedonios destruyeron, no solamente las casas, sino hasta los sepulcros (2), y en su ciega cólera no respetaron las leyes divinas ni las humanas.

A la mañana siguiente, habiendo permanecido cerradas primeramente las puertas, las abrieron de pronto para recibir los refuerzos que Atalo enviaba de Egina y á los romanos que venían del Pireo; Filippo se retiró entonces á unas tres millas de Atenas. Desde allí marchó

(1) El Cynosarges era un gimnasio destinado, como el del Liceo y la Academia, á la instrucción de la juventud. También era punto de reunión de los ociosos.

(2) Todas las sepulturas estaban fuera de las murallas, en parajes reservados ó en casas de campo.

á Eleusis, esperando sorprender el templo y la fortaleza que lo rodea y domina. Pero observó que las guardias estaban vigilantes y que la flota llegaba del Pireo en socorro de la plaza: renunció, pues, á aquella empresa, y se dirigió hacia Megara y después directamente hacia Corinto. Allí supo que la liga de los aqueos se había reunido en Argos, y, en el momento en que menos se esperaba, se presentó en la asamblea. Deliberábase acerca de la guerra contra Nabis, tirano de Lacedemonia. Desde que Cycliades había reemplazado en el mando á Filopemero, siendo general mucho menos hábil, agotábanse los recursos de los aqueos. Nabis había aprovechado aquella circunstancia para encender de nuevo la guerra; talaba las tierras de sus vecinos y hasta comenzaba á amenazar sus ciudades. Para combatirle se ocupaban entonces en convenir el contingente de fuerzas que había de suministrar cada ciudad aliada. Filipo prometió libertarles de toda inquietud por parte de Nabis y de los lacedemonios, comprometiéndose, no sólo á preservar del todo las tierras de sus aliados, sino á arrojar todos los males de la guerra sobre la Laconia, llevando allá en seguida su ejército. Con unánime consentimiento se recibió aquella oferta. «Pero, añadía, justo es que, al ofreceros para vuestras posesiones el socorro de mis armas, no comprometa la seguridad de las mías. Así, pues, si lo creéis conveniente, levantad las tropas necesarias para defender Orea, Calcis y Corinto; de esta manera nada tendré que temer á mi espalda y podré caer sobre Nabis y los lacedemonios sin inquietud.» Los aqueos comprendieron entonces el objeto de aquellos ofrecimientos tan generosos y promesas de socorro contra los lacedemonios; vieron que Filipo solamente buscaba llevar su juventud

fuera del Peloponeso para tener rehenes y comprometer la liga en la guerra contra los romanos. El pretor Cycliades creyó inútil hacer ver lo insidioso de las proposiciones, y se limitó á contestar que las leyes de los aqueos prohibían tratar otros asuntos que los que eran objeto de la reunión; y cuando se hubo decretado el levantamiento de un ejército para combatir á Nabis, disolvió la asamblea con valor é independencia, aunque hasta aquel día había pasado por ser uno de los cortesanos más adictos al Rey. Frustrada aquella grande esperanza de Filipo, alistó algunos voluntarios y en seguida regresó á Corinto y de allí al Ática.

Mientras se encontraba Filipo en Acaya, Filocles, uno de los generales del Rey, partió de la Eubea con dos mil tracios y macedonios para talar las fronteras del Ática, y atravesó el desfiladero de Cytherón por el lado de Eleusis. En seguida envió la mitad de sus tropas á saquear el campo, y él permaneció oculto con el resto en paraje á propósito para una emboscada, para estar dispuesto á caer bruscamente y de improviso sobre los enemigos en desorden, si desde la fortaleza de Eleusis hacían alguna salida contra los merodeadores. Descubierta el lazo, Filocles llamó á sus soldados, que se habían dispersado para saquear, les ordenó en batalla y marchó á sitiar la fortaleza de Eleusis. Resultando muy maltratado, se retiró y reunió con Filipo, que llegaba de Acaya. El Rey trató también de apoderarse de la fortaleza; pero la flota romana acudió del Pireo, y el refuerzo que introdujo en la plaza le obligó á renunciar á su empresa. Entonces dividió su ejército, encargó á Filocles llevar una parte á Atenas, y él se dirigió con la otra al Pireo, esperando que la marcha de Filocles, que avanzaría hasta el pie de las

murallas y amenazaría á la ciudad con un asalto, rendiría en ella á los atenienses y le permitiría apoderarse del Pireo, en el que habrían dejado débil guarnición. El ataque del Pireo no le produjo mejor resultado que el de Eleusis, siendo casi las mismas tropas las que lo defendían. Del Pireo marchó el Rey de pronto sobre Atenas; pero atacado bruscamente por un cuerpo de caballería é infantería en el estrecho espacio comprendido entre las dos murallas medio arruinadas (1) que unen á Atenas con el Pireo, fué rechazado, y renunciando al sitio de la ciudad, dividió de nuevo sus tropas con Filocles y marchó á talar los campos. En sus devastaciones anteriores habíase limitado á destruir las tumbas en derredor de Atenas; ahora no quiso exceptuar nada en sus profanaciones, mandando derribar é incendiar los templos consagrados á los dioses en cada caserío. El Ática estaba llena de obras maestras de este género, gracias á la abundancia de sus mármoles y al genio de sus artistas; así fué que el furor del Rey encontró en que satisfacerse. No se contentó con demoler los templos y derribar las estatuas de los dioses, sino que hasta hizo romper las piedras, para impedir que sirviesen para reconstruir aquellas ruínas si las dejaba enteras. Cuando de esta manera hubo saciado su cólera, ó mejor dicho, cuando su cólera no tuvo donde saciarse, pasó del territorio enemigo á la Beocia y ya no hizo nada en Grecia digno de mención.

El cónsul Sulpicio se encontraba entonces acampado

(1) Sabido es que la ciudad estaba unida al Pireo por dos murallas de sesenta pies de altas y cuatro estadios de largas. Las construyeron Temístocles y Pericles, las derribaron en tiempo de los treinta tiranos, las reedificó Conón, las destruyó Sila y se reconstruyeron bajo Valeriano y Galiano.

entre Apolonia y Dirraquio, cerca del río Apso. Llamó allí á su legado L. Apustio y le envió con parte de sus fuerzas á talar el territorio enemigo. Apustio se lanzó sobre las fronteras de la Macedonia, tomó al primer asalto las fortalezas de Corrago, Gerunio y Orgesso, y se presentó delante de Antipatria, ciudad situada en estrecho desfiladero. Primeramente invitó á los jefes á una entrevista, y trató de persuadirles para que se entregasen á la generosidad de los romanos. Pero viendo que la elevación de las murallas y posición de la ciudad les hacía desdeñar sus proposiciones, recurrió á la fuerza de las armas; se apoderó de Antipatria y después de degollar á todos los jóvenes y abandonar el botín á los soldados, mandó arrasar las murallas é incendiar las casas. El temor de igual suerte decidió á la plaza de Codrión, á pesar de sus defensas naturales y fortificaciones, á rendirse sin resistencia. Dejaron en ella guarnición, y en seguida tomaron por asalto la ciudad de Gnido, cuyo nombre solamente se conoce por la célebre Gnido del Asia. El legado regresaba hacia el Cónsul, cargado con rico botín, cuando Athenágoras, uno de los generales del rey, cayó sobre su retaguardia en el paso de un río, é introdujo el desorden en las últimas filas. A los gritos de alarma de los soldados acudió á toda brida Apustio, mandó volver las enseñas, colocó los bagajes en el centro y formó sus tropas en batalla. Las tropas del rey no pudieron desde aquel momento sostener el choque de los romanos, y dejaron muchos muertos y muchos más prisioneros. El legado entregó el ejército incólume al Cónsul y en seguida marchó á reunirse con la flota.

El éxito de esta expedición, que inauguraba con tanta fortuna la campaña, hizo acudir al campamento

romano reyezuelos y jefes vecinos á la Macedonia; Pleurato, hijo de Scerdiledo; Amyndro, rey de los athamanos (1), y un jefe dardanio, llamado Baton, hijo de un tal Longaro, que había hecho por su cuenta la guerra á Demetrio, padre de Filipo. Estos venian á ofrecer recursos, y el Cónsul contestó que emplearía á los dardanios, y de Pleurato cuando su ejército entrase en Macedonia; á Amyndro le encargó que sublevase á los etolios. Al mismo tiempo habían llegado los legados, se les encargó decir á su señor que esperase la flota romana en Egina, donde invernaría, y que, después de Atalo, y de reunirse con ella, continuaría como antes la guerra marítima contra Filipo. Marcharon legados á exhortar á los rodios para que tomaran parte en las operaciones; y por su parte Filipo, después de su regreso á Macedonia, desplegaba grande actividad en sus preparativos; su hijo Perseo (2), aunque muy joven aún, marchó bajo la dirección de amigos seguros, que debían guiarle en su inexperiencia, á apoderarse, con una parte de las tropas, de los desfiladeros que desembocan en la Pelagonia. Sciathos y Peparetho (3), ciudades que no carecían de importancia, y que podían ofrecer á la flota enemiga conquista útil y fructuosa, fueron destruídas por orden del Rey; y los etolios quedaron vigilados por una legación encargada de impedir á aquel pueblo tan bullicioso que faltase á su fe á la llegada de los romanos.

Ya se había señalado día para una asamblea general

(1) La Athemania se encontraba entre el Epiro y la Tesalia.

(2) Tenía doce años.

(3) Dos islas del mar Egeo, reputadas, especialmente la segunda, por sus buenos vinos. Pertenecían á la Tesalia.

de los etolios (1), que debía celebrarse en Panetolio. Los legados del Rey aceleraron la marcha para acudir á ella, y no fué menos diligente el enviado del cónsul L. Furio Purpureo. También acudieron á la asamblea legados de Atenas. Escuchóse primeramente á los macedonios, que eran los aliados más recientes, y éstos declararon: «Que nada había cambiado, ni tenían ningún cambio que proponer: los mismos motivos que habían impulsado á los etolios á hacer la paz con Filipo, después de experimentar la inutilidad de una alianza con los romanos, debían ahora hacerles respetar aquella paz. ¿Preferiríais, dijo un legado, imitar á los romanos, no sé si decir en su insolencia ó en su ligereza? ellos, que en otro tiempo hacían contestar á vuestros legados en Roma: ¿Por qué venís á nosotros, etolios, cuando no nos habéis consultado para hacer la paz con Filipo? Hoy os piden que os marchéis con ellos en contra de este príncipe. Anteriormente, á causa de vosotros, por vosotros tomaron las armas contra él, al menos así lo fingían; hoy os prohíben estar en paz con Filipo. También para socorrer á Mesina abordaron por primera vez á Sicilia; la segunda, para libertar á Siracusa del yugo de los cartagineses. Y ahora Mesina, Siracusa y toda la Sicilia están en su poder; y aquella provincia, convertida en tributaria de los romanos, inclina la cerviz bajo sus haces y sus hachas. Tal vez al veros reunidos en Neupacta, en virtud de vuestras leyes, convocados por los magistrados que vosotros mismos habéis elegido y libres para elegir aliados y enemigos, para decidiros por la paz ó por la guerra, tal vez creéis que

(1) Los etolios se reunían ordinariamente todos los años por el otoño en Thermus, ciudad muy rica; allí se celebraban juegos, y mientras duraban se realizaba mucho comercio.

los sicilianos pueden elegir también Siracusa, Mesina ó Lilibeá para reunirse. No; el pretor romano es quien dispone acerca de las convocatorias: por su orden solamente se reúnen los sicilianos; desde su tribuna dicta sus soberbias sentencias; no se presenta sino escoltado por sus lictores; las varas amenazan las espaldas; las hachas están levantadas sobre las cabezas, y cada año les envían un amo nuevo. ¿Deben asombrarse? ¿Lo pueden siquiera cuando ven todas las ciudades de Italia, Reggio, Tarento, Capua y tantas otras que no menciono, á las mismas puertas de Roma, sobre cuyas ruinas Roma se ha elevado, humillarse bajo el mismo yugo? Y Capua misma ¿es otra cosa que tumba y monumento fúnebre del pueblo campanio? ¿No han llevado á sus habitantes como muertos á tierra extranjera? Restos de ciudad, sin Senado, sin pueblo, sin magistrados; reunión informe, que ofrece á los que la habitan espectáculo más horrible que el mismo aniquilamiento. Locura es confiar en esos extranjeros; entre ellos y nosotros el lenguaje las costumbres y las leyes han levantado una barrera más insuperable que el mar y las tierras que nos separan. ¿Puede esperarse que una vez dueños del país dejen algo de lo que existe? ¿Os inspira temores por vuestra libertad el poder de Filipo? Y sin embargo, cuando pudo con justa razón mostrarse irritado con vosotros, solamente os pidió la paz, y hoy mismo solamente reclama que la paz jurada se mantenga. Dejad que esas legiones extranjeras se acostumbren á residir en Grecia, y labrad vuestro yugo; más adelante, cuando tengáis por amos á los romanos, en vano buscaréis la alianza de Filipo. Etolios, acarnanios y macedonios, nosotros que hablamos la misma lengua, podemos, por motivos fútiles, sepa-

rarnos un momento, después reunirnos de nuevo; pero con extranjeros, con bárbaros, todos los griegos están y estarán siempre en guerra. La Naturaleza, que es inmutable y no causas que pueden cambiar diariamente, les ha hecho enemigos. Concluyo como empecé. Aquí mismo, hace tres años, esta asamblea decretó la paz con Filipo, con profundo disgusto de esos mismos romanos que quieren perturbarla hoy que vuestros juramentos la han cimentado. No habiendo cambiado nada la fortuna á esta deliberación, no veo por qué razón habíais de cambiarla vosotros.*

Después de los macedonios, por consentimiento y hasta á petición de los romanos, se introdujo á los legados atenienses: el horror de sus sufrimientos robustecía sus justos ataques contra la crueldad y barbarie del Rey. Estos deploraron los espantosos estragos y desolación de sus campos. *No se quejaban, dijeron, de que su enemigo les hubiese tratado como á enemigos: la guerra tenía derechos, que lo mismo podían ejercerse que someterse á ellos. El incendio de las mieses, la destrucción de las viviendas, la confiscación de hombres y animales eran calamidades, antes deplorables que repugnantes para los que las soportaban Pero de lo que se quejaban era de que aquel hombre, que trataba á los romanos de extranjeros y de bárbaros, hubiese pisoteado todas las leyes divinas y humanas. En su primera devastación había hecho guerra sacrilega á los dioses infernales; en la segunda á los dioses del cielo (4).

(1) Había ofendido á los dioses infernales derribando las tumbas, y á los celestiales derribando los templos. Refiere Polibio que un general de Filipo elevó en Naxos un altar á la Impiedad y la Injusticia; burla sacrilega que demuestra el desorden y corrupción de costumbres de aquel siglo.

Todas las tumbas y monumentos del Ática estaban destruídos; los manes de todos sus conciudadanos estaban privados de asilo; sus huesos no descansaban ya en el seno de la tierra. Tenían templos que sus antepasados, dispersos de aldea en aldea, habían consagrado en cada fuertecillo, en cada caserío, y que conservaron después de reunirse en una ciudad: Filippo había incendiado todos aquellos templos. Las estatuas de los dioses yacían medio quemadas y mutiladas entre las ruinas de sus santuarios. Lo que había hecho del Ática, comarca tan bella y tan rica en otro tiempo, lo haría, si podía, de la Italia y de la Grecia entera. La misma Atenas habría ofrecido igual espectáculo de desolación, si los romanos no hubiesen acudido á socorrerla. La impiedad de aquel hombre había osado atacar á los dioses tutelares de la ciudad, y á Minerva, protectora de la fortaleza, habiendo descargado también sobre el templo de Ceres, en Eleusis, y el de Júpiter y Minerva, en el Pireo. Rechazado por la fuerza de las armas lejos de sus templos, lejos también de sus murallas, había desencadenado su furor contra los edificios que no tenían otra defensa que la religión. Los atenienses rogaban, pues, y suplicaban á los Etolios que se compadeciesen de sus desgracias y se declarasen contra Filippo, puesto que tendrían con ellos á los dioses inmortales y además á los romanos, que después de los dioses eran los más poderosos.*

El legado romano habló entonces. «Los macedonios primero y los atenienses en seguida han trastornado el plan de mi discurso. Los macedonios, cuando iba yo á quejarme de las violencias que Filippo ha ejercido contra tantas ciudades aliadas de Roma, se han adelantado á inculparnos; por esta razón debo presentaros una

apología más bien que una acusación. Al recordaros los atenienses la larga serie de atentados y sacrilegios cometidos contra todos los dioses, ¿han dejado que yo ni nadie pueda formular acusación más grave? Esas mismas quejas, sabedlo bien, pueden lanzar Cianos, Abydos, Ænos, Maronea, Thasos, Paros, Samos, Larisa y hasta Mesenia, la Mesenia de Acaya; y hasta os denunciarían crímenes más repugnantes y atroces si Filipo hubiese tenido más medios para perjudicarlas. En cuanto á las censuras que nos dirigen, si no son otros tantos títulos de gloria, confieso que renuncio á nuestra justificación. Ha hablado de Reggio, de Capua, de Siracusa. Reggio recibió en sus murallas, durante la guerra de Pirro, una legión nuestra, que los mismos habitantes pidieron para su defensa: aquella legión, en vez de proteger la ciudad, se apoderó de ella por inicua traición. ¿Aprobamos aquel atentado? ¿No perseguimos con nuestras armas á aquellos soldados criminales? Y cuando cayeron en nuestro poder, cuando expiaron bajo las varas y el hacha su perfidia con nuestros aliados, ¿no devolvimos á los habitantes de Reggio su ciudad, sus tierras, todos sus bienes, así como también sus leyes y su libertad? Siracusa gemía bajo el yugo de tiranos extranjeros, cosa indigna; la socorrimos; soportamos cerca de tres años de fatigas, por tierra y por mar, para sitiar aquella poderosa ciudad; y cuando los siracusanos, que se habían resignado á vivir como esclavos, más bien que á rendirse á nosotros, cedieron al fin á nuestras armas y se libertaron del yugo, ¿no les devolvimos su ciudad? Convengo en que la Sicilia es provincia nuestra; aquellas ciudades suyas que abrazaron la causa de Cartago y que unieron su odio con el de nuestros enemigos para hacernos la guerra, nos

pagan hoy tributos é impuestos. Lejos de negarlo, queremos haceros saber, como á todas las naciones, que la suerte de cada pueblo depende de su conducta con Roma. En cuanto al castigo de los campanios, cuando ellos mismos no se atreven á quejarse, ¿podremos deplorarlo nosotros? Por ellos sostuvimos con los samnitas cerca de setenta años de guerra, frecuentemente desastrosa para nosotros; tratados, matrimonios, uniones de familia, derechos de ciudadanía, todo lo hemos empleado para unirlos con nosotros; y en el momento de nuestras desgracias, ellos fueron los primeros de todos los pueblos de Italia que nos hicieron traición, degollando cobardemente á la guarnición romana y entregándose á Anníbal. Más adelante, ellos fueron también los que, furiosos al ver que los sitiábamos, enviaron á Anníbal contra Roma. Si nada quedase de Capua, si no sobreviviese ni uno solo de sus habitantes, nadie podría extrañar tan legítima venganza. El convencimiento de sus crímenes llevó á darse la muerte á muchos más de los que entregamos nosotros á los suplicios. En cuanto á los demás, si les hemos quitado su patria y su territorio, al menos les hemos dado tierras y un asilo; la misma ciudad, inocente de sus culpas, la hemos dejado subsistir, y quien la vea hoy no dirá que fué sitiada y tomada por asalto. ¿Pero á qué hablar de Capua? Vencida Cartago, ¿no ha obtenido de nosotros la paz y la libertad? Así, pues, todo lo que podemos temer es que tanta clemencia con los vencidos aliente con frecuencia á probar contra nosotros la fortuna de los combates. Nada añadiré para nuestra defensa, nada contra Filipo: los parricidios de ese rey han manchado su palacio; los asesinatos de sus parientes y de sus amigos, sus orgías más monstruosas aún que su cruel-

dad, mejor los conocéis vosotros que nosotros, porque sois más vecinos de la Macedonia. Volvamos á lo que os concierne, etolios: por interés vuestro emprendimos la guerra contra Filipo, y, sin consultarnos, hicisteis vosotros la paz. Tal vez diréis que, viéndonos ocupados en combatir á los cartagineses, cedisteis al temor y recibisteis la ley que os imponía el más fuerte. Nosotros también, estrechados por enemigos más terribles, descuidamos á nuestra vez esta guerra, á la que vosotros renunciasteis. Pero hoy que la bondad de los dioses ha puesto fin á la guerra púnica, hemos desplegado todas nuestras fuerzas para abrumar á la Macedonia, y os ofrecemos ocasión de restablecer los lazos de alianza y amistad que nos unen, á menos que preferáis perecer con Filipo á triunfar con los romanos. »

El discurso de Furio hacía inclinarse los ánimos en favor de los romanos, cuando Damócrito, pretor de los etolios, corrompido, según se dice, por el oro de Filipo, sin decidirse por ningún partido, declaró que « en los asuntos de grande importancia, nada era tan funesto como la precipitación, á la que seguía el arrepentimiento, aunque siempre tarde é inútilmente, no pudiendo revocarse ni discutirse ya una resolución tomada de prisa. En cuanto al asunto actual, si tenían el propósito de llevarlo á su madurez, podían desde luego señalar la época de su deliberación. Las leyes prohibían votar la guerra ó la paz en otra parte que en el Panetolico ó Pilaico, no tenían más que decidir en el acto que el pretor convocase lealmente una asamblea cuando quisieran proponer la guerra ó la paz; y cuantas resoluciones se discutiesen y adoptasen en esta reunión, serían tan legales y valederas como si emanasen del Panetolico ó Pilaico ». De esta manera quedó la cuestión

en suspenso, se retiraron los legados, y Damócrito se lisonjeó de haber obrado en interés de los etolios, porque quedaron libres para decidirse por el partido en cuyo favor se declarase la fortuna. Tal fué el resultado de la asamblea de los etolios.

Filipo impulsaba activamente por mar y tierra sus preparativos de guerra, reconcentrando sus fuerzas navales en Demetriades en la Tesalia. Previendo que Atalo y la flota romana abandonarían Egina al comenzar la primavera, encargó á Herecliades el mando de sus naves y de las costas, como lo hizo anteriormente, ocupándose él mismo en reunir sus tropas de tierra, congratulándose por haber quitado á los romanos dos auxiliares poderosos, los etolios por un lado, y por otro los dardanios, porque había hecho que su hijo Perseo cerrase las gargantas de la Pelagonia. El Cónsul no preparaba la guerra, sino que ya se había puesto en campaña y guiaba su ejército por la Dassarecia, llevando con él, pero sin tocarlo, el trigo que había sacado de sus cuarteles de invierno; porque el país bastaba para la manutención del soldado. La mayor parte de las ciudades y de los pueblos se sometieron voluntariamente ó por temor; forzaron algunos; otros los encontraron abandonados por los bárbaros, que se habían refugiado en las montañas inmediatas. El Cónsul se detuvo algún tiempo en Lynco, cerca del río Beuo, desde donde sus merodeadores iban á saquear los graneros de los dassarecios. Filippo veía extenderse en derredor suyo la desolación, y profundo terror se apoderó de los habitantes; pero ignorando hacia qué lado se había inclinado el Cónsul, envió una turma de caballería para que reconociese el camino que había tomado el enemigo. En igual incertidumbre se encontraba

Sulpicio: sabía que el Rey había dejado sus cuarteles de invierno; pero ignoraba por qué lado avanzaba, y había enviado también jinetes á la descubierta. Los dos destacamentos, partidos de lados diferentes, después de vagar por mucho tiempo en la Dassarecia sin conocer su dirección, concluyeron por encontrarse, quedando enterado uno y otro de la proximidad del enemigo por el ruido de hombres y caballos que se oía á lo lejos. Así, pues, mucho antes de encontrarse, estaban preparados para el combate, y en cuanto se vieron, se atacaron con furor, siendo iguales en número y ardimiento. Por una y otra parte eran lo mejor del ejército, y, durante algunas horas, lucharon con igualdad, cesando el combate por el cansancio de los jinetes y los caballos, pero sin que quedase decidida la victoria. Después de perder cuarenta hombres los macedonios y treinta y cinco los romanos, regresaron unos con Filipo y otros con el Cónsul, sin que ni uno ni otro tuviesen mejores datos sobre su posición respectiva. Estas noticias las consiguieron por los transfugas, gentes fáciles de explotar por los que quieren en la guerra sorprender los secretos del enemigo.

Creviendo Filipo que aumentaría la adhesión de sus soldados y su decisión para arrostrar por él los peligros, si cuidaba de hacer enterrar los cadáveres de aquel encuentro, mandó que los llevasen al campamento, para que todos pudiesen contemplar la pompa de sus funerales. Nada hay tan incierto é inexplicable como los caprichos de la multitud: lo que parecía que había de hacerles afrontar con mayor decisión todos los peligros, les infundió terror y desaliento. Hasta entonces solamente habían visto heridas de pica y de flecha y rara vez de lanza, acostumbrados como esta-

ban á no combatir más que con los griegos é ilirios; pero ante aquellos cadáveres mutilados por la espada española, brazos cortados, cabezas completamente separadas del tronco, entrañas descubiertas, y otras muchas heridas igualmente terribles, pensaban con espanto con qué armas y qué hombres iban á encontrarse. El miedo se comunicó al mismo Rey, porque nunca había sostenido contra los romanos una batalla campal. Llamó, pues, con objeto de reforzar su ejército, á su hijo y las tropas que guardaban las gargantas de la Pelagonia, y de esta manera abrió á Pleurato y los dardanos la entrada de la Macedonia. En seguida partió, guiado por los tráfugas, con veinte mil hombres de infantería y cuatro mil caballos; avanzó contra el enemigo y acampó á poco más de doscientos pasos del campamento romano, en una eminencia cercana de Athaco, donde se rodeó de un foso y una empalizada. Dícese que le admiró el aspecto del campamento romano, que dominaba desde la altura, tanto por su magnífico conjunto, como por la distribución ordenada de cada parte, la alineación de las tiendas y anchura de las calles; declarando que seguramente aquel no era un campamento de bárbaros. Durante dos días el Cónsul y el Rey permanecieron en sus fortificaciones esperando mutuamente. Al tercero el Cónsul sacó sus tropas y las formó en batalla.

Temiendo Filipo comprometer un combate general, en el que todo se decide en un momento, destacó cuatrocientos tralos (pueblo ilirio, como ya dijimos) y trescientos cretenses; unió á aquella infantería igual número de jinetes, y los envió bajo el mando de Athenágoras, varón de su corte, á hostigar la caballería romana. El cónsul, que había formado su línea de batalla á poco

más de quinientos pasos, mandó avanzar los vélites y casi dos turmas de caballería, con objeto de oponer al enemigo igual número de infantes y caballos. Las tropas del Rey esperaban un combate como los que conocían, creyendo que habría alternativas de ataques y retiradas; que la caballería lanzaría sus venablos y en seguida volvería bridas; que entonces les serviría mucho la agilidad de los ilirios para correr tras de los romanos y atacarles bruscamente, mientras que los cretenses defenderían con sus flechas los desordenados ataques del enemigo. Esta táctica quedó desconcertada por el choque impetuoso y encarnizado de los romanos, que combatieron como si la batalla hubiese sido general. Los vélites, después de lanzar sus venablos, empuñaron las espadas y vinieron á las manos de cerca; los jinetes, llegando á las líneas enemigas, pararon los caballos, unos para pelear montados, otros para echar pie á tierra y unirse á la infantería. Así, pues, caballería contra caballería, la del Rey llevaba la peor parte, no sabiendo pelear á pie firme, y en cuanto á su infantería, como estaba acostumbrada á voltejear y á correr de un lado á otro, casi desnudos bajo sus armas, no podían resistir á los vélites romanos, que con la espada y el escudo estaban tan bien armados para la defensa como para el ataque. Así fué que los macedonios no opusieron resistencia y buscaron la salvación en la fuga, replegándose hacia su campamento.

Después de un día de intervalo, el Rey, que había decidido comprometer toda su caballería y tropas ligeras, emboscó durante la noche, en paraje favorable para una sorpresa, entre los dos campamentos, un cuerpo de soldados armados con la cetra (1) y llamados

(1) Escudo de cuero.

peltastos. Mandó á su general Athenágoras y la caballería ensayar un ataque abierto, y, si triunfaban, aprovechar la ventaja, y si no, retroceder poco á poco para atraer al enemigo á la emboscada. La caballería retrocedió en efecto, pero los jefes de los peltastos no esperaron la señal, presentándose antes de tiempo y perdiendo así la ocasión de conseguir un triunfo. Los romanos volvieron á su campamento después de haber vencido en la llanura y haberse librado del lazo que les tendían. Al día siguiente dispuso el Cónsul todas sus tropas en batalla, colocando delante de sus líneas algunos elefantes. Era la primera vez que los romanos empleaban aquellos animales, de que se habían apoderado en la guerra púnica. Viendo que el enemigo permanecía escondido detrás de sus fortificaciones, acercóse el Cónsul burlándose de su cobardía, pero no pudo arrastrar á Filipo al combate; y como la proximidad de los campamentos no permitía forrajear con seguridad, y los soldados romanos, dispersos por los campos, podían quedar envueltos de pronto por la caballería macedónica, marchó á ocho millas de allí para poner á sus forrajeros al abrigo de toda sorpresa, estableciendo el campamento en un paraje llamado Ortholopho. Mientras los romanos estuvieron en las cercanías, Filipo permaneció en su campamento, con objeto de alentar á la vez su negligencia y audacia. En cuanto les vió alejarse, salió á la cabeza de toda su caballería y de sus auxiliares cretenses, marchó con toda la rapidez posible á una infantería muy ágil que seguía á la caballería á la carrera, y se situó entre el campamento y los forrajeros. Allí dividió sus tropas y envió parte de ellas en persecución de los romanos dispersos, con orden de no perdonar ninguno; conservando las restantes para ce-

rrar todos los caminos por donde podía el enemigo regresar á su campamento y muy pronto quedaron todos degollados ó fugitivos, sin que nadie hubiese podido aún llevar al Cónsul noticia de aquel desastre. Todos los fugitivos caían en manos del Rey, matando las tropas que cerraban los caminos más que las que recorrían los campos. Al fin escaparon algunos por entre los puestos enemigos, pero llegaron temblando y llevando al campamento más alarma que noticias ciertas.

El Cónsul mandó en seguida á su caballería que marchase á socorrer á sus compañeros por todas partes donde pudiese, y él mismo salió del campamento con las legiones y marchó al enemigo en hueste cuadrada. Los jinetes se dispersaron por la llanura: unos se extraviaron, engañados por los gritos que brotaban por todos lados: otros encontraron al enemigo y se trabó el combate sobre muchos puntos á la vez, siendo especialmente sangriento en el puesto que se encontraba el Rey. Allí eran muy numerosas la caballería y la infantería, formando casi un ejército completo; y como ocupaban el centro del camino, allí dirigieron sus esfuerzos la mayor parte de los romanos. Daba superioridad á los macedonios el hecho de animarles el Rey con su presencia, y que los auxiliares cretenses, formados en cuadro y dispuestos á recibir el primer choque, lanzaron de pronto una lluvia de flechas sobre los romanos dispersos y en desorden. Si hubiesen sabido moderarse en la persecución, habrían conseguido la victoria y hasta la ventaja de triunfar en la guerra. Pero el ardor de la matanza les llevó demasiado lejos, y encontraron las cohortes romanas, que se habían adelantado á las órdenes de los tribunos militares. Los jinetes que huían, en cuanto vieron las enseñas romanas, volvieron contra el ene-

migo desordenado: en un momento cambió de aspecto el combate, y los que perseguían huyeron á su vez, pereciendo unos peleando, otros en la fuga, y si no cayeron todos bajo los golpes de los romanos, fué porque muchos se arrojaron á los pantanos, sepultándose con sus caballos en las profundidades del lodo. El mismo Rey corrió peligro; su caballo, que habia sido herido, cayó, derribándole, y estuvo á punto de quedar prisionero: salvó un jinete, que saltó rápidamente de su caballo, levantó al Rey tembloroso y le colocó en su puesto. En cuanto á él, no pudiendo seguir á los que huían á caballo, cayó atravesado por los golpes de los que habían acudido al ver caer al Rey. Filipo, en su terror, escapó á toda brida á través de los pantanos, practicables ó no, y llegó al fin á su campamento, cuando la mayor parte de sus soldados desesperaban ya de volver á verle. Doscientos jinetes macedonios perecieron en el combate; quedaron prisioneros cerca de ciento y llevaron al campamento romano, con los despojos de los vencidos, ochenta caballos enjaezados.

Hase dicho que aquel día mostró el Rey demasiada temeridad, y el Cónsul muy poca energía; que Filipo debió permanecer tranquilo, sabiendo que todo el campo de alrededor estaba devastado y que al cabo de pocos días los romanos se verían reducidos á la mayor escasez; que, por su parte, el Cónsul, después de haber derrotado la caballería y tropas ligeras del enemigo, y estado á punto de apoderarse del mismo Rey, debió marchar directamente al campamento de los macedonios; porque, en la consternación en que se encontraban, no habrían esperado y podía haber terminado la guerra aquel día. Todo esto es más fácil de decir que de hacer, como ordinariamente sucede. En efecto, si

toda la infantería real hubiese tomado parte en el combate, tal vez en medio del tumulto, cuando los macedonios, vencidos y rechazados por el terror del campo de batalla hasta sus empalizadas, hubiesen visto al enemigo victorioso atravesarlas con él, habría corrido riesgo su campamento de caer en manos de los romanos. Pero toda la infantería había quedado en el campamento; las puertas estaban guardadas, y defendidas las fortificaciones; ¿qué habría ganado el Cónsul en imitar la imprudencia del Rey, que se había lanzado en desorden á perseguir los jinetes romanos? La primera idea del Rey, la de atacar á los forrajeros dispersos por la llanura, no habría sido ni siquiera censurable, si no hubiese querido llevar demasiado lejos sus ventajas. Y tanto menos debe extrañar su resolución de probar fortuna, cuanto que se hablaba de una invasión de Pleurato y los dardanios en Macedonia al frente de considerables fuerzas. Si de esta manera se había dejado envolver Filipo por todas partes, podía creerse que los romanos terminarían la guerra sin combatir. Así fué que, después de este doble fracaso, creyendo Filipo que no se encontraba seguro en aquella posición, decidió decampar, engañando al enemigo acerca de su marcha. Al efecto, al obscurecer envió al Cónsul un parlamentario para pedirle una tregua con objeto de enterrar á los jinetes que había perdido; y, engañando de esta manera á los romanos, partió silenciosamente en la segunda vigilia, dejando muchas hogueras encendidas en toda la extensión del campamento.

Comiendo estaba el Cónsul cuando le anunciaron la llegada del parlamentario y el objeto de su misión; y se limitó á contestar que á la mañana siguiente tendrían tiempo para hablar. Esto era todo lo que deseaba

Filipo, que tuvo toda la noche y parte del día siguiente para adelantarse, penetrando en las montañas, donde estaba seguro de que no le perseguirían los romanos, demasiado pesadamente armados. Al amanecer despidió el Cónsul al parlamentario, concediendo la tregua, y poco después conoció la marcha del enemigo; pero, no sabiendo por dónde perseguirle, permaneció en su campamento, destinando algunos días á hacer provisiones. En seguida marchó á Stubera é hizo reunir allí todos los trigos que había en los campos de la Pelagonia. Desde aquel punto marchó hasta Pluvina, sin saber todavía qué dirección había tomado el enemigo. Filippo acampó primeramente en Bryania; en seguida marchó por caminos de travesía á producir una alarma á los romanos, que se alejaron en seguida de Pluvina, estableciéndose en las orillas del Osfago. El Rey se situó á corta distancia y se fortificó también en las orillas de un río llamado en la comarca Erigono. Pero comprendiendo que los romanos se dirigirían á Eordea, se adelantó para apoderarse de los desfiladeros é impedir que el enemigo forzase la entrada de la provincia, atravesando aquellas estrechas gargantas. Allí levantó empalizadas, cavó fosos, amontonó piedras en forma de murallas y derribó árboles, siguiendo lo que pedía el terreno ó ateniéndose á la naturaleza de los materiales; en un momento se rodeó de fortificaciones, y creyó, construyendo defensas en todas las salidas, haber hecho impracticable aquel paso, naturalmente muy difícil. Casi todas las cercanías estaban cubiertas de bosque, cosa muy desfavorable á la falange macedónica, porque este cuerpo, si no puede formar con sus largas picas una especie de muro de hierro delante de los escudos (porque para esto necesita llanura despejada), es incapaz de

prestar ningún servicio. Tampoco podían los tracios hacer uso de sus romfeas (1), que también son extraordinariamente grandes, y que chocaban por todas partes con las ramas. Solamente podían ser útiles los cretenses; pero este cuerpo, tan temible en un ataque en que el jinete y el caballo se presenten descubiertos á las flechas, no tenía eficacia contra los escudos romanos, que, demasiado fuertes para ser traspasados, nada dejaban descubierta que sirviese de blanco. Así fué que, en cuanto reconocieron la inutilidad de aquel arma, atacaron al enemigo con piedras que se encontraban desparramadas en el valle. El choque en los escudos de aquella granizada de proyectiles, más sonoros que peligrosos, detuvo algún tiempo á los romanos á la entrada del desfiladero; pero muy pronto arrostraron también aquellas nuevas armas: unos, formando la tortuga, se abrieron paso á través del enemigo; otros, por medio de ligero rodeo, llegaron á la cumbre de la montaña, cayeron sobre los puestos macedónicos; desconcertados por aquel ataque, los desemboscaron, y como el terreno estaba lleno de obstáculos y la fuga era difícil, los mataron á casi todos.

Forzado el paso con menos trabajo del que se había supuesto, penetró el ejército en la Eordea, y, después de haber talado todo el campo, se retiró á Elimea. En seguida se lanzó sobre el Orestida y atacó la plaza de Celetro, situada en una península. Un lago rodea las murallas, y no se puede llegar desde tierra firme más que por estrecha calzada. Fuertes los habitantes por su posición, cerraron primeramente las puertas y se negaron á rendirse; pero cuando vieron á los romanos

(1) Alfanje muy grande para manejarlo con las dos manos.

desplegar sus enseñas, avanzar hasta el pie de las murallas formando la tortuga y cubrir con sus huestes toda la calzada, ni siquiera intentaron el combate, y, en su terror, se rindieron á discreción. De Celetro pasó Sulpicio á la Dassarecia, donde tomó por asalto la ciudad de Pelio. Llevóse á los esclavos con el resto del botín, y los hombres libres fueron despedidos sin rescate, devolviéndoles la ciudad, pero dejando en ella fuerte guarnición, porque su posición era muy ventajosa para hacer correrías en Macedonia. Después de recorrer así el territorio enemigo, el cónsul llevó sus fuerzas á Apolinia, país sometido desde mucho tiempo, desde donde partió para ponerse en campaña. A Filipo le habían ocupado las operaciones de los etolios, athamanos, dardanios y todos los enemigos que se habían levantado de pronto por todas partes contra él. En el momento en que los dardanios abandonaban la Macedonia, envió contra ellos á Athanagoras con la infantería ligera y la mayor parte de la caballería, y le encargó perseguir á aquellos bárbaros en la retirada, hostigar su retaguardia y enfriar su ardor por las expediciones exteriores. Damocrito había sublevado á los etolios; aquel mismo pretor que en Neupacta les había aconsejado esperar para decidirse, en la siguiente asamblea fué el primero que les llamó á las armas cuando supo el resultado del combate de Ortholofa, la invasión de la Macedonia por los dardanios y Pleurato á la cabeza de los ilirios, y, en fin, la llegada de la flota romana delante de Orea, y cuando se enteró de que los macedonios, amenazados por tantas naciones vecinas, se encontraban á punto de quedar bloqueados por mar.

Esto era lo que había traído á Damocrito y á los etolios al partido de los romanos. También se les reunió

Amyndro, rey de los athamanos, y marcharon á sitiar á Cercinio. La ciudad había cerrado sus puertas, ignorándose si por fuerza ó voluntariamente, porque tenía guarnición macedónica: al cabo de pocos días fué tomada y quemada. Cuantos sobrevivieron al desastre, hombres libres ó esclavos, fueron arrebatados con el botín. El temor de suerte igual hizo abandonar todas las ciudades de las cercanías del lago Boebis, refugiándose los habitantes en las montañas. No ofreciendo ya el país botín á los etolios (1) lo abandonaron para arrojar sobre la Perrhebia: tomaron por asalto á Cyrencias, que fué indignamente saqueada; Malea se sometió por propia voluntad y entró en la confederación. Amyndro aconsejaba marchar desde la Perrhebia á Gonphos, ciudad lindante con la Athamania y que parecia había de ofrecer débil resistencia. Los etolios preferían las llanuras de la Tesalia, que les ofrecían rico botín. Amyndro les siguió á ellas, aunque no aprobaba ni la resolución, ni el desorden de sus excursiones, ni la indiferencia con que establecían sus campamentos al azar, en el primer paraje que encontraban, y sin tomarse el trabajo de fortificarlo. Así, pues, temiendo por sí mismo y por los suyos algún desastre por efecto de su temeridad y negligencia, cuando les vió acampar en una llanura dominada por la ciudad de Fecada, marchó á establecerse, á poco más de quinientos pasos, en una altura en la que al menos se rodeó de algunas, aunque débiles fortificaciones. En cuanto á los etolios, exceptuando sus devastaciones, apenas parecían recordar que se encontraban en país enemigo: unos vaga-

(1) Los etolios eran unos ladrones, piratas de tierra, que se mezclaban á las guerras de sus aliados para saquear.

ban casi desarmados por los campos; otros permanecían en el campamento sin atender á su defensa, pasando el día y la noche entre el sueño y la embriaguez. De pronto se presentó Filippo. Enterados de su llegada por algunos fugitivos que regresaban temblando de sus excursiones, Damocríto y los otros jefes se pusieron en movimiento. Era el mediodía: la mayor parte de sus soldados, repletos de alimentos, dormían tendidos en el suelo. Despertáronles, les hicieron tomar las armas y enviaron los más ágiles en todas direcciones para llamar á los merodeadores dispersos por los campos. Tan grande fué la confusión, que salieron del campamento jinetes sin espada y la mayor parte sin coraza. Arrastrados con este apresuramiento y formando apenas entre peones y jinetes un cuerpo de seiscientos hombres, cayeron en medio de la caballería del Rey, que tenía las ventajas del número, del valor y de las armas; por esta razón fueron derrotados al primer choque, y, casi sin tratar de defenderse, huyeron cobardemente hacia su campamento. La caballería, que les separó del resto de los fugitivos, hizo algunos muertos y prisioneros.

Filipo casi tocaba ya á las empalizadas cuando mandó tocar retirada. Hombres y caballos estaban fatigados, no tanto por el combate, como por la larga jornada y extraordinaria rapidez de la marcha. Sucesivamente envió á cada turma de caballería y á cada manípulo de infantería á sacar agua y á comer; otros quedaron con las armas en sus puestos esperando á la infantería pesadamente armada, que tenía que caminar despacio. En cuanto llegó recibió orden también de clavar sus enseñas, colocar delante las armas y comer apresuradamente, mientras que dos ó tres manípulos á lo sumo

irían en busca de agua. Entretanto la caballería é infantería ligera permanecían formadas en batalla, dispuestas para el caso en que el enemigo hiciera algún movimiento. Los etolios, cuyos destacamentos dispersos habían regresado al campamento, se mostraron dispuestos entonces á defenderse: colocaron soldados cerca de las puertas y á lo largo de las empalizadas, y demostraron mucha resolución mientras el enemigo permaneció inmóvil y se encontraron fuera de su alcance. Pero cuando se movieron las enseñas y los macedonios se acercaron al campamento ordenadamente y dispuestos al asalto, en el instante mismo abandonaron las puertas, huyendo por la espalda de las empalizadas hacia la altura que ocupaban los athamanos. En aquella precipitada carrera cayeron muchos etolios muertos ó prisioneros. De estar menos adelantado el día, hubiese podido Filipo, sin duda alguna, forzar también el campamento de los athamanos; pero el combate, y después el saqueo del campamento, le ocuparon demasiado; detúvose, pues, al pie de la montaña, en la llanura inmediata, decidido á comenzar el ataque al amanecer el día siguiente. Cediendo los etolios al terror que les había arrojado ya de su campamento, se dispersaron y huyeron durante la noche. Amyndro les fué entonces muy útil: al frente de los athamanos, que conocían los caminos, marchó por las crestas de las montañas, por senderos desconocidos á los que le perseguían, y llevó los etolios á su país. En aquella derrota tan completa se extraviaron muy pocos, cayendo en medio de la caballería macedónica que Filipo, al ver desde muy temprano abandonada la altura, envió para hostigar la marcha del enemigo.

Al mismo tiempo el general de Filipo, Athenágoras,

alcanzó á los dardanos en el momento en que entraban en su territorio, y puso en desorden su retaguardia. Los dardanos volvieron caras, se formaron en batalla y trabaron combate regular, cuyo resultado quedó incierto; pero cuando volvieron á ponerse en marcha, la caballería y las tropas ligeras del rey les inquietaron mucho. Los dardanos no tenían recursos del mismo género: iban cargados con armas demasiado pesadas y no podían moverse, y hasta el terreno favorecía al enemigo. Tuvieron pocos muertos, muchos más heridos y ningún prisionero, porque no abandonan imprudentemente las filas: combaten y se retiran en masa. Así, pues, las pérdidas que experimentó Filipo combatiendo con los romanos, las había reparado castigando con afortunadas expediciones dos naciones enemigas, y su empresa había sido tan feliz como arriegada. Una circunstancia casual disminuyó después el número de los etolios enemigos. Scopas, uno de los jefes del país, enviado desde Alejandría por el rey Ptolomeo con considerable cantidad de oro, levantó seis mil infantes y un cuerpo de caballería mercenaria que se llevó á Egipto. Toda la juventud etolia hubiese partido con él si Damocrito no les hubiese recordado la guerra que les amenazaba y el abandono en que iba á encontrarse el país. Ignórase si obraba así por interés del bien público ó por oposición á Scopas, que no le había ganado con algunos regalos; pero sus observaciones retuvieron á parte de los jóvenes. Tales fueron los acontecimientos de aquella campaña entre los romanos y Filipo.

La flota que partió de Corcyra al comenzar aquella misma campaña, bajo las órdenes del legado L. Apustio, dobló el cabo Malea, y se reunió con la del rey Atalo, cerca del promontorio Scyleón, en el territorio de Her-

mión. El odio de los atenienses contra Filipo, largo tiempo contenido por el miedo, desbordó por completo á la llegada de aquel poderoso socorro. Nunca ha carecido Atenas de gentes dispuestas á sublevar al pueblo con su palabra; esta clase de gentes se encuentra en todas las ciudades libres; pero especialmente en Atenas, patria de la elocuencia donde el favor de la multitud les alienta. Así, pues, inmediatamente se propuso una ley que adoptó el pueblo y que decía: «que se suprimirían y destruirían todas las estatuas de Filipo, sus imágenes con sus inscripciones y las de sus antepasados de los dos sexos; suprimiríanse como profanos todos los días festivos, los sacrificios y los sacerdotes instituidos en honor suyo; quedaría maldito todo paraje donde se encontrara algún objeto, alguna inscripción en honor suyo; no se permitiría alzar en él ningún monumento de los que no pueden construirse sino en paraje exento de mancha; los sacerdotes, en todas las plegarias que dirigiesen á los dioses por el pueblo ateniense, por sus aliados, por sus ejércitos y sus flotas, pronunciarían imprecaciones y maldiciones contra Filipo, sus hijos, su reino, sus tropas de tierra y mar contra toda la nación macedónica y hasta contra su nombre.» Añadióse «que el pueblo ateniense aceptaría toda proposición encaminada á escarnecer y deshonar el nombre de Filipo, pero que podría recibir la muerte por su crimen el que se atreviese á decir una palabra ó á intentar algo para disculparle ó para honrarle.» Concluyóse decretando «que se pondrían en vigor contra Filipo todas las disposiciones que se tomaron en otro tiempo contra Pisistirátides.» De esta manera empleaba Atenas las únicas armas de que disponía: palabras y escritos para hacer guerra á Filipo.

Atalo y los romanos marcharon primeramente de Hermión al Pireo; permanecieron allí algunos días y les colmaron de decretos honrosos, en los que el entusiasmo del pueblo ateniense por sus aliados corría parejas con sus anteriores odios contra sus enemigos. Desde el Pireo hicieron rumbo hacia Andros. Habiendo anclado la flota en el puerto llamado Gaureleón, hizose sondear las disposiciones de sus habitantes para saber si preferían entregar voluntariamente su ciudad ó sostener el asalto. Contestaron que ocupaba la fortaleza guarnición macedónica y que no eran ellos los dueños. En seguida desembarcaron las tropas y todas las máquinas necesarias para un sitio, y poco después se acercaron á la plaza, cada cual por su lado, Atalo y el legado romano. Lo que más asustó á los griegos fueron aquellas enseññas y aquellas armas que veían por primera vez y la intrepidez de aquellos guerreros que con tanta decisión marchaban hacia las murallas. En el acto huyeron á la fortaleza, y los romanos se apoderan de la ciudad. La fortaleza resistió dos días, gracias á su posición más que al valor de sus defensores, rindiéndose al tercero; los habitantes y la guarnición quedaron en libertad para pasar á Delio en Beocia con un solo vestido cada uno. Los romanos la cedieron al Rey, reservándose el botín y todos los ornamentos de la ciudad. Temiendo Atalo encontrarse dueño de una isla desierta, persuadió á casi todos los macedonios y á muchos habitantes de Andros á permanecer allí. Más adelante, los que, por consecuencia de la capitulación, se habían trasladado á Delio, regresaron, excitados tanto por las promesas del Rey, como por el deseo de volver á la patria, que les llevaba á confiar más en su palabra. De Andros pasaron á Cythnos, donde perdieron inútilmente muchos

días sitiando la ciudad, y como era plaza sin importancia, se hicieron á la vela. En Prasias (costa del Ática) se reunieron á la flota veinte barcas de iseos, enviándoles á talar los campos de Carpeto y esperaron su regreso en Geresto, notable puerto de Eubea. En seguida toda la flota ganó la alta mar, pasó por Scyros y abordó á Icos, donde la retuvo algunos días fuerte viento norte. En cuanto mejoró el tiempo, pusieron rumbo á Sciathos, ciudad que antes tomó y saqueó Filipo. Los soldados se dispersaron por los campos y trajeron á las naves el trigo y víveres que pudieron encontrar; botín no podía esperarse; y además, los griegos no habían merecido que les maltratasen. Dirigiéronse entonces á Casandrea, y fondearon primeramente en Mendis, caserío marítimo dependiente de la ciudad; después, cuando hubieron doblado el promontorio y quisieron aproximarse á las murallas de la plaza, estalló tremenda tempestad; las olas casi sepultaron las naves, dispersas y despojadas de casi todas sus jarcias; los soldados se refugiaron en la plaza. Este desastre marítimo fué precursor del que les esperaba en tierra. Cuando se reunió la flota y desembarcaron los soldados, los aliados atacaron la ciudad; pero fueron muy maltratados y rechazados por la guarnición macedónica, que era muy numerosa. Después de esta infructuosa tentativa se reembarcaron, pasaron por Canastrea, Palenes, doblaron el cabo Toroneo y se dirigieron á Acantho, devastando su campo, tomando y saqueando la ciudad. Allí se detuvieron las correrías; la flota estaba ya repleta de botín, y volvieron por el camino que habían seguido, llegando á Sciatos y de allí á la Eubea.

La flota permaneció allí, mientras que diez naves

ligeras penetraban en el golfo Maliaco para concertar con los etolios las operaciones de la guerra. Sipyrricas era el jefe de la legación etolia que marchó á Heraclea para conferenciar con el Rey y el Legado romano. Según el tratado de alianza, pidió á Atalo un socorro de mil soldados, número de hombres que este príncipe debía suministrarles en caso de guerra con Filipo. Atalo se negó á ello, porque los mismos etolios habían mostrado repugnancia á ponerse en campaña para devastar la Macedonia, cuando Filipo incendiaba los templos y casas en las cercanías de Pérgamo (1) y podían haberle atraído á sus propios estados por medio de vigorosa demostración. Pero los romanos hicieron muchas promesas á los etolios, que se retiraron con esperanzas y sin socorros. Apustio y Atalo volvieron á la flota, proponiéndose sitiar á Orea, plaza defendida por buenas murallas y fuerte guarnición desde que tuvo que sostener otro ataque. Después de la toma de Andros se les había reunido el prefecto rodiano Agesimbrotos, con veinte naves cubiertas; enviáronle con estas naves á estacionar delante del cabo Zelasio, en la Isturia, ventajosa posición que domina á Demetriades, y desde donde los rodios podían socorrer á los sitiadores al menor movimiento de la flota macedónica. Heraclides, que la mandaba en nombre del Rey, tenía sus naves ancladas, acechando algún descuido de los enemigos, encontrándose demasiado débil para obrar á viva fuerza. Los romanos y Atalo estrechaban á Orea por dos lados diferentes: los primeros por la fortaleza inmediata al mar, y Atalo por el valle que se extiende

(1) Pérgamo tenía, entre otros, un templo á Venus y un Nicephorium ó bosque sagrado, debido á la piedad de Eumena, y que los macedonios saquearon y devastaron.

entre las dos fortalezas, donde la ciudad se encuentra defendida también por una muralla interior. La diferencia de posiciones exigía diferencia en el ataque. Los romanos empleaban la tortuga, el mantelete y el ariete para quebrantar las murallas; los soldados del Rey se servían de balistas, catapultas y máquinas de todo género para lanzar dardos y hasta piedras enormes, sin descuidar la mina ni ningún otro medio cuya utilidad quedó demostrada en el primer sitio. Por lo demás, la guarnición macedónica que defendía la ciudad y las fortalezas, no solamente era más numerosa, sino que también tenía más serenidad y bravura, recordando los castigos que les impuso el Rey por la primera falta, sus amenazas y promesas para lo venidero; así era que los sitiadores tenían pocas esperanzas de apoderarse de ella por sorpresa. Apustio, sin embargo, creyó poder intentar alguna otra empresa; dejó las fuerzas suficientes para activar los trabajos del sitio, pasó á la costa más inmediata del continente, cayó de improviso sobre Larisa, no la famosa Larisa de Tesalia, sino la que los griegos llaman Cremasta, y se apoderó de ella, menos de la fortaleza. Atalo, por su parte, sorprendió á Egeleón, que no podía esperar aquel ataque durante el sitio de una ciudad inmediata. Ya habían terminado todos los trabajos delante de Orea, y la guarnición estaba extenuada en el interior por fatigas continuas, por la continua vigilancia diurna y nocturna, y, en fin, por las heridas. Quebrantada la muralla por los golpes del ariete, se había derrumbado en varios puntos, y por esta brecha penetraron de noche los romanos en la fortaleza, pasando por más arriba del puerto. Al amanecer, y á una señal dada por los romanos desde lo alto de la fortaleza, Atalo atacó también la ciudad,

cuyas murallas estaban en gran parte derribadas. La guarnición y los habitantes se refugiaron en la otra fortaleza, donde se rindieron dos días después. La ciudad quedó para él, y los prisioneros para los romanos.

Acercábase ya el equinoccio de otoño, época en que los marineros temen el golfo de Eubea, llamado Cela en el país. Los vencedores quisieron salir de él antes de las tempestades del invierno, y regresaron al Pireo, de donde partieron al comenzar la campaña. Apustio dejó allí treinta naves, dobló el cabo Maleo y puso rumbo á Corcyra. Atalo permaneció allí durante la celebración de los misterios de Ceres (1), á los cuales asistió; y después de la fiesta partió para el Asia, enviando á los rodios y á Agesimbrotó á su patria. Estos fueron los acontecimientos realizados por mar y tierra en aquella campaña del Cónsul romano y de su Legado, con el auxilio de Atalo y de los rodios, contra Filipo y sus aliados. C. Aurelio, el otro cónsul, no llegó á su provincia hasta que estuvo terminada la guerra, por lo que no pudo ocultar su disgusto al pretor que había vencido en ausencia suya. Relególe á la Etruria, entró con las legiones en territorio enemigo, y causó estragos, recogiendo rico botín, pero alcanzando poca gloria en aquella expedición. Viendo L. Furio que nada tenía que hacer en la Etruria, é impaciente además por triunfar de los galos, creyó que le sería más fácil conseguirlo en ausencia del Cónsul, cuyo resentimiento y envidia podía temer; llegó, pues, inopinadamente á Roma, convocó al Senado en el templo de Belona, dió

(1) Los grandes misterios de que se habla aquí, se celebraban en el mes de boedromión, Septiembre; comenzaban el 15, y duraban nueve días.

cuenta de sus hazañas y solicitó el honor de entrar en triunfo en la ciudad.

Seducía á la mayor parte de los senadores el brillo de aquellas victorias ó el cariño que le profesaban. Los más ancianos rechazaban su petición « porque el ejército con que había vencido no era el suyo, y porque había abandonado su provincia para venir á arrancar por sorpresa el triunfo que deseaba, conducta que no tenía ejemplo hasta entonces. » Los consulares especialmente sostenían « que debía haber esperado al Cónsul, establecer su campamento cerca de Roma, proteger la colonia, pero no dar batalla, y ganar tiempo hasta la llegada de aquel magistrado; que al Senado correspondía hacer lo que el Pretor no había hecho; que era, pues, necesario esperar al Cónsul, y que, después de haber oído discutir personalmente á Furio y Aurelio delante de ellos, podrían decidir con mayor seguridad. » La mayoría del Senado opinaba « que solamente debía atenderse al éxito, y ver si como magistrado y bajo sus propios auspicios lo había conseguido Furio. » Cuando de dos colonias opuestas como diques al torrente de los galos, una había sido saqueada y quemada; cuando el incendio iba á comunicarse ya á la otra, que estaba tan próxima que, por decirlo así, se tocaban los techos de las casas, ¿qué debió hacer el Pretor? ¿Para obrar era necesario esperar al cónsul? En este caso, el Senado había hecho mal en dar un ejército al Pretor; porque, si no quería que el ejército del Pretor, sino el del Cónsul, fuese el que hiciera la guerra, pudo terminar el senatusconsulto con esta cláusula expresa: ó el Cónsul era culpable por no haber partido después de haber mandado á su ejército que pasase de la Etruria á la Galia, y no habersele

adelantado en Ariminio para dirigir la marcha de una guerra que él solamente tenía derecho á hacer. En campaña no se sujetan las ocasiones á los retrasos y lentitudes de los generales; frecuentemente había que combatir, no porque se quisiera, sino porque el enemigo imponía la necesidad. Debía considerarse la batalla y su afortunado éxito; el enemigo había sido derrotado y deshecho; su campamento cogido y saqueado; libertada la colonia sitiada; recobrados y devueltos á sus familias los prisioneros que había hecho en la otra colonia, y la guerra terminada de un solo golpe. No solamente se habían regocijado los hombres por esta victoria, sino que, en honor de los dioses inmortales, se habían decretado tres días de acciones de gracias por el feliz éxito que el pretor L. Furio había obtenido en su mando, y no para expiar sus faltas y temeridad. Además, los destinos habían señalado en cierto modo á la familia de los Furios para combatir á los galos.*

Esta clase de oraciones, pronunciadas por el mismo Furio y sus amigos, y el favor que le aseguraba su presencia, triunfaron sobre la dignidad del cónsul ausente, y se le concedió el triunfo por gran mayoría. El pretor L. Furio triunfó de los galos durante su magistratura. Entregó al Tesoro trescientas mil libras de peso de bronce y ciento setenta mil de plata. Ningún cautivo marchaba delante de su carro; no le precedían despojos ni le seguían soldados, viéndose que, á excepción de la victoria, todo estaba en manos del Cónsul. P. Cornelio Scipión hizo celebrar en seguida, con grande magnificencia, los juegos que había ofrecido durante su consulado en África. Designáronse tierras á sus soldados; decretóse que por cada año de servicio en España ó en Africa recibiría cada uno dos yugadas, y que los

decenviros harían la distribución. Nombráronse en seguida triunviros encargados de completar la población de la colonia de Venusia, diezmada por la guerra de Aníbal, siendo elegidos C. Terencio Varrón, T. Quincio Flaminio y P. Cornelio Scipión, hijo de Eneo, quienes alistaron nuevos colonos. En este mismo año, C. Cornelio Cethego, procónsul en España, derrotó numeroso ejército enemigo en el campo sedetano (1); dicese que quedaron en el suelo quince mil españoles, y que se cogieron setenta y ocho enseñas. El cónsul C. Aurelio había regresado de su provincia á Roma para presidir los comicios, y no se quejó, como se temió al principio, «de que el Senado no le había oído, ni se había permitido á un cónsul discutir contra un pretor; pero atacó el senatusconsulto que concedía el triunfo, cuando solamente se había escuchado al que debía triunfar y no á los que habían tomado parte en el combate. Cuando los altopasados establecieron que los legados, los tribunos militares, los centuriones y hasta los soldados asistirían al triunfo, quisieron que su presencia fuese claro y público testimonio de las hazañas de aquel á quien se consideraba digno de tan alto honor. De todo el ejército que había combatido contra los galos, ¿había allí algún soldado, algún criado al menos á quien el Senado pudiera interrogar acerca de la verdad ó falsedad de las aserciones del Pretor?» Aurelio señaló en seguida el día de los comicios, en los que se crearon cónsules á L. Cornelio Lentulo y P. Vilio Tappulo; en seguida se nombraron pretores á L. Quincio Flaminio, L. Valerio Flacco, L. Vilio Tappulo y Cn. Bebio Tamfilo.

(1) Los sedetanos ó edetanos eran un pueblo de la Tarraconesa, cercano al mar. Entre sus ciudades principales se contaban Edela y Valencia.

Este año estuvo también muy barato el trigo. La considerable cantidad de granos que se trajo de Africa la distribuyeron al pueblo los ediles curules M. Claudio Marcelo y Sex. Elio Peto, al precio de dos ases el modio. Estos magistrados celebraron también con mucha pompa los juegos romanos, pero no repitieron esta representación más que una vez. Con los productos de las multas hicieron colocar en el tesoro cinco estatuas de bronce. Los ediles L. Terencio Masiliota y Cn. Bebio Tamfilo, pretor designado, celebraron tres veces los juegos plebeyos completos. Con ocasión de la muerte de M. Valerio Levino, sus hijos Publio y Marco dieron aquel año en el foro juegos fúnebres que duraron cuatro días: añadiéronles un combate de gladiadores, presentándose en la arena veinticinco parejas. M. Aurelio Cotta, decenviro de los sacrificios, murió, reemplazándole Manio Acilio Glabrion. En los comicios se había elegido para ediles curules dos ciudadanos que se encontraban en la imposibilidad de entrar en cargo inmediatamente: era uno C. Cornelio Cethego, elegido durante su ausencia, y que mandaba entonces en España; el otro, C. Valerio Flacco, aunque presente, era sacerdote de Júpiter (1) y no podía prestar juramento. Ahora bien: ningún magistrado podía ejercer más de cinco días, si no había prestado juramento. Flacco pidió se le dispensase de la ley, y el Senado decretó que si, con el consentimiento de los cónsules, presentaba un edil que jurase por él, los cónsules invitarían á los tribunos para que hiciesen que el pueblo aceptase aquel juramento. Flacco presentó á su hermano L. Valerio, pretor desig-

(1) Estaba prohibido á este sacerdote prestar ningún juramento.

nado, para que prestase juramento en su lugar; los tribunos consultaron al pueblo, y el pueblo decretó que aquel juramento era tan válido como si le hubiese prestado el edil en persona. En cuanto al otro edil, ante la proposición que hicieron los tribunos de enviar dos generales nuevos á mandar los ejércitos en España, dióse un plebiscito disponiendo que el edil curul C. Cornelio regresase á Roma para ejercer su cargo, y que L. Manlio Acidino dejase una provincia que tenía desde tantos años. El pueblo envió á España á Cn. Cornelio Lentulo y L. Stertinio con el título de procónsules.

FIN DEL LIBRO XXXI.



LIBRO XXXII.

SUMARIO.

Prodigios anunciados en Roma.—Victoria de T. Quincio sobre Filipo.—Devastación de la frontera de Tesalia.—Combate naval de L. Quincio Flaminio: sus consecuencias.—Entran los aqueos en el número de los aliados de Roma.—Descúbrese y se castiga una conjuración de esclavos.—Auméntase á diez el número de los pretores.—Sangrienta derrota de los galos insubrios.—Alianza con el tirano Nabis y los lacedemonios.—Toma de muchas plazas de Macedonia.

Los cónsules y pretores habían entrado en cargo en los idus de Marzo (1), y sortearon las provincias, tocando la Italia á L. Cornelio Lentulo, y á P. Vilio la Macedonia. En cuanto á los pretores, L. Quincio obtuvo la jurisdicción urbana; Cn. Bebio fué designado para Ariminio; L. Valerio para la Sicilia, y L. Vilio para la Cerdeña. El cónsul Lentulo recibió orden de levantar dos legiones nuevas; Vilio debía tomar las de P. Sulpicio, pero se le permitió alistar cuantos hombres necesitase para completarlas. El pretor Bebio debía

(1) El 15 de Marzo, año de Roma 554, antes de J. C. 199.

tomar el mando de las dos legiones que había tenido á sus órdenes el cónsul C. Aurelio, y conservarlas hasta que llegase Lentulo á reemplazarle con los soldados nuevos. En cuanto llegase el Cónsul á la Galia, todos los soldados licenciados debían ser enviados á sus hogares, exceptuando cinco mil aliados que quedarían en las cercanías de Ariminio, número que se consideraba suficiente para guardar la provincia. Prorrogóse el mando á los pretores del año anterior; á Cn. Sergio para que distribuyese las tierras á los soldados que por mucho tiempo habían hecho la guerra en España, Sicilia y Cerdeña; á Q. Minucio para que terminase en el Brucio (1) las investigaciones que con tanto celo é integridad había hecho durante su pretura contra los profanadores de Locros; teniendo el encargo de llevar á esta ciudad, para que recibiesen el castigo, los que había hecho trasladar á las prisiones de Roma como convictos de sacrilegio, y de vigilar por la restitución de todos los objetos robados al templo de Proserpina (2) y de ordenar las expiaciones convenientes. Por decreto de los Pontífices, se dió comienzo otra vez á las ferias latinas (3), porque habían llegado legados quejándose

(1) Habiendo sido los habitantes del Brucio los primeros que abrazaron la causa de Annibal, y no habiendo pasado hasta muy tarde al partido de los romanos, habían venido á ser objeto de desprecio para éstos. Según Aulo Gelio, por medio de una ley expresa se les obligaba á desempeñar los cargos más humillantes, y en todas ocasiones el Senado desplegó contra ellos extraordinaria severidad.

(2) Este templo de Proserpina, en Locros, era el mismo que en vano quiso saquear Pirro.

(3) Tarquino el Soberbio estableció estas fiestas para cimentar su alianza con los hérnicos, volscos y latinos. Convínose entre estos pueblos que todos los años enviarían legados al monte Albano, que cesarían todas las hostilidades y se ofrecería en

ante el Senado de que no les habían entregado, según costumbre, su parte de las víctimas inmoladas en el monte Albano. Recibióse de Suesa la noticia de que el rayo había caído en dos puertas de la ciudad y la muralla, que se extiende de una á otra; refirieron otros enviados que había caído el fuego del cielo en Formio y Ostia sobre el templo de Júpiter, en Veliterno sobre los de Apolo y Sanco, y que había brotado un cabello á Hércules en su templo. Desde el Brucio participó el propretor Minucio que había nacido un potro con cinco patas, y tres pollos con tres cada uno. Poco después, el procónsul P. Sulpicio escribía una carta desde Macedonia, en la que, entre otros particulares, hablaba de un laurel que había brotado en la popa de una nave larga. Con ocasión de los primeros prodigios, el Senado había decretado que el Cónsul ofrecería víctimas mayores á aquellos dioses que creyese necesario aplacar. Pero en cuanto al último, llamaron los arúspices á la curia, y por su contestación se dispuso un día de rogativas y se celebraron sacrificios en todos los altares.

En este año llevaron los cartagineses á Roma el primer dinero del tributo que les habían impuesto. Dos cuestores declararon que aquel dinero no era de buena

sacrificio común á Júpiter Lacial. Cada una de las cuarenta y tres ciudades que formaban parte de aquella confederación contribuía á los gastos de la fiesta enviando, una, leche; otra, corderos, etc. Cada una recibía también parte del toro inmolado á nombre de todas. Con esta institución quiso acostumar el Rey á los pueblos del Lacio á considerar á Roma como capital del país. La fiesta la presidía un senador romano.

Las ferias latinas eran anuales, sin tener días designados. El Senado y los cónsules señalaban anticipadamente la época de su celebración, y cuando se tardaba mucho en celebrarlas, el pueblo atribuía á esta negligencia todas las desgracias que ocurrían en el año.

ley, y cuando se hizo el ensayo se encontró con la cuarta parte de aleación. Los cartagineses hicieron un empréstito en Roma para suplir la falta, y en seguida pidieron al Senado la devolución de sus rehenes; accedieron á devolver ciento y se les hizo esperar la libertad de los demás, si Cartago permanecía fiel á los tratados. Entonces solicitaron, en cuanto á los rehenes detenidos, su traslación de Norba, donde se encontraban muy mal, á otro punto, y se les llevó á Signia y Ferentino. Los habitantes de Cádiz consiguieron también, á petición suya, que no les enviasen prefecto, lo cual era contrario á la capitulación que firmaron con L. Marcio Septimio cuando estaban sometidos al pueblo romano. Los legados narnienses se quejaban de que el número de colonos no era suficiente, y que mezclándose á la población muchos extranjeros, se hacían pasar por colonos; y se ordenó al cónsul L. Cornelio que nombrase triunviros para examinar el asunto. Los magistrados elegidos fueron los hermanos P. y Sex. Elio, denominados Petos los dos, y C. Cornelio Lentulo. El favor concedido á los narnienses, y cuyo objeto era completar el número de los colonos, lo reclamaron los de Cosa, pero se les negó.

Después de terminar los negocios que les retenían en Roma, los Cónsules partieron para sus provincias. Al llegar P. Vilio á Macedonia, encontró amotinados los soldados; la irritación era profunda y duraba muchos días ya, por no haber atendido á comprimirla en su origen. Los amotinados eran dos mil hombres, que, después de la derrota de Anníbal, habían sido trasladados como voluntarios de África á Sicilia, y cerca de un año después á Macedonia. Estos pretendían no haber sido dueños de la elección. 'Sus tribunos, decían, les

habían embarcado á pesar suyo; pero fuese voluntario ó forzado su servicio, el tiempo estaba cumplido, y era justo que las fatigas de la guerra tuvieran término. Hacía muchos años que no habían visto la Italia; habían envejecido sobre las armas en Sicilia, África y Macedonia; se encontraban extenuados por los trabajos y campañas y debilitados por sus numerosas heridas.* El Cónsul les dijo: *Que podían esperar se recibiese bien su petición de licenciamiento si la presentaban con moderación; pero que ni las razones que alegaban, ni ningunas otras, justificaban el motín. Si querían reducirse al orden y obedecer al mando, escribiría al Senado para que les licenciase, porque la sumisión era medio más seguro que el motín para conseguir lo que deseaban.*

Filipo reconcentraba entonces todos sus esfuerzos sobre Thaumacia, que tenía sitiada; había mandado construir fortificaciones y manteletes, y se preparaba á batir las murallas con el ariete; pero la repentina llegada de los etolios le obligó á desistir de su empresa. Los etolios, á las órdenes de Arquidamo, atravesaron las líneas de los macedonios, penetraron en la plaza y atacaron día y noche, con salidas continuas, los puestos y los trabajos del enemigo. La naturaleza del terreno les favorecía. Cuando se llega de las Termópilas y del golfo Maliaco por Lamia (1), vese Thaumacia sobre las alturas llamadas Cela, que dominan el desfiladero; pero cuando se pasa por los pedregosos caminos de la Tesalia, ó se siguen las revueltas de sus valles, vese de

(1) Lamia, hoy Lamina, célebre por la guerra que sostuvieron los griegos en sus inmediaciones contra los macedonios, bajo los sucesores de Alejandro, y que del paraje tomó el nombre de guerra lámica.

pronto, al acercarse á la ciudad, extenderse á su pie, como vasto mar, inmensa llanura, cuya extensión apenas pueden abarcar los ojos. Este admirable punto de vista ha valido á Thaumacia el nombre que lleva (1). La ciudad debe su seguridad, no solamente á su altura, sino también á que la roca sobre que descansa está cortada á pico por todos lados. Estas dificultades y la seguridad de que aquella conquista, por importante que fuese, no recompensaría las fatigas y trabajos que podría costarle, decidieron á Filippo á levantar el sitio. Además, acercábase el frío cuando se alejó para llevar sus tropas á invernar en Macedonia.

Allí tuvo su ejército todo el tiempo necesario para recobrar fuerzas y valor. Pero Filippo, aprovechando la estación para descansar de tantas marchas y combates, ocupábase mucho del resultado definitivo de una guerra en la que tenía que temer no solamente á los enemigos que le estrechaban por mar y tierra, sino á sus aliados y hasta sus mismos súbditos, de los que unos podían hacerle traición con la esperanza de conseguir la amistad de Roma, y otros dejarse seducir por los atractivos de un cambio. Envió, pues, embajadores á Acaya para exigir en su nombre el juramento que los habitantes se habían obligado á prestarle anualmente, y para entregar al mismo tiempo á los aqueos Orcomena, Herea y Trifilia, y á los elcenos, Alífera. Estos últimos pretendían que esta ciudad jamás había pertenecido á la Trifilia y que se les debía devolver, porque era una de las que había designado la Asamblea general para que concurriese á la fundación de Megalópolis (2). Filippo conso-

(1) Θαυμα, prodigio, espectáculo asombroso.

(2) Sabido es que esta ciudad de la Arcadia, llamada actualmente Leontarí ó Leondario, la fundó Epaminondas, que quiso

lidaba por medio de estas restituciones su alianza con los aqueos. En cuanto á los macedonios, se aseguró su adhesión con el castigo de Heraclides (1): viendo que los numerosos crímenes que había cometido le habían hecho objeto de la animadversión pública, mandó encarcelarle, con gran contentamiento de sus súbditos. En seguida se ocupó con más actividad que nunca de los preparativos de guerra, ejercitando en las armas á los macedonios y á las tropas mercenarias. Al comenzar la primavera hizo partir con Athenagoras todos los auxiliares extranjeros y cuantas tropas ligeras tenía para que marchasen por el Epiro á Caonia y ocupasen los desfiladeros cercanos de Antigonia, y que los griegos llaman Stena. Pocos días después, él mismo se puso en marcha con el grueso del ejército. Después de reconocer la configuración del terreno, consideró que no podía encontrar posición mejor para fortificarse que las

reunir en un centro común las fuerzas demasiado dispersas de la liga arcadiana contra los macedonios. Para conseguir este objeto, persuadió á todas las ciudades y pueblos á que enviaran á la nueva ciudad la mayor parte de sus habitantes, hacia el año 572 antes de J. C.

(1) Este Heraclides había nacido en Tarento, de familia de la última clase del pueblo. Fué expulsado de su patria por haber querido entregarla á los romanos. Poco tiempo después de refugiarse entre éstos, tramó nuevas conspiraciones con Aníbal y los tarentinos. Expulsado por segunda vez, se refugió cerca de Filipo, que le otorgó plena confianza. Polibio dice de él: «Este hombre tuvo desde su nacimiento todas las disposiciones necesarias para llegar á ser un malvado; desde su primera edad se entregó á toda clase de infamias. Altivo y terrible con sus inferiores, bajo y rastrero con los que estaban por encima de él, consiguió tal favor con el Rey de Macedonia, y le hizo cometer tales crímenes, que casi fué causa de la completa ruina de su importante reino, por descontento que causaron, tanto en Macedonia como en Grecia, sus injusticias y violencias.»

orillas del Aous, río que corre en un valle estrecho, entre dos montañas llamadas por los habitantes Eropo y Asnao, y que solamente ofrece estrecho sendero entre sus riberas. Filipo mandó á Athenagoras que se estableciese sobre el Asnao con las tropas ligeras y que se fortificase, marchando él á acampar sobre el Eropo. Colocó destacamentos poco numerosos por el lado donde se encontraban rocas á pico, defendió los puntos más accesibles por medio de fosos, trincheras y torres, é hizo colocar en los parajes convenientes considerable número de máquinas, para rechazar al enemigo con armas arrojadas. Con objeto de intimidar al enemigo y alentar á los macedonios con aquella prueba de confianza, hizo colocar su tienda delante de las fortificaciones, en la altura más visible.

Caropo el Epirota había enterado al Cónsul de la naturaleza de los desfiladeros que ocupaba el Rey con su ejército. Después de pasar el invierno en Corcyra, desembarcó en las playas del continente en los primeros días de la primavera, y marchó directamente al enemigo. Cuando llegó á unas cinco millas del campamento de Filipo, se fortificó; después, dejando las legiones, avanzó en persona con algunas tropas ligeras para reconocer el terreno. A la mañana siguiente celebró consejo para saber si, á pesar de los innumerables obstáculos y peligros que podría encontrar, convendría intentar el paso por los desfiladeros que ocupaba el enemigo, ó describir un rodeo y penetrar en Macedonia por el camino que había seguido Sulpicio el año anterior. Muchos días transcurrieron sin que se adoptase una resolución, y durante este tiempo supo que había sido nombrado cónsul T. Quincio, que la suerte le había designado la Macedonia y que se había trasladado ya con la mayor

diligencia á Corcyra. Si se ha de creer á Valerio Ancias, Vilio entró en el desfiladero; pero obligado á dar un rodeo porque el Rey ocupaba todos los pasos, siguió los valles por donde corre el Aous, arrojó con presteza un puente sobre el río, pasó á la orilla donde acampaba el enemigo y dió la batalla. El Rey fué vencido, puesto en fuga y arrojado del campamento: doce mil macedonios perecieron en el combate, quedando prisioneros dos mil doscientos y apoderándose los romanos de ciento treinta y dos enseñas y de doscientos treinta caballos; en lo más recio de la pelea, Vilio ofreció construir un templo á Júpiter, si quedaba vencedor. Pero todos los demás autores griegos y latinos que he leído están contestes al decir que Vilio no hizo nada memorable y dejó todo el peso de la guerra á su sucesor el cónsul T. Quincio.

Mientras ocurrían estos acontecimientos en Macedonia, el otro cónsul, L. Lentulo, que había quedado en Roma, celebró comicios para el nombramiento de censores. Presentábanse candidatos muchos varones ilustres, y se eligió á P. Cornelio Scipión el Africano y á P. Elio Peto. Perfecto acuerdo reinó entre estos dos magistrados; nombraron para los puestos vacantes del Senado sin tachar de infamia á ningún senador (1);

(1) Desde que los senadores y caballeros romanos habitaron en el delicioso clima de Sicilia; desde que el contacto de la civilización griega enseñó á los romanos nuevas necesidades y nuevos goces, el lujo y el desorden habían infestado la república. Después de la derrota de Régulo, los censores M. Valerio Mesala y P. Sempronio se vieron obligados á degradar á trece senadores y á más de cuatrocientos caballeros. En el año 304 Tito Livio presenta á los censores Livio y Nerón expulsando de su compañía á siete senadores. Tal severidad con los individuos de su orden no estaba conforme con la manera de sentir y de obrar de P. Scipión. Sabido es que mereció las reconvenciones y

arrendaron los derechos sobre las mercancías de Capua, en Puteolis y en el puerto de Castro, que actualmente es una ciudad; enviaron á este puerto trescientos colonos, número fijado por el Senado, y vendieron el territorio de Capua que se extiende al pie del monte Tifato. Por este mismo tiempo L. Manlio Acidino, que había obtenido del Senado los honores de la ovación á su regreso de España, se vió obligado, por la oposición del tribuno del pueblo P. Porcio Lacca, á entrar en la ciudad como simple ciudadano: éste llevó al Tesoro público mil doscientas libras de peso de plata y cerca de trescientas de oro (1). En el mismo año, Cn. Bebio Tamfilo, que había recibido la provincia de la Galia de C. Aurelio, cónsul el año anterior, entró temerariamente por tierra de los galos insubrios, quedó envuelto por ellos con casi todo el ejército y perdió más de seis mil seiscientos hombres: ¡y este descalabro procedía de un enemigo á quien ya no temían! Este acontecimiento obligó al cónsul L. Lentulo á salir de Roma, encontrando la provincia en la mayor confusión y los soldados consternados; dirigió fuertes censuras al Pretor y le mandó dejar la provincia y regresar á Roma. Lentulo no tuvo tiempo para distinguirse por ninguna hazaña, llamándole á la ciudad la precisión de celebrar los comicios, porque los tribunos del pueblo M. Fulvio y Manio Curio oponían obstáculos y no permitían á T. Quinceio Flaminio que pretendiese el consulado al salir de la cues-

enemistad del severo Catón. También á propuesta de Scipión se arrogaron los senadores el derecho de tener asientos reservados en el teatro.

(1) Próximamente cuatrocientos cuarenta kilogramos de plata y veintidós de oro.

tura (1). «Ya se desprecia, decían, la edilidad y la pretura; los nobles, en vez de dar pruebas de su capacidad recorriendo sucesivamente todas las magistraturas, pretendían todos desde luego el consulado, saltando de esta manera las dignidades intermedias y pasando del último rango al primero.» La discusión se llevó desde el campo de Marte al Senado, decidiendo los Padres «que cuando un candidato aspiraba á un cargo que la ley le permitía obtener, el pueblo era libre para investir á quien quisiese.» Los tribunos se sometieron á esta decisión. Nombróse cónsules á Sext. Elio Peto y T. Quincio Flaminio. En seguida reunieron los comicios para la elección de pretores, y el pueblo designó á L. Cornelio Merula, M. Claudio Marcelo, M. Porcio Catón y C. Helvio, que habían sido ediles plebeyos. Estos pretores celebraron los juegos plebeyos y dieron con este motivo un banquete público en honor de Júpiter. Los ediles curules C. Valerio Flacco, flamindial, y C. Cornelio Cethego hicieron representar los juegos romanos con mucha magnificencia. Ser. y Cayo Sulpicio Galba, que eran pontífices, murieron aquel año, reemplazándoles M. Emilio Lepido y Cn. Cornelio Scipión.

Los cónsules Sext. Elio Peto y T. Quincio Flaminio, en cuanto entraron en funciones, reunieron al Senado en el Capitolio. Los Padres decidieron que los dos magistrados se repartiesen de acuerdo ó por sorteo las

(1) Desde la segunda guerra púnica, la ambición y deseo de lujo impulsaba á los patricios jóvenes á lanzarse prematuramente á la carrera de los honores, teniendo mucho que trabajar los tribunos del pueblo para oponerse á sus continuas anticipaciones é invasiones. Por esta razón, en el año 179 antes de J. C., L. Vilió fijó por la primera ley anual la edad á que podía aspirarse á los diferentes cargos. El dictador Sila prohibió pretender la pretura antes de la cuestura, y el consulado antes de la pretura.

provincias de Macedonia y de Italia. Que el que obtuviese la Macedonia debía alistar, para completar las legiones, tres mil soldados romanos y trescientos jinetes, y entre los aliados del nombre latino, cinco mil hombres de á pie y quinientos de á caballo. Para el otro cónsul se decretó la formación de un ejército nuevo. Prorrógose el mando á L. Lentulo, cónsul del año anterior, recibiendo orden para no abandonar la provincia ni alejar las tropas veteranas hasta que llegase el Cónsul con las legiones nuevas. Los Cónsules adoptaron el procedimiento del sorteo, obteniendo Elío la Italia y Quincio la Macedonia. De los pretores, designóse para Roma á L. Cornelio Merula, M. Claudio para la Sicilia, M. Porcio para la Cerdeña y C. Helvio para la Galia. En seguida comenzaron las levas, teniendo orden los pretores para hacer alistamientos también por su parte además de los ejércitos consulares. Marcelo debía llevar á Sicilia cuatro mil infantes y trescientos jinetes latinos, y Catón á Cerdeña tres mil peones y doscientos caballos, elegidos entre los mismos aliados: cada uno de éstos, al llegar á su provincia, debía licenciar las tropas veteranas de infantería y caballería. Los Cónsules presentaron en seguida en el Senado á los legados del rey Atalo, quienes dijeron que su señor había ayudado siempre á la república con su flota y todas sus fuerzas de mar y tierra; que hasta aquel día había ejecutado rápida y obedientemente cuanto le habían encargado los Cónsules; pero, añadieron, temía que el rey Antioco no le permitiese ya prestar los mismos servicios á los romanos; su reino, que estaba desguarnecido de flotas y de ejércitos, había sido invadido por aquel monarca; por lo que suplicaba á los Padres conscriptos le enviasen refuerzos para proteger sus estados, si querían contar con

la cooperación de su flota en la guerra de Macedonia; si no, pedía permiso para recoger sus fuerzas de mar y tierra para defenderse.» El senado mandó contestar á los embajadores que «si el rey Atalo había puesto sus ejércitos y su flota á disposición de los generales romanos, se lo agradecían mucho. Pero no podían enviar socorros á Atalo contra Antioco, aliado y amigo del pueblo romano, como tampoco pretendían retener las fuerzas de Atalo, si sus intereses no se lo permitían. Al aceptar Roma los socorros de los aliados, les dejaba siempre el derecho de regular su empleo y fijar la época en que debía empezar y terminar el servicio de los auxiliares que se dignaban suministrarle. Pero marcharía una legación á manifestar al rey Antioco que las tropas del rey Atalo debían coadyuvar á las operaciones del ejército romano contra Filipo, su enemigo común; que Antioco haría cosa agradable, tanto al pueblo romano como al Senado, respetando los estados de Atalo y cesando en las hostilidades; porque era conveniente que dos reyes aliados y amigos del pueblo romano conservasen la paz.»

Al proceder á las levas, el cónsul T. Quincio cuidó de incluir en ellas á los soldados de valor experimentado que habian servido en España y en África. Disponíase en seguida á partir para su provincia, cuando le retuvieron en Roma el anuncio de muchos prodigios y la necesidad de expiarlos. En Veyas había caído el rayo en la vía pública; en Lanuvio, en el Foro y en el templo de Júpiter; en Ardea, en el templo de Hércules; en Capua, en el mar, las torres y el templo llamado Blanco. El cielo había aparecido inflamado en Arrecio; en Velitres se había hundido la tierra, abriéndose un abismo en un espacio de tres yugadas. Hablábase también de

un cordero con dos cabezas, nacido en la ciudad de Suesa Aurunca, y de un cerdo con cabeza humana, nacido en Sinuesa. Con ocasión de estos prodigios hubo un día de rogativas. Los Cónsules atendieron á las exigencias del culto sagrado, y cuando se hubo aplacado á los dioses, salieron para sus provincias. Elio marchó á la Galia con el pretor Helvio; le dió el ejército que le entregó L. Lentulo y que debía licenciar, y se preparó á combatir con las legiones nuevas que había llevado. Ningún hecho brillante señaló su mando. Su colega T. Quincio partió de Brindis más pronto que lo habían hecho sus antecesores, y desembarcó en Corcyra con ocho mil infantes y ochocientos caballos. De Coreyra pasó con una quinquerreme al Epiro, abordando al punto de la costa más cercano, marchando apresuradamente al campamento romano. Tomó el puesto de Vilio, esperó algunos días la llegada de las tropas que había dejado en Corcyra, y después celebró consejo para decidir si marcharía directamente al enemigo y forzaría su campamento, ó si, renunciando á intentar empresa tan peligrosa, describiría un rodeo y entraría en Macedonia por la Dassarecia y el Lycus. Esta opinión habría dominado; pero Quincio temía dejar escapar al enemigo si se separaba del mar, y perder el estío sin ningún resultado, si el Rey pensaba en refugiarse en los desiertos y los bosques, como ya lo había hecho. Decidióse, pues, á atacar á todo riesgo al enemigo, á pesar de la ventaja de su posición. Pero comprendía mejor lo que quería hacer que los medios de realizarlo.

Cuarenta días transcurrieron sin que los romanos se acercasen al enemigo que tenían delante, y esta inacción dió esperanza á Filipo de conseguir la paz por medio de los epirotas. Con este objeto celebró consejo y eligió

para negociadores al general Pausanias y al jefe de la caballería, Alejandro, quienes prepararon una entrevista del Cónsul y el Rey en las orillas del Aous, en el punto más estrecho del río. El Cónsul exigía que el Rey retirase las guarniciones de las ciudades libres; que devolviese á los pueblos, cuyos territorios y ciudades habían saqueado, los objetos que se conservasen aún, y en cuanto á los demás, pagase su valor según la tasación de los peritos. Filipo quería que se distinguiese entre las ciudades. *Comprometíase á devolver las que él había conquistado; pero no podía renunciar á la posesión hereditaria y legítima de las que le habían dejado sus antepasados. En cuanto á los Estados con quienes había sostenido guerra y que podían quejarse de algunos daños, ofreció la reparación que determinase un pueblo neutral que él elegiría.* El Cónsul contestó *que para esto no se necesitaba árbitro ni juez. ¿Podía dudarse que toda la responsabilidad recaía sobre el que había comenzado las hostilidades? Nadie había atacado á Filipo, y él había sido en todas partes el agresor.* Cuando se llegó á hablar de los Estados que recibirían la libertad, el Cónsul nombró en primer lugar la Tesalia. El Rey no pudo contener su indignación, y exclamó: *¿Qué condición más dura me impondrías si estuviese vencido, T. Quincio?* Y en seguida salió bruscamente. En el acto se habría trabado la batalla lanzando venablos, si el río no hubiese separado á los dos ejércitos. Pero á la mañana siguiente se atacaron las avanzadas, trabándose muchas peleas en una llanura cuya extensión admitía esta clase de combates; pero habiéndose replegado en seguida las huestes del Rey á las estrechas y pedregosas gargantas, arrastrados los romanos por el ardor del combate, penetraron en ellas también. Favo-

reciales la táctica, la disciplina militar y el armamento que conviene en la lucha cuerpo á cuerpo: el enemigo tenía en su favor la ventaja de la posición y el auxilio de las catapultas y máquinas establecidas sobre casi todas las rocas, como en las murallas de una ciudad. Por una y otra parte resultaron muchos heridos, contándose también algunos muertos, como en batalla regular, y poniendo la noche fin al combate.

Encontrándose así las cosas, se presentó al Cónsul un pastor que enviaba Caropo, rey de los epirotas. Dijo este pastor que 'apacentaba sus ganados en los desfiladeros donde había establecido su campamento el Rey; que conocía todas las gargantas y todos los senderos de las montañas. Si querían confiarle algunos hombres, los llevaría por fácil y seguro camino á una altura que dominaba al enemigo.' Enterado de esto el Cónsul, envió á preguntar á Caropo si creía que en asunto tan grave pudiese confiar en un pastor. 'Puede, contestó Caropo, pero no entregándose á merced del pastor, y permaneciendo preparado para los acontecimientos.' Quince quería más de aquello á que se atrevía, combatiendo en su corazón la esperanza y el temor. La autoridad de Caropo venció su irresolución, y decidió intentar la probabilidad que se le ofrecía. Con objeto de alejar toda sospecha del enemigo, no cesó en los dos días siguientes de hostigarle en todos los puntos; sus soldados permanecían formados en batalla, y tropas frescas reemplazaban inmediatamente á las cansadas. En seguida eligió cuatro mil hombres de á pie y trescientos de á caballo. El tribuno de los soldados que mandaba este destacamento tenía orden de avanzar con la caballería mientras pudiese; cuando los caminos fuesen impracticables para los caballos, buscaría un espacio llano donde

apostarlos, y seguir con los de á pié por donde le llevase el guía; y cuando, según la promesa del pastor, hubiese llegado encima del enemigo, emplearía el humo como señal y esperaría para lanzar el grito del combate á que el Cónsul le contestara dándole á conocer que estaba trabada la pelea. Solamente debía caminar de noche, aprovechando la luz de la luna; de día comerían y descansarían las tropas. Brillantes promesas se hicieron al guía si cumplía su palabra; pero lo entregaron encadenado al tribuno. Después de despedir así á los expedicionarios, el Cónsul redobló sus esfuerzos para desalojar á los macedonios.

Al cabo de tres días, los romanos habían llegado á la altura á que se dirigían y la ocupaban, advirtiendo al Cónsul por medio de las señales convenidas. Éste dividió sus tropas en tres cuerpos y avanzó por medio del valle con el centro del ejército; las dos alas debían atacar el campamento por derecha é izquierda. No marcharon los enemigos con menos resolución: arrasados por belicoso ardor, salieron de sus parapetos; pero muy pronto aseguraron la ventaja á los romanos el valor, la táctica y la superioridad de las armas. Así, pues, teniendo los macedonios muchos heridos y muertos, se guarecieron en sus posiciones fortificadas por el arte y la Naturaleza; quedando entonces todo el peligro para los romanos, que habían avanzado temerariamente por parajes desfavorables y desfiladeros donde era difícil la retirada. No hubiese quedado impune su imprudencia, si los gritos que los soldados del Rey oyeron á su espalda y el ataque que comenzó en seguida no les hubiese infundido repentino terror. Unos huyeron en desorden; otros sostuvieron el combate menos por valor que por falta de salidas por donde escapar;

y estrechándoles el enemigo por frente y retaguardia, quedaron envueltos en seguida. El ejército entero hubiese quedado destruído, de perseguir los vencedores á los fugitivos; pero la caballería quedó detenida por los desfiladeros y las dificultades del terreno, y la infantería por el peso de las armas. El rey huyó al principio á toda brida y sin mirar atrás: al cabo de cinco millas, pensando con razón que el enemigo no había podido seguirle por aquellos caminos casi impracticables, se detuvo en una altura y envió jefes en todas direcciones para reconocer las colinas y recoger los fugitivos. No perdió más de dos mil hombres; el resto del ejército se reunió en un solo cuerpo, como si hubiese marchado bajo la misma enseña, y se dirigió en masa hacia la Tesalia. Los romanos, después de haber perseguido á los vencidos, mientras pudieron hacerlo sin peligro, matando á los que cogían y despojándolos en seguida, volvieron para saquear el campamento del Rey, en el que entraron con trabajo, á pesar de no estar defendido, y después pasaron la noche en su propio campamento.

Á la mañana siguiente continuó el Cónsul la persecución, penetrando en el angosto valle por donde se ha abierto cauce el río. Filipo llegó en el primer día al campamento de Pyrrho: el paraje llamado así se encuentra en la Trifilia de Melotida. Al día siguiente, aguijoneado por el temor, hizo una marcha forzada y ganó la cadena de Lingon, montañas del Epiro que se extienden entre la Macedonia y la Tesalia. La vertiente oriental descende hacia la Tesalia, la septentrional da frente á la Macedonia. Están cubiertas de espesobosque, pero en sus cumbres más elevadas se extienden grandes llanuras y abundan en manantiales. El Rey

estableció allí sus cuarteles por algunos días, vacilando entre marchar á encerrarse en su reino ó intentar de nuevo la entrada en Tesalia. Decidióse al fin á bajar á Tesalia con su ejército, y llegó á Tricea por el camino más corto; en seguida recorrió rápidamente las ciudades que se encontraban á su paso, arrastrando con él á cuantos se encontraban en estado de seguirle, incendiando las plazas fuertes, dejando á los habitantes la libertad de llevarse todo lo que podían tomar de sus efectos y abandonando el resto al pillaje de los soldados. En una palabra, cuantas crueldades pueden esperarse de un enemigo las realizó Filipo con sus aliados. Mucho deploraba él mismo tener que entregarse á aquellos excesos, pero aquel país iba á pertenecer muy pronto á los romanos y quería no dejar, al menos, á su arbitrio las personas de sus aliados. De esta manera destruyó las plazas de Facia, Iresia, Euhydria, Eretria y Falefarsala. Presentóse delante de las murallas de Feras, que le cerró sus puertas, y como necesitaba tiempo para forzarlas y estaba de prisa, renunció á la empresa y pasó á Macedonia, porque decían que también le amenazaban los etolios. Á la noticia del combate librado en las orillas del Aous, habían talado primeramente los terrenos inmediatos que se extienden en derredor de Sperquias y del paraje llamado Macrán; entrando en seguida en Tesalia, tomaron al primer asalto Cymenas y Angeas. Avanzaron hasta Metrópolis, talando los campos, pero los habitantes acudieron á la defensa de sus murallas y rechazaron á los etolios. Desde allí marcharon á atacar á Calithera y sostuvieron con más firmeza el choque de los sitiados, que habían hecho una salida, les arrojaron al recinto de las murallas, y limitándose á este triunfo, porque no po-

dían esperar á apoderarse de la plaza, se retiraron, tomaron los pueblos de Theuma y de Calathana que entregaron al saqueo, recibieron la sumisión de Acaerras, y con el terror de sus armas obligaron á huir á los habitantes de Xynias. Estos fugitivos encontraron el destacamento que iba á guarnecer á Thamancia para asegurar los aprovisionamientos, que degolló implacablemente á aquella confusa multitud de hombres desarmados, mujeres y niños. Xynias, que quedó desierta, fué entrada á saco. Después se apoderaron los etolios de la fortaleza de Cyfara, cuya ventajosa posición domina la Dolopia. Todo esto fué obra de pocos días. Tampoco permanecieron en reposo Amyndro y los athamanos cuando se enteraron de la victoria de los romanos.

Amyndro, que no confiaba mucho en sus soldados, pidió al Cónsul ligero refuerzo, y marchó contra Gomfos. En el camino tomó por asalto la plaza fuerte de Feca, situada entre Gomfos y el estrecho desfiladero que separa la Tesalia de la Athamania. En seguida atacó á Gomfos, cuyos habitantes se defendieron durante algunos días con mucho vigor; pero cuando vieron las escalas aplicadas á las murallas, el temor les hizo rendirse. La caída de esta ciudad propagó profundo terror por la Tesalia, y vióse capitular sucesivamente las guarniciones de Argento, Ferina, Thimara, Lisina, Stimón, Lapsa y otras poblaciones inmediatas menos importantes. Mientras los athamanos y los etolios marchaban sin temor por el lado de Macedonia para recoger el fruto de la victoria de los romanos y la Tesalia se veía devastada por tres ejércitos á la vez, sin poder distinguir los enemigos de los aliados, el Cónsul pasó por el desfiladero que la fuga de Filipo dejó

abierto delante de él, y penetró en el Epiro. Sabía bien que los epirotas, exceptuando á su jefe Caropo, no habían adoptado su causa; pero viendo que el deseo de reparar su falta les hacía aumentar el cuidado en cumplir sus órdenes, atendió más á sus disposiciones presentes que á las pasadas, y la misma facilidad con que les perdonó le atrajo todos los ánimos para lo venidero. En seguida envió mensajeros á Corcyra para que las naves de transporte viniesen á fondear en el golfo de Ambracia (1), continuó su marcha á cortas jornadas, y al cabo de cuatro días acampó sobre el monte Cercocio, donde se le reunieron Amyndandro y sus athamanos, no porque necesitase socorros, sino porque quería tomarle por guía en la Tesalia. Por la misma razón tomó entre sus auxiliares á la mayor parte de los epirotas que se le ofrecieron voluntariamente.

La primera ciudad de Tesalia que atacó fué Faloria, guarnecida por dos mil macedonios que se defendieron con mucho vigor, mientras tuvieron armas y les pudieron proteger las murallas; pero comprendiendo el Cónsul que la sumisión del resto de la Tesalia dependía del éxito de su primera empresa, estrechó el sitio día y noche sin descanso, y sus esfuerzos triunfaron de la resistencia de los macedonios. Después de la toma de Faloria recibió los legados de Metrópolis y de Piera, que venían á ofrecer su sumisión y á pedir gracia: perdonóles, pero incendió á Faloria y la entregó al saqueo. En seguida marchó sobre Eginia; pero viendo que esta plaza, aunque defendida por débil guarnición, era

(1) El golfo de Ambracia, hoy golfo de Larta, era una inmensa bahía, entre el Epiro y la Acarnania, unida al mar Jónico por un canal muy estrecho.

casi inexpugnable, mandó solamente arrojar algunos venablos sobre el puesto más avanzado y regresó á Gomfos. Bajó en seguida á las llanuras de la Tesalia, donde su ejército careció muy pronto de todo, porque había respetado las tierras de los epirotas. Aseguróse, pues, ante todo, si sus naves de transporte estaban fondeadas en Lancada ó en el golfo de Ambracia, y envió sucesivamente cada cohorte para hacer provisiones. El camino que lleva de Gomfos á Ambracia es escabroso y difícil, pero muy corto. Pocos días bastaron para trasladar las provisiones del mar al campamento y devolverle la abundancia. El Cónsul partió en seguida para Atrax, que se encuentra á unas diez leguas de Larisa: los habitantes son originarios de la Penhebia y la ciudad está situada en las orillas del Peneo. No se asustaron los tesalios á la llegada de los romanos: si Filippo no se atrevía á avanzar por su país, había colocado su campamento en el valle de Tunpe y enviaba oportunamente socorros á todos los puntos amenazados por el enemigo.

Casi en la misma época en que el Cónsul marchó por primera vez á situarse enfrente de Filippo, en las gargantas del Epiro, su hermano L. Quinccio, á quien el Senado había encargado la flota y la defensa de las costas, abordó á Corcyra con dos quinqueremes; pero enterado de que la flota había partido, se hizo en seguida á la vela. Llegado á la isla de Zama, despidió á L. Apustio, á quien reemplazaba, y se dirigió al cabo Melea, aunque lentamente, obligado á veces á llevar á remolque las naves cargadas de provisiones. En seguida dejó el cabo Melea con tres quinqueremes ligeras, dando al resto de la flota orden de seguirle con toda la presteza posible, y llegó el primero al Pireo, donde

encontró las naves que dejó allí para la defensa de Atenas el legado L. Apustio. Al mismo tiempo partieron dos flotas del Asia, una de veinticuatro quinqueremes con el rey Atalo, y otra de veinte naves cubiertas que suministraban los rodios y mandaba Agesimbrotos. Estas se reunieron cerca de Andros, y se dirigieron á la Eubea, separada de esta isla por estrecho brazo de mar. Primeramente talaron el territorio de Carysto; pero habiendo puesto la plaza al abrigo de toda sorpresa un refuerzo enviado apresuradamente de Calcis, se acercaron á la Eretria. Enterado L. Quincio de la llegada del rey Atalo, se le reunió cerca de esta ciudad con las naves que se encontraban en el Pireo, y dejó á su flota, que debía arribar á aquel puerto, orden de dirigirse á la Eubea. Estrechóse fuertemente á Eretria: además de que las naves de las tres flotas reunidas llevaban máquinas de guerra y todos los aparatos á propósito para batir una plaza, los campos vecinos suministraban bastantes materiales para construir nuevas obras. Los sitiados se defendieron al principio con valor; pero extenuados al fin de fatiga, cubiertos de heridas y viendo derribada parte de sus murallas por los esfuerzos del enemigo, pensaron en rendirse. Pero ocupaba la ciudad una guarnición macedónica á la que temían tanto como á los romanos. Filocles, prefecto de Filipo, les decía desde Calcis que llegaría oportunamente para defenderles si prolongaban el sitio. Estas alternativas de temores y esperanzas les obligaron á procurar ganar más tiempo del que hubiesen querido y podían ganar. Pero cuando supieron que Filipo había sido rechazado y que había entrado desordenadamente en Calcis, enviaron á invocar la misericordia y protección de Atalo. La esperanza de la paz les hizo descui-

dar la defensa: contentáronse con establecer guardias en el punto donde estaba abierta la brecha y no ocuparon el resto de las murallas. Quinceo dirigió durante la noche un ataque al punto menos vigilado, y entró en la plaza por asalto. Todos los habitantes se refugiaron en tropel en la fortaleza con sus mujeres y sus hijos, y á poco capitularon. Encontróse poco oro y plata; pero el número de estatuas y de cuadros pintados por maestros antiguos y obras maestras de toda especie fué muy considerable para una ciudad de su extensión y riqueza.

En seguida volvieron hacia Carysto, cuyos habitantes no esperaron que las tropas desembarcasen para abandonar la ciudad y refugiarse apresuradamente en la fortaleza, desde donde enviaron á implorar gracia de los romanos. En el acto se concedió la vida y la libertad á los carystios, pero en cuanto á los macedonios se exigió para dejarlos partir trescientas piezas de oro por cabeza y la entrega de las armas. Pagado este rescate, fueron desarmados y trasladados á Beocia. La flota, que en tan pocos días se había apoderado de dos ciudades tan importantes de la Eubea, dobló el cabo Sumnio, en Ática, y abordó á Cencreas, uno de los mercados de Corinto. Entretanto veía el Cónsul prolongarse el sitio de Atrax y resultar más mortífero de lo que se creía, encontrando mayor resistencia en el momento en que menos la esperaba. En efecto, había creído que toda la dificultad consistiría en derribar la muralla, y que una vez abierta la brecha á sus soldados no tendrían más que perseguir y matar fugitivos, como ordinariamente acontece en las ciudades tomadas por asalto; pero cuando los arietes hubieron derribado un lienzo de muralla, y entraron por la brecha en la ciu-

dad los romanos, tuvieron que comenzar, por decirlo así, nuevo trabajo, como si nada hubiesen hecho. Los macedonios que formaban la guarnición eran numerosos y escogidos. Persuadidos de que sería más glorioso para ellos defender la ciudad con su valor y sus brazos que al abrigo de las murallas, se reunieron en masa, formaron con muchas filas una columna impenetrable, y cuando vieron que los romanos habían atravesado la brecha, les atacaron en medio de los escombros, donde la retirada era muy difícil, y los rechazaron. El Cónsul se irritó sobremanera, porque aquel fracaso no solamente podía retrasar la toma de la ciudad, sino influir en el resultado de la guerra, que muchas veces depende de circunstancias poco importantes. Hizo, pues, limpiar el paso, entorpecido por los escombros de la muralla, y avanzar una torre muy alta, con muchos pisos, que ocupaban numerosos soldados; en seguida envió sus cohortes, una tras otra, contra la cuña macedónica (que ellos llaman falange) para que penetrasen en ella, si era posible; pero la estrecha abertura que ofrecía la brecha de la muralla era favorable para las armas y la táctica del enemigo. Sus apretadas filas estaban erizadas por un bosque de largas lanzas, y la compacta masa de sus escudos formaba como una tortuga, contra la que en vano arrojaron los romanos sus pequeños venablos. En seguida empuñaron las espadas, pero no podían acercarse á los macedonios ni cortar sus largas lanzas; si conseguían cortar ó romper algunas, sus agudos trozos quedaban entre los hierros de las enteras, formando celosía. Además, la parte de muralla que no estaba derribada cubría por derecha é izquierda los flancos de los macedonios, que tenían que recorrer corto espacio para replegarse ó avanzar,

movimientos que casi siempre desordenan las filas. Una circunstancia fortuita vino á reanimar su valor. Cuando hacían avanzar la torre sobre la plataforma, cuyo suelo no estaba bastante firme, una rueda se hundió en profundo bache, inclinándose la torre hasta el punto de creer el enemigo que iba á caer y que los romanos que ocupaban el interior experimentasen un momento de vértigo.

El Cónsul consideraba inútiles todos sus esfuerzos, y, con profundo disgusto, oyó hacer una comparación desfavorable á sus soldados y á sus armas. Por otra parte, no veía esperanza alguna próxima de rendir la plaza, ni medio de invernar cerca del mar, en un país arruinado por los estragos de la guerra. Renunció, pues, al sitio, y como toda la costa de la Acarnania y de la Etolia no le ofrecía puerto bastante espacioso para recibir al mismo tiempo todas las naves de transporte cargadas con las provisiones del ejército, marchó á establecerse en Anticyra, ciudad de la Focida, en el golfo de Corinto, cuya situación le pareció la más conforme con sus deseos, y que, sin alejarse demasiado de la Tesalia y de los puestos enemigos, tenía enfrente el Peloponeso, que solamente estaba separado por estrecho brazo de mar, por la espalda la Etolia y la Acarnania, y á derecha é izquierda la Locrida y la Beocia. En Focida tomó, al primer ataque y sin combate, la ciudad de Fanotea. El sitio de Anticyra no le detuvo mucho tiempo. En seguida se apoderó de Ambryso y Hyampolis. Daulis, situada sobre una altura muy considerable, no podía ni tenía que temer asalto ni sitio regular. A fuerza de hostigar á la guarnición con venablos, los romanos la atrajeron fuera de las murallas; después, huyendo ó atacando sucesivamente y trabando lige-

ros combates sin resultado, les infundieron tal desprecio y tanta seguridad, que al fin un día les rechazaron hasta las puertas y se precipitaron mezclados con ellos en la ciudad: otras seis plazas de la Focida, menos conocidas, capitularon, más por temor que por la fuerza de las armas romanas. Elacia cerró sus puertas y parecía que solamente la fuerza podría obligarla á recibir en su recinto al general romano y sus legiones.

El Cónsul había puesto sitio á Elacia cuando vió brillar la esperanza de conquista más importante: la de la liga aquea, que convenía separar de la alianza de Filipo y hacer entrar en el partido de los romanos. Cycliades, jefe del partido del Rey de Macedonia, acababa de ser expulsado: el nuevo pretor era Arístenes, que aconsejaba reunirse á los romanos. La flota romana estaba anclada en Cencrea con Atalo y los rodios, y todos de acuerdo, se disponían á sitiar á Corinto. El Cónsul consideró que antes de intentar esta empresa sería conveniente enviar una legación á los aqueos, prometiéndoles, si pasaban de Filipo á los romanos, que harían entrar á Corinto en la liga aquea. Según opinión del Consejo, los legados debían hablar en nombre de su hermano L. Quincio, de Atalo, de los rodios y de los atenienses. Recibiéronles en Sicyona. Entre los aqueos no había conformidad de opiniones, porque temían á Nabis (1), tirano de Lacedemonia, cuyas continuas hostilidades les perjudicaban mucho, y temían también al poder romano: estaban unidos á los lacedemonios por beneficios antiguos y recientes; pero sospechaban del Rey, cuya crueldad y perfidia conocían bastante

(1) Usurpó la autoridad después de Machanidas, hacia el 206 antes de J. C. Sabido es que no conservó el poder sino á fuerza de destierros, suplicios y confiscaciones.

para juzgar de la conducta que había adoptado entonces por las circunstancias, y preveían que después de la guerra sería para ellos señor más imperioso que antes. No solamente carecían de pensamiento concreto, tanto en los senados particulares, como en la Asamblea general de la nación, sino que cada ciudadano, después de meditar el asunto, no estaba muy seguro de lo que quería y deseaba. En medio de estas vacilaciones recibieron á los legados y les concedieron la palabra. Oyóse primero al romano L. Calpurnio; después á los del rey Atalo, y en seguida á los rodios. Los legados de Filipo hablaron después, oyéndose en último lugar á los atenienses, que se encargaron de refutar las afirmaciones de los macedonios. Estos lanzaron violentas acusaciones contra el Rey, porque ningún pueblo había sufrido ultrajes más numerosos ni más sangrientos. La asamblea se disolvió al obscurecer, habiendo consumido todo el día los sucesivos discursos de los legados.

A la mañana siguiente se celebró otra sesión: según costumbre de los griegos, el pregonero invitó á nombre de los magistrados á que tomase la palabra el que tuviese que emitir alguna opinión, pero no se presentó nadie; los aqueos se miraban unos á otros, y por mucho tiempo reinó profundo silencio en la asamblea. Esto no era extraño. Si el choque de tantos intereses diversos había debido por su natural efecto dejar los ánimos perplejos, todos aquellos discursos encaminados durante un día entero á desarrollar y poner de manifiesto las dificultades que aparecían por todas partes, debían haber aumentado la confusión. Al fin, Aristenes, pretor de la liga, queriendo impedir que se separasen sin haber decidido nada, exclamó: «Aqueos, ¿qué se ha hecho

de aquel calor que os animaba en medio de los festines y de las reuniones cuando se llegaba á hablar de Filipo y de los romanos y cuando llegabais casi á las manos? Hoy, que os encontráis reunidos casi expresamente con este objeto, que habéis escuchado á los legados de los dos partidos, que vuestros magistrados os piden una decisión, que el pregonero os invita á hablar, permanecéis en silencio. Si la salvación común no os interesa (1), el interés particular que á cada uno os inclina por Filipo ó por los romanos, ¿no puede arrancaros una palabra? Seguramente no hay aquí nadie tan obtuso que no comprenda que el momento de decidirse y manifestar el partido que se prefiere, es éste en que nada se ha decidido aún. Cuando se haya tomado una resolución, necesario será que todos, hasta los que la hayan desaprobado, la defiendan como pacto útil y saludable.* Estas palabras del pretor no produjeron efecto, porque, no solamente no habló nadie, sino que ni siquiera se oyó el más ligero murmullo en aquella asamblea tan numerosa, formada de tantos pueblos diferentes.

Entonces dijo Arístenes: «Jefes de los aqueos: vosotros no habréis perdido seguramente el entendimiento y la palabra; pero ninguno de vosotros quiere á su propio riesgo proponer una medida de interés público; y tal vez yo también guardaría silencio si fuese individuo

(1) Reinaba entonces en toda la Grecia deplorable indiferencia por los asuntos públicos. Atenas, por ejemplo, no tenía más que oradores tan cobardes como locuaces, y no daba decretos más que para adular á los reyes aliados suyos, ó para lanzar imprecaciones contra Filipo. En Beocia estaban cerrados los tribunales, suspendidas las asambleas públicas, y los moribundos legaban sus bienes á sus amigos para que los disipasen en festines.

particular: como pretor, creo que era necesario, ó no haber concedido audiencia á los legados, ó ahora no dejarles marchar sin respuesta. Pero ¿cómo puedo yo dar esta respuesta sin un decreto emanado de vosotros? Llamados todos á esta asamblea, ninguno quiere ó se atreve á manifestar una opinión cualquiera. Pues bien; consultemos los discursos que ayer pronunciaron los legados; supongamos, para formar opinión, que no pidieron lo que les interesa, sino que solamente aconsejaban lo conveniente á nuestra causa. Los romanos, los rodios y Atalo solicitan nuestra alianza y amistad, y quisieran que fuésemos auxiliares suyos en la guerra que sostienen contra Filipo. Éste nos recuerda la alianza que ajustamos con él y nuestros juramentos; en tanto nos exige que acudamos bajo sus enseñas, en tanto se declara satisfecho si permanecemos neutrales. ¿No ha adivinado nadie por qué los que todavía no son aliados nuestros se muestran más exigentes que nuestro aliado mismo? No debe atribuirse esta diferencia ni á la moderación de Filipo ni á la altivez de los romanos: los puertos de la Acaya son los que alientan á los unos en sus peticiones, y disminuyen la confianza del otro. De Filipo solamente vemos al legado; pero los romanos tienen su flota anclada en Cencreas, mostrando orgullosamente los despojos de las ciudades de la Eubea, y vemos al Cónsul al otro lado del estrecho que nos separa de él, recorriendo sin obstáculo con sus legiones la Focida y la Locrida. ¿Podéis extrañar la dificultad que experimenta Cleomedón, el legado de Filipo, para invitarnos á tomar las armas contra los romanos y en favor del Rey? Pero si en virtud de ese mismo tratado y de esos mismos juramentos, cuya santidad nos ha recordado, le pidiésemos que su señor nos protegiese

igualmente contra Nabis y los lacedemonios y contra los romanos, lejos de enviarnos un socorro para salvarnos, ni siquiera sabría qué respondernos. No, no mostraría mejor fe que mostró el mismo Filipo el año anterior. Cuando ofreció hacer la guerra á Nabis, ¿no fué para atraer á nuestros jóvenes á sus enseñas y llevarlos á la Eubea? Pero viendo que le negábamos este apoyo, y que no queríamos comprometernos en la guerra con los romanos, no se cuidó de esta alianza que quiere hacer valer hoy, y dejó que Nabis y los lacedemonios talasen y devastasen nuestros campos. Debo confesar que el discurso de Cleomedón no me ha parecido muy coherente en sus diferentes partes: procuraba disminuir la importancia de la guerra que los romanos hacen á Filipo, y aseguraba que tendría el mismo resultado que la anterior. ¿Por qué reclama Filipo desde lejos nuestro auxilio, en vez de venir en persona á defender antiguos aliados contra Nabis y á la vez contra los romanos? ¿qué digo antiguos aliados? ¿no ha dejado tomar Eretria y Carysto y todas las ciudades de la Tesalia? ¿y la Locrida y la Focida? ¿No ve hoy mismo con indiferencia el sitio de Elacia? ¿Por qué abandonó las gargantas del Epiro y aquella posición inexpugnable en las orillas del Aous, que cerraba la entrada de sus Estados? ¿Debía por fuerza, por temor ó voluntariamente abandonar el desfiladero que ocupaba y retirarse al fondo de la Macedonia? Si voluntariamente ha entregado tantos aliados á las devastaciones del enemigo, ¿puede reprobar que sus aliados piensen también en sus intereses? Y si ha sido por temor, debe excusar también nuestros temores. Si solamente ha retrocedido por consecuencia de una derrota de Cleomedón, ¿cómo hemos de resistir nosotros las armas romanas, cuando vosotros

los macedonios no habéis podido resistirlas? ¿Hemos de creer, como decís, que los romanos no desplegan más fuerzas ni más energía en esta guerra que en la anterior, cuando estamos viendo lo contrario? Antes no hicieron otra cosa que ayudar con su flota á los etolios; no tenían á su cabeza un cónsul, no enviaron un ejército consular; los aliados de Filipo temían por sus ciudades marítimas, y sus costas estaban alarmadas; pero en el interior se temía tan poco á las armas romanas, que Filipo pudo devastar la Etolia, que en vano imploraba el socorro de Roma. Hoy que los romanos se ven libres de la guerra púnica, que durante diez y seis años ha desgarrado, por decirlo así, las entrañas de Italia, no ha sido un refuerzo lo que han enviado para secundar la guerra de los etolios; ellos mismos se han encargado de esta guerra y han atacado á la Macedonia por mar y tierra á la vez: éste es ya el tercer cónsul que combate á Filipo con encarnizamiento. Sulpicio le combatió en medio de la misma Macedonia, derrotándole y ahuyentándole; Quincio le ha forzado hoy en las gargantas del Epiro, á pesar de las dificultades del terreno, de las fortificaciones que el Rey había construido allí y de un numeroso ejército; le arrojó de su campamento, le persiguió en su fuga hasta la Tesalia, y, casi á su vista, se ha apoderado de las guarniciones y de las ciudades que le eran afectas. Pero supongamos que no son ciertas las acusaciones de avaricia y desenfreno que los legados atenienses dirigieron en otro tiempo contra el Rey; no nos ocupemos de los sacrilegios cometidos en Ática contra los dioses celestiales é infernales; prescindamos de los sufrimientos de Cío y de Abydos, cuyos habitantes están lejos de nosotros. Olvidemos, si os place, nuestras propias desgracias, las matanzas y saqueos realizados

en Messena, en el seno mismo del Peloponeso; la muerte de Garitenes, nuestro huésped de Cyparisia, asesinado en un festín contra todo derecho; el asesinato de los dos Aratos (1) de Sicyona, el padre y el hijo, especialmente el del primero, aquel desgraciado anciano á quien Filipo se complacía en llamar padre; en fin, el rapto de la esposa del joven Arato, á la que hizo llevar á Macedonia para satisfacer sus pasiones. Olvidemos también la deshonra de tantas doncellas y tantas madres; admitamos que no tenemos que tratar de Filipo, cuya crueldad os espanta hasta el punto de haceros enmudecer, porque no puedo explicarme de otra manera vuestro silencio cuando estáis reunidos para deliberar. Su pongamos que es con Antígono (2), el rey más benigno y amable y que nos ha prestado mayores servi-

(1) Sabido es que Arato, hijo de Clinias y de Aristhodemá, fué jefe de la liga acayana, en la que hizo entrar á Sicyona, Corinto, Atenas y Megalópolis. Había pedido socorros á Filipo contra los etolios; pero no tuvo que felicitarse de la amistad de aquel rey, que sedujo á su nuera, y hasta obligó á su esposa Poycracia á que le siguiese á Macedonia. Entonces rompió con el Rey, que le hizo envenenar á la edad de sesenta y dos años, el 213 antes de J. C. Como sus amigos extrañaban algunos días antes de su muerte el verle escupir sangre, les dijo: «Este es el fruto de la amistad de los reyes.» Su hijo desempeñó también la primera magistratura entre los aqueos, y murió como su padre, víctima de la perfidia de Filipo.

(2) Antígono Dosón, tío paterno y tutor de Filipo, á quien precedió, dominó en todo el Peloponeso, menos por la fuerza que por el cariño. Obligó á los etolios á vivir en paz sin saquear á sus vecinos, y venció á Cleomano en Salesia. Favorecido por Arato, adquirió tal autoridad entre los aqueos, que le nombraron general en jefe de sus fuerzas terrestres y marítimas, y dieron un decreto por el que se obligaban á no enviar legados á ninguna potencia sin expreso permiso de aquel príncipe. En fin, para colmo de bajeza, le ofrecieron libaciones y sacrificios, celebraron juegos en su honor y le consideraron como dios.

cios, con el que estamos en discusión: pues bien; ¿nos pediría lo que es imposible hacer? El Peloponeso es una península unida al continente por estrecho istmo; la guerra más fácil contra este país y á la que está más expuesto es la marítima. Si ocurre que cien naves cubiertas, cincuenta ligeras y no cubiertas y treinta isai-cas comienzan á talar las costas y á poner sitio á las ciudades situadas casi en la playa, ¿buscaremos asilo en el interior, como si el fuego de la guerra no fuese á penetrar y no abrasase las mismas entrañas del país? Cuando Nabis y los lacedemonios nos estrechen por tierra, y la flota romana por el mar, ¿cómo podremos implorar la protección del Rey y el apoyo de los macedonios? Reducidos á nuestras propias fuerzas, ¿defendremos contra los romanos las ciudades sitiadas? ¡Defendimos tan bien Dymas en nuestra guerra anterior! Los desastres de otros pueblos nos proporcionan bastantes lecciones; no procuremos servir á nuestra vez de lección á los demás. Porque los romanos vienen á pedir vuestra amistad, no vayáis á despreciar una alianza que debíais desear y buscar con apresuramiento. ¿Se dirá que el temor que experimentan en tierra extranjera y el deseo de cobijarse á la sombra de vuestra protección tutelar es lo que les mueve á buscar abrigo en vuestra amistad para que se les admita en vuestros puertos y asegurarse provisiones? ¡Cómo! ¿no son dueños del mar? ¿No les basta abordar á un país para someterle en seguida á su poder? Lo que os piden os lo pueden imponer por la fuerza; y porque quieren evitaros males, no permiten que os expongáis á una pérdida cierta. La neutralidad que en otro tiempo os presentaba Cleomedón como término medio y el partido más prudente que podíais seguir, no es término medio, es cosa imposible. Estamos

en el caso de aceptar ó rechazar la alianza de los romanos; además, ¿qué será de nosotros, cuando no tenemos amigos en ninguna parte, habiendo esperado los acontecimientos para aconsejarnos de la fortuna? Sere-
mos irremisiblemente presa del vencedor. Os lo repito: no desdeñéis porque se os ofrece una alianza que debéis desear con ansia: si hoy podéis elegir entre los dos extremos, no podréis hacerlo siempre, y no encontraréis con frecuencia, muy pronto no encontraréis ya, tan excelente ocasión. Mucho tiempo hace que deseáis separaros de Filipo, pero no os atrevéis. Pues bien; sin que os cueste fatigas ni peligros, ahí tenéis libertadores que han pasado el mar para vosotros con flotas y ejércitos considerables. Rechazar su alianza es locura; pero es indispensable tenerlos por amigos ó enemigos.»

Largo murmullo siguió á la oración del pretor, aprobando unos y rechazando otros públicamente aquellas aprobaciones. Muy pronto aquel altercado de uno á otro, pasó de pueblo á pueblo. Los mismos magistrados de la liga, llamados *damurgos*, y que son en número de diez, se entregaban á violentos debates á ejemplo de la multitud; cinco declararon que iban á proponer alianza con los romanos y á recoger los votos; los otros cinco invocaban sobre sus colegas los términos de la ley que prohibía á los magistrados presentar, y á la asamblea general adoptar, ninguna proposición contraria al tratado ajustado con Filipo. El día entero pasó en discusiones, y uno sólo quedaba á la asamblea para decidirse, porque exigía la ley que todo decreto se diese dentro de tercero día. Tan violenta fué la animosidad, que los padres casi levantaron la mano á sus hijos. Uno, llamado Rhisiaso, de Pelena, era padre de un *damurgo*, nombrado Memnón, que se oponía á la lectura

del decreto y á que se recogiesen los votos. Rogóle por largo rato que dejase á los aqueos la libertad de atender á su conveniencia, exhortándole á renunciar á una oposición que debía perder á todo el país; y como los ruegos no producían efecto, juró tratarle no como á hijo, sino como á enemigo, y matarlo por su mano, amenaza que decidió al magistrado á unirse á la mañana siguiente con los partidarios de la libertad, con lo cual se encontraron éstos en mayoría y presentaron la proposición. Parecía que la asamblea casi completa iba á adoptarla, cuando los de Dymas y Megalópolis y algunos argivos se levantaron antes de que se diese el decreto, y abandonaron la asamblea sin que su marcha produjese la menor sospecha ni el más ligero murmullo de desaprobación. Los megalopolitanos, arrojados en otro tiempo de su patria por los lacedemonios (1), fueron devueltos á ella por Antígono; en cuanto á los dimeos, después de la toma y saqueo de su ciudad por los romanos, Filipo les hizo rescatar en todas partes donde la esclavitud les había llevado, devolviéndoles á la vez patria y libertad. En fin, los argivos, creían que los reyes de Macedonia eran originarios de su país, y por otro lado, la mayor parte de ellos estaban personalmente unidos á Filipo por lazos de hospitalidad ó por los de íntimo trato. Estos fueron los motivos que les llevaron á salir de una asamblea dispuesta á favor de una alianza con Roma, y su marcha pareció justificada por los grandes y recientes favores que debían á Filipo.

(1) Cleomano, tirano de Esparta, arrojó á los megalopolitanos de su ciudad. Retiráronse á Messena y los restableció en su patria Antígono Dosón, que derrotó á Cleomano, tomó á Esparta y devolvió la paz á Grecia.

Llamados á votar los otros pueblos de la liga aquea, confirmaron en el acto por un decreto su alianza con los rodios; el tratado con los romanos, que no podía ratificarse sino por un plebiscito, quedó aplazado para la época en que pudieran enviar legados á Roma. Por el momento se decidió que marcharían tres legados cerca de L. Quincio y que todo el ejército de la liga marcharía sobre Corinto. El general romano se había apoderado de Cencreas y sitiaba ya á la misma ciudad; y Atalo, que había hecho pasar el istmo á sus tropas, dirigía sus ataques por el lado del puerto de Lequeo, situado en el otro mar. Al principio se desplegó poca energía, esperando que en el interior estallase alguna sedición entre los habitantes y la guarnición del Rey. Pero todos estaban de acuerdo; los macedonios defendían la ciudad como su patria común, y los corintios obedecían al jefe de la guarnición, Androstenes, como hubiesen obedecido á un conciudadano investido de autoridad legítima por sus votos. Vieron, pues, los sitiadores que no había otra esperanza que la fuerza de sus armas y la actividad de sus trabajos, y elevaron calzadas en muchos puntos para facilitar el asalto de las murallas; el ariete abrió muy pronto brecha por el lado de los romanos que batían la muralla. Encontrándose aquel punto sin defensa, los macedonios acudieron á protegerlo con sus armas, trabando con los romanos encarnizada lucha. La superioridad numérica les permitió al principio rechazar fácilmente al enemigo; pero robustecidos los romanos con el socorro de los aqueos y de Atalo, restablecieron el combate, y sin duda hubiesen desalojado de sus posiciones á los macedonios y á los griegos, á no detenerles los tráfugas italianos, que eran muy numerosos en la plaza. Unos habían pa-

sado del ejército de Annibal á las filas de los macedonios, porque temían la venganza de los romanos; otros eran soldados de marina que en otro tiempo habían abandonado sus naves esperando servicio más honroso (1). Todos sabían que no podían esperar perdón de los romanos vencedores, y este convencimiento les inspiraba rabia más bien que audacia. Enfrente de Sicyona se eleva un promontorio consagrado á Juno Acrea; este promontorio penetra mucho en el mar, y solamente le separa de Corinto distancia de siete millas próximamente. Filocles, prefecto de Filipo, llevó allí, por la Beocia, mil quinientos soldados, encontrando barcas enviadas de Corinto para recibir los refuerzos y trasladarlos á Lequea. Atalo aconsejó entonces quemar las obras que habían construído y renunciar en seguida al sitio. Por el contrario, Quincio mostró más firmeza y perseverancia. Pero cuando vió los refuerzos del Rey colocados delante de todas las puertas, y las dificultades que habría para resistir las salidas de los sitiados, adoptó el consejo de Atalo. Así, fracasando la empresa, despidieron á los aqueos y se embarcaron, dirigiéndose Atalo al Pireo y los romanos á Corcyra.

Mientras el ejército naval se ocupaba en estas operaciones, el Cónsul, que se encontraba en Focida, acampado delante de Elacia, entró en negociaciones con los principales de la ciudad para inducirles á rendirse. Contestáronle éstos que nada podían hacer y que la guarnición real era más numerosa y fuerte que los habitantes. Entonces mandó comenzar los trabajos de sitio en toda la línea y dar un asalto general. A los pri-

(1) Los romanos no alistaban en su marina más que hijos de libertos ú hombres libres de la clase más baja.

meros golpes de ariete, todo el lienzo de muralla que se extendía entre dos torres se derrumbó con espantoso estrépito y dejó descubierta la plaza. En seguida se lanzó por la brecha una cohorte romana, y por su parte los sitiados, abandonando sus puestos, acudieron de todos los puntos de la ciudad al sitio que amenazaba el enemigo. Pero mientras una parte de los romanos franqueaba las ruinas de la muralla, otra aplicaba escalas contra los parapetos que aun estaban en pie, y aprovechando que el enemigo tenía fija la atención en un solo ataque, escalaron la muralla por muchos puntos y bajaron á la ciudad esgrimiendo las armas. Al enterarse de esto, asustáronse los sitiados, abandonaron el punto donde se habían reunido en masa, y huyeron en desorden á refugiarse en la fortaleza, seguidos de una multitud desarmada. Dueño de Elacia el Cónsul la entregó al saqueo, y en seguida ofreció á los macedonios la vida si querían retirarse entregando las armas, y á los habitantes la libertad. Unos y otros confiaron en su palabra, y á los pocos días le entregaron la fortaleza.

Sin embargo, la llegada de Filocles, prefecto del Rey en la Acaya, no había hecho levantar el sitio de Corinto solamente, sino que había inducido á algunos argivos notables á entregarles su ciudad, después de sondear las disposiciones del pueblo. Era costumbre en Argos que el día de los comicios los magistrados proclamasen primeramente, como feliz presagio, los nombres de Júpiter, Apolo y Hércules, y después, una ley había dispuesto que se añadiese á estos nombres el de Filipo. Pero cuando la ciudad ajustó alianza con los romanos, el pregonero creyó deber omitir el nombre del Rey. Entonces brotaron murmullos en la asamblea, y en se-

guida millares de voces repitieron aquel nombre y reclamaron para el Rey el honor que la ley le había concedido, nombrándose al fin á Filipo con unánime asentimiento. Confiados en este entusiasmo, los argivos principales llamaron á Filocles, quien llegó de noche, se apoderó de una altura llamada el Fuerte Larisa, que dominaba la ciudad, y la guarneció. Al amanecer bajó, con las enseñas levantadas, hacia el foro, situado al pie de la altura, cuando vió un cuerpo enemigo que marchaba á su encuentro. Era la guarnición aquea, recientemente establecida en Argos, compuesta de cerca de quinientos jóvenes, los más escogidos de todas las ciudades de la liga, mandados por Enesidemo Dymeo. Filocles le intimó la orden de salir de la ciudad. Incapaces de resistir á los argivos solos que habían tomado el partido de los macedonios, menos podrían, deciales, hacer frente á los argivos y macedonios reunidos, puesto que los mismos romanos habían retrocedido delante de éstos en Corinto. Estas observaciones no produjeron efecto al principio ni en los jefes ni en los soldados. La presencia misma de los argivos, que llegaban en gran número y con las armas en la mano por el lado opuesto, la seguridad de sucumbir no les hubiese impedido intentar fortuna, si su jefe hubiese participado de su resolución. Pero Enesidemo no quiso perder, al mismo tiempo que la ciudad, aquella flor de la juventud acaya. Trató con Filocles, consiguió que sus soldados pudiesen retirarse, y permaneció él mismo armado con algunos amigos íntimos en el punto donde se había detenido. Filocles mandó preguntarle entonces qué se proponía. Por toda respuesta, el aqueo comenzó por cubrirse con el escudo y permaneció inmóvil; en seguida exclamó: «que moriría con las armas

en la mano en la plaza que le habían mandado guarnecer.* En seguida recibieron los tracios orden de asaetearle, y murió con todos los suyos. Así, pues, á pesar de la alianza concluída entre los aqueos y los romanos, dos ciudades de las más importantes de la liga, Argos y Corinto, cayeron en poder del Rey de Macedonia. Estas fueron las cosas que hicieron en aquel verano los romanos por mar y tierra en Grecia.

El cónsul Sex. Elio no hizo nada importante en la Galia. Tenía, sin embargo, dos ejércitos á su disposición: uno que había conservado á pesar de tener orden de licenciarlo; éste era el del cónsul L. Cornelio, cuyo mando había confiado al pretor C. Helvio; el otro el que llevó él mismo á la provincia. Casi todo el año lo empleó en hacer regresar á sus colonias los habitantes de Cremona y de Placencia, dispersos por las desgracias de la guerra. Pero si, contra toda esperanza, la Galia permaneció tranquila aquel año, estuvo á punto de estallar en las cercanías de Roma una sublevación de esclavos. Guardábanse en Secia los rehenes de los cartagineses; como hijos de ciudadanos principales, tenían con ellos multitud de esclavos. Este número aumentó á consecuencia de la última guerra de África, con algunos prisioneros cartagineses procedentes del botín que muchos habitantes de Secia habían comprado. Reunidos aquellos desgraciados, tramaron una conspiración y enviaron emisarios para sublevar los esclavos en el territorio de Secia y en las cercanías de Norba y de Circeya. Este infame proyecto fué denunciado en Roma al pretor urbano L. Cornelio Merula. Dos esclavos se presentaron en su casa antes de amanecer y le refirieron detalladamente todo lo que se había hecho é intentaba hacer. El pretor los retuvo

en su casa, convocó el Senado, le enteró de lo que acababa de saber y recibió orden de partir en busca de los culpables y ahogar aquella conspiración. Tomó consigo cinco legados, y, haciendo prestar el juramento militar á cuantos encontraba en el camino, les obligaba á tomar las armas y seguirle. De esta manera reunió apresuradamente unos dos mil hombres y marchó á Secia sin que nadie supiese á dónde iba. En cuanto llegó mandó prender á los jefes de la conspiración; y como los esclavos habían huído de la ciudad, envió á que les persiguiesen en los campos. La República debió aquel importante servicio á dos esclavos y un ciudadano libre. Este último recibió, por orden del Senado, á título de recompensa, cien mil ases, y cada esclavo veinticinco mil y la libertad; el Tesoro público indemnizó á sus amos. Poco después se supo que un resto de aquella conjuración amenazaba á Prenesto. Marchó allá el pretor L. Cornelio, y mandó ejecutar cerca de quinientos esclavos reconocidos culpables. Temióse en Roma que los rehenes y prisioneros cartagineses promoviesen aquellos movimientos, y se establecieron, por tanto, guardias en los diferentes barrios; exhortóse á los magistrados interiores á visitarlos y á los tribunos de las prisiones (1) que ejerciesen activa vigilancia sobre las canteras; en fin, se dispuso que el pretor escribiese á las ciudades latinas para que hiciesen guardar á los rehenes en sus casas particulares, sin permitirles que se presentasen en público, á cargar á los es-

(1) Estos triunviros se llamaban capitales, y eran tres magistrados que tenían el encargo de vigilar por la custodia de los prisioneros y de presidir las ejecuciones. También tenían especial jurisdicción sobre los esclavos fugitivos y gentes sin profesión.

clavos de cadenas que no pesasen menos de diez libras y que les encerrasen en las cárceles públicas y no en otra parte.

En este mismo año vinieron legados del rey Atalo á depositar en el Capitolio una corona de oro de doscientas cuarenta y seis libras de peso (1), y á dar gracias al Senado porque los legados romanos habían obtenido con su intervención que Antioco retirase su ejército de los estados de Atalo. También en esta misma época el rey Masinissa envió doscientos caballos, diez elefantes y doscientos mil modios de trigo (2) á las tropas que combatían en Grecia: la Sicilia y la Cerdeña les suministraron también abundantes provisiones y ropas. Gobernaba la Sicilia M. Marcelo y la Cerdeña M. Porcio Catón (3), varón íntegro y virtuoso, y que se

(1) Cerca de noventa y cuatro kilogramos.

(2) Diez y seis mil ciento cuarenta hectolitros.

(3) Este hombre, cuyo nombre, que se ha hecho proverbial, designa la virtud más severa, nació en Tusculo y se educó en los rudos trabajos del campo. Llamado á Roma por Valerio Flacco y apoyado por Fabio Maximo, fué muy pronto tribuno militar. Nombrado cuestor en Sicilia cerca de Cornelio Scipión, se opuso á las irregulares cuentas del Africano y á sus excesivos gastos. Pretor en Cerdeña, de tal manera se condujo que jamás, según Plutarco, fué más querido y al mismo tiempo más temido el nombre romano. Ordinariamente los pretores romanos arruinaban sus provincias con el lujo de su casa y magnificencia de su comitiva. Exigían á las ciudades que visitaban lechos, pabellones, provisiones de toda clase y cantidades inmensas para su mesa. Lejos de imitarles, Catón caminaba á pie con un solo acompañante, llevando para su uso un traje, y un vaso para los sacrificios. «Jamás, dice Plutarco, tomó del público, para él y su comitiva, más de tres medimnas de trigo al mes, ni más de tres semimedimnas de cebada diarias para los caballos. Bebía igual vino que sus esclavos, y no permitía que se empleasen más de treinta ases diarios en provisiones. El mismo escribió que de todas las casas de campo

mostró muy rígido en la represión de la usura: desterró de la isla á todos los usureros y disminuyó ó suprimió los gastos del pretor que los aliados le pagaban ordinariamente. El cónsul Sex. Elio vino de la Galia á Roma para celebrar los comicios y proclamó cónsules á C. Cornelio Cethego y Q. Minucio Rufo. Dos días después se celebraron los comicios pretorianos, y por primera vez se nombraron seis pretores, porque el número de las provincias aumentaba y el imperio romano se extendía diariamente. Estos seis pretores fueron: L. Manlio Vulso, C. Sempronio Tuditano, M. Sergio Silo (1), M. Helvio, M. Minucio Rufo y L. Atilio. Sempronio y Helvio acababan de ser ediles plebeyos: nombróse edi-

que poseía, ni una sola tenía enlucida y blanqueda, y se honraba con haber dejado en España el caballo de que se había servido en la guerra durante su consulado, ahorrando al Estado lo que habría costado el transporte.

A consecuencia de su consulado fué enviado á España, donde se lisonjeó de haber tomado más ciudades que días pasó en la provincia. Después de combatir valerosamente en Grecia contra Antioco como simple tribuno militar, volvió á Roma y desempeñó las funciones de censor, que fueron su título de gloria más hermoso á los ojos de la posteridad. Todo el mundo conoce la enérgica abnegación y valerosa severidad con que consagró sus esfuerzos á vigilar por la conservación de las costumbres. Sin embargo, preciso es confesar que vivió demasiado tiempo para su gloria. En los últimos años de su vida se entregó á los vicios que tan enérgicamente había condenado; á la voluptuosidad, la avaricia y la usura. Refiere Plutarco que hasta ejerció la usura marítima, la más desacreditada de todas, porque era la más elevada. Después que, sin consideración á la presencia de su nuera y de su hijo, sostuvo comercio ilícito con un esclavo suyo, cayó en el ridículo de un segundo matrimonio con la hija de su intendente. Este hombre extraordinario murió á la edad de noventa años.

(1) Fué bisabuelo de Catilina. Plinio habla con mucho elogio de su bravura y de las heridas de que estaba cubierto.

les curules á Q. Minucio Thermo y Ti. Sempronio Longo. En este año se celebraron los juegos romanos durante cuatro días.

El primer acto del consulado de C. Cornelio y Q. Minucio fué proceder á la repartición de las provincias consulares y pretorianas. Ocupáronse con preferencia de estas últimas, que podían distribuirse por sorteo. Sergio obtuvo la jurisdicción urbana, y Minucio la de los extranjeros. Atilio obtuvo la Cerdeña, Manlio la Sicilia, Sempronio la España citerior, y Helvio la España ulterior. Preparábanse los cónsules á sortear la Italia y la Macedonia, cuando se opusieron á ello los tribunos del pueblo L. Oppio y Q. Fulvio, diciendo «que la Macedonia era una provincia lejana, y que los principales obstáculos que habían entorpecido hasta entonces aquella guerra procedían de que apenas se dejaba tiempo á los cónsules para comenzar las operaciones, y se les llamaba en lo más importante de sus preparativos. Hacía cuatro años ya que se había decretado la guerra de Macedonia. Sulpicio empleó la mayor parte del año en buscar al Rey y á su ejército. Velio, que pudo alcanzar al enemigo, fué llamado antes de dar la batalla. Quincio, aunque retenido en Roma gran parte del año por asuntos religiosos, había, sin embargo, impulsado la guerra con tanto vigor, que hubiese podido terminarla, de llegar antes á su provincia ó de retrasarse el invierno. Actualmente casi había entrado en cuarteles de invierno; pero decíase que hacía tales preparativos, que á menos de ser reemplazado, podía contar con la victoria definitiva en la próxima campaña.» Estas observaciones obligaron á los cónsules á declarar que se sometían á la decisión del Senado, con tal de que los tribunos

hiciesen otro tanto. Por consentimiento de unos y de otros decretaron los senadores, después de libre discusión, que los dos cónsules tendrían la Italia por provincia, prorrogando en el mando á T. Quinccio (1) hasta que le enviasen sucesor. Dióse á cada cónsul dos legiones, y se les encargó hacer la guerra á los galos cisalpinos, que habían abandonado el partido de los romanos. Decretóse que se enviase á Macedonia, á las órdenes de Quinccio, un refuerzo de cinco mil hombres de infantería, trescientos caballos y tres mil soldados de marina. Dejóse el mando de la flota á L. Quinccio Flamínio. Los pretores designados para las Españas debían llevar ocho mil infantes, entre aliados y latinos, y cuatrocientos jinetes, con objeto de poder enviar á sus provincias los antiguos ejércitos, recomendándoseles fijar los límites de la ulterior y citerior. Además, se enviaron como legados á Macedonia á P. Sulpicio y P. Vilio, que habían tenido aquella provincia en calidad de cónsules.

Antes de la marcha de los cónsules y de los pretores para sus provincias, decidióse expiar los prodigios. Había caído el rayo en el templo de Vulcano y en el de Plutón, en Roma, en la muralla y una puerta de Fregela; en Frusinone había iluminado la noche con repentina luz; en Asula había nacido un cordero con dos cabezas y cinco pies; en Formio habían entrado dos lobos en el recinto de la ciudad, y habían devo-

(1) Dice Polibio que, desde el fin de la segunda guerra púnica hasta el tiempo de los Graccos, el Senado usurpó la prerrogativa de conceder ó negar á los cónsules y pretores la prórroga de su mando, cuando desde los primeros años de la guerra del Samnio, solamente el pueblo había ejercido este derecho.

rado algunos transeuntes; en Roma había penetrado un lobo, no solamente en la ciudad, sino en el Capitolio. El tribuno del pueblo, C. Acilio, propuso una ley para el establecimiento de cinco colonias á lo largo de las costas: dos en la desembocadura del Vulturno y del Lirerno, una en Puteolos, otra en el fuerte de Salerno, y la quinta en Buxento: cada colonia debían formarla trescientas familias. Nombraron triunviros para atender á este cuidado, con poderes que debían durar tres años, á M. Servilio Gemino, Q. Minucio Thermo y Ti. Sempronio Longo. Cuando quedaron terminadas las levas y todas las ocupaciones civiles y religiosas que detenían á los cónsules, partieron para la Galia. Cornelio se dirigió á los insubrios, que se encontraban entonces en armas y se habían asociado á los cenomanos; Q. Minucio marchó por la izquierda de Italia hacia el mar inferior, llevando su ejército á Génova, y comenzó atacando á los ligurios. Sometiéronse las plazas de Clastidia y Litubia, las dos de la Liguria y los celetatos y cerdiciatos, gentes ligurias también. Pronto quedó sometida toda la Cispadana, menos los galos boyos y los ligurios ilevatos, elevándose á quince el número de las ciudades y á veinte mil el de los habitantes. El Cónsul llevó en seguida sus legiones al territorio de los boyos.

No hacía mucho tiempo que los boyos habían pasado el Po y reunidose con los insubrios y cenomanos. Habían sabido que los cónsules debían atacarles al frente de sus legiones reunidas, y querían reunir también todas sus fuerzas para encontrarse en condiciones de hacerles frente; pero á la noticia de que uno de los cónsules incendiaba el territorio de los boyos, estalló en seguida la discordia entre aquellos pueblos. Los

boyos querían que todo el ejército les socorriese en su desgracia, y los insubrios se negaban á dejar indefenso su país. Separáronse, pues, los confederados, acudiendo los boyos á defender sus tierras, y los insubrios y cenomanos marcharon á colocarse en las orillas del Mincio. El cónsul Cornelio acampó en la ribera, á cinco millas más abajo del enemigo, y desde allí envió emisarios á los pueblos de los cenomanos y á Brixia, su capital, adquiriendo la seguridad de que, si la juventud del país había tomado las armas, era sin el consentimiento de los ancianos, y que ninguna decisión pública había autorizado á los cenomanos á reunirse con los sublevados insubrios. Llamó, pues, á los principales de la nación, esforzándose en atraerlos y conseguir que se separasen de los insubrios y que, levantando sus enseñas, se decidiesen á volver á sus hogares ó á pasar á los romanos. No pudo conseguirlo, pero le prometieron permanecer neutrales en el combate, y que, si se les presentaba ocasión, ayudarían á los romanos. Los insubrios ignoraban este convenio; sin embargo, sospechaban algo, y temían que sus aliados les hiciesen traición. Así, pues, cuando se formaron en batalla no se atrevieron á confiarles ningún ala, temiendo que algún movimiento de retroceso, que ejecutasen por perfidia, produjese su completa derrota: colocáronles, por tanto, en la reserva, detrás de las enseñas. Al comenzar la batalla, el Cónsul ofreció un templo á Juno Sospita si aquel día derrotaba y dispersaba al enemigo. Los soldados no lanzaron ni un solo grito; prometieron al Cónsul llenar sus deseos, y en seguida cayeron sobre los insubrios, que no pudieron sostener su primer choque. Pretenden algunos que, en medio de la pelea, les atacaron por la espalda los cenomanos, produciendo doble alarma;

que el enemigo dejó en el campo treinta y cinco mil hombres y cinco mil setecientos prisioneros en poder del vencedor, en cuyo número se encontraba el general cartaginés Amílcar, que había promovido aquella guerra. Los romanos cogieron además ciento treinta enseñas militares y más de doscientos carros. Las ciudades que se habían adherido á la sublevación se sometieron.

El cónsul Minucio recorrió primeramente, talándolo, el territorio de los boyos; pero cuando vió que se habían separado de los insubrios con objeto de acudir á la defensa de sus hogares, se encerró en su campamento, persuadido de que sería necesario muy pronto darles la batalla. Los boyos, por su parte, no habrían retrocedido ante un combate si no hubiese abatido su valor la noticia de la derrota de los insubrios. Abandonaron, pues, á su general y su campamento, se dispersaron en sus caseríos, para proteger cada cual su propiedad, y obligaron al enemigo á cambiar su plan de operaciones. Minucio renunció á terminar la guerra en una batalla campal, y se dedicó otra vez á talar los campos, á incendiar las casas y á forzar los pueblos: en estas devastaciones fué entregada Clastidia á las llamas. En seguida llevó sus legiones contra los ligurios ilvatos, que eran los únicos que resistían aún. Este pueblo se sometió también en cuanto supo que los insubrios habían quedado vencidos en batalla campal, y que los boyos se habían aterrado hasta el punto de no atreverse á correr los riesgos de un combate. Los cónsules escribieron entonces desde la Galia á Roma anunciando estas cosas. El pretor urbano M. Sergio leyó primeramente las cartas al Senado, y en seguida, por orden de los senadores, á la asamblea del pueblo, decretándose cuatro días de acciones de gracias.

Habiendo comenzado ya el invierno y cuando Quincio, dueño de Elacia, invernaba en Fócida y Locrida, estalló una sedición en Opunta; llamando un partido á los etolios, que eran los más inmediatos, y otro á los romanos. Los etolios llegaron primero; pero el bando contrario, que era el más numeroso, les cerró las puertas, envió un mensajero al general romano y conservó la ciudad hasta su llegada. Ocupaba la fortaleza guarnición real, y ni las amenazas de los opuntinos, ni las intimaciones del Cónsul romano pudieron decidir á los macedonios á rendirse; pero no les atacaron en seguida, porque Filipo acababa de enviar un mensajero pidiendo que se le señalase punto y día para una entrevista. Quincio accedió gustoso, deseando terminar por sí mismo aquella guerra, bien por la fuerza de las armas, bien por un tratado; porque ignoraba todavía si alguno de los nuevos cónsules iría á reemplazarle, ó si sus amigos y parientes habían conseguido con sus esfuerzos que le prorrogasen el mando, como les había pedido. La entrevista la consideraba conveniente, porque le proporcionaría libertad para continuar la guerra si se quedaba, ó para ajustar la paz, si partía. Eligióse para la conferencia la orilla del mar, cerca de Nicea, en el golfo Maliaco. El Rey vino de Demetriades con cinco barcas y una nave rostrata, acompañándole los principales macedonios y un desterrado aqueo, el insigne Cycliades. El general romano llevaba con él al rey Amyndro, Dionisodoro, legado de Atalo, Agesimbrotos, jefe de la flota rodiana, Feneo, general de los etolios, y dos aqueos, Aristeno y Xenofón. En medio de este cortejo avanzó el Cónsul hasta la orilla del mar, mientras que Filipo se presentaba en la proa de su nave, que se mantenía al ancla. «Si bajas á tierra, le dijo el Cón-

sul, con mayor comodidad podremos hablar y entendernos.» El Rey se negó á ello. «¿Qué temes? le preguntó Quinccio.—Sólo temo, contestó Filipo con la altivez de un rey, á los dioses inmortales; pero no confío en todos los que te acompañan, y en los etolios menos aún que en los demás.» El romano replicó: «Ese peligro lo corren todos los que se abocan con un enemigo, si ese enemigo no tiene fe.—Pero en caso de perfidia, T. Quinccio, replicó el Rey, la partida no es igual entre Filipo y Feneo; los etolios encontrarían con menos trabajo otro pretor que los macedonios un rey para reemplazarme.» Después reinó un momento de silencio.

El romano indicó que el que había pedido la entrevista debía hablar primero; pero el Rey observó que la palabra pertenecía á quien dictaba las condiciones de la paz, y no á quien las recibía. El general romano contestó «que su oración sería muy sencilla; que iba á proponer las condiciones, sin las cuales no podía haber paz. El Rey retiraría sus guarniciones de todas las ciudades de Grecia; devolvería á los aliados del pueblo romano los prisioneros y los tráfugas; restituiría á los romanos las plazas de Iliria, de que se había apoderado después que se ajustó la paz en Epiro, y entregaría al rey Ptolomeo de Egipto las ciudades que había arrebatado después de la muerte de Ptolomeo Filopator. Estas eran las condiciones que dictaba á nombre del pueblo romano; pero, como era justo, oiría las peticiones de los aliados.» El legado de Atalo reclamó las naves y los prisioneros de que se apoderó Filipo en el combate naval de Chío; exigió que los despojos y depredaciones cometidos en el bosque de Niceforio y en el templo de Venus fuesen reparados por completo. Los rodios pidieron la Perea, comarca pequeña situada en

el continente, enfrente de su isla y desde muy antiguo en su dependencia; insistieron sobre la evacuación de Iasso, Bargylia y Euromo por las guarniciones macedónicas; sobre la de Sestos y Abydos en el Helesponto; sobre la restitución de Perintho á los bizantinos con el goce de sus antiguos privilegios y la libertad de todos los puertos y mercados del Asia. Los aqueos reclamaron Corinto y Argos. El pretor de los etolios, Feneo, propuso casi las mismas condiciones que los romanos; es decir, el abandono de la Grecia y la entrega á los etolios de todas las ciudades que anteriormente habían reconocido sus leyes y dominio. Después de él, Alejandro, uno de los etolios principales, bastante elocuente para hombre de su nación, dijo que hacía mucho tiempo que guardaba silencio, no porque esperase resultado alguno de aquella conferencia, sino porque no había querido interrumpir á los oradores de los aliados. Filipo, añadió, no trataba sinceramente de la paz, como tampoco había hecho nunca la guerra con verdadero valor. En las negociaciones procuraba engañar; en la guerra no avanzaba jamás en campo raso, no arriesgaba una batalla campal, sino que retrocedía siempre quemando y saqueando las ciudades; y cuando quedaba vencido, destruía para los vencedores el fruto de sus triunfos. No obraban así los antiguos reyes de Macedonia; mostraban su valor en los campos de batalla y respetaban en lo posible las ciudades para tener un imperio más floreciente. Destruir de aquella manera las posesiones que se disputaban y no reservarse más que la guerra misma, ¿era obra de hombre prudente? En el año anterior, Filipo había devastado en la Tesalia más ciudades de sus aliados que jamás habían devastado todos los enemigos de aquel país. A los mis-

mos etolios les habían maltratado más en el tiempo de su alianza, que desde que era su enemigo. Habiales arrebatado Lysimaquia, después de expulsar al pretor y guarnición etolia; había destruído y completamente arruinado á Cío, ciudad de su dependencia, y con igual perfidia habíase apoderado de Tebas, Phtia, Equina, Larissa y Farsala.*

Disgustado por las reconvenções de Alejandro, Filipo mandó acercar la nave á la playa para que le oyesen mejor. Comenzaba á hablar y se irritaba contra los etolios, cuando Feneo le interrumpió bruscamente: «No se trataba de palabras, dijo; era necesario triunfar en la guerra ó someterse al más fuerte.—La cosa era clara hasta para un ciego», replicó Filipo aludiendo á la debilidad de vista de Feneo. Filipo era naturalmente demasiado jocosó para un rey (1), y hasta en los asuntos más graves no sabía contener una agudeza. En seguida se mostró muy irritado de que los etolios exigiesen imperativamente, como los romanos, la evacuación de la Grecia, cuando apenas podían indicar los límites de aquella comarca. En efecto, la Agrea, la Apodocia y la Amfilogenia, que formaban la mayor parte de la Eto lia, no estaban en Grecia. «Quéjense de que no he respetado á sus aliados; ¿pero tienen derecho á ello cuando por costumbre suya de todo tiempo, y que tiene fuerza de ley, sus jóvenes pueden combatir contra sus propios aliados? Únicamente cuidan de no autorizarlos por ningún acto público. ¿Y no se ven con frecuencia dos ejércitos opuestos contando en sus filas auxiliares etolios?

(1) Dice Plutarco que después de la batalla de Cynocéphalos, habiendo compuesto los etolios una canción contra Filipo, este príncipe se contentó con componer otra en contestación.

No soy quien forzó á Cío, no hice más que secundar las operaciones de Prusias, mi aliado y amigo. En cuanto á Lysimaquia, la arrebaté á los tracios; pero como la necesidad de la guerra presente me impiden velar por aquella plaza, los tracios la han recobrado. Esto es lo que tengo que decir en cuanto á los etolios. En cuanto á Atalo y los rodios, no les debo absolutamente nada: no soy yo, sino ellos quienes comenzaron la guerra. Sin embargo, por respeto á los romanos devolveré á los rodios la Perea, y al rey Átalo sus naves con los prisioneros que se encuentren. Por lo que hace á la restitución del Niceforio y del templo de Venus, puesto que se ha querido que tales cosas sean motivo de discusión entre reyes, ¿debo responder á las reclamaciones de mis enemigos de otra manera que ofreciéndoles la única satisfacción que puede darse en cuanto á bosques y selvas taladas, es decir, comprometerme á pagar y á hacer nuevas plantaciones? El final de su discurso fué una increpación á los aqueos. Después de comenzar recordando los beneficios de Antígono á la Liga, y los que él mismo le había dispensado, mandó leer decretos en que los aqueos le prodigaban todos los honores divinos y humanos, y á estos decretos opuso el que mandaba recientemente á su ejército volverse contra él. Extendióse en censuras contra su perfidia, y añadió: «que, sin embargo, les devolvería Argos. En cuanto á Corinto, deliberaría con el general romano, y le preguntaría al mismo tiempo si pretendían solamente que abandonase las ciudades que posee por derecho de guerra, ó todas las que había recibido de sus antepasados.»

Preparábanse á replicar los aqueos y los etolios; pero el sol estaba á punto de ocultarse y se dejó la conferencia para el día siguiente. Filipo marchó al punto

que había dejado; y los romanos y sus aliados volvieron al campamento. Al día siguiente, á la hora convenida, Quincio marchó á Nicea, que era el punto elegido para la entrevista. Filippo no estaba allí, y en vano se esperó durante algunas horas un mensajero de su parte: ya desesperaban de verle llegar, cuando se vieron de pronto sus naves. Excusóse diciendo que, preocupado con las duras é indignas condiciones que le imponían, había pasado el día entero deliberando sin decidir nada. Generalmente se creyó que había prolongado el asunto para no dejar á los aqueos y etolios tiempo para contestarle. Él mismo confirmó esta sospecha pidiendo que para no perder tiempo en vanas discusiones y obtener algún resultado, se alejasen todos los que se encontraban allí y se le permitiese hablar á solas con el general romano. Al pronto se rechazó esta petición para que no pareciese se excluía á los aliados de la conferencia; pero como Filippo insistía en este punto, el general romano, después de consultar todas las partes interesadas, no llevó consigo más que al tribuno militar Appio Claudio y avanzó hasta la orilla del mar. El Rey saltó en tierra con los dos que le habían acompañado la víspera. Después de algunos momentos de conversación secreta, Filippo volvió con los suyos, pero no se sabe á punto fijo qué cuenta les dió del asunto. Quincio dijo á sus aliados que «el Rey cedía á los romanos toda la costa de la Iliria y les enviaría los tránsfugas y todos los prisioneros que tuviese. Devolvería á Atalo sus naves y los tripulantes cogidos en ellas; á los rodios, el territorio de Perea; pero conservando Yaso y Bargylia. Restituía á los etolios Farsalia y Larissa y retenía Tebas; á los aqueos les abandonaba, no solamente Argos, sino también Corinto.» A nadie agradó que decidiese las cesio-

nes que haría y las que negaría. «Con aquel arreglo más perdían que ganaban, decían; mientras no retirase sus guarniciones de toda la Grecia, siempre habría motivo de disensiones.»

Levantóse entonces en la asamblea un grito de indignación, llegando los clamores hasta Filipo, á pesar de la distancia que le separaba, y rogó entonces á T. Quincio aplazase el asunto para el día siguiente, asegurando haría aceptar sus razones ó le convencerían las que le diesen. Citáronse en la costa, cerca de Thronio, y allí acudieron muy temprano. Filipo suplicó primeramente á Quincio y á cuantos le acompañaban que no destruyesen toda esperanza de paz, y concluyó pidiendo un plazo con objeto de poder enviar legados al Senado, diciendo «que obtendría la paz con las condiciones que había ofrecido, ó aceptaría las que le dictase el Senado, cualesquiera que fuesen». Lejos estaba de agradar á la asamblea esta proposición, porque se creía que solamente buscaba ganar tiempo para reunir sus fuerzas. Quincio observó «que la suposición podría ser justa si se encontraran en la estación propicia para las operaciones militares, pero que, acercándose el invierno, nada se perdía con concederle tiempo para enviar sus legados á Roma. Porque era necesaria la aprobación del Senado para ratificar las condiciones que se conviniesen con el Rey, y podría aprovecharse el forzoso descanso del invierno para sondear las disposiciones de los senadores.» Todos los jefes de los aliados aceptaron aquella opinión: concedióse una tregua de dos meses, y se decidió que cada cual enviaría por su parte legados para ilustrar al Senado y prevenirle contra los artificios de Filipo. Un artículo de la tregua obligaba al Rey á retirar en el acto sus guarniciones de la Fócida y de la

Locrida. Quinccio unió á los legados de los aliados, para dar más brillo á la embajada, Amyndandro, rey de los athamanes, Q. Fabio, hijo de su cuñada, Q. Fulvio y Ap. Claudio.

Cuando llegaron á Roma recibióse á los legados de los aliados antes que á los del Rey; siendo todo su discurso largo capítulo de quejas contra Filipo. Lo que más impresionó al Senado fué el plano que trazaron de la posición marítima y continental de sus estados, demostrando plenamente que si conservaba Demetriadés en Tesalia, Calcis en la Eubea y Corinto en Acaya, no había libertad posible para Grecia, y que aquellas plazas eran, como decía el mismo Filipo con tanta verdad como insolencia, los grillos de la Grecia. En seguida introdujeron á los legados macedonios, y ya habían comenzado largo discurso, cuando les interrumpieron preguntándoles terminantemente si su señor abandonaría aquellas tres plazas. Contestaron que no habían recibido instrucciones relativamente á esto, y entonces los despidieron sin concederles la paz. Dejóse á Quinccio completa libertad para ajustar la paz ó hacer la guerra, según conviniese; y viendo éste que el Senado no rechazaba la guerra, y deseando por su parte antes vencer que hacer la paz, no concedió entrevista á Filipo y declaró que no recibiría otra legación suya que la que fuese á anunciarle la completa evacuación de Grecia.

Comprendió Filipo que solamente una batalla decidiría la cuestión y que necesitaba reunir fuerzas por todas partes; pero no estaba tranquilo en cuanto á las ciudades de la Acaya, comarca tan lejana de sus estados, y menos todavía en cuanto á Argos que en cuanto á Corinto, por lo que creyó prudente entregar como en

depósito aquella plaza á Nabis, tirano de Esparta, que se la devolvería después de la victoria ó la conservaría en caso de descalabro. Escribió, pues, á Filocles, gobernador de Corinto y de Argos que marchaba personalmente á ver al tirano. Filocles no se limitó al regalo cuyo ofrecimiento iba á hacer, sino que añadió que el Rey, como prenda de la alianza que quería ajustar con el tirano, concedía sus dos hijas á los hijos de Nabis. El tirano se negó al pronto á recibir la ciudad, si un decreto de los mismos argivos no le llamaba en su socorro; pero cuando supo que numerosa asamblea de los habitantes había rechazado con desprecio y hasta con horror el solo nombre del tirano, vió pretexto para despojarles y pidió á Filocles que le entregase Argos en cuanto quisiera. Introdújosele durante la noche ocultándose de todos, y al amanecer se apoderó de las alturas y mandó cerrar las puertas. Algunos habitantes principales escaparon á favor del primer tumulto, y, en su ausencia, saqueó sus bienes. A los que quedaron les despojó de todo su oro y su plata, imponiéndoles enorme tributo. Los que pagaron en el acto pudieron marcharse sin ser insultados ni maltratados; aquellos de quienes se sospechó que habían ocultado ó sustraído parte de sus tesoros fueron azotados con varas y torturados como esclavos. El tirano convocó en seguida á los argivos, y promulgó dos leyes, una aboliendo las deudas, y otra para la repartición de tierras, dos teas de discordia para encender la ira del pueblo contra los nobles.

Una vez dueño de Argos, olvidó Nabis de quién había recibido aquella ciudad y con qué condiciones; y envió legados á Elacia, cerca de Quincio, y á Egina, cerca de Atalo, que invernaba en esta isla, para decir-

les que Argos estaba en su poder; que si Quincio quería aceptar una entrevista, esperaba ponerse de acuerdo con él. Quincio, con objeto de quitar también este recurso á Filipo, contestó que aceptaba la entrevista, y envió á decir á Atalo que saliese de Egina y se le reuniese en Syciona; partiendo él mismo para Anticyra con diez quinquerremes que su hermano L. Quincio había llevado casualmente pocos días antes á la estación de Corcyra, y se dirigió á Syciona. Ya se encontraba allí Atalo, que hizo observar á Quincio correspondía al tirano venir á buscar al general romano y no el general ir en busca del tirano, decidiéndole á no entrar en Argos. Cerca de la ciudad existe un paraje llamado Mycénico, y se convino reunirse en él. Acompañaban á Quincio su hermano y algunos tribunos militares. Atalo llevaba su cortejo real, y á Nicostrato, el pretor de los aqueos, le seguían algunos auxiliares. En el punto designado encontraron al tirano que les esperaba con todas sus tropas; avanzó armado, al frente de sus guardias, armados también, hasta el centro de la llanura que separaba los dos bandos, y se reunió á Quincio, que estaba sin armas, así como á su hermano y los dos tribunos militares; á Atalo, desarmado también y que tenía á su lado al pretor de los aqueos y un dignatario de su corte. El tirano comenzó excusándose « por llegar armado y rodeado de gentes armadas en una entrevista en la que se presentaban sin armas el general romano y el Rey; no era porque les temiese, dijo, sino porque temía á los desterrados de Argos.» Hablóse en seguida de las condiciones de la alianza proyectada, y Quincio exigió dos cosas: en primer lugar, que Nabis cesase en su guerra con los aqueos; en seguida que suministrase socorros

á los romanos contra Filippo. El tirano prometió los socorros; pero en vez de la paz con los aqueos, solamente firmó una tregua que debía durar hasta que terminase la guerra con Filippo.

Atalo suscitó una dificultad con relación á Argos, acusando á Nabis de haber entrado en posesión de la ciudad por la traición de Filocles. El tirano contestó que los mismos argivos le habían llamado en su socorro. El Rey pidió que se llamase á los habitantes para comprobar el hecho, y el tirano no se opuso; pero Atalo exigió que retirase su guarnición de Argos, que no cohibiese á la asamblea de los argivos la presencia de las tropas lacedemónicas y que emitiese su voto con entera libertad. Negándose á esto Nabis, la discusión quedó sin resultado. Terminada la conferencia, el tirano dió á los romanos seiscientos auxiliares cretenses, y ajustó una tregua de cuatro meses con Nicostrato, pretor de los aqueos. Quinccio partió en seguida para Corinto, presentándose en sus puertas con los cretenses, para demostrar á Filocles, prefecto de la ciudad, que Nabis había abandonado el partido de Filippo. Filocles celebró también una entrevista con el general romano, y le dió una contestación que más parecía aplazamiento que terminante negativa. De Corinto puso rumbo Quinccio para Antycira, desde donde envió á su hermano á sondear las disposiciones de los acarnanios. Atalo marchó de Argos y á Sicyona, cuyos habitantes añadieron nuevos honores á los que ya le habían concedido. El Rey, que en otro tiempo habia rescatado para ellos, mediante considerable cantidad, el campo sagrado de Apolo, quiso en esta ocasión señalar su paso con alguna munificencia con sus aliados y amigos, y regaló á la ciudad diez talentos de plata y

diez mil medimnas (1) de trigo; en seguida marchó á reunirse con su flota en Sencreas. Nabis, después de reforzar la guarnición de Argos, volvió á Lacedemonia, cargado con los despojos de los argivos, y envió á su esposa á que ejerciese iguales expoliaciones con las mujeres de Argos (2). Esta invitó á su morada á las señoras más ilustres, en tanto una á una, en tanto en considerable número cuando pertenecían á la misma familia, y con caricias ó amenazas les arrebató no solamente el oro que tenían, sino que también los trajes y adornos mujeriles.

(1) Cerca de mil seiscientos sesenta y cuatro hectelitos.

(2) Sabido es por qué ingenioso medio levantaba Nabis en sus Estados contribuciones forzosas. Llamaba á un personaje rico; le hablaba con mucha dulzura de los gastos que le imponía el mantenimiento de sus tropas mercenarias, de los enormes dispendios para el culto de los dioses y la administración del Estado, y concluía por pedirle sus bienes. Si el llamado se negaba con obstinación, le decía: «No tengo talento para persuadirte; te llevaré á mi esposa Apega, que tal vez sea más afortunada que yo.» En seguida le llevaba á una estatua con resortes que se parecía á su esposa y estaba cubierta con magníficas ropas, pero cuyos brazos, manos y pecho estaban erizados de agudas puntas; y el desgraciado expiaba su negativa en crueles abrazos.

LIBRO XXXIII.

SUMARIO.

Batalla de Cinocéfaló y fin de la guerra de Macedonia.—Toma de Laucada por L. Quincio Flaminio.—Perece el pretor C. Sempronio Tuditano con todo su ejército en un combate con los celtíberos.—Muerte de Atalo.—Roma concede la paz á Filipo y devuelve la libertad á Grecia.—Reducción de los boyos y de los galos insubrios.—Triunfo de Marcelo.—Esfuerzos de Annibal para encender la guerra en Africa.—Denúncianle los jefes del bando contrario.—Marcha una legación á Cartago.—Fuga de Annibal, que se refugia en la corte de Antioco, rey de Siria.

Estos fueron los acontecimientos del invierno. Al comenzar la primavera, Quincio llamó al rey Atalo á Elacia; su propósito era someter á los beocios, cuyo inconstante carácter había flotado hasta entonces entre los dos partidos. Empezó la marcha á través de la Fócida, y fué á acampar á cinco millas de Tebas, capital de la Beocia. Á la mañana siguiente tomó con él los soldados de un manípulo, y, acompañado por Atalo y de las numerosas legaciones que de todas partes acudían á visitarle, continuó su marcha hacia la ciudad,

habiendo mandado á los dos mil hastatos de una legión que le siguiesen á mil pasos de distancia. A la mitad del camino próximamente encontró á Antifilo, pretor de los beocios: los demás habitantes estaban sobre las murallas, con objeto de ver desde lejos al general romano y al Rey. Alrededor de Quincio y de Atalo veíanse muy pocas gentes armadas y soldados: las revueltas del camino y profundidad de los valles ocultaban á los hastatos que le seguían de lejos. Al acercarse Quincio á la ciudad alojó la marcha, como para saludar á la multitud que salía de las murallas y venía á su encuentro, pero en realidad para dar tiempo á los hastatos para que se le reuniesen. Impulsados los habitantes por el lictor, no vieron á la multitud armada que llegó detrás de ellos, hasta que se encontraron delante del general. Entonces creyeron que el pretor Antifilo había entregado por traición la ciudad, y quedaron cohibidos. No se suponía que la asamblea pública señalada para el día siguiente pudiese discutir los asuntos con libertad, pero cada cual ocultó aquel dolor inútil y que tal vez sería peligroso mostrar.

Atalo fué el primero que habló en la asamblea. Comenzó por recordar los servicios que sus antepasados y él mismo habían dispensado, bien á la Grecia en general, bien á los beocios en particular; pero demasiado anciano y débil para soportar el esfuerzo de largo discurso, calló de pronto y perdió el conocimiento. Apresuráronse á levantarle y sacarle, viéndose que tenía parte del cuerpo paralizada. Este accidente suspendió por algún tiempo la asamblea. Aristeno, pretor de los aqueos, pronunció entonces un discurso que produjo mucha impresión, porque aconsejaba á los beocios lo mismo que á los aqueos. Quincio añadió algunas pa-

labras solamente para ensalzar la buena fe de los romanos, más aún que el poder y la fuerza de sus armas. Diccarco Plateense presentó entonces una proposición cuyo objeto era ajustar alianza con los romanos; nadie se atrevió á combatirle, y todas las ciudades de la Beocia aceptaron y ratificaron la ley. En seguida se disolvió la asamblea. Quincio no permaneció en Tebas más que el tiempo necesario para asegurarse del estado de Atalo, y cuando se aseguró de que no corría peligro la vida del rey, y de que aquel ataque repentino solamente le privaba del uso de los miembros, le dejó terminar su restablecimiento y regresó á Elacia, de donde había partido. Los beocios habían entrado, como antes los aqueos, en la alianza de Roma, y Quincio se encontraba tranquilo en cuanto á ellos, pudiendo reconcentrar su atención en Filipo y ocuparse en terminar la guerra.

Filipo, por el contrario, viendo que sus legados no habían traído de Roma ninguna esperanza de paz, comenzó desde los primeros días de la primavera á hacer levadas en todas las ciudades de su reino. Escaseaban los jóvenes, porque las continuas guerras sostenidas desde tantos siglos por la Macedonia habían agotado su población. Durante su mismo reinado, las batallas navales contra Atalo y los rodios, y los combates terrestres contra los romanos habían costado considerable número de hombres. Por esta razón se veía reducido á alistar, no solamente jóvenes desde diez y seis años, sino también á llamar á las enseñas algunos veteranos que conservaban restos de vigor. De esta manera completó su ejército, y, al acercarse el equinoccio de primavera, reunió todas sus fuerzas en Dium, estableció allí sus cuarteles y esperó al enemigo, ejercitando diariamente á sus soldados.

En la misma época partió Quincio de Elacia, pasó delante de Tronio y de Scarfea, y llegó á las Termópilas. La asamblea general de los etolios, que debía reunirse en Heraclea, deliberaba acerca del número de tropas auxiliares que debían enviar á los romanos. Quincio se detuvo allí, y cuando conoció la decisión de los aliados, avanzó de Heraclea á Xynias en tres días, tomó posiciones en los confines de los enianos y tesalios y esperó los socorros de los etolios. Pronto les vió llegar á las órdenes de Feneo, en número de dos mil peones y cuatrocientos caballos; y para no dejarles ignorar por qué se había detenido, inmediatamente se puso en marcha. En cuanto entró en territorio de la Phthiotida, se le reunieron quinientos cretenses de Gortyna, á las órdenes de Cydas, y trescientos apoloniatos, armados como los cretenses, y poco después Amyndro á la cabeza de mil doscientos peones athamanos. Al saber Filipo que los romanos habían dejado Elacia, comprendió que muy pronto tendría que librar una batalla decisiva; por lo que consideró oportuno arengar á sus soldados. Después de recordarles lo que tantas veces les había dicho acerca del valor de sus antepasados y de la gloria militar de los macedonios, llegó á lo que más les impresionaba en aquel momento: aterrándoles, y á lo que podía reanimar su valor é infundirles alguna esperanza.

A la derrota experimentada en los desfiladeros del Aous, por consecuencia del terror que había dispersado á la falange, opuso el fracaso de los romanos obligados á levantar el sitio de Atrax. • Además, añadía, si en el primer combate no había podido conservar las gargantas del Epiro, correspondía la falta en primer lugar á los que habían defendido la posición con negligencia,

y después á las tropas ligeras y soldados mercenarios que no cumplieron su deber durante el combate; pero la falange había resistido, y cuantas veces se encontrase en terreno llano y tuviese que resistir combate regular, sería invencible.* El ejército con que esperaba Filipo á sus enemigos constaba de diez y seis mil hombres, lo más escogido de sus tropas y de su reino, dos mil pel-tastos (1) ó soldados armados con la cetra, dos mil tracios é igual número de ilirios (de las gentes tralias), de algunos aventureros de todas naciones, tomados á sueldo como auxiliares y que ascendían á mil próximamente, y, en fin, de dos mil caballos. Las fuerzas de los romanos eran casi iguales; solamente su caballería era más numerosa, gracias al refuerzo de los etolios.

Quincio llevó su campamento cerca de Tebas, en la Phthiotida, y acariciando la esperanza de que Timón, el ciudadano más importante, le entregaría la ciudad, se acercó á las murallas con algunos jinetes y tropas ligeras. Su esperanza quedó frustrada, y no solamente tuvo que sostener un combate contra los tebanos, que hicieron una salida, sino que hubiese corrido graves peligros á no ser por un refuerzo de caballería é infantería que acudió del campamento con mucha oportunidad para libertarle. No pudiendo contar con la realización de una esperanza tan ligeramente concebida, renunció por el momento á toda tentativa para apoderarse de la ciudad. Sabía, además, que Filipo se encontraba ya en Tesalia, aunque sin conocer positivamente el punto que ocupaba: en vista de esto envió sus soldados en diferentes direcciones para cortar y pre-

(1) Llamados así porque usaban la *pelta* ó *coetra*, esendo pequeño cuadrangular ó redondo.

parar las estacas necesarias para las empalizadas. También usaban empalizadas los macedonios y los griegos, pero las estacas que empleaban, ni podían trasportarse fácilmente, ni consolidaban el parapeto. Cortaban árboles demasiado gruesos y con mucho ramaje para que el soldado pudiese llevarlo con su armamento, y cuando los clavaban en el suelo, para impedir el acceso al campamento, no se necesitaban grandes esfuerzos para derribarlos. Los troncos de aquellos árboles quedaban bastante separados, y sus abundantes y fuertes ramas ofrecían cómodo asidero, bastando dos ó tres jóvenes para derribar el árbol. Aquella brecha formaba en seguida como puerta, por la que podía entrarse sin que el enemigo tuviese á su alcance materiales para cerrarla. Los romanos, por el contrario, se servían de estacas ligeras, de dos, tres, ó á lo sumo cuatro brazos, para que el soldado pudiese llevar sin mucho trabajo algunas á la vez, al mismo tiempo que sus armas, colgadas á la espalda. Cuando las clavan en el suelo, cuidan de apretarlas unas con otras y entrelazarlas, de suerte que no se sabe á qué tronco pertenece cada rama. Además, las estacas son agudas y se cruzan en todos sentidos, de manera que no dejan ni bastante espacio para pasar la mano, ni asidero para tirar de ellas: su enlace forma cuerpo compacto, y aunque se consiguiese arrancar alguna, la brecha no es grande y fácilmente se obstruye.

Al día siguiente marchó adelante Quinceio, yendo sus soldados provistos de estacas y dispuestos á atrincherarse en caso necesario. Detúvose á unas cinco millas de Feras, y envió exploradores para saber en qué punto de la Tesalia se encontraba el enemigo y cuáles eran sus proyectos. Encontrábase Filipo en las inme-

diaciones de Larissa. Enterado de que los romanos habían avanzado de Tebas á Feras, quiso él también decidir cuanto antes la cuestión en una batalla, marchó en línea recta al enemigo y acampó á unas cuatro millas de Feras. Al siguiente día, las tropas ligeras de los dos ejércitos salieron para apoderarse de las alturas que dominan la ciudad. Los romanos y los macedonios se encontraban casi á igual distancia de las alturas á que se dirigían, y cuando se vieron recíprocamente, se detuvieron y enviaron mensajeros á sus respectivos campamentos anunciando el inesperado encuentro que habían tenido y pidiendo órdenes; y en seguida esperaron la respuesta sin moverse. Aquel día les mandaron no pelear y volver al campamento. Al siguiente se trabó combate de caballería alrededor de las alturas, contribuyendo mucho los etolios á poner en fuga las tropas del Rey, que fueron rechazadas á su campamento. Imposible era trabar combate general en aquel terreno cubierto de árboles, en el que la cercanía de la ciudad había multiplicado los jardines, y en caminos estrechos, frecuentemente cortados por tapias. Los generales se decidieron, pues, cada uno por su parte, á abandonar aquella posición, y los dos, como de acuerdo, tomaron la dirección de Scotusa. Filippo esperaba recoger allí la cosecha, y Quincio quería adelantarse y destruirla. Durante un día antero, los dos ejércitos, separados por larga cadena de montañas, continuaron la marcha sin verse: los romanos acamparon cerca de Eretria, en la Phthiotida, y los macedonios en las orillas del Onquesto. Lo mismo sucedió al día siguiente: Filippo se detuvo cerca de Melambia en el territorio de Scotusa, y Quincio en los alrededores de Tetidia, en el país de Farsalia, sin que uno ni otro

conociese la posición de su adversario. El tercer día huracanada lluvia acompañada de densas nieblas retuvo á los romanos en su campamento por temor á alguna sorpresa.

Queriendo Filipo apresurar la marcha, dió inmediatamente después de la lluvia la orden de partida, sin cuidarse de las nubes que bajaban hacia la tierra; pero la niebla era tan densa, que los signíferos no veían el camino, ni los soldados las enseñas, marchando á la aventura y en desorden, guiándose por confusos gritos, como gentes extraviadas durante la noche. Cuando franquearon las alturas llamadas Cinocéfalos (1) y dejaron en ellas numeroso cuerpo de caballería é infantería, construyeron los parapetos. El procónsul permaneció en su campamento de Tetidia, pero envió á la descubierta del enemigo diez turmas de caballería, recomendándoles estar alerta contra las sorpresas que la oscuridad del día podrían favorecer, hasta en parajes descubiertos. Apenas llegaron los exploradores á las alturas que ocupaban los macedonios, cuando los dos bandos, recíprocamente asustados, permanecieron en reposo y como estupefactos: en seguida enviaron mensajeros á sus respectivos campamentos, y, repuestos del temor causado por el inesperado encuentro, abandonaron la inacción. Algunos soldados, que avanzaron fuera de las filas, trabaron el combate; en seguida llegaron refuerzos para apoyar á los que cedían, y se extendió la pelea. Viéndose en desventaja los romanos, enviaban mensajero tras mensajero á su general para darle á conocer su situación. Quince mandó

(1) Aquellas alturas ofrecían desde lejos el aspecto de cabezas de perro, por lo que se las conocía con este nombre.

salir en el acto quinientos caballos y dos mil infantes, elegidos principalmente entre los etolios, bajo el mando de dos tribunos militares. Este refuerzo restableció el combate y hasta cambió la fortuna, teniendo los macedonios, que cedían á su vez, que pedir socorros al Rey.

Filipo, que por razón de la obscuridad no esperaba en manera alguna tener que combatir aquel día, y que había enviado casi todas sus tropas á forrajear, permaneció algún tiempo indeciso. Sin embargo, como los mensajeros se sucedían, y ya la niebla, dejando descubiertas las cumbres, permitía ver á los macedonios arrollados en la eminencia más alta, resistiendo menos por la fuerza de las armas que por la de la posición, el Rey comprendió que mejor era someter todo su ejército á los azares de una batalla, que sacrificar una parte y abandonarla sin defensa. Mandó, pues, á Atenagoras, jefe de los mercenarios, que avanzase con todos los auxiliares, exceptuando los tracios, y con la caballería macedónica y tesaliana. Arrojadlos á su llegada, los romanos descendieron de las alturas, no deteniéndose hasta que llegaron al llano. Si no fueron arrollados y derrotados, lo debieron á la caballería de los etolios, que era entonces la mejor de la Grecia, mientras que su infantería era inferior á la de sus vecinos.

Los mensajeros que llegaban, uno tras otro, del campo de batalla dando la noticia del triunfo y diciendo que los romanos huían despavoridos, sacaron de sus irresoluciones al Rey; que, habiendo dicho al principio que un combate general era imprudente, que ni el paraje ni las circunstancias le favorecían, se decidió al fin á sacar sus tropas y á formarlas en batalla. El general ro-

mano hizo otro tanto, porque se veía obligado a ello, antes que por aprovechar una buena ocasión. Colocó los elefantes delante de las enseñas y dejó en reserva el ala derecha, marchando al enemigo con la izquierda y todas las tropas ligeras. Recordaba á sus soldados 'que iban á pelear con aquellos mismos macedonios que en las gargantas del Epiro rodeados de montañas y de ríos, fueron desalojados, á pesar de las dificultades del terreno que hubo que vencer, y derrotados en batalla campal; con aquellos mismos de quienes habían triunfado bajo el mando de su predecesor P. Sulpicio, cuando cerraban la entrada de la Eordea. Añadía que hasta entonces había sostenido á la Macedonia su fama y no su fuerza y que hasta su prestigio se había disipado al fin.' Habíase reunido ya con aquellos de los suyos que se encontraban en el fondo del valle. La presencia del general y el ejército les reanimó; comenzaron de nuevo el combate, y atacando otra vez, arrollaron al enemigo. Filipo, por su parte, se puso al frente de los peltastos y del ala derecha de la infantería, llamada falange, que era el nervio del ejército macedonio; avanzó contra los romanos á la carrera, mandando á su cortesano Nicenor que le siguiese con el resto de las tropas. Al llegar á la altura, viendo en el suelo armas y algunos cadáveres que le demostraban haberse peleado en aquel punto, que los romanos habían sido rechazados y que lo recio del combate estaba en derredor del campamento enemigo, experimentó profunda alegría; pero en seguida, cuando vió que los suyos volvían en desorden y que el terror se había propagado en sus filas, sintió inmensa inquietud y dudó si se batiría en retirada. Al fin la cercanía del enemigo, el peligro de los macedonios, á quienes mataban en la fuga, la imposibilidad de salvar-

les si no avanzaba para defenderles y la poca seguridad que le ofrecía á él mismo la retirada, le obligaron, aunque todavía no se le había reunido el resto de sus fuerzas, á correr los riesgos de una batalla general. Colocó, pues, en el ala derecha la caballería y las tropas ligeras que habían tomado parte en el combate, y mandó á los peltastas y á la falange que dejaran las picas, cuya longitud era embarazosa, y que empuñasen las espadas. Al mismo tiempo, para evitar que su ejército fuese cortado, redujo á la mitad el frente de batalla y duplicó la profundidad de la columna, para presentar más longitud que latitud. Recomendó también estrechar las filas y no dejar claro alguno entre los hombres y las armas.

Quincio, después de colocar en su línea de batalla á los que ya habían peleado, mandó tocar ataque. Dicese que jamás resonó grito más terrible al comenzar un combate; la casualidad quiso que los dos ejércitos lo lanzasen á la vez y que todos tomaran parte en aquel grito, combatientes, reservas y fuerzas que acudían á lanzarse á la pelea. El Rey venció en el ala derecha, debiéndolo especialmente á la posición que ocupaba en las alturas; su izquierda se encontraba en el mayor desorden, habiendo introducido perturbación allí la llegada de la falange colocada en la retaguardia. El centro, más inmediato á la derecha, permanecía inmóvil como si presenciase el espectáculo de un combate que le fuese indiferente. La otra parte de la falange que acababa de avanzar experimentaba aún la confusión de una marcha, encontrándose más dispuesta á continuar su movimiento que para el orden de batalla y preparada al combate, habiendo podido apenas establecerse en la altura. Sin dejarla tiempo para ordenarse, y sin cuidarse de que retrocedía el ala izquierda, Quincio man-

dó avanzar los elefantes y cayó bruscamente sobre el enemigo, creyendo que la derrota de aquel cuerpo arrastraría la de todo el ejército. No quedó defraudada su esperanza. Asustados los macedonios, volvieron la espalda y emprendieron la fuga en cuanto vieron los elefantes, y todos sus compañeros les siguieron. Entonces, un tribuno militar, como obedeciendo á repentina inspiración, tomó veinte manípulos, se separó de los suyos, cuya victoria no era dudosa, describió ligero rodeo, y cayó por detrás sobre la derecha enemiga. Ningún ejército atacado de aquella manera por la espalda hubiese podido resistir el choque; pero lo que aumentó la confusión ordinaria en tales circunstancias, fué la pesadez é inmovilidad de la falange macedónica, que no podía hacer frente por todas partes. Además, los asaltantes, que al principio habían retrocedido y que, aprovechando ahora su terror, atacaban de frente, no le permitían el menor movimiento. En fin, había perdido hasta la ventaja del terreno, porque al bajar de la altura persiguiendo al enemigo que había rechazado, entregó su posición á los manípulos romanos que la habían rodeado por la espalda. Muchos macedonios quedaron muertos en el sitio, y la mayor parte arrojó las armas y emprendió la fuga.

Filipo, acompañado por corto número de infantes y jinetes, ganó primeramente una altura más elevada que las demás, para reconocer la situación en que se encontraba su ala izquierda. En seguida, cuando vió la derrota general y las enseñas y las armas romanas brillando en todas las alturas inmediatas, alejóse también del campo de batalla. Quincio se puso en persecución de los fugitivos; pero de pronto, viendo que los macedonios levantaban las picas é ignorando lo que se pro-

ponían, quedó sorprendido por aquel movimiento, nuevo para él, y se detuvo por algunos instantes; pero en seguida se enteró de que era la señal de rendición de los macedonios, y pensó perdonar á los vencidos. Pero no sabiendo los soldados que los enemigos habían renunciado á combatir, y que el general quería concederles la vida, degollaron á los de las primeras filas y dispersaron á los otros. El Rey corrió á toda brida hasta Tempé, y se detuvo un día entero en los alrededores de Gonos para recoger los restos de su ejército. Los vencedores se arrojaron sobre el campamento de los macedonios, esperando recoger botín, pero lo encontraron casi completamente saqueado por los etodios. La batalla costó ocho mil hombres á los vencidos, y les hicieron cinco mil prisioneros; los romanos perdieron cerca de setecientos hombres. Si hemos de creer á Valerio, que siempre exagera extraordinariamente los números, mataron al enemigo cuarenta mil hombres. En cuanto á los prisioneros, se encuentra más moderado en sus cálculos, elevándolos á cinco mil setecientos, añadiendo doscientas cuarenta y una enseñas militares. Claudio cuenta treinta y dos mil enemigos muertos y cuatro mil trescientos prisioneros. Por nuestra parte, si hemos adoptado el número más bajo, no es porque nos haya agrado así, sino porque seguimos á Polibio, cuyo testimonio tiene mucho peso para la historia de los romanos en general, y sobre todo, para la de sus guerras en Grecia.

Filipo reunió todos los fugitivos que después de quedar dispersos por las diferentes peripecias del combate, consiguieron encontrar sus huellas; envió orden á Larissa para que quemasen todos los registros reales, con objeto de que no cayesen en manos de los vencedores,

y entró en Macedonia. Quincio vendió parte de los prisioneros y del botín; abandonó el resto á los soldados y partió hacia Larissa, sin saber todavía qué camino había tomado el Rey y qué proyectos formaba. Allí recibió de parte de Filipo un mensajero que venía en apariencia á pedir una tregua para enterrar los muertos, y en realidad á solicitar un salvoconducto para los legados que su señor quería enviar. El procónsul concedió las dos cosas, y mandó decir al Rey « que no desesperase »; palabras que mortificaron mucho á los etolios, que, enorgullecidos por el triunfo, se quejaban de que « la victoria había cambiado al general. Antes de la batalla no había asunto grande ni pequeño de que no diese cuenta á sus aliados; ahora no les llamaba ya á ninguna deliberación, y lo decidía todo á su arbitrio. Sin duda quería granjearse personalmente los favores de Filipo; y de esta manera las fatigas y trabajos de la guerra habrían sido para los etolios; las ventajas y utilidades de la paz, para el procónsul. » Verdad era que los etolios habían perdido algo del favor de que gozaban, pero no sabían por qué les trataban con tan pocas atenciones, y suponían baja pasión por el dinero al hombre más inaccesible á tales sentimientos. La indignación de Quincio contra los etolios tenía causa legítima: su insaciable avidez por el pillaje, la arrogancia con que se atribuían los honores de la victoria y su vanidad ofensiva para todos. Además veía que una vez abatido Filipo y agotadas las fuerzas de la Macedonia, sería necesario dejar á los etolios mandar en Grecia. Por estas razones aprovechaba presuroso cuantas circunstancias se le presentaban para rebajarles á los ojos de todos y destruir su influencia.

Habíase concedido una tregua de quince días y se

había señalado uno para celebrar una entrevista con el Rey. Antes de que llegase este día, Quincio reunió á los aliados y les comunicó las condiciones de paz que se proponía dictar. Amyndro, el rey de los athamanos, dió su opinión en breves palabras, diciendo que «el tratado debía concluirse de tal manera que hasta en ausencia de los romanos la Grecia fuese bastante fuerte para hacer respetar á la vez la paz y la libertad.» Los etolios se expresaron con más violencia, declarando primeramente «que el General había cumplido su deber llamando á los que habían compartido las fatigas de la guerra para comunicarles las condiciones de la paz. Pero, añadieron, se equivocaba completamente si creía poder asegurar la paz á los romanos y la libertad á Grecia sin quitar la vida ó por lo menos el trono á Filipo; cosa que le era muy fácil, si quería aprovechar las circunstancias.» Quincio contestó «que los etolios olvidaban el carácter de los romanos ó el lenguaje que habían usado. En todas las asambleas y conferencias anteriores habían hablado siempre de paz y no de guerra de exterminio. Los romanos por su parte, constantes en su antigua costumbre de perdonar á los vencidos, habían dado brillante prueba de su clemencia, concediendo la paz á Anníbal y los cartagineses. Pero sin hablar de Cartago, ¿cuántas veces habían tratado con el mismo Filipo? Y jamás se había aludido á su destronamiento: ¿Acaso su derrota había convertido la guerra en lucha á muerte? Contra el enemigo armado podía desplegarse encarnizamiento; pero con los vencidos solamente podía haber compasión. Parecíales amenazada la libertad de la Grecia por el poder de los reyes de Macedonia; pero una vez destruídos este reino y este pueblo, los tracios, los ilirios, los mismos ga-

los (1), naciones enérgicas é indomables se extenderían por la Macedonia y la Grecia. No era prudente derribar un enemigo vecino para abrir la entrada del país á enemigos más temibles y peligrosos.» Interrumpido por Feneo, pretor de los etolios, asegurando que, si ahora se dejaba escapar á Filipo, pronto le verían presentarse armado y más furioso, el procónsul añadió: «Cesad en vuestros tumultuosos gritos; se trata de deliberar; las condiciones de la paz de tal manera sujetarán al Rey, que no podrá comenzar de nuevo la guerra.»

Con esto se disolvió la asamblea, y al día siguiente marchó Filipo á los desfiladeros que conducen al valle del Tempé, sitio designado para la entrevista. Al tercer día se le admitió á presencia de los romanos y de sus aliados, reunidos en número considerable. Allí hizo el Rey con suma prudencia el sacrificio voluntario de todo lo que tenía que abandonar para conseguir la paz, para no ser despojado por la fuerza; declaró, pues, «que accedía á todas las cesiones que impusieron los romanos ó reclamaron sus aliados en la conferencia anterior, y que, para lo demás, se remitía al Senado.» Parecía que esta resignación debía acallar hasta á sus más encarnizados enemigos; pero el etolio Feneo tomó la palabra en medio del silencio general. «Pero, en fin, dijo: ¿nos devuelves Farsalia, Larissa, Cremasta, Equina y Tebas-Phtias?» Filipo contestó que no se oponía á que tomasen aquellas ciudades. Entonces se suscitó una discusión entre el general romano y los etolios re-

(1) Los galos, después de su funesta expedición contra Delos y de la pérdida de su jefe Breno, se retiraron unos al Asia y otros á la Tracia. Los que se situaron en la confluencia del Danubio y el Save tomaron el nombre de Scordiscos: de éstos se trata aquí.

lativamente á Tebas. Quinccio aseguraba que pertenecía al pueblo romano por derecho de guerra; porque antes de comenzar las hostilidades se acercó á la ciudad con su ejército y le ofreció su amistad; pero aunque tuvo completa libertad para abandonar el partido del Rey, prefirió la alianza de Filipo á la de los romanos. Feneo replicaba que para recompensar á los etolios por su cooperación, debían devolverles lo que habían poseído antes de la guerra, y que en el primer tratado se estipuló que todo el botín, todo lo que pudiera transportarse, pertenecería á los romanos, y á los etolios las tierras y ciudades conquistadas. «Pero vosotros mismos habéis violado las condiciones, replicó Quinccio, cuando nos abandonateis para ajustar vuestra paz particular con Filipo. Y aunque ese tratado subsistiese aún, no podría aplicarse más que á las ciudades conquistadas. Ahora bien, las ciudades de Tesalia se nos han sometido voluntariamente.» Todos los aliados aprobaron estas palabras; en cuanto á los etolios, ni siquiera se mostraron ofendidos en aquel momento, pero el despecho les llevó muy pronto á una guerra que fué para ellos origen de grandes desastres. Filipo accedió á entregar en rehenes á su hijo Demetrio y algunos amigos suyos, y á pagar doscientos talentos. En cuanto á lo demás, debía enviar legados á Roma, concediéndole para ello cuatro meses de tregua. Convinóse que si el Senado no ratificaba la paz, se devolverían al Rey los rehenes y el dinero. Dícese que el motivo principal que llevó al general romano á ajustar la paz, fué la seguridad de que Antioco se preparaba á pasar á Europa para hacer la guerra.

En la misma época, y según algunos historiadores, en el mismo día, los aqueos derrotaron en batalla cam-

pal, cerca de Corinto, á Androsthenes, general del Rey. Queriendo Filipo hacer de aquella ciudad una plaza de armas para mantener en respeto las ciudades de la Grecia, llamó á los habitantes más notables so pretexto de convenir con ellos en cuanto al contingente de caballería que podría suministrar Corinto durante la guerra, y los retuvo como rehenes; después, á los quinientos macedonios y ochocientos aventureros de toda clase que había puesto de guardación, añadió mil macedonios, mil doscientos ilirios y tracios y ochocientos cretenses, que los había al servicio de los dos partidos. Había añadido además mil beocios, tesalianos y acarnanios, de manera que formó un cuerpo de seis mil hombres. Estas fuerzas inspiraron atrevimiento á su general para arriesgar una batalla. Nicostrato, pretor de los aqueos, se encontraba en Sicyona con dos mil infantes y cien caballos; pero como sus soldados no eran tan numerosos ni tan aguerridos, no se atrevía á salir de las murallas. Las tropas del Rey, tanto infantes como jinetes, se desparramaban por los campos y tablaban las tierras de Pelena, de Plionta y Cleoneo, llegando hasta insultar á los aqueos bajo las murallas de Sicyona, y tomando también naves, con las que recorrieron las costas de la Acaya, devastándolas. El enemigo se abandonó muy pronto á toda la audacia y hasta á toda la imprevisión á que puede llevar el exceso de seguridad. Nicostrato creyó entonces la ocasión favorable para atacarle de improviso, y mandó á todas las ciudades inmediatas orden secreta para que cada una de ellas enviase en día fijo determinado número de hombres al monte Apelauro en Styinfalia. Todos fueron exactos á la cita, y él se puso en seguida en marcha, atravesó la Fliaria, y llegó por la noche á Cleona, sin

que nadie sospechase sus proyectos. Tenía á sus órdenes cinco mil infantes, de los que parte eran tropas ligeras, y trescientos caballos. Con estas fuerzas esperó noticias de los exploradores que había enviado á la descubierta del enemigo.

Androsthenez ignoraba todo esto; había partido de Corinto y marchó á acampar en las orillas del río Nemeo, que separa las tierras de Corinto de las de Sicyona. Allí dejó en reserva la mitad de sus tropas, dividió las otras en tres cuerpos, compuestos exclusivamente de caballería, y les mandó dispersarse para talar á la vez el territorio de Peleña, de Sicyona y de Fliunta. Estos tres cuerpos se alejaron en diferentes direcciones. Enterado Nicostrato en Cleona de estas disposiciones, envió en el acto numeroso destacamento de mercenarios á ocupar el desfiladero que da paso á las tierras de Corinto; colocó la caballería delante de las enseñas, con objeto de que se adelantase, y la siguió con el resto del ejército formado en dos cuerpos, compuesto uno de mercenarios y tropas ligeras, y el otro de soldados armados con escudos, y los más escogidos de los que habían enviado las ciudades. Encontrábanse todas las fuerzas de caballería é infantería á corta distancia del enemigo, cuando algunos tracios cayeron sobre los merodeadores dispersos en los campos, y llevaron la alarma al campamento de Androsthenez. Golpe imprevisto fué para aquel general, que solamente había visto á los aqueos algunas veces en lo alto de las colinas situadas enfrente de Sicyona. Viendo que no se atrevían á bajar á la llanura, había imaginado que jamás se acercarían á Cleona. Mandó tocar la bocina para llamar al campamento á los soldados dispersos por todas partes, y entretanto ordenó á los que le quedaban

que se armasen apresuradamente, y, á pesar de su corto número, salió á su frente y se formó en batalla en las orillas del río. El resto de sus tropas, no habiendo podido reunirse ni formarse en línea, no pudo resistir el primer choque del enemigo. Los macedonios habían corrido á las enseñas en mayor número que los demás, y, gracias á ellos, permaneció por mucho tiempo indecisa la victoria. Al fin, habiendo descubierto las alas la fuga de sus compañeros, les estrecharon por dos puntos á la vez los dos cuerpos enemigos, de flanco por las tropas ligeras, y de frente por los que llevaban escudos y lanzas; comprendieron que la batalla estaba perdida y retrocedieron al principio, en seguida fueron arrollados, emprendieron la fuga á su vez, y la mayor parte, arrojando las armas, porque no tenían la menor esperanza de salvar su campamento, se dirigieron á Corinto. Nicostrato envió los mercenarios en su persecución, la caballería y los tracios auxiliares contra los que talaban las tierras de Sicyona, y por todas partes hizo gran matanza, mayor quizá que en el mismo combate. De los que habían devastado á Pelena y Fliunta, unos, volviendo al campamento en desorden y en la mayor ignorancia de lo ocurrido, cayeron en medio de los puestos enemigos, que tomaron por suyos; otros, sospechando la verdad á la vista de los desgraciados que encontraban aquí y allá, se dispersaron en todos sentidos y fueron envueltos por los griegos de la campiña. En aquel día cayeron quinientos muertos y trescientos prisioneros, quedando toda la Acaya libre de temor.

Antes de la batalla de Cinocéfalos, L. Quincio había llamado á Coreyra los ciudadanos más notables de la Acarnania, única comarca de la Grecia que ha-

había permanecido fiel á la causa de los macedonios y había procurado suscitar allí una revuelta. Dos motivos, entre otros, retenían á los acarnanios en la alianza de Filipo: en primer lugar, su fidelidad natural, y después el odio y temor que les inspiraban los etolios. Convocóse una asamblea en Laucada; pero además de no asistir todos los pueblos de la Acarnania, los que acudieron no se mostraron unánimes. Sin embargo, los ciudadanos más notables y los magistrados vencieron haciendo decretar una alianza particular con los romanos. Irritáronse todos los pueblos ausentes, y en medio del descontento general, se presentaron dos acarnanios de los más notables, Androcles y Equedemo, enviados por Filipo; quienes, no solamente hicieron anular el decreto que ajustaba alianza con Roma, sino que la asamblea condenase á Arquelac y Bianos, varones influyentes, como culpables de traición por haber propuesto aquella alianza, consiguiendo también la deposición del pretor Zeuxides por haber sometido á debate aquella proposición. Los condenados intentaron entonces un paso temerario, pero que el resultado justificó. Sus amigos les aconsejaban que se sometiesen á las circunstancias y se retirasen á Corcyra con los romanos; pero ellos prefirieron entregarse á merced del pueblo, desarmar su resentimiento con aquella conducta ó correr los riesgos de ser maltratados. Presentáronse, pues, en la asamblea, que era muy numerosa, y aunque al pronto les recibieron con murmullos y muestras de extrañeza, pronto reinó profundo silencio, respetando todos su dignidad pasada y deplorando su situación presente. Concediéronles la palabra, y comenzaron con lenguaje suplicante; pero cuando en el curso de su oración llegaron á la justificación de su

conducta, se expresaron con la firmeza que da la inocencia, y llegaron hasta á quejarse francamente de la injusticia con que se les trataba y á acusar de crueldad á sus enemigos. Tal impresión causaron en los ánimos, que casi por unanimidad se anuló el decreto dado contra ellos, aunque la asamblea confirmó la alianza con Filipo y rechazó la de los romanos.

Estas cosas se decretaron en Laucada, que era la capital de la Acarnania y el punto donde se celebraban las asambleas generales de los pueblos de la comarca. En cuanto llegó á Corcyra la noticia de este repentino cambio, partió con su flota el legado Flaminio, y abordó á Laucada cerca del punto llamado Hereo. En seguida se presentó delante de las murallas con todas las máquinas y aparatos de sitio que se emplean para rendir las ciudades, esperando que, en el primer momento de terror, se someterían los habitantes; pero como no se mostraban dispuestos á tratar, Flaminio mandó armar los manteletes y las torres y batir las murallas con el ariete. Toda la Acarnania, situada entre la Etolia y el Epiro, mira al Occidente y al mar de Sicilia. Laucada, que hoy es una isla separada de la Acarnania por un estrecho vadeable abierto por mano del hombre, era entonces una península unida á la Acarnania, por la parte de Poniente, mediante estrecho istmo, de unos quinientos pasos de largo y de ciento veinte á lo sumo de ancho. En esta lengua de tierra se encuentra la ciudad de Laucada, apoyada en una colina que mira al Oriente y á la Acarnania. Los barrios bajos son llanos y se extienden hacia el estrecho que separa la isla de la Acarnania, y por este lado puede tomarse la ciudad por tierra y por mar, porque hay allí charcas que parecen estanques más que mar, y tierra blanda á pro-

pósito para toda clase de trabajos. Así, pues, las murallas cayeron en muchos puntos á la vez, bien por efecto de las minas, bien bajo los golpes del ariete; pero cuanto más fácil de tomar era la plaza para los sitiadores, más resistían los sitiados con infatigable valor. Noche y día se ocupaban en reforzar las partes de la muralla que quebrantaba el enemigo, en reparar las brechas que había abierto, en rechazar vigorosamente los ataques y en defender las murallas con ayuda de sus brazos, más bien que ocultándose detrás de ellas. El sitio hubiese durado mucho más tiempo que esperaban los romanos, si algunos desterrados italianos, establecidos en Laucada, no hubiesen introducido en la fortaleza los soldados de Flaminio, que desde aquella elevada posición bajaron al foso con espantoso ruido: allí encontraron á los laucadios formados en batalla, que por algún tiempo sostuvieron combate regular. Sin embargo, habiendo escalado los romanos en muchos puntos las murallas, penetraron en la ciudad entre montones de escombros y ruinas. Muy pronto, el legado en persona, á la cabeza de numeroso cuerpo, envolvió á los combatientes; unos quedaron muertos en el sitio, deponiendo otros las armas y entregándose al vencedor. Pocos días después se recibió noticia de la batalla de Cinocefalos, y todos los pueblos de la Acarnania se apresuraron á someterse.

Por todas partes se declaraba contraria á Filippo la fortuna. En aquella misma época los rodios quisieron recuperar de aquel príncipe la comarca de tierra firme llamada Perea, que había pertenecido á sus antepasados, y enviaron allá al pretor Pausistrato con ochocientos hombres de infantería aquea y cerca de mil novecientos auxiliares de diferentes naciones, galos,

insuetos, pimetos, tamianos y areos de África y laodiceos del Asia. Pausistrato se apoderó, al frente de estas tropas, de Tendeba, posición ventajosa en el territorio de Stratonicea; habiendo sabido engañar á los macedonios que ocupaban el país. Allí recibió con mucha oportunidad un socorro de mil infantes aqueos y cien caballos, que había pedido y que le llevó Theoxeno. Entretanto, Dinocrates, pretor del Rey, queriendo recobrar á Tendeba, se dirigió primeramente hacia este punto, y en seguida marchó hacia otro fuerte, llamado Astragón, y situado también sobre el territorio de Stratonicea; llamó á sus enseñas todas las guarniciones dispersas en diferentes plazas, como también á los auxiliares tesalios que se encontraban en la misma Stratonicea y tomó el camino de Alabanda, donde se encontraba el enemigo. Los rodios no rehusaron el combate; encontrándose inmediatos los campamentos, los dos ejércitos se formaron en seguida en batalla. Dinocrates colocó á la derecha quinientos macedonios, los agrianos á la izquierda, y en el centro las guarniciones sacadas de las plazas de la comarca y compuestas en su mayor parte de carienos, cubriendo las alas con la caballería y los auxiliares cretenses y tracios. Los rodios tenían á la derecha los aqueos, á la izquierda los mercenarios é infantería escogida, en el centro los auxiliares de diferentes naciones, y en las alas la caballería y cuantas tropas ligeras tenían. Aquel día se formaron solamente en batalla los dos ejércitos en las orillas de un torrente pequeño que los separaba, y después de lanzar algunos venablos, regresaron á los campamentos. A la mañana siguiente se presentaron en el mismo orden y trabaron lucha más encarnizada de la que podía esperarse de tan corto número; porque no

había más de tres mil infantes y cerca de cien caballos. Por lo demás, de una y otra parte el mismo número de combatientes, iguales armas, igual valor y las mismas esperanzas. Los aqueos fueron los primeros en atravesar el torrente, y cayeron sobre los agrianos, siguiéndoles á la carrera casi todo el ejército. Por mucho tiempo estuvo indeciso el combate; al fin, los aqueos, que eran mil, así como sus enemigos, les hicieron retroceder, y á poco cedió toda la derecha. Los macedonios permanecieron inmóviles mientras conservaron las filas y formaron apretada falange; pero en cuanto quedó descubierta su izquierda, quisieron hacer frente por todos lados con las picas á los enemigos que les atacaban por el costado; en seguida cundió el desorden entre ellos, y en medio de la confusión general, volvieron la espalda, arrojaron las armas, y corriendo cuanto podían huyeron en dirección de Bargylia, á donde se refugió también Dinocrato. Los rodios les persiguieron mientras fué de día, y después regresaron al campamento. Es muy probable que si los vencedores hubiesen marchado directamente á Stratonicea, habrían podido apoderarse de esta plaza sin combate; pero dejaron escapar la ocasión entreteniéndose en tomar los fuertes y caseríos de la Perea. Entretanto se tranquilizó la guarnición de Stratonicea, entrando á poco en la ciudad Dinocrato y los restos de su ejército. Desde entonces quedaron sin resultado los asaltos y operaciones de sitio, hasta que mucho tiempo después la tomó Antioco. Estos fueron los acontecimientos que por aquella época tuvieron lugar en Tesalia, Acaya y Asia.

Entretanto se enteró Filipo de que los dardanos habían atravesado las fronteras de su reino, como si despreciasen su quebrantado poder, y que talaban la



alta Macedonia. La desgracia le abrumaba tanto á él como á los suyos en casi todos los puntos del globo; pero hasta la muerte prefería á la deshonra de verse despojado de sus estados hereditarios. Apresuradamente hizo levas en las ciudades de la Macedonia y marchó á caer bruscamente sobre los enemigos con seis mil infantes y quinientos caballos, en las inmediaciones de Stobi, en Peonia. Considerable número de ellos mató en la batalla, y más todavía en los campos, donde les había dispersado el ardor del pillaje. Los que pudieron huir, ni siquiera intentaron las probabilidades del combate, y regresaron á su patria. Después de esta expedición, única en que no experimentó descalabros, contento Filipo con haber reanimado el valor de los suyos, se retiró á Tesalónica. Si es cierto que la guerra púnica terminó bastante tarde para que los romanos no tuviesen que combatir al mismo tiempo al Rey de Macedonia, en cambio la derrota de este príncipe no podía llegar con más oportunidad cuando Antioco preparaba la guerra en Siria. Además de que costaba menos trabajo vencer á cada enemigo separadamente que si hubiesen reunido sus fuerzas, hay que tener en cuenta que por aquella época hubo grandes perturbaciones. Antioco, después de reducir en la campaña anterior todas las ciudades de la Celesyria que obedecían á Ptolomeo, marchó á invernar en Antioquía; pero no se entregó al descanso, sino que reunió todas las fuerzas de su reino. Hizo grandes aprestos por mar y tierra, y desde los primeros días de la primavera envió delante con el ejército á sus dos hijos Ardyes y Mitridates, encargándoles le esperaran en Sardes. Él mismo partió con una flota de cien naves cubiertas y doscientas ligeras, entre esquifes y barcas, proponiéndose á la

vez recorrer las costas de toda la Cilicia, Lycia y Caria, apoderarse de las plazas sometidas á Ptolomeo, y prestar á Filipo, que todavía no estaba completamente vencido, el auxilio de su ejército y sus naves.

Los rodios señalaron con más de una atrevida empresa por tierra y mar su fidelidad al pueblo romano y su abnegación por los intereses generales de la Grecia; pero no dieron prueba más brillante que en aquella ocasión, cuando, sin asustarse del peso de la guerra que les amenazaba, enviaron una legación al Rey hasta Nefilidas, promontorio de Cilicia, famoso por haberse ajustado allí antiguo tratado entre los atenienses y los persas, para decirle que, si no suspendía la marcha, le saldrían al encuentro, no porque experimentasen ningún resentimiento personal contra él, sino porque no querían que se reuniese con Filipo é impidiese á los romanos libertar la Grecia. Ocupábase entonces Antioco en el sitio de Coracesia. Había recobrado Zefirio, Solas, Afrodidiades, Corcira y hasta Selinunta, después de doblar el cabo Anemurio, que es también un promontorio de la Cilicia; en todas estas plazas había entrado sin combate y en todos los demás fuertes de la misma costa, que se le sometieron por temor ó voluntariamente. Contra toda esperanza, Corasesia fué la única que cerró sus puertas y detuvo al Rey ante sus murallas. Allí recibió á los legados rodios, cuya mensaje era á propósito para ofender la altivez de Antioco, quien supo, sin embargo, moderar su enojo, y contestó: «Que enviaría legados á Rodas y les encargaría renovar los antiguos tratados que le unian á él y á sus antepasados con aquella República y tranquilizasen á los rodios acerca de su llegada; que no les causaría ofensa ni daño ni tampoco á sus aliados; que no podía dudarse de su intención de

no romper con los romanos, puesto que recientemente les había enviado una legación, y que el Senado le había dado amistosa respuesta y dictado decretos en su honor. • Precisamente en aquel momento regresaban de Roma sus enviados, que fueron recibidos y despedidos con las consideraciones que exigían las circunstancias, porque no había aún nada positivo acerca del resultado de la guerra con Filipo. Mientras los legados sirios daban cuenta de su embajada delante de los rodios, un mensajero trajo la noticia de la victoria de Cinocéfalos; y libertando á los rodios este acontecimiento del temor á Filipo, renunciaron al propósito de salir con su flota al encuentro de Antioco; pero no desistieron de otro cuidado, el de defender la libertad de las ciudades aliadas de Ptolomeo contra las amenazadoras empresas de Antioco. A unas enviaron socorros, y en cuanto á otras se limitaron á enviar avisos y á adelantarse á los desig-nios del enemigo: de esta manera aseguraron la liber-tad de Cauna, Alynda, Halicarnaso y Samos. No es ne-cesario referir detalladamente todo lo que sucedió por esta parte, porque apenas puedo bastar á lo que per-tenece propiamente á las guerras de los romanos.

El rey Átalo que habían trasladado enfermo de Te-bas á Pérgamo, murió por esta época, á la edad de se-tenta y un años, después de reinar cuarenta y cuatro. La fortuna solamente había dado á aquel príncipe ri-quezas en que fundar las esperanzas de reinar; pero el uso á la vez prudente y noble que hizo de ellas justificó aquella esperanza, primeramente á sus propios ojos, y después á los de los demás. Vencedor de los galos, que, llegados recientemente al Asia, se habían hecho muy temibles, tomó el título de rey, y se mostró siempre por su grandeza de ánimo al nivel de su alta fortuna.

Gobernó sus súbditos con admirable equidad; fué muy fiel á sus aliados, benévolo y generoso con sus amigos. Sobreviviéronle su esposa y sus cuatro hijos, y les dejó un trono tan robusto y seguro, que se mantuvo la corona en su familia hasta la tercera generación. Tal era la situación de las cosas en Asia, Grecia y Macedonia: apenas había terminado la guerra con Filipo, ó por lo menos todavía estaba vacilante la paz, cuando estalló una guerra peligrosa en la España ulterior. M. Helvio, pretor de aquella provincia, escribió al Senado «que los reyezuelos Colcas y Lusino habían tomado las armas; que Colcas se había apoderado de diez y siete ciudades, y Lusino de las plazas fuertes de Carmona y Bardona; en fin, que en toda la costa los malacinos, sesextanos, la Beturia entera y todo el país que no había descubierto aún sus intenciones, se sublevaría imitando á sus vecinos.» Habiendo leído esta carta el pretor M. Sergio, que tenía la jurisdicción urbana, decretó el Senado que inmediatamente después de los comicios pretorianos, el pretor designado para la provincia de España sometería á la asamblea la cuestión de la guerra.

Por este mismo tiempo llegaron los cónsules á Roma; convocaron al Senado en el templo de Belona, y pidieron el triunfo en recompensa de sus victorias. Los tribunos del pueblo C. Antinio Labeo y C. Afranio exigieron que presentase cada uno separadamente sus pretensiones, diciendo que «no consentirían que la petición se presentase en común, con objeto de impedir se concediese la misma recompensa á servicios diferentes.» Minucio contestó «que los dos habían tenido la Italia por provincia, y que habían obrado de acuerdo y con el mismo plan.» Cornelio añadió: «que en el momento

en que se veía amenazado por los boyos, que habían pasado el Po para socorrer á los insubrios y á los cenomanos, los estragos causados por su colega en sus caseríos y campos, les llamaron á la defensa de sus propios hogares.* Las tribus reconocieron * que tales eran las hazañas de Cornelio, que no podía dudarse en concederle el triunfo y dar gracias á los dioses inmortales; pero que ni él, ni ningún otro ciudadano, tendría jamás bastante influencia para hacer conseguir el triunfo á su colega, después de conseguirlo para él mismo, sobre todo cuando aquel colega no tenía ningún derecho á él. Q. Minucio solamente había tenido escaramuzas en la Liguria que apenas merecían mención, y en la Galia había experimentado considerable pérdida.* Llegando hasta á nombrar á los tribunos militares T. Juvencio y su hermano C. Labeo, que habían sucumbido en aquella desgraciada batalla con tantos otros valientes romanos ó aliados. *La sumisión de algunas plazas y caseríos que se alegaba era falsa y simulada por algún tiempo, porque no habían recibido rehenes.* Estos debates entre los cónsules y los tribunos duraron dos días, venciendo la firmeza de los tribunos, y los cónsules presentaron separadamente su petición.

C. Cornelio obtuvo el triunfo por unanimidad, realizando la gloria del Cónsul los habitantes de Cremona y de Placencia con sus manifestaciones de agradecimiento; recordaron que le debían el levantamiento del sitio de sus ciudades y la libertad de la mayor parte de ellos, reducidos á la esclavitud por el enemigo. L. Minucio solamente pudo formular su petición; viendo que todo el Senado se decidía contra él, declaró que iría á triunfar al monte Albano, en virtud de la autoridad consular y siguiendo el ejemplo de muchos varones ilustres.

C. Cornelio triunfó de los insubrios y de los cenomanos cuando aun desempeñaba el cargo; hízose preceder de considerable número de enseñas militares y de gran cantidad de despojos galos, cargados en carros tomados al enemigo; muchos nobles galos marchaban delante de su carro, encontrándose entre ellos, si ha de creerse á algunos historiadores, al general cartaginés Amílcar. Pero lo que más llamó la atención fué un grupo de colonos de Cremona y Placencia, cubiertos con el pileo (1), que seguían la carroza. También se veían en la pompa triunfal doscientas treinta y siete mil libras de bronce y setenta y nueve mil de plata acuñada con la efigie de la Liga. El Cónsul mandó distribuir setenta ases á cada soldado, el doble á cada jinete y el triple á cada centurión. L. Minucio triunfó en el monte Albano, de los galos, ligurios y boyos. Este triunfo no fué tan brillante como el otro, encontrándose reducido á terreno más limitado, y no pudiendo compararse las hazañas de uno y otro cónsul; además, sabíase que el Tesoro público no había sufragado los gastos; pero viéronse casi tantas enseñas militares, carros y despojos. Las cantidades que se llevaban representaban, sobre poco más ó menos, el mismo valor; doscientas cincuenta mil libras de bronce y cincuenta y tres mil doscientas de plata acuñada con la misma efigie. Los soldados, jinetes y centuriones recibieron iguales gratificaciones á las que había dado su colega.

Después del triunfo se celebraron los comicios consulares; creáronse cónsules á L. Furio Purpureo y M. Claudio Marcelo; á la mañana siguiente se eligieron pretores á Q. Fabio Buteo, Ti. Sempronio Longo, Q. Mi-

(1) El *pileus* era el signo de la manumisión.

nucio Thermo, M. Acilio Glabrior, L. Apustio Fulon y C. Lelio. Al terminar este año se recibió una carta de T. Quincio, en la que anunciaba que había combatido con Filipo en batalla campal, en la Tesalia, y que había vencido y derrotado al ejército enemigo. El pretor Sergio leyó esta carta en el Senado primeramente, y después en la asamblea del pueblo, por acuerdo de los senadores. Con ocasión de este triunfo, se decretaron cinco días de acciones de gracias. Poco tiempo después llegaron los legados de T. Quincio y los del Rey; los macedonios se alojaron fuera de Roma, en un edificio público, donde se les asistió á expensas del Tesoro. El Senado les recibió en el templo de Belona, no siendo larga la sesión, porque los legados declararon que el Rey aceptaba todo lo que acordase el Senado. Siguiendo la costumbre antigua, fueron nombrados diez comisarios, con los que debía convenir el general T. Quincio las condiciones de paz que debían dictarse. Comprendióse en el número á P. Sulpicio y P. Vilio, que habían mandado como cónsules en Macedonia. En el mismo día pidieron los habitantes de Cosa que aumentasen el número de sus colonos; y se decretó para ellos un suplemento de mil hombres, con tal de que no hubiese ni uno solo de los que habían combatido contra Roma desde el consulado de P. Cornelio y Ti. Sempronio.

En este año se celebraron los juegos romanos en el circo y en el teatro por los ediles cureles P. Cornelio Scipión y Cn. Manlio Vulso, con más esplendor que nunca. La alegría del triunfo conseguido en la guerra aumentó el regocijo de los espectadores, y las representaciones se repitieron durante tres días. Los juegos plebeyos se dieron siete veces, presidiéndolos Acilio Glabrior y C. Lelio. Con los productos de los multas

mandaron fundir en bronce tres estatuas, de Ceres, Baco y Proserpina. Habiendo entrado en funciones L. Furio y M. Claudio Marcelo, viendo que en el reparto de provincias el Senado les designaba á los dos la Italia, pidieron sortear con ésta la Macedonia. Más deseoso de obtenerla Marcelo que su colega, decía que habían ajustado una paz engañosa y simulada, y que si retiraban el ejército de la provincia, el Rey volvería á tomar las armas. Estas aseveraciones quebrantaron la resolución de los senadores, y quizá hubiesen triunfado los cónsules, si los tribunos del pueblo Q. Marcio Rex y C. Atinio Lebeon no hubiesen declarado que intervendrían si no les permitían ante todo pedir decisión al pueblo acerca del mantenimiento de la paz con Filipo. Sometióse esta cuestión á una asamblea reunida en el Capitolio, y las treinta y cinco tribus votaron unánimemente la conservación de la paz. Pronto se alegraron de ello, cuando se tuvo conocimiento de las malas nuevas recibidas de España, y se divulgó la carta que anunciaba « que el procónsul C. Sempronio Tuditano había sido vencido en la España citerior, que su ejército había sido arrollado y derrotado, y que el mismo Tuditano, retirado del combate gravemente herido, había muerto poco después. » Los dos cónsules recibieron la provincia de Italia y el mando de las legiones de sus antecesores, y les encargaron levantar cuatro legiones nuevas, de las que el Senado podría enviar dos adonde tuviese por conveniente. T. Quincio Flaminio recibió orden de conservar su provincia con las mismas dos legiones, considerando que era suficiente haberle prorrogado el mando el año anterior.

Los pretores sortearon en seguida sus provincias,

obteniendo L. Apustio Fulon la jurisdicción urbana; M. Acilio Glabrion la de los litigios entre ciudadanos y extranjeros; Q. Fabio Buteo la España ulterior; Q. Minucio Thermo la citerior; C. Lelio la Sicilia, y Ti. Sempronio Longo la Cerdeña. Q. Fabio Buteo y Q. Minucio, que estaban encargados de las Españas, recibieron, por elección de los cónsules, una legión cada uno de las cuatro que habían levantado estos magistrados, y además cuatro mil hombres de infantería y trescientos caballos que suministrarían los aliados y pueblos del nombre latino; recibiendo además orden de marchar inmediatamente á sus provincias. La guerra de España estalló cinco años después de la que terminó con la guerra púnica. Antes de la marcha de los dos pretores para aquella guerra completamente nueva, puesto que era la primera vez que los españoles habían tomado las armas en su propio nombre, sin que les sostuviese ningún ejército, ni les mandara ningún general de Cartago; antes también de que los cónsules saliesen de Roma, se les recomendó expiar, según costumbre, los prodigios de que se había recibido noticia. P. Vilio, caballero romano, que marchaba á la Sabina, había sido muerto por el rayo, lo mismo que su caballo; también había caído el fuego del cielo sobre el templo de la diosa Feronía, en el territorio de Capena; cerca del templo de Juno Moneta habían aparecido encendidos los hierres de dos lanzas. En Roma había entrado un lobo por la puerta Esquilina, por el lado más populoso de la ciudad, había bajado al foro, había seguido la calle Etrusca y la Germala (1) y había salido por la

(1) El Cermaló ó Germalo era un barrio de la ciudad situado al pie del monte Palatino, por el lado del Foro. Allí habitó Anco Marcio, y se encontraba el Lupercal y el templo de Rómulo. Se-

puerta Capena, casi sin heridas. Para expiar estos prodigios se inmolaron víctimas mayores.

Por este tiempo Cn. Cornelio Lentulo, que había gobernado la España citerior con Sempronio Tuditano, recibió los honores de la ovación en virtud de un senatusconsulto. Hizo llevar delante mil quinientas quince libras de peso de oro, veinte mil de plata y treinta y cuatro mil quinientos cincuenta dineros en plata acuñada. L. Stertinio, que regresaba de la España ulterior, ni siquiera trató de conseguir el triunfo, limitándose á llevar al Tesoro cincuenta mil libras de peso de plata, y con el producto de los despojos hizo construir dos arcos de triunfo en el foro Boario, delante del templo de la Fortuna y del de la diosa Matuta Mater, y otro en el circo máximo: sobre estos arcos colocó estatuas doradas. Estas cosas se realizaron durante el invierno. T. Quinccio invernaba entonces en Elacia; abrumado por las peticiones de los aliados concedió, á instancia de los beocios, la libertad de aquellos compatriotas suyos que habían formado parte de las huestes de Filipo. No decidió á Quinccio, para mostrar esta complacencia, que considerase dignos de perdón aquellos cautivos, sino que, como el rey Antioco comenzaba á ser sospechoso, necesitaba atraer á los romanos la benevolencia de las ciudades griegas. Pero en cuanto dió libertad á los prisioneros, comprendió que nada había ganado con los beocios, porque enviaron á dar gracias á Filipo como si el favor se lo debiesen al Rey y no á Quinccio y los romanos; y en la primera asamblea que celebraron nombraron beotarca á un tal Braquilas,

gún Varrón, tenía aquel nombre porque allí dejaron las aguas del Tíber la cuna de Rómulo y Remo, hermanos *germanos*.

que no tenía otro título que haber mandado los beocios al servicio de Filipo, rechazando á Zeuxipo, Pisistrato y los demás partidarios de la alianza romana. Éstos quedaron ofendidos por el momento y hasta concibieron temores para lo porvenir. Si obraban de aquel modo cuando el ejército romano estaba acampado casi á las puertas de la ciudad, ¿qué sería de ellos, cuando los romanos regresasen á Italia, quedando allí Filipo para sostener á sus partidarios y vengarse de los que habían abrazado el opuesto bando.

Decidieron, pues, aprovechar la presencia de las tropas romanas para deshacerse de Braquilas, jefe de la fracción macedónica, y aprovecharon una ocasión favorable. Una noche que salía de un festín público y regresaba ebrio á su casa, acompañado por algunos jóvenes libertinos que habían sido llamados á la fiesta para divertir á los numerosos convidados, seis hombres armados, de los que tres eran italianos y tres etolios, le rodearon y mataron. Sus compañeros huyeron, y en toda la ciudad cundió el tumulto; acudieron de todas partes con antorchas, pero los asesinos escaparon por la puerta más cercana. Al amanecer reunióse á voz de pregón considerable multitud en el teatro como si se estuviese sobre el rastro del culpable. Acusábase públicamente del asesinato á los libertinos que habían acompañado á Braquilas, pero en secreto se consideraba á Zeuxipo como autor del crimen. Por el momento se decidió prender á los que se encontraban con el beotarca y darles tormento; y mientras los buscaban, Zeuxipo, para alejar toda sospecha, se presentó atrevidamente en la asamblea y declaró que hacían mal en atribuir aquel odioso crimen á hombres tan despreciables, apoyando su opinión con razones

bastante atendibles para hacer creer á algunos que si hubiese sido cómplice no se habría atrevido á presentarse delante del pueblo y hablar de aquella manera del crimen sin que nadie le obligase. Otros, sin embargo, no dudaron que el descaro con que se adelantaba á la acusación solamente era un medio de parar el golpe. Poco después sometieron á la tortura á los inocentes, y como conocían la opinión general, se ampararon de ella como de una prueba y denunciaron á Zeuxipo y Pisistrato, sin añadir razón alguna para explicar cómo podían saberlo. Zeuxipo huyó á Tenagra durante la noche con un tal Stratonidas, antes cediendo á los temores que le sugería su conciencia, que á la denuncia de aquellos hombres que no eran cómplices suyos. Pisistrato arrostró la acusación y permaneció en Tebas. Zeuxipo tenía un esclavo que había sido el agente principal de la trama; Pisistrato temía sus revelaciones, y al querer prevenirlas impulsó al esclavo á que se hiciese delator; porque escribió á Zeuxipo para que se deshiciese de aquel cómplice, «no creyéndole, decía, tan reservado como había sido decidido en la ejecución». El mensajero encargado de esta carta tenía orden de entregarla cuanto antes á Zeuxipo. No habiendo podido verle, la entregó á aquel mismo esclavo, que creía el más adicto á su amo, añadiendo que era de Pisistrato y contenía una advertencia importantísima para Zeuxipo. El esclavo prometió llevarla en el acto; pero alarmado por las acusaciones de su conciencia, la abrió, y después de leerla, marchó temblando á Tebas. Asustado Zeuxipo por la fuga de su esclavo, se trasladó á Authedono, esperando encontrar asilo más seguro en aquel destierro. Pisistrato, después de recibir tormento y hacer algunas revelaciones, fué castigado con la última pena.

Aquel asesinato inspiró á los tebanos y á todos los beocios furioso rencor contra los romanos; porque ya no dudaban que Zeuxipo, uno de sus ciudadanos más notables, hubiese cometido aquel crimen por consejo del general romano. Pero no tenían para rebelarse ni ejército ni capitán; y en vez de guerra, hicieron bandidaje, que tanto se le parece, y se dedicaron á asesinar soldados romanos, ora atrayéndoles á sus casas como huéspedes, ora sorprendiéndoles en sus cuarteles de invierno, cuando sus asuntos les obligaban á ir ó venir. Algunos cayeron en el camino en emboscadas dispuestas por los beocios que conocían el terreno; otros fueron extraviados y llevados por traición á albergues desiertos donde les mataban. No era únicamente el odio la causa de aquellos asesinatos; el deseo de ganancia los hacía cometer también, porque los soldados que gozaban de licencia casi siempre llevaban dinero en la bolsa para negociar. El número de los que desaparecían, poco considerable al principio, aumentó muy pronto de día en día, y la Beocia entera llegó á ser país infame, donde el soldado temía, más que en tierra enemiga, salir del campamento. Quincio envió entonces legados á todas las ciudades quejándose de aquel bandidaje: habían encontrado muchos soldados muertos en las orillas del lago Copais; habíanse extraído del cieno sus cadáveres á los que estaban atadas grandes piedras ó ánforas, para que el peso les arrastrase al fondo. Numerosos crímenes se habían cometido cerca de Acrefia y Coronea. Quincio exigió primeramente que le entregasen los culpables, y que por los quinientos soldados que habían desaparecido, porque á este número ascendían, pagasen los beocios quinientos talentos. Ninguna de estas dos reparaciones le conce-

dieron, y las ciudades se contentaron con responder para justificarse, que sus magistrados no habían tomado parte en aquellos delitos. Entonces envió á Atenas y á la Acaya legados con al encargo de declarar á los aliados que iba á emprender contra los beocios una guerra legitima y santa, mandó parte de su ejército contra Acrefia, á las órdenes de P. Claudio, y atacó con el resto á Coronea. Estos dos cuerpos talaron los campos antes de abandonar á Elacia para seguir diferentes caminos. Asustados los beocios con aquellos desastres, ante los cuales todos temblaban y huian, pidieron tratar; y no habiendo sido recibidos sus legados en el campamento romano, fueron á interceder por ellos los aqueos y los atenienses. Los ruegos de los aqueos tuvieron mucho peso, porque habían decidido, si no obtenían la paz para los beocios, unirse con ellos para hacer la guerra á los romanos; y hasta consiguieron para los beocios el favor de una entrevista con Ti. Quincio, quien les intimó la orden de entregar los culpables y pagar, por razón de multa, treinta talentos; después les otorgó la paz, y levantó el sitio.

Pocos días después llegaron los diez comisarios romanos, y después de convenir con ellos, dictó Quincio á Filipo las condiciones siguientes: «Todas las ciudades griegas de Europa y Asia gozarían de su libertad y sus leyes. Filipo retiraría sus guarniciones de las que había tenido en su poder, y especialmente en Asia, de Eumea, Pedani, Borgilias, Yaso, Myrcna, Abydos, Thasos y Perintho, porque querian que fuesen libres también. En cuanto á la libertad de Ciano, Quincio escribió á Prusias, rey de Bithynia, lo que el Senado y los diez comisarios habían decidido. Filipo devolvería á los romanos los prisioneros y desertores; entregaría to-

das sus naves cubiertas y además una galera real, que casi no podía utilizarse á causa de su tamaño y que solamente marchaba con ayuda de diez y seis filas de remos. No tendría más de cinco mil hombres armados; no podría hacer la guerra fuera de Macedonia sin autorización del Senado, y pagaría al pueblo romano mil talentos, la mitad al contado, y la otra mitad en cantidades iguales durante diez años.* Pretende Valerio Ancio que el impuesto fué de cuatro mil libras de peso de plata durante diez años, y que exigieron treinta y cuatro mil doscientas veinte al contado. Dice también que por cláusula terminante se prohibía á Filipo atacar de nuevo al rey de Pérgamo, Eumeno, hijo de Atalo. Entregáronse rehenes como garantía del tratado, encontrándose entre ellos Demetrio, hijo de Filipo. Añade Valerio Ancias que Atalo, aunque ausente, recibió como regalo la isla de Egina y los elefantes; los rodios, Stratonicea de Carias y las demás ciudades que había poseído Filipo; y los atenienses, las islas de Paros, Imbros, Delos y Scyros.

Todas las ciudades griegas aprobaron el tratado; únicamente los etolios murmuraron en secreto contra la decisión de los diez comisarios: «Aquello, decían, era letra muerta adornada con vana apariencia de libertad. En efecto, ¿por qué se adjudicaban los romanos algunas ciudades sin nombrarlas, y nombraban otras que hacían poner en libertad sin que se las entregasen? ¿No nombraban las ciudades de Asia para asegurar su independencia, cuando su alejamiento constituía su seguridad, y no hacían lo mismo con las de la Grecia, tales como Corinto, Calcis, Orea, Eretria y Demetriades?» Estas acusaciones no carecían de fundamento; nada terminante se sabía acerca de Corinto, Calcis y Deme-

triades. El senatusconsulto que creó la comisión venida de Roma, declaraba libres todas las ciudades de Grecia y de Asia; pero los comisarios debían fijar la suerte de aquellas tres ciudades, según las circunstancias y los intereses de la República, y se confiaba en su buena fe. Había que atender al rey Antioco que intentaba pasar á Europa en cuanto se lo permitiesen sus asuntos; de esto se tenía seguridad, y no querían dejar á su disposición tres plazas que tanto le convenían. De Elacia marchó Quincio con los diez comisarios á Anticyra y después á Corinto, donde debía conferenciar con ellos. Frecuentemente repetía: «Que era necesario libertar la Grecia entera, si se quería abatir la insolencia de los etolios, hacer el nombre romano tan querido como respetable á todas las naciones, y convencer que por la libertad de la Grecia, y no por despojar á Filipo de la supremacía en favor de Roma, habían pasado el mar.» Los comisarios no hicieron objeción alguna contra la libertad de las ciudades griegas: «Pero era más seguro para ellas, decían, permanecer algún tiempo bajo el protectorado de los romanos, que tener á Antioco por dueño en vez de Filipo.» Concluyóse por decidir que se devolvería Corinto á los aqueos, pero que una guarnición romana ocuparía la Acrocorinthia, y que los romanos conservarían Calcis y Demetriades hasta que nada se tuviese que temer de Antioco.

Acercábase la época fijada para los juegos Istmicos, solemnidad que ordinariamente atraía considerable multitud, tanto por la pasión que tenían los griegos por aquellos certámenes en que luchaban todos los géneros de talento, de fuerza y de agilidad, como por la ventajosa situación de Corinto, que, bañada por dos mares diferentes, podía llegarse á ella desde todos los

puntos de Grecia. En esta ocasión la curiosidad general estaba mucho más excitada por la expectación de la suerte que reservaban á Grecia y á cada pueblo en particular: esta era, no solamente la preocupación de todos los ánimos, sino también el objeto de todas las conversaciones. Los romanos asistieron al espectáculo. Según costumbre, el pregonero avanzó con el músico en medio de la arena, donde ordinariamente anuncia la apertura de los juegos con un canto solemne: impuso silencio á la asamblea con el toque de trompeta, y gritó: 'El Senado romano y el general T. Quincio, vencedor del rey Filipo y de los macedonios, devuelven el goce de su libertad, de sus franquicias y sus leyes á los corintios, focidios, locrinos, á la isla de Eubea, á los magnetos, á los tesalios, á los perrheos y á los aqueos phthiotas.' Esta enumeración comprendía todos los pueblos que habían estado bajo la dominación de Filipo. Cuando terminó el pregonero, la multitud experimentó un estremecimiento de regocijo. No se tenía seguridad de haber oído bien; mirábanse asombrados unos á otros, como si les dominasen las vanas ilusiones de un sueño, no atreviéndose ninguno á dar crédito á sus oídos y preguntando á sus vecinos. Llamaron al pregonero que había anunciado la libertad de la Grecia; querían oírle otra vez, y sobre todo, verle: el pregonero repitió la proclamación. Entonces, no pudiendo la multitud dudar de su felicidad, expresó su alegría con tantos gritos y aplausos (1) que fácilmente se comprendía que para ella el mejor bien de todos era la libertad. En seguida se celebraron apresuradamente los

(1) Tan fuertes fueron los gritos y aplausos, que resonaron á lo lejos en el mar, y que algunos cuervos que por casualidad volaban sobre la asamblea, cayeron al estadio.

juegos, no fijándose en el espectáculo ni los ánimos ni los ojos. Tan cierto es que un solo sentimiento ocupaba á los asistentes haciéndoles prescindir de todos los demás goces.

Terminado el espectáculo, todos rodearon al general romano; la agrupación de aquella multitud que acudía en torno de un hombre solo para estrecharle la mano, para arrojarle coronas, flores y cintas, estuvo á punto de poner en peligro su vida. Por fortuna tenía Quincio treinta y cinco años próximamente, y el vigor de la edad al mismo tiempo que la satisfacción de tan brillante gloria le dió fuerza para resistir á la multitud. No se limitó el entusiasmo á las expansiones del momento, sino que se mostró muchos días sucesivos con la manifestación de gratitud de todos los griegos, que decían «había sobre la tierra una nación que combatía á su costa, á sus riesgos y peligros por la libertad de otras; que no contenta con hacer estos favores á vecinos más ó menos lejanos, ó á pueblos situados en el mismo continente que ella, atravesaba los mares para hacer desaparecer del mundo entero toda dominación tiránica y para establecer en todas partes el imperio absoluto del derecho, de la justicia y las leyes. Una sola palabra de la boca de un pregonero había devuelto la libertad á todas las ciudades de la Grecia y del Asia. Para concebir este pensamiento se necesitaba ánimo muy grande; para hacerlo triunfar, valor y fortuna mayores aún.»

Inmediatamente después Quincio y los diez legados dieron audiencia á los enviados de los reyes, de los pueblos y de las repúblicas; recibiendo primeramente á los de Antioco, quienes hablaron casi lo mismo que habían hablado en Roma, sin inspirar mayor confianza.

Dijéronles, no con rodeos como antes, cuando no estaba decidida la lucha con Filipo, sino de clara y terminante manera, que Antioco había de evacuar las ciudades de Asia que habían pertenecido á Filipo ó á Ptolomeo, y respetar las ciudades libres, y principalmente todas las griegas. Ante todo se le prohibió pasar á Europa ó enviar tropas; y cuando despidieron á estos legados, reunieron todos los de los pueblos y repúblicas, y arreglaron tanto más pronto los asuntos, cuanto que se limitaron á leer las decisiones que habían tomado los diez comisarios sobre cada estado en particular. Devolvióse la independencía á los orestinos, pueblo de la Macedonia que fué el primero en separarse de su rey. Igualmente fueron declarados libres los magnetos, perreheos y dolopos. Los tesalios obtuvieron, además de la libertad, el territorio de los aqueos phthiotas y Farsalia. Los etolios reclamaron, según los términos del tratado, la restitución de Farsalia y de Leucada, remitiéndose el asunto al Senado; pero les adjudicaron en virtud de decisiones tomadas, la Fócida, la Locrida y los territorios que les estuvieron reunidos antes. Devolviéronse á los aqueos Corinto, la Trifylia y la ciudad de Herea, situada también en el Peloponeso. Los diez legados querían dar Orea y Eretrea al rey Eumeno, hijo de Atalo, pero Quinccio no convino en ello, remitiéndose el asunto á la decisión del Senado, que concedió la libertad á estas dos ciudades, así como también á la de Caristo. Pleurato recibió la Lychnida y la Parthenia, contra los ilirios, que había obedecido á Filipo; manteniéndose á Amyndro en la posesión de las plazas fuertes que durante la guerra había tomado á Filipo.

Disuelta la asamblea, los diez legados se repartieron el trabajo de libertar todo el país, y partieron

para las ciudades de su elección: P. Lentulo, para Bargylas; L. Estertinio, para Hefestia, Tasos y las ciudades de la Tracia; P. Vilió marchó con Q. Terencio á la corte de Antioco; Cn. Cornelio cerca de Filipo. Y después de haber convenido con él asuntos de poca importancia, le preguntó si quería escuchar un consejo, no solamente útil, sino saludable. Filipo contestó que agradecería mucho al legado romano todo lo que le dijese por su bien. Cornelio le instó vivamente para que enviase á Roma, puesto que había conseguido la paz, una legación encargada de solicitar la alianza y amistad del pueblo romano; que de esta manera evitaría, en el caso de que Antioco hiciese algún movimiento, la apariencia de haber querido ganar tiempo y esperar ocasión favorable para comenzar de nuevo la guerra.

Filipo ofreció enviar en seguida la legación, y Cornelio marchó entonces á las Termópilas, donde ordinariamente se celebra en determinada época la asamblea general de los playcos. Allí exhortó enérgicamente á los etolios para que permanecieran fielmente unidos al partido de los romanos. Algunos jefes de la nación se quejaron en su respuesta de que las disposiciones de los romanos en cuanto á ellos no fuese ya después de la victoria tan benévolas como lo habían sido durante la guerra. Otros hicieron reconvenciones é inculpaciones más apasionadas, diciendo «que no solamente no habrían vencido los romanos á Filipo sin los etolios, sino que ni siquiera habrían podido pasar de Grecia.» Cornelio no quiso replicar para evitar un altercado, limitándose á decir «que los etolios obtendrían completa satisfacción si enviaban una legación á Roma», consejo que siguieron, y decretaron el envío de legados. De esta manera terminó la guerra con Filipo.

Mientras acontecían estas cosas en Grecia, Macedonia y Asia, una conspiración de esclavos intentó levantar la Etruria. El pretor M. Acilio, encargado de juzgar los litigios entre romanos y extranjeros, recibió orden de buscar y castigar á los culpables. Partió, pues, con una de las dos legiones urbanas, encontró á los esclavos armados, les dió batalla, les venció, mató considerable número é hizo bastantes prisioneros. Los jefes de la conjuración fueron azotados y crucificados; los demás devueltos á sus amos. Los cónsules salieron para sus provincias. Marcelo entró en el territorio de los boyos: cansados sus soldados por un día de marcha, ocupábase en acampar sobre una eminencia, cuando Corolamo, rey de los boyos, le atacó con fuerzas numerosas y le mató cerca de tres mil hombres. Entre los varones distinguidos que sucumbieron en esta sorpresa, se encontraban los prefectos de los aliados T. Sempromio Gracco y M. Julio Silano, así como también los tribunos militares M. Ogulnio y P. Claudio, de la segunda legión. Sin embargo, los romanos continuaron las fortificaciones de su campamento y lo defendieron vigorosamente, á pesar de los esfuerzos del enemigo, animado por el triunfo. El Cónsul permaneció encerrado en sus parapetos durante algunos días para cuidar á los heridos y dar tiempo á los soldados para que se repusiesen del miedo. Los boyos, que no podían soportar la impaciencia de la espera, se dispersaron en sus fuertes y caseríos. Atravesando entonces Marcelo el Po, llevó las legiones al territorio de Como, donde acampaban los insubrios, que habían sublevado á los habitantes del país. Orgullosos por la reciente ventaja de los boyos, le atacaron en medio de la marcha, siendo tan vigoroso el empuje que desordenaron

las primeras filas. Viéndolo Marcelo, y temiendo que aquel movimiento produjese una derrota, hizo que una cohorte de marsos sostuviese á los suyos, y lanzó contra los insubrios toda la caballería latina. Dos ataques sucesivos contuvieron el brío furioso del enemigo: el resto del ejército romano recobró valor, cesó de retroceder y en seguida volvió vigorosamente al combate. No resistieron por mucho tiempo los galos, sino que volvieron la espalda y huyeron en desorden. En aquel combate, si hemos de creer á Valerio Ancias, perdieron más de cuarenta mil hombres, quinientas siete enseñas militares, cuatrocientos treinta y dos carros y considerable número de collares de oro, entre los que había uno notable por su peso y que, según el historiador Claudio, se ofreció á Júpiter y quedó colocado en su templo del Capitolio. En el mismo día tomaron el campamento de los galos y lo entregaron al pillaje, no apoderándose hasta algunos días después de la ciudad de Como. En seguida se rindieron al Cónsul veintiocho plazas fuertes. Los historiadores no están de acuerdo acerca de si el Cónsul marchó primeramente contra los boyos ó contra los insubrios, y si reparó su derrota con la victoria de Como, ó si el brillo de aquel triunfo quedó empañado por el descalabro que sufrió de los boyos.

Acababa de experimentar Marcelo esta alternativa de reveses y victorias, cuando el otro Cónsul penetró en territorio de los boyos por la tribu sapinia. Acercábase al fuerte Mutila, pero temiendo que le envolvieran á la vez los boyos y los ligurios, retrocedió y describió gran rodeo por la llanura, donde no corría ningún peligro, para reunirse con su colega. Unidos los dos ejércitos, recorrieron primeramente y devastaron el te-

territorio de los boyos hasta Felsina: esta ciudad, así como las otras plazas fuertes y casi todos los boyos, se sometieron, exceptuando los jóvenes, que habían tomado las armas para saquear, y que en aquel momento se habían refugiado en bosques impenetrables. En seguida pasaron los Cónsules al territorio de los ligurios. Los boyos creyeron que el ejército romano marcharía con poca precaución creyéndoles lejanos, y que podrían sorprenderle, y le siguieron por desfiladeros cubiertos. No habiendo podido alcanzarle, atravesaron bruscamente el Po en barcas, talaron el territorio de Levo y de Libnos, y en seguida se retiraron; pero llegados á la frontera de la Liguria con los despojos de la campaña, encontraron á los romanos. Trábose la lucha con más brío y encarnizamiento que si se hubiesen preparado para el combate y si hubiesen elegido tiempo y terreno convenientes. Este combate demuestra hasta dónde puede impulsar la cólera al valor. Los romanos estaban más sedientos de sangre que de victoria, y con tal furor combatieron, que á penas quedó un solo enemigo para llevar á sus conciudadanos la noticia del desastre. Cuando recibieren en Roma las cartas de los Cónsules que daban cuenta del triunfo, se decretaron tres días de acciones de gracias. Poco tiempo después regresó á Roma Marcelo, y los senadores le concedieron por unanimidad el triunfo. Durante su magistratura triunfó de los insubrios y de los habitantes de Como, dejando á su colega la esperanza de triunfar sobre los boyos, porque fué Furio quien les venció, y en realidad Marcelo había sufrido un descalabro en aquel país. En aquel espectáculo se vieron considerable cantidad de despojos enemigos arrastrados en carros cogidos á los galos, gran nú-

mero de enseñas militares, trescientas veinte mil libras de peso de bronce y doscientas treinta y cuatro mil de plata acuñada con el sello de la liga. Cada soldado de infantería recibió ochocientos ases de gratificación; cada jinete y cada centurión el triple.

Aquel mismo año el rey Antioco, que había invernado en Efeso, quiso colocar bajo su dependencia todas las ciudades libres del Asia, creyendo que las demás ciudades situadas en llano ó mal defendidas por sus murallas, sus armas y sus jóvenes, aceptarían el yugo sin dificultad. Smyrna y Lampsaco reclamaban su libertad, y podía temerse que, si se accedía á sus peticiones, el ejemplo de Smyrna fuese contagioso para todas las ciudades de la Eólida y de la Jonia, y el de Lampsaco para las plazas del Helesponto. Antioco envió, pues, desde Efeso un ejército contra Smyrna, y mandó á las tropas que ocupaban Abydos no dejar allí más que débil guarnición, y marchar á poner sitio á Lampsaco. No se contentó con emplear la fuerza para asustar á los habitantes, sino que recurrió á la suavidad y persuasión, haciéndoles ver la temeridad de una resistencia inútil, y procurando infundirles la esperanza de que serían satisfechos sus deseos en el momento en que reconociesen y que fuese evidente para las otras ciudades que debían su esperanza al Rey, y que no habían aprovechado una ocasión favorable para adquirirla. A esto contestaron que Antioco no podía sorprenderse ni indignarse de que no se resignaran á ver aplazar el momento del goce de aquella libertad. El Rey se embarcó en Efeso en los primeros días de la primavera, y se dirigió á Helesponto. Hizo pasar su ejército de tierra á Madyta, en el Quersoneso, reunió sus fuerzas de mar y tierra bajo las murallas de esta

ciudad, y como había cerrado sus puertas la puso sitio, rindiéndose los habitantes cuando iba á comenzar los trabajos. A esta sumisión siguió la de las otras ciudades del Querscneso. En seguida se presentó con todas sus fuerzas de mar y tierra delante de Lisimaquia, que encontró desierta y casi arruinada, porque algunos años antes la habían tomado, saqueado y quemado los tracios. Como la posición de aquella ciudad era muy ventajosa, pensó en reedificarla, entregándose á este trabajo con el mayor ahinco, reconstruyendo las murallas y las casas, rescatando á los habitantes que se encontraban en esclavitud, haciendo buscar y reunir á los que habían huído y estaban dispersos en el Helesponto y el Quersoneso, atrayendo nuevos colonos á la ciudad, ofreciéndoles grandes ventajas, y tomando, en fin, todas las medidas necesarias para repoblarla. Queriendo al mismo tiempo alejar el temor de una invasión de los tracios, tomó consigo la mitad de su ejército de tierra y marchó á talar las fronteras de la Tracia, dejando la otra mitad y todas las tripulacionee de la flota trabajando en la reconstrucción de Lysimaquia.

Por aquel mismo tiempo, L. Cornelio, enviado por el Senado para poner término á las diferencias que existían entre los reyes Antioco y Ptolomeo, se detuvo en Selymbria, mientras que tres de los diez comisarios iban á Lysimaquia, P. Lentulo, que venía de Bargylias, P. Vilio y L. Terencio de Thasos. Cornelio dejó á Selymbria para reunirse con ellos en esta ciudad, y pocos días después llegó también Antioco de Tracia. El Rey marchó primeramente á casa de los comisarios, después los invitó, recibiendoles con benevolencia y hospitalidad; pero cuando se llegó á hablar de la mi-

sión de los enviados romanos y de la situación del Asia, se agriaron los ánimos. No le ocultaron los romanos que todas sus tentativas desde el momento en que dejó la Syria con su flota desagradaban al Senado, y exigieron, como cosa legítima, que devolviese á Ptolomeo todas las ciudades que habían pertenecido á este príncipe. «Porque, añadían, en cuanto á las que habían pertenecido á Filipo, y de las que se había apoderado Antioco con ocasión de la guerra entre este príncipe y los romanos, el Senado no podía consentir que sus ejércitos hubiesen arrojado durante tantos años todos los peligros y fatigas de mar y tierra, para que Antioco recogiese el fruto de la guerra. Y aunque se hubiese disimulado su llegada al Asia como cosa indiferente, ¿su paso á Europa con todas sus fuerzas de mar y tierra no era una declaración de guerra? Él lo negaría sin duda, aunque entrase en Italia, pero los romanos no esperarían á que pudiese hacerlo.»

A esto contestó Antioco «que le admiraba que los romanos cuidasen tanto de lo que había de hacer él, y atendiesen tan poco á poner término á sus progresos por mar y tierra. El Asia, dijo, no tenía relación ninguna con los romanos, y no tenían más razón para investigar la conducta de Antioco en Asia, que Antioco para ocuparse de la conducta de los romanos en Italia. En cuanto á Ptolomeo, lejos de arrebatárle ciudades, como acababan de decir en son de queja, Antioco le estaba unido por lazos de amistad, y hasta se ocupaba de estrecharlos con un enlace de familia. Tampoco había aprovechado los reveses de Filipo para despojarle, ni había pasado á Europa para despojar á los romanos. Quería asegurarse el Quersoneso, que consideraba como formando parte de sus dominios, puesto que pertene-

ció á Lysimaco, y después de la derrota de este príncipe, todos sus estados pertenecieron á Seleuco por derecho de guerra. Mientras sus antepasados se ocuparon de otras cosas, Ptolomeo, primero, y después Filipo, conquistaron algunas ciudades de aquel país, apropiándose de esta manera el bien ajeno. Filipo, por ejemplo, había tomado en la Tracia, vecina de su reino, algunas plazas que indudablemente habían pertenecido á Lysimaco; había venido para restablecer el antiguo orden de cosas, y quería reedificar Lysimaquia, destruída por una invasión de los tracios, para darla á su hijo Seleuco, como capital de su reino.

Hacia muchos días que duraban las discusiones, cuando vago rumor acerca de la muerte de Ptolomeo impidió que las conferencias tuviesen resultado. De una y otra parte se fingió no conocer la noticia. L. Cornelio, encargado de una misión cerca de los dos reyes, Antioco y Ptolomeo, pidió algunos días de plazo para poder trasladarse á la corte de Ptolomeo. En realidad quería ir á Egipto antes que el advenimiento de nuevo rey produjese algún cambio. Antioco, por su parte, esperaba reducir el Egipto á su poder si aprovechaba la ocasión. Despidióse, pues, de los romanos, dejó á su hijo Seleuco al frente de su ejército de tierra para reconstruir Lysimaquia, como había decidido, y se dirigió con toda la flota á Efeso. De su parte marcharon legados á Quincio para darle la falsa seguridad de que no cambiaría nada mientras él costeaba el Asia y llegaba á Lycia. Habiendo sabido en Patares que Ptolomeo vivía aún, renunció á los proyectos de pasar á Egipto, pero se dirigió á la isla de Chipre. Acababa de doblar el cabo Quelidonio, cuando la sublevación de las tripulaciones le obligó á detenerse algún tiempo en Panfília en la

desembocadura del Eurymedón. Pronto se hizo de nuevo á la vela; pero al llegar á las rocas del río Safo, le asaltó violenta tempestad, que estuvo á punto de hacerle perecer con toda su flota. Extraviáronse muchas naves, y otras se fueron á pique sin que pudiese salvarse ni un solo hombre. Antioco perdió en aquel desastre considerable número de remeros y de soldados, y hasta algunos dignatarios de su corte. Cuando reunió los restos del naufragio, no encontrándose con fuerzas para hacer una tentativa sobre la isla de Chipre, regresó á Seleucia con séquito menos brillante del que había llevado al partir. Allí hizo sacar á tierra las naves, porque se acercaba el frío, y marchó á invernar en Antioquía. Este era el estado de los dos reyes.

En este año se establecieron por primera vez en Roma los triunviros epulones (1), siéndolo el tribuno del pueblo C. Licinio Luculo, autor de la ley que creaba esta nueva magistratura, P. Manlio y P. Porcio Leca. La ley les dió, como á los pontífices, el derecho de llevar la toga pretexta. En este año se suscitó grave debate entre el colegio entero de los pontífices y los cuestores de la ciudad, Q. Fabio Labeo y L. Aurelio. Necesitábase dinero, porque se había decidido pagar á los ciudadanos el último plazo de los adelantos que habían hecho durante la guerra. Los cuestores pedían á los augures y á los pontífices su impuesto, que no ha-

(1) Los triunviros epulones estaban encargados de presidir los banquetes sagrados (*lectisternia*). Antes pertenecían estas funciones á los pontífices; pero sobrecargados de obligaciones por el incesante aumento de sacrificios, tuvieron que dejar á nuevos magistrados esta parte de sus trabajos. Primeramente fueron tres, como indica su nombre, después se elevaron á siete y se llamaron septenviros epulones.

bían pagado durante la guerra: los sacerdotes apelaron en vano á los tribunos y se les exigió las cantidades anuales que no habían pagado. En este mismo año murieron dos pontífices, reemplazando á T. Sempronio Tuditano, que murió pretor de España, el cónsul M. Marcelo, y al otro, M. Cornelio Cethego, L. Valerio. El augur Q. Fabio Máximo murió también muy joven y antes de haber ejercido ninguna magistratura: en este año no se le nombró sucesor. El cónsul M. Marcelo celebró en seguida los comicios consulares, nombrándose cónsules á L. Valerio Flacco y M. Porcio Caton. En seguida se eligieron pretores á C. Fabricio Lucino, C. Atinio Labeon, Cn. Manlio Vulso, Ap. Claudio Neso, P. Manlio y P. Porcio Leca. Los ediles curules M. Fulvio Nobilior y Flaminio distribuyeron al pueblo un millón de modios de trigo al precio de dos ases. Los sicilianos habían enviado estas provisiones á Roma como prueba de afecto á C. Flaminio y á su padre (1). Flaminio hizo participar á su colega del honor de la distribución. Con esplendente aparato se celebraron los juegos romanos, repitiéndose tres veces por completo. Los ediles plebeyos Cn. Domicio Ahenobarbo y C. Scribonio Curion, citaron ante el pueblo á muchos arrendatarios de pastos, siendo condenados tres, y las multas que pagaron sirvieron para la construcción de un templo en la isla del dios Fanno. Los juegos plebeyos se representaron durante dos días, y con este motivo se celebró un banquete público.

L. Valerio Flacco y M. Porcio propusieron al Senado, en el mismo día que entraron en funciones, la reparti-

(1) C. Flaminio fué el primer pretor que enviaron para gobernar la Sicilia, el año de Roma 525.

ción de provincias. Los Padres decretaron que tomando bastante gravedad la guerra de España para exigir la presencia de un cónsul y de un ejército consular, designaban á los Cónsules por provincias la España citerior y la Italia, rogándoles que se las repartiesen de común acuerdo ó por sorteo. El que obtuviese la España llevaría dos legiones, cinco mil aliados del nombre latino y quinientos jinetes, y tendría á su disposición una flota de veinte naves largas. El otro Cónsul debía alistar dos legiones, fuerzas que se consideraban suficientes para contener la Galia, porque los acontecimientos del año anterior habían abatido el valor de los insubrios y de los boyos.* Catón obtuvo la España y Valerio la Italia. En seguida sortearon sus provincias los pretores: Q. Fabricio Luscino obtuvo la jurisdicción urbana; C. Antiscio Labeon, la de los extranjeros; Cn. Manlio Vulso, la Sicilia; Ap. Claudio Nero, la España ulterior; P. Porcio Leca, la ciudad de Pisa, para amenazar á los ligurios por la espalda, y P. Manlio recibió el encargo de ir á la España citerior á secundar las operaciones del Cónsul. Como se desconfiaba de Antioco y de los etolios, y también del tirano Navis, prorrogóse por un año el mando á T. Quincio y le concedieron dos legiones. Los Cónsules recibieron orden de hacer levas y enviar á Macedonia todos los refuerzos necesarios para completar aquellas legiones. Ap. Claudio recibió la legión de Q. Fabio, y quedó además autorizado para levantar dos mil hombres de infantería y doscientos caballos. A Manlio se concedió para la España citerior igual número de infantes y jinetes nuevos, añadiendo la legión que había estado á las órdenes del pretor Minucio. P. Porcio Leca, que marchaba á la Etruria, debía tomar cerca de Pisa dos mil in-

fantes y quinientos caballos del ejército de la Galia. A Sempronio Longo se prorrogó el mando de la Cerdeña.

Repartidas de este modo las provincias, los Cónsules, antes de salir de Roma, celebraron, por orden de los pontífices, la primavera sagrada, que el pretor A. Cornelio Mamula había votado en nombre del Senado y del pueblo, bajo el consulado de Cn. Servilio y de C. Flaminio. Veintiún años hacía que se formuló este voto. Por esta época también C. Claudio Pulquer, hijo de Appio, fué nombrado y consagrado augur en lugar de Q. Fabio Máximo, que había muerto el año anterior. Comenzaba á extrañarse que la insurrección de España parecía olvidada, cuando se recibió una carta de Q. Minucio, anunciando «que había librado batalla cerca de Turba á los generales españoles Budar y Basaside; que les había vencido matándoles doce mil hombres; que Budar estaba prisionero, y que el resto de los enemigos quedaba derrotado.» La lectura de esta carta disminuyó los temores que se habían concebido en cuanto á España, en donde se esperaba una guerra grave, y toda la atención se fijó en Antioco, sobre todo desde el regreso de los diez legados, quienes expusieron primeramente lo que habían hecho con Filipo y con qué condiciones le habían concedido la paz; en seguida manifestaron que estaban amenazados de grave guerra con Antioco. «Este príncipe, dijeron, acababa de pasar á Europa al frente de numerosa flota y de respetable ejército. Si no se hubiese detenido, dando crédito á vano rumor, en su loca esperanza de conquistar el Egipto, toda la Grecia estaría ya en conmoción. Porque no podía esperarse que los etolios permaneciesen en reposo, por su carácter versátil y el resen-

timiento que les animaba contra los romanos. La Grecia guardaba también en su seno otro fuego destructor: Nabis, ahora tirano de Lacedemonia, pero que muy pronto lo sería de toda la Grecia si le dejaban obrar, y que rivalizaba en avaricia y crueldad con todos los tiranos famosos de la historia. Si se le permitía conservar Argos, fortaleza desde la que dominaba el Peloponeso, y si se llamaban á Italia los ejércitos romanos, en vano se habría libertado la Grecia de Filipo, puesto que en vez de un rey, que al menos estaba lejos, caería bajo el dominio de un tirano vecino. •

Al escuchar este relato de varones muy graves y que además solamente referían lo que habían examinado por sí mismos, los senadores, sin ocuparse por el momento de Antioco, que por algún motivo cualquiera había regresado á Siria, opinaron deliberar en el acto acerca de Nabis. Después de discutir largo tiempo para saber si había bastante fundamento para declararle la guerra en el acto, ó si se concedería á Quincio completa libertad para hacerla, dejaron á la prudencia de este general el cuidado de tomar, con relación al tirano de Lacedemonia, el partido que considerase más útil á los intereses de la República. Creyóse que importaba poco al pueblo romano que se adelantase ó retrasase aquella declaración de guerra; siendo más urgente averiguar la conducta que observarían Annibal y los cartagineses si estallaba la guerra con Antioco. Los miembros del partido opuesto á los Barca escribían de tiempo en tiempo, cada uno en particular, á sus amigos los romanos más distinguidos *que Annibal había enviado cartas y mensajeros al rey Antioco y que éste á su vez le había enviado agentes secretos. Semejante á las fieras que nunca pueden domesticarse, aquel enemigo de los

romanos era implacable en su odio. Censuraba á sus conciudadanos que languidciesen en la ociosidad y la inercia, diciendo que solamente el ruido de las armas podía sacarles de su letargo. El recuerdo de la guerra anterior, que él solamente habia sostenido, siendo su motor principal, daba á estas noticias mucha verosimilitud. Además, con un acto reciente habia irritado los ánimos de la mayor parte de los nobles.

En aquel tiempo dominaba en Cartago el orden de los jueces, debiendo sin duda su poder á que la magistratura era vitalicia. Fortuna, reputación, hasta la misma existencia de los ciudadanos estaba á merced suya; tener por enemigo á un solo juez, era exponerse á la enemistad de todo el orden; y no faltaban acusadores dispuestos á denunciar á los jueces aquellos que les habian ofendido. Era aquel el despotismo real; porque en el uso que hacían de su exorbitante poder, olvidaban que eran magistrados de una república. En este estado las cosas, Annibal, nombrado pretor, llamó á sí al cuestor, que no obedeció la orden: pertenecía á la facción contraria, y como se pasaba de la cuestura al omnipotente orden de los jueces, se ensayaba ya en los rasgos de orgullo de su futura dignidad. Irritado Annibal, envió un viator para que prendiese al cuestor y le llevó ante la asamblea del pueblo, en la que habló enérgicamente contra el rebelde y contra todo el orden de los jueces, cuyo orgullo é influencia despojaban de toda fuerza á las leyes y á los magistrados. Viendo que recibían favorablemente sus palabras, y que la plebe consideraba el orgullo de los jueces como amenazador para su libertad, propuso é hizo adoptar en el acto una ley que declaraba anual la judicatura y prohibía nombrar juez dos años seguidos al mismo ciudadano.

Pero tanto como le atrajo esta medida el favor popular, otro tanto le indispuso contra la mayor parte de los grandes. Otra reforma que emprendió en interés público le hizo objeto de odios personales. Las rentas del Estado, ó se despilfarraban por mala administración, ó las dilapidaban cierto número de nobles y de magistrados que se las repartían, hasta el punto que no había dinero para pagar el tributo anual que se debía á los romanos, estando amenazados los ciudadanos de oneroso impuesto.

Habiéndose enterado Anníbal de lo que producían los impuestos de tierra y mar y del destino de los fondos, de lo que se invertía en las necesidades generales del Estado y lo que desaparecía por las concusiones, declaró en plena asamblea que, exigiendo todas las cantidades que quedaban sin empleo (*residuis pecuniis exactis*) (1), se evitaría levantar un impuesto sobre los particulares, y que la República tendría bastantes recursos para pagar el impuesto que debía á los romanos. En efecto, cumplió lo prometido; pero, entonces todos aquellos que se habían enriquecido durante muchos años con las dilapidaciones, se entregaron al furor del resentimiento, como si les despojasen de sus bienes en vez de arrancarles de las manos el fruto de sus latrocinios; y excitaron contra Anníbal á los romanos, que, por su parte, solamente deseaban pretexto para satisfacer su rencor. Scipión el Africano luchó largo tiempo para contrarrestar aquella influencia; consideraba indigno del pueblo romano servir las pasio-

(1) Llamábanse así los fondos afectos á determinado gasto público, y que no habiendo sido empleados, los depositarios los reservaban para aprovecharse de ellos. De aquí la acusación de *residuis*.

nes de los enemigos y acusadores de Anníbal, mezclar la majestad pública á las intrigas de los partidos cartagineses, de no saber contentarse con haber vencido á Anníbal con la fuerza de las armas y de descender al papel de acusadores, yendo delante de un tribunal á prestar juramento contra él (*calumniam in eum jurarent*) (1), y á denunciarlo. Pero el odio concluyó por triunfar, y enviaron legados á Cartago para quejarse al Senado de aquella ciudad de que Anníbal concertaba un plan de guerra con el rey Antioco. Los legados eran tres, C. Servilio, M. Claudio Marcelo y Q. Terencio Culeon. En cuanto llegaron á Cartago, les preguntaron acerca del objeto de su misión, y por consejo de los enemigos de Anníbal contestaron que estaban encargados de arreglar las diferencias que habían surgido entre los cartagineses y Masinissa, rey de los numidas. Generalmente se creyó así. Solamente Anníbal comprendió que contra él se dirigían los romanos, y que, si habían otorgado la paz á los cartagineses, era para perseguirle á él solo con implacable guerra. Resolvió, pues, no luchar contra los acontecimientos y la fortuna, tanto más, cuanto que desde mucho tiempo lo tenía todo dispuesto para huir. Aquel día se presentó en el foro para destruir toda sospecha, y por la noche, sin quitarse su traje de ciudad, se dirigió á una puerta con dos criados, que nada sabían de su proyecto, y salió de Cartago.

En el paraje designado por él le esperaban caballos. Durante la noche atravesó rápidamente el territorio de Byzacio (así llaman los africanos aquella región), y á

(1) *Calumniam jurare*, que no se intentaba la acusación por malevolencia. Este juramento lo prestaban todos los acusadores.

la mañana siguiente llegó á su torre, en el mar, entre Acola y Thapso, en donde encontró una nave preparada, embarcándose en el acto. De esta manera abandonó el Africa, deplorando la suerte de su patria más que la suya propia. En el mismo día pasó á la isla de Cercina, en cuyo puerto se encontraban reunidas muchas naves mercantes con sus cargamentos. En cuanto saltó en tierra, acudieron apresuradamente para saludarle, dirigiéronle mil preguntas, y contestó que iba como legado á Tyro. Pero temiendo que alguna nave de aquellas levase ancla durante la noche y llevase á Thapso ó á Acola la noticia de su llegada á Cercina, mandó preparar un sacrificio, invitó á los jefes de las naves y á los mercaderes, y les tomó prestadas las velas y las antenas para levantar en la playa una tienda para los convidados, porque se encontraban en medio del verano. La comida se preparó y sirvió con todo el lujo que permitían las circunstancias y el momento; bebióse mucho, y el festín se prolongó hasta muy entrada la noche. En cuanto Anníbal encontró ocasión de burlar á los que se encontraban en el puerto, se hizo á la vela. Sus convidados, sumidos en el sueño, no despertaron hasta la mañana siguiente, muy tarde, y dominados todavía por la influencia del vino, necesitando además algunas horas para preparar los remos y colocar los aparejos. Entretanto, en Cartago la multitud, acostumbrada á reunirse delante de la casa de Anníbal, se presentó en el vestibulo; y cuando supo que había desaparecido, corrió al foro en busca de su primer magistrado. Pretendían unos que se había desterrado voluntariamente, lo cual era cierto; otros, y éstos eran más numerosos, acusaban á los romanos de haberle hecho asesinar. Los semblantes expresaban diferentes senti-

mientos, según el partido á que pertenecían. Al fin se supo que se había visto á Anníbal en Cercina.

Los legados romanos expusieron al Senado de Cartago « que los Padres conscriptos sabían que, si en otro tiempo el rey Filipo había hecho la guerra al pueblo romano, le había impulsado especialmente Anníbal; que el mismo Anníbal acababa de enviar un mensaje y cartas al rey Filipo; que no quedaría tranquilo hasta que encendiese la guerra en todo el universo; que los cartagineses no debían dejar impunes aquellos manejos si tenían interés en demostrar al pueblo romano que nada de aquello se había hecho por su voluntad ni con su consentimiento.» Los cartagineses contestaron que harían lo que exigiesen los romanos. Entretanto, Anníbal llegaba á Tyro después de feliz travesía. Recibióle en la ciudad que había fundado Cartago, como en una segunda patria, con todos los honores debidos á varón tan eminente. Habiendo permanecido allí pocos días, dirigióse á Antioquía, donde supo que el Rey había partido ya y que su hijo celebraba juegos solemnes en Dafne; marchó á verle, fué recibido con agasajo, y volvió á hacerse á la mar. Encontró á Antioco en Efeso, vacilando todavía y dudando declarar la guerra á los romanos. La llegada de Anníbal influyó mucho en su ánimo, y le decidió. También en aquella época se separaron los etolios de la alianza romana, porque sus legados habían ido á Roma á reclamar, en conformidad con el primer tratado, Farsalia, Lancada y algunas otras ciudades, y el Senado les envió á T. Quincio.



ÍNDICE DEL TOMO QUINTO.

LIBRO XXVIII.

Ventajas obtenidas sobre los cartagineses por los legados Silano y L. Scipión, hermano de Cornelio.—Victorias de Sulpicio y Atalo, rey de Asia, aliado de los etolios, sobre Filipo, rey de Macedonia.—Triunfo concedido á los coroneles M. Sirio y Claudio Nerón.—Apágase el fuego sagrado en el templo de Vesta.—P. Scipión arroja de España á los cartagineses.—Pasa al Africa y ajusta alianza con Sifax, rey de Numidia.—Combate de dos príncipes por el trono de su padre.—Sitio de Astapa.—Enfermedad de Scipión: sedición en su ejército: restablecimiento del general y reducción de los pueblos rebeldes de España.—Traba amistad con Masinissa.—Tratado con los habitantes de Cádiz después de la marcha de Magón.—De regreso á Roma le nombran cónsul, se le concede la Sicilia con facultad de pasar al Africa.—Magón se dirige á Italia. **Página 5.**

LIBRO XXIX.

Regreso de Lelio.—Reproducción de la guerra con España.—Su terminación.—Magón recibe refuerzos de Africa.—Scipión se apodera de Locros, poniendo en fuga á Annibal.—Paz con Filipo.—Traslación de la estatua de Cibeles á Roma desde Pessinunta.—La recibe P. Scipión Nasica.—Quejas de los locrinios.—Prisión y muerte de Pleminio.—Rumores contra P. Scipión: su justificación.—Pasa al Africa.—Sifax rompe la alianza ajustada con Scipión.—Masinissa se une á Scipión.—Mata á Hannon y derrota su ejército.—Scipión levanta el sitio de Utica.—Ventajas del cónsul Sempronio sobre Annibal.—Censo de los ciudadanos.—Discordias entre los censores M. Livio y Claudio Nerón: sus apasionados actos. . . . **Página 93.**

LIBRO XXX.

Triunfos de Scipión en Africa.—Derrota y prisión de Sifax.— Masinissa se enamora de Sofonisba, esposa de Sifax é hija de Asdrúbal.—Le reconviene Scipión.—Masinissa envía un veneno á la joven.—Los cartagineses llaman á Annibal.—Pasa al Africa y queda vencido en una batalla.—Gisgón se opone á la paz.—Annibal le arranca de la tribuna.—Muerte de Magón.—Masinissa recobra sus estados.—Regreso y triunfo de Scipión.—Los soldados y pueblo le dan el nombre de Africano. **Página 159.**

LIBRO XXXI.

Reproducción de la guerra contra Filipo.—Su causa—Concesión de la paz á los cartagineses.—Filipo sitia á Atenas.—Los habitantes piden socorro á los romanos.—Encárgase la dirección de la guerra al cónsul P. Sulpicio.—Sus ventajas sobre Filipo.—Desesperación de los habitantes de Abyda.—El pretor L. Furio derrota á los galos insubrios y al cartaginés Amílcar.—Alternativas de la guerra con Filipo.—Triunfo del pretor Furio **Página 233.**

LIBRO XXXII.

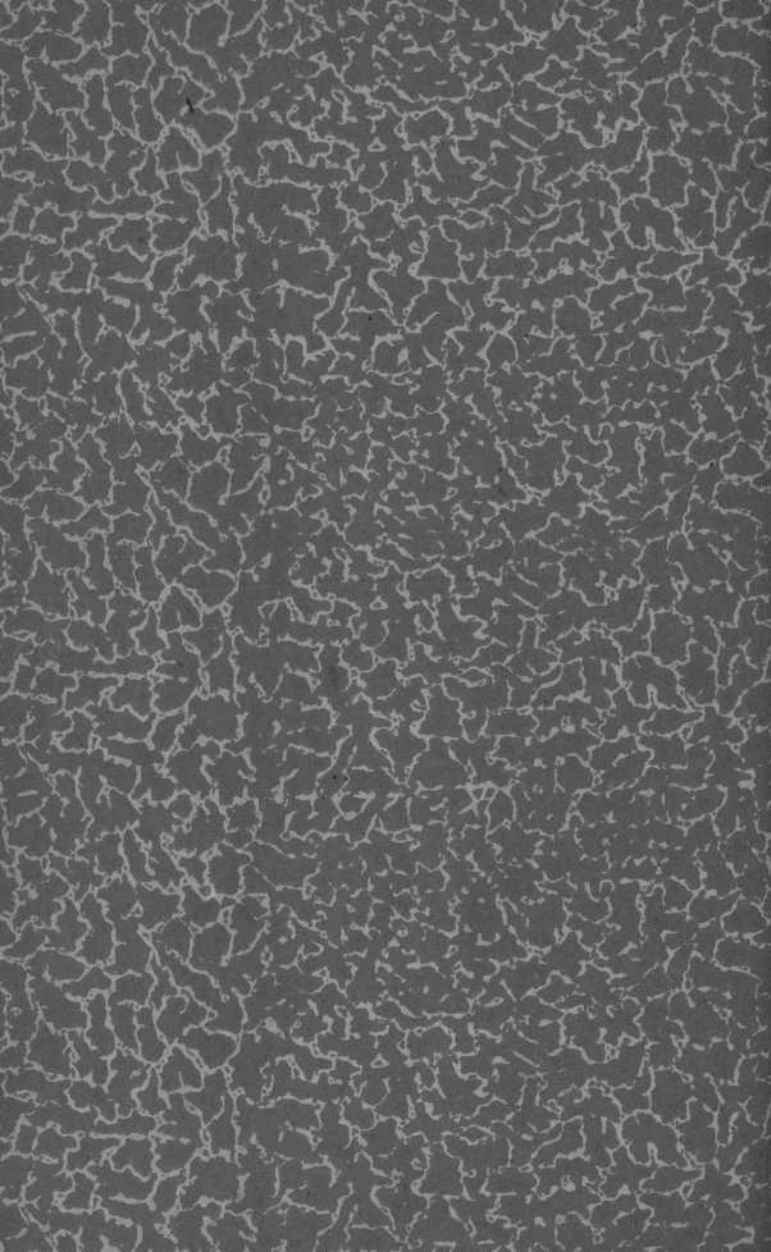
Prodigios anunciados en Roma.—Victoria de T. Quincio sobre Filipo.—Devastación de la frontera de Tesalia.—Combate naval de L. Quincio Flaminio: sus consecuencias.—Entran los aqueos en el número de los aliados de Roma.—Descúbrese y se castiga una conjuración de esclavos.—Auméntase á diez el número de los pretores.—Sangrienta derrota de los galos insubrios.—Alianza con el tirano Nabis y los lacedemonios.—Toma de muchas plazas de Macedonia. . . . **Página 307.**

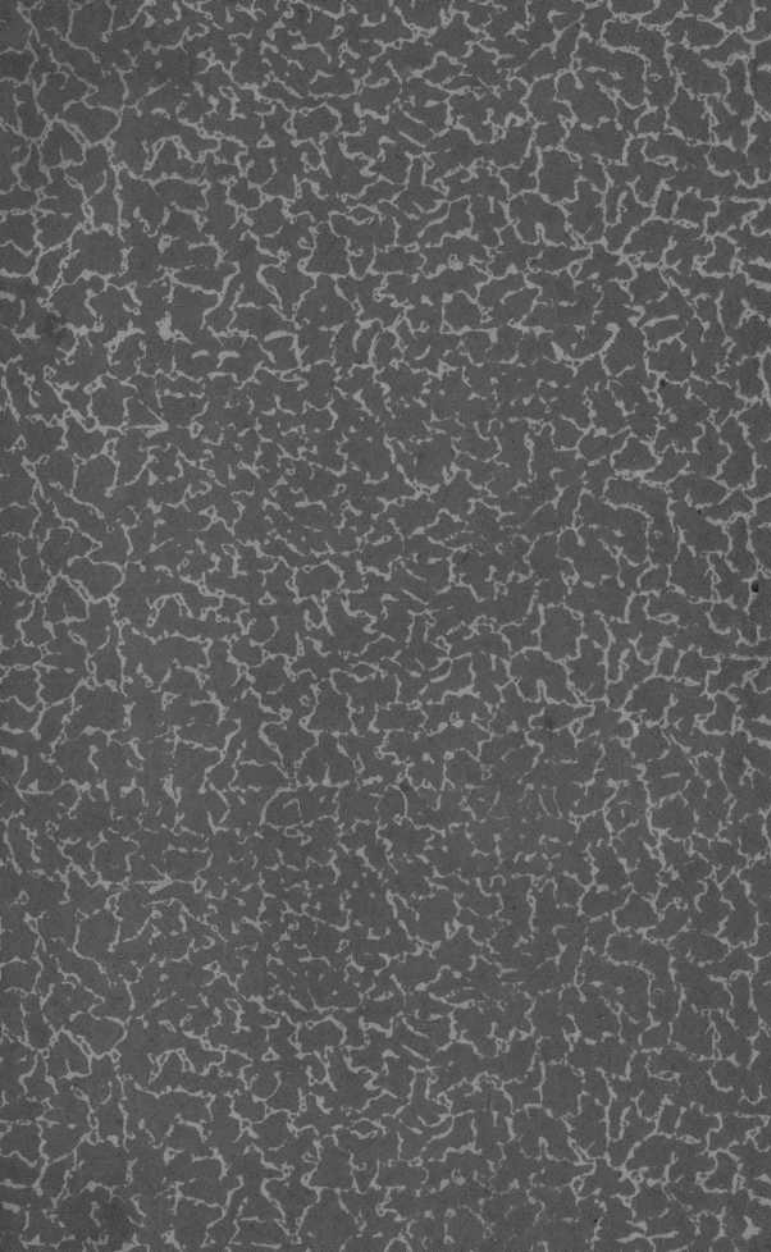
LIBRO XXXIII.

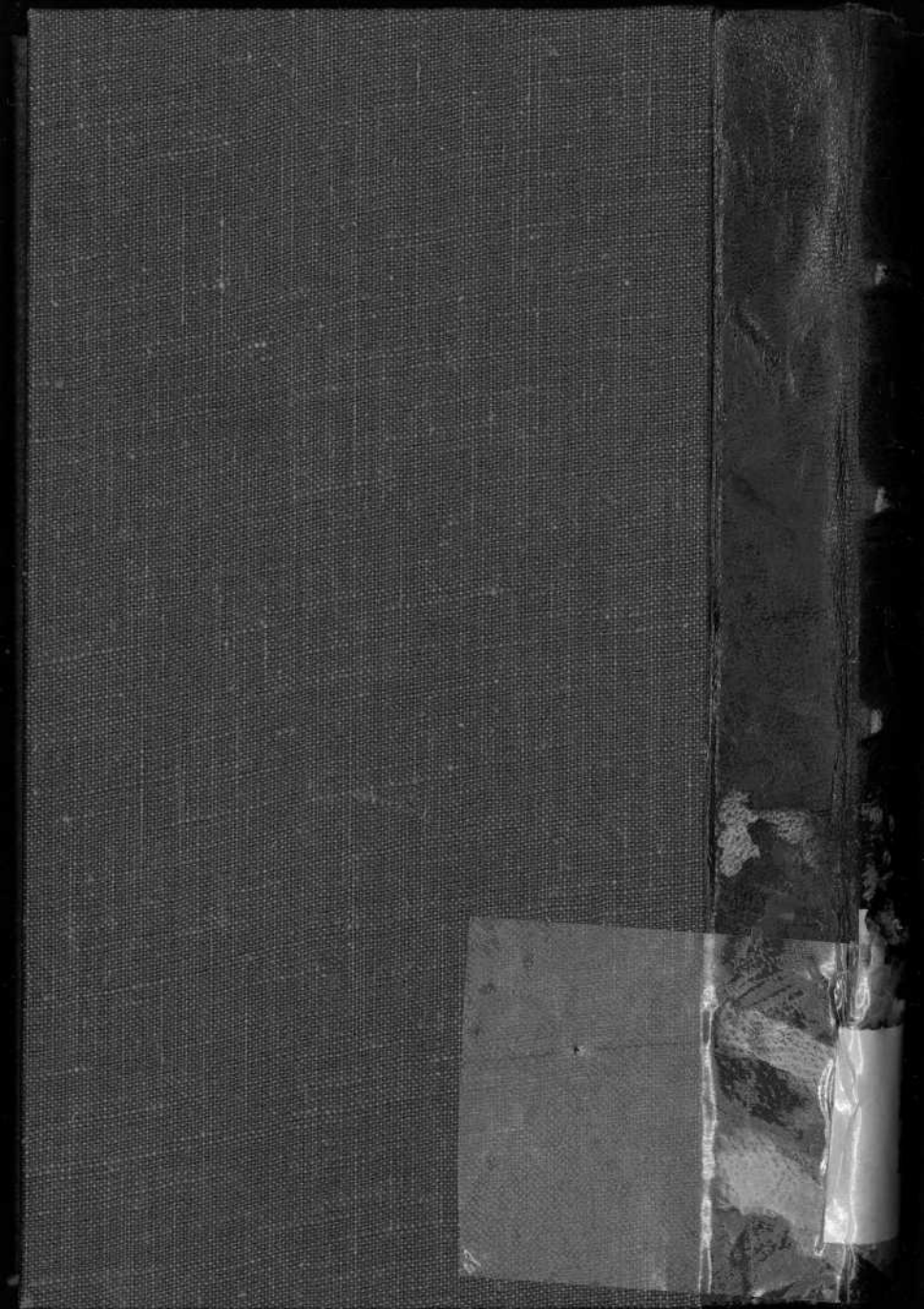
Batalla de Cinocéfalo y fin de la guerra de Macedonia.—Toma de Laucada por L. Quincio Flaminio.—Perece el pretor C. Sempronio Tuditano con todo su ejército en un combate con los celtíberos.—Muerte de Atalo.—Roma concede la paz á Filipo y devuelve la libertad á Grecia.—Reducción de los boyos y de los galos insubrios.—Triunfo de Marcelo.—Esfuerzos de Annibal para encender la guerra en Africa.—Denúncianle los jefes del bando contrario.—Marcha una legación á Cartago.—Fuga de Annibal, que se refugia en la corte de Antioco, rey de Siria. **Página 369.**











TITO LIVIO

HISTORIA
ROMANA

D-1
171